

ANICIS

ROVELLA

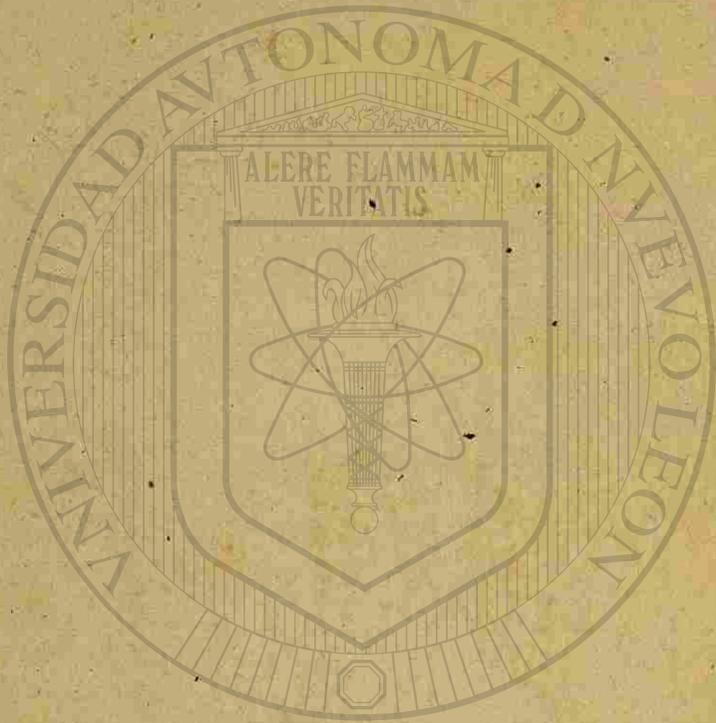
COPTAS

N

PQ4683

.A3

A15

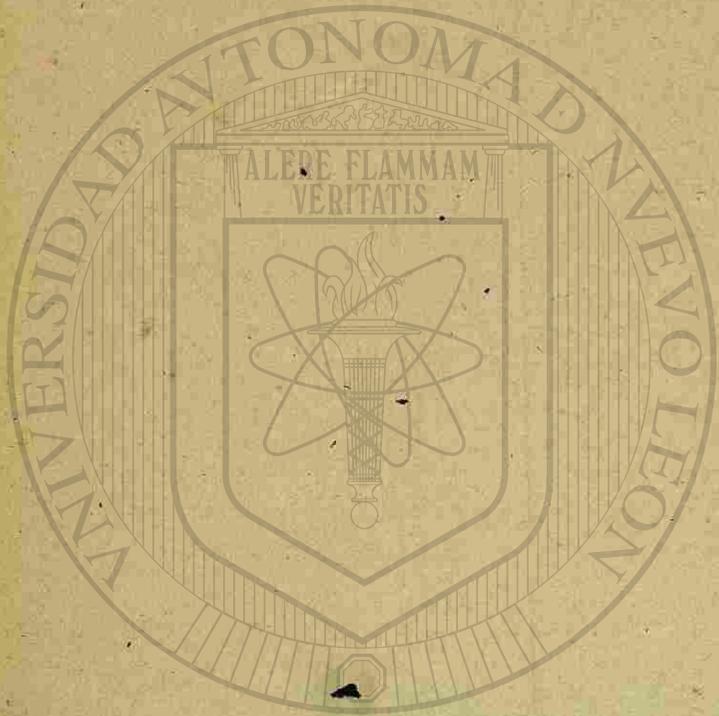


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NOVELAS CORTAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. _____
Núm. Autor A 51920
Núm. Adg. 31042
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 84



NOVELAS CORTAS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCIDAS POR MANUEL ARANDA Y SANJUAN

*Los amigos de colegio. — Camila. — Furio. — Un gran día.
Alberto. — Fortaleza. — La casa paterna*

EDICIÓN ILUSTRADA POR A. FERRAGUTI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN, MEXICO



BARCELONA
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

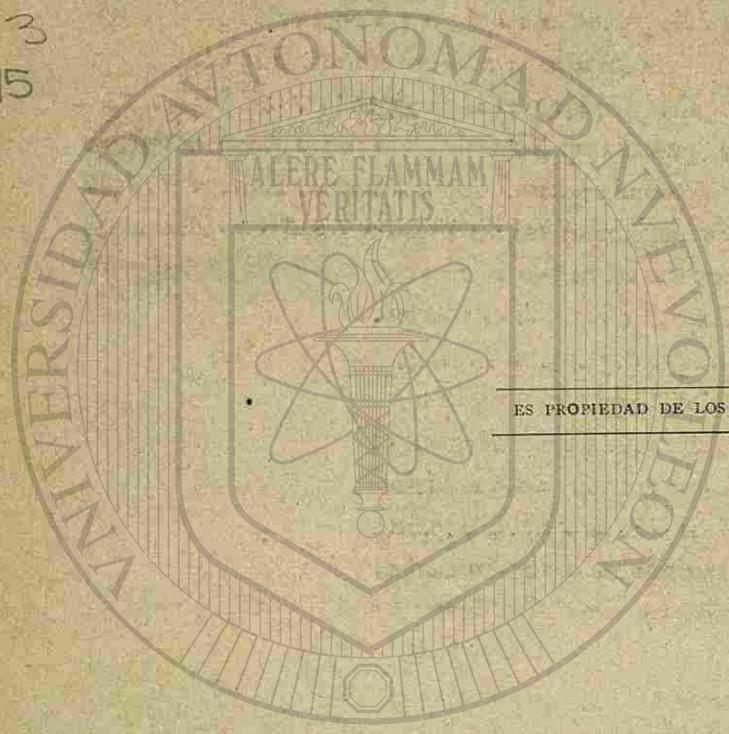
1900

85772

31042

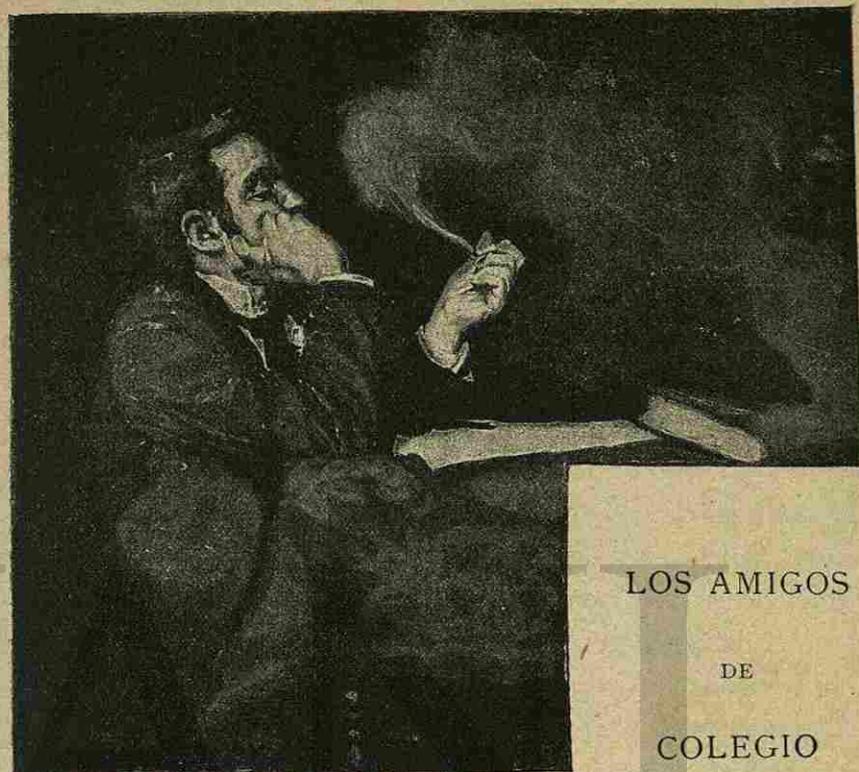
C
853
A

PQ4083
A3
A15



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



LOS AMIGOS
DE
COLEGIO

I

Hay muchas personas que tienen la costumbre de escribir por la noche lo que han hecho durante el día; algunas consiguen el recuerdo de las comedias vistas, de los libros leídos, de los cigarros fumados; pero ¿hay una sola de cada ciento, de cada mil, que haya formado una vez al año, ó siquiera una vez en toda su vida, la lista de las personas que conoce? Al decir esto no me refiero á los pocos con quienes se tiene algo que hacer ó á quienes se trata ó se escribe, sino á ese gran número de personas que, vistas una vez, quizás no volveremos á ver más,



y que sin embargo se presentan en nuestra imaginación mucho tiempo después de haberlas dejado; que poco á poco acuden á ella más de tarde en tarde, hasta que desaparecen por completo, sin que ya volvamos á pensar en ellas. ¿Quién de nosotros no ha perdido la memoria de cien nombres, así como el rastro de cien vidas? Sin embargo, es una gran pérdida para la experiencia, y tan persuadido estoy de ello, que si empezase otra vez á vivir, invertiría cada día media hora en la enojosa tarea de anotar nombres y hechos hasta de las personas más indiferentes.

¿Qué historia tan intrincada y extraña me encontraría entre manos si hubiera conservado el recuerdo de todos mis compañeros de la escuela de primeras letras, y seguido pidiendo noticias de ellos acá y allá tan luego como se ofrecía ocasión, y averiguado en cierto modo las principales vicisitudes de cada cual! Ahora, de aquellos doscientos ó trescientos muchachos que conocí, apenas conservo memoria de veinte ó treinta de los que sé dónde están y lo que hacen; de los demás no sé una palabra. Durante algunos años he tenido á la vista la personalidad evidente de todos: eran trescientas caras coloradas que me sonreían, y trescientas chaquetas cada una de las cuales daban á conocer más ó menos la condición del padre, desde la de terciopelo del hijo del alcalde hasta la enharinada del hijo del panadero; y me parecía que aún resonaban en mi oído, una á una, las voces de todos, y todavía veía el puesto de cada cual en los bancos de la escuela, y recordaba sus palabras, sus ropas y sus movimientos. Pero poco á poco todas aquellas caras se confundieron en una sola faja de color de rosa, todas aquellas chaquetas en un tono pardo uniforme, todos aquellos movimientos en una agitación temblorosa indistinta, todas aquellas voces en un murmullo confuso, hasta que lo cubrió todo una densa niebla, y calló el murmullo y la visión desapareció.

Esto me disgusta, y tanto que muchas veces siento el deseo de rasgar aquella niebla y reavivar la visión. Mas ¡ay!, ya no los encontraría juntos, y si tuviese que ir á buscarlos uno por uno, ¿quién sabe cuántas vueltas y revueltas tendría que dar, y dónde habría de meterme y entre qué gente? Tal vez pasaría de una sacristía á un cuartel, del cuartel á una oficina, de la oficina al bufete de un abogado, del bufete del abogado á una cárcel, de la cárcel á un escenario, del escenario probablemente al cementerio, y del cementerio á un buque mercante fondeado en un puerto de América ó de la India. ¿Quién sabe cuántas aventuras, cuántas desgracias, cuántas tragedias domésticas, y mudanzas de caras, de costumbres y de vida han ocurrido en tan reducido número de personas y en tan breve espacio de tiempo!

Sin embargo, no son esos los amigos á quienes se desea ver con más afán. Nada de eso; y si procuramos discernir el sentimiento de tranquilo deseo que nos impulsa hacia los años de la niñez, de ese afán que parece empujarnos hacia los compañeros de aquellos años, nos maravillaremos de encontrarlo tan débil, y aun quizás de no encontrarlo. ¿Y por qué ha de ser así? Estábamos á menudo juntos, alegres, nos buscábamos, nos deseábamos, pero nuestras almas no se comunicaban nada de eso que las aproxima y las confunde y deja en nosotros una huella. Nuestras amistades se ataban y desataban con la misma facilidad. Necesitábamos un compañero que hiciese eco á nuestras risas y se prestase á encaramarse á los árboles y devolviese la pelota con vigoroso voleo, para lo cual sería mejor el más diestro, el más travieso y el más atrevido, y las más de las veces era éste el amigo más querido. Pero ¿queríamos á los débiles? Preguntábamos á los melancólicos: «¿Qué tienes?» Y si nos contestaban: «Que Fulano ha muerto,» ¡llorábamos acaso? ¡Ah! No, no éramos amigos.

A muchos les habrá sucedido sin duda haber vuelto á ver al cabo de quince años á algún compañero de la escuela elemental. Se recibe una carta cuya letra no se conoce, se echa una ojeada á la firma y se prorrumpen en una exclamación: «¡Cómo! ¿El? ¿Vive todavía?» Y se coge el sombrero y se corre á la fonda. ¡Oh! No cabe negar que por el camino el corazón late con fuerza, y al subir la escalera se apresura el paso con grande ansiedad, y se ríe y se goza, y no se darían aquellos momentos por todo el oro del mundo. Pero estos momentos son los más hermosos de todos. Se entra con ímpetu en la habitación, se besa á un hombre en cuyo rostro, mirándolo bien, se discierne algún rasgo del niño de otro tiempo: el uno pregunta al otro: «¿En qué te ocupas?» y el uno recuerda al otro, apresuradamente, alguna travesura de cuando iban á la escuela, y luego... nada más. Entonces empezamos á pensar: «¿Quién es éste? ¿Cómo ha vivido desde que no nos hemos visto? ¿Qué ha sucedido en esa alma? ¿Es bueno, es triste, es un creyente ó un escéptico? No tengo nada de común con él, no lo conozco. Sería menester estudiarlo; por consiguiente, ¡no es un amigo!» Y lo que se piensa de él, lo piensa él de nosotros; y la conversación que sigue se hace lánguida y fría; y tal vez desde las primeras palabras echamos de ver que hemos marchado por diferentes caminos; él deja asomar una punta de su gorro frigio, y nosotros, en su concepto, la de nuestra coleta de monárquicos; apuntamos alguna idea sobre literatura, y él nos habla de la simiente de gusanos de seda; nosotros antes de decirle que nos hemos casado, le preguntamos si él lo está, y nos contesta: «¡Ni que fuese tonto!» y acabamos por despedirnos, estrechándonos la punta de los dedos y dirigiéndonos una sonrisa que se disipa apenas iniciada.

¡Los amigos de la niñez! Queridos, sí, sobre todos, cuando

hemos vivido juntos hasta en los años de la juventud; pero de lo contrario, ¿qué son sino fantasmas? ¡Y la infancia misma! ¡No he podido nunca comprender por qué muchos echan de menos aquellos años, años en que á decir verdad no se padece, pero en que tampoco se piensa, ni se trabaja, ni se cree, ni se prorrumpen en esos accesos de llanto abrasador y amargo que purifican el alma y hacen levantar la frente altiva y radiante de esperanza y de nuevo ánimo! ¡Oh! ¡Es preferible mil veces sufrir, trabajar, luchar y llorar, á esfumar la vida con esa risa continuada é insubstancial, que nace de nada y de nada se apacienta y de nada se turba! Es preferible estar en la brecha, ensangrentado, á hallarse rodeado de flores, soñando.

II

Encontré mis primeros y más queridos amigos, á los diez y siete años, en un soberbio palacio, que estoy viendo siempre como si ayer hubiera salido de él. Veo sus espaciosos patios, sus grandes pórticos, los salones adornados de columnas, estatuas y bajos relieves, y en medio de todas estas cosas bellas y magníficas, que traen á la memoria los antiguos palacios reales, largas filas de camas, bancos de escuela, ropas colgadas, fusiles y dagas. Quinientos jóvenes andan diseminados por los patios, por los corredores, por las escaleras; un sordo rumor, interrumpido por gritos agudos y sonoras carcajadas, se difunde hasta los más apartados ámbitos de aquel vasto edificio. ¡Qué movimiento! ¡Qué vida! ¡Qué variedad de tipos, de expresiones y de acentos! Jóvenes de formas atléticas, con largos bigotes hirsutos y voces estentóreas; jovencillos delgados y esbeltos como doncellas; caras morenas y ojos sicilianos negrísimos, y cabelleras blondas, y pupilas azules del Norte; gesticulaciones violentas

de napolitanos, vocerío argentino de toscanos, charla acelerada de venecianos; cien corrillos, cien dialectos; aquí cantos y conversaciones clamorosas, saltos y palmadas; adolescentes de todo origen, hijos de duques, de senadores, de tenderos, de empleados, de generales; una sociedad abigarrada, que tiene algo del colegio, del convento y del cuartel; donde se habla de mujeres, de guerra, de novelas, de reglamentos; donde se cruzan hablillas de mujerzuelas y se incuban secretas ambiciones varoniles; una vida llena de tedios mortales y de alegrías desenfrenadas, una confusión de sentimientos, de tareas y de casos dolorosos, extravagantes y amenísimos, de la cual podría sacar una obra maestra la pluma de un gran humorista.

Es la Escuela militar de Módena en 1865.

III

No puedo pensar en los dos años que allí pasé, sin que me asedie una multitud de recuerdos que no me es dado desechar antes de haberlos hecho pasar todos, uno por uno, por mi imaginación, como en una linterna mágica; ora riendo, ora suspirando, ora doblando la cabeza, pero conociendo que todos me son gratos y que, mientras viva, jamás se borrarán de mi mente.

Siempre recuerdo el primer dolor que me causó la vida militar, á los pocos días de entrar en el colegio, lleno de ardiente poesía bélica; una mañana nos repartieron las gorras, y todos los alumnos de la compañía encontraron una que les venía bien, y yo fui el único que no la encontré, pues todas me resultaban estrechas, y el capitán enojado se volvió á mí diciéndome: «¿Sabe usted que tiene poca gracia el que por usted solo se haya de abrir otra vez el almacén?» Y un momento después añadió: «¡Cabezota!» ¡Dios eterno! ¿Qué sentí en aquel instante en mi

corazón? «¿Y he de ser soldado?, dije para mí; ni por pienso; ¡antes pedir limosna, antes morir!»

Me acuerdo también de un oficial, soldado veterano, algo corto de alcances, pero bueno, que siempre me miraba sonriendo, desde los primeros días, sin que yo acertara por qué; esto me mortificaba, y quería pedirle una explicación y decirle que no estaba dispuesto á ser el hazmerreir de nadie, cuando una tarde me llamó, y después de darme á entender que le habían dicho una *cosa* de mí y deseaba saber si era verdad, me exigió le respondiera francamente, porque no era cosa que me perjudicase; finalmente, sonriendo, tosiendo y mirándome de soslayo, me dijo al oído: «¿Es cierto que es usted poeta?»

Me acuerdo de las insuperables dificultades con que tropezaba para el desempeño de mis deberes manuales, especialmente para pegarme los botones, pues á cada punto que daba se me escapaba la aguja de la mano y acababa por hacer una red de hilos que parecía una telaraña, y el botón colgaba más que antes, con gran hilaridad de mis compañeros, gran desconsuelo mío y grave escándalo del sargento de escuadra, que me decía: «Usted será muy bueno para hacer versos; mas para pegar botones, *está usted atrasado cien años*,» terrible sentencia que me hacía retroceder de punta en blanco al siglo XVIII y no me dejaba sosegar.

Veo aún el vastísimo refectorio, en el que habría podido hacer el ejercicio un batallón de soldados; veo aquellas largas mesas, aquellas quinientas cabezas inclinadas sobre los platos, aquel movimiento acelerado de quinientos tenedores, de mil manos y de diez y seis mil dientes; aquel enjambre de criados que iban de acá para allá, llamados, solicitados, gritados de cien partes; y oigo aquel estrépito de platos, aquel murmullo ensordecedor, aquellas voces medio ahogadas entre los bocados: «¡Pan!, ¡pan!»

y me parece sentir aún aquel apetito formidable, aquel hercúleo vigor de mandíbulas, aquella exuberancia de vida y de alegría que entonces tenía.

Cambiada la escena, me encuentro encerrado en una celda del quinto piso, poco más alta y poco más larga que yo, con un cántaro de agua al lado y un pedazo de pan negro en las manos, con los cabellos despeinados, la barba larga y el retrato de Silvio Pellico á la vista: condenado á diez días de encierro por haber dirigido un discurso de gracias al profesor de química, el día de su última lección, *contraviniendo así lo dispuesto en el artículo tal del reglamento, que prohíbe hacer uso de la palabra en público* en nombre de los compañeros. Y oigo aún al Mayor, que me dice: «En el transcurso de su vida no se deje usted llevar nunca de la imaginación;» y me cita el ejemplo del poeta Regaldi, su antiguo condiscípulo, á quien sucedió no sé qué desgracia por una salida análoga á la mía, y concluye por decirme que «la poesía siempre ha obligado á hacer majaderías.»

En fin, me vuelvo á ver rodeado de todas aquellas cosas como si realmente viviese de nuevo aquella vida; las compañías que pasan de noche y en completo silencio por los largos corredores alumbrados con un farolillo en el fondo; los profesores en la cátedra, que nos atruenan los oídos con Gustavo Adolfo, Federico el Grande y Napoleón; las grandes aulas llenas de caras inmóviles, los espaciosos dormitorios oscuros, en los cuales se percibe el sonido de cien respiraciones; el jardín, la plaza, los baluartes, las calles tortuosas de Módena, los cafés llenos de alumnos que devoran pasteles, las puertecillas de las casas transpuestas cautelosamente, los almuerzos en el campo, los paseos en carruaje á los pueblos vecinos, las intriguillas, los estudios, las rivalidades, las melancolías, las enemistades, los afectos.



Me encuentro encerrado en una celda del quinto piso

IV

Pocos días antes de sufrir los exámenes para ser promovidos á oficiales, se nos concedió permiso para estudiar donde quisiéramos. Eramos doscientos del segundo curso, y todos nos diseminamos por el palacio por grupos de cinco ó seis, según nos unía la simpatía, y nos pusimos á trabajar desesperadamente, cada grupo en su cuarto, no suspendiendo la tarea sino para hablar de nuestros exámenes y de nuestro porvenir.

¡Cuánta alegría en aquellas conversaciones y qué previsiones tan risueñas! Después de dos años de encierro, de pronto la libertad, las charreteras y la vuelta al seno de la familia. Cada uno de nosotros, además de la satisfacción, común á todos, de ser promovido á oficial, tenía otra particular. Para uno consistía en eximir de una carga á la familia, que vivía con estrechez á fin detenerle en el colegio, y poder decir de allí á pocos días: «Tengo diez y nueve años y no necesito ya de nadie.» Para otro era el placer de entrar algún día, vestido de gran uniforme, dando fuertes pisadas y arrastrando el sable, en una casa silenciosa y tranquila, donde le esperaba un anciano tío generoso que siempre le había querido y protegido. Para un tercero era la alegría de poder subir, con su despacho en el bolsillo, por una escalera muy conocida, y llamar imperiosamente á una puerta detrás de la cual oiría á los pocos momentos la voz de una jovencita que gritaba: «¡Es él!» quizás una prima de la que se había despedido dos años antes, en presencia de los padres, estimulado con las consabidas palabras: «Ve, estudia, hazte hombre, y luego veremos.» A todos nos parecía vernos rodeados de los niños que nos tocaban el sable, de las muchachas que nos hacían señas, de los ancianos que nos ponían la mano

en el hombro, y de una madre que exclamaba: «¡Qué guapo estás!» y pasábamos todos los trabajos del mundo para librarnos de tanta gente y ponernos otra vez á estudiar, y decíamos entre nosotros: «¡Sí, sí, veremos; mas por ahora dejadnos en paz!»

Después, cada cual según su índole, sus hábitos y sus designios, hablaba de los regimientos, las provincias, las ciudades á las que preferiríamos que nos enviasen. Había quien deseaba el bullicio y la alegría de los grandes carnavales de Milán, y no pensaba más que en teatros, bailes y animadas cenas de amigos. Otro soñaba con un ameno pueblo de Toscana, en la cumbre de una colina, donde poder gozar de una hermosa y apacible primavera, con sus treinta soldados, recogiendo proverbios y canciones de las aldeanas de los contornos. Otro quería que le enviaran á un fuerte solitario de los Alpes, entre peñas y barrancos, para poder reanudar sus estudios con entero recogimiento. Uno prefería la vida aventurera en los bosques de Calabria, otro el espectáculo de una grande y laboriosa ciudad marítima, y un tercero una isleta del mar Tirreno. Recorriamos y nos repartíamos esta Italia cien veces al día como hubiéramos hecho con un jardín de nuestra propiedad, y cada cual ponderaba las maravillas de la parte escogida, y conveníamos en que todas eran hermosas y gratas á su modo. ¡Y después, la guerra! La guerra se debía emprender. Bastaba proferir esta palabra para dejar los libros á un lado y empezar á hablar y hablar, levantando gradualmente la voz y encendiéndose en la cara. Para nosotros la guerra era como una visión sobrehumana en la que se perdía la mente con una especie de embriaguez fantástica; era un lejano horizonte color de rosa, en el cual se divisaban los oscuros contornos de gigantescas montañas, y por sus laderas subían impetuosamente falanges interminables á banderas desplegadas, al son de músicas alegres; y entre los millares de

asaltantes, en los puntos más culminantes, se destacaban nuestras figuras claras y distintas, muy adelantadas á las de los demás, blandiendo el sable, y en las laderas opuestas una espantosa diseminación de soldados, caballos y cañones hacia un abismo ignorado, entre tinieblas. Una medalla al valor militar. ¿Y quién no la habría merecido? ¡Perder la batalla! ¿Acaso los italianos podían perderla? ¡Morir! ¿Qué importaba morir? ¿Y nosotros podíamos morir á los diez y nueve años? ¿Quién sabe cuántas extrañas y maravillosas aventuras nos esperaban? ¿Quién sabe cuántas cosas habríamos visto? Quizás una expedición lejana, una guerra en Oriente, porque aún no había terminado la cuestión de Oriente: ¿quién sabe? Y cruzábamos con la imaginación mares y montes, y veíamos grandes aprestos de ejércitos y escuadras, y nos abrasábamos de impaciencia, y decíamos para nuestros adentros: «¡Esperad, esperad unos cuantos días para que nos examinemos; también queremos ir nosotros!»

Y por último nos examinamos, obtuvimos el nombramiento de oficiales, y una hermosa mañana del mes de julio nos abrieron las puertas del palacio ducal y nos dijeron: «¡A vuestro destino!» Y nosotros, lanzando todos á la vez un grito penetrante, salimos fuera, y nos diseminamos, como bandada de pájaros, por todos los puntos de Italia.

¿Y ahora?

Han transcurrido seis años, solamente seis años, y ya sería cosa de escribir una novela larga, variada y singular, si quisiéramos reunir y enlazar las vicisitudes más notables ocurridas en la vida de aquellos doscientos compañeros. Yo, que en este espacio de tiempo tuve muchas, y á la vez ocasión de propor-

cionarme noticias de los demás, suelo recordarlas á menudo, reavivar sus imágenes, é interrogarlos uno por uno; y cuanto veo y oigo despierta siempre en mi alma un sentimiento de maravilla mezclado de melancolía. Y helos aquí todos en tropel.

Los que se ofrecen con preferencia á mi vista son ciertos hombres morenos y barbudos, de hombros robustos, que por el momento no recuerdo haber conocido. Y sin embargo me sonríen, y son á la verdad aquellos jovencillos delgados y blancos, que parecían doncellas. Les pregunto: «¿Sois vosotros?» y me contestan: «Sí;» y doy un paso atrás, sorprendido de aquel sí sonoro y profundo en el cual no reconozco ya la antigua voz infantil. ¿Y esos otros? Sus facciones no han cambiado, las formas siguen siendo tan esbeltas y robustas como antes, pero la sonrisa ha desaparecido y los ojos ya no brillan con tanta viveza. «¿Qué os ha sucedido?, pregunto. — ¿A nosotros? Nada, me responden. — ¡Oh! Habría preferido que os hubiera sucedido algo, para no ver que el tiempo, en tan breve espacio, pudiera transformar un rostro de ese modo.» He ahí otros.

Dios mío! ¡También he de ver eso! Una, dos, tres, cinco, ¿será posible? Dejadme mirar mejor: sí, no hay duda; ¡canas! ¡Canas á los veintisiete años! Decid, ¿qué ha pasado? Se encogen de hombros y siguen adelante. Luego veo una larga fila de amigos míos, y muchos de ellos, de los más aturdidos, quién con una criatura en brazos, quién con una ó con dos de la mano. Pero ¿se ha casado ese? ¿Y ese otro es padre de familia? ¡Quién lo hubiera creído! Llegan otros: algunos, cabizbajos y con los ojos encendidos, me hacen una seña; llevan una cinta negra rodeada al brazo. Otros pasan con la cabeza alta, dirigiendo á su alrededor una mirada radiante y tocándose el pecho con el dedo. ¡Ah! Es la medalla del valor militar: ¡qué afortunados! Acércanse otros á paso lento, pálidos, flacos; apenas se les co-

noce. ¿Qué ha sucedido? ¡Ay! En aquellos brazos y en aquellas piernas hercúleas que ostentaban con vanidad juvenil en las orillas del Pánaro; en aquellos miembros lozanos y tornea-



Se introdujeron los escalpelos de los cirujanos en busca de las balas austriacas

dos, que parecía no deber perder el color ni marchitarse nunca; en aquellos cuerpos que se hubieran podido tomar por modelo para representar la salud, la frescura y la fuerza, se introdujeron los escalpelos de los cirujanos en busca de las balas austriacas, y de las carnes laceradas brotaron oleadas de sangre, y cayeron los huesos cortados. ¡Pobres amigos! Sin embargo, se

han quedado entre nosotros para recoger en el afecto y en la gratitud común el premio de sus sacrificios. «Pero ¿dónde está Fulano? — Ha muerto en una marcha á Lombardia. — ¿Y Zutano? — Muerto de un metrallazo en Monte Croce. — ¿Y aquel otro amigo? — Muerto de un balazo en el hospital de Verona. — ¿Y mi vecino de banco? — Muerto del cólera en Sicilia. — ¡Oh, basta! No me digáis nada más.»

Han pasado todos, se alejan, y yo me lanzo con la imaginación á la parte opuesta, por el camino que han recorrido, á fin de buscar las huellas de su paso, y ¡cuántas encuentro y cuán diferentes! Aquí libros y mapas esparcidos por el suelo, con los conceptos de la batalla trazados en medio, y versos llenos de dibujos; una mesilla derribada y un cabo de vela humeante todavía, indicios de una vigilia estudiosa. Allí sillas destrozadas, fragmentos de vasos y pedazos de vestidos de mujer esparcidos. Más allá, en un espacio de terreno desnudo, dos sables ensangrentados, y á una y otra parte muchas huellas profundas y en medio otra mayor, como del cuerpo de un hombre caído. Aquí, en el polvo, un tapete verde rasgado y alrededor naipes y dados. Más allá, entre la hierba, un billete perfumado y un ramillete de violetas marchitas. En otro lado una cruz con la inscripción: «A mi madre.» Y más allá, más allá, otros libros esparcidos, otros billetes, otros naipes, divisas militares, retratos de mujeres, cuentas de sastres, letras, sables, flores, sangre. ¡Oh! ¡Qué vasta tela teje la mente con esos pocos hilos sueltos y rotos! ¡Cuántos afectos, cuántos dolores, cuántas luchas, cuántas locuras, cuántas desdichas se vislumbran y se comprenden! No puede negarse que también se ven virtudes y actos generosos; pero ¡cuánto despilfarro de fuerza y de porvenir!

Y aun cuando no se hubiese despilfarrado nada, aun cuando en estos seis años no se hubiera quitado ningún día siquiera

una hora al trabajo, aun cuando no hubiésemos abierto el corazón á otros afectos sino á aquellos que elevan la mente y serenán la vida, siempre habremos perdido una grande y querida ilusión, la cual, al desvanecerse, se ha llevado consigo una parte de nuestra fuerza y de nuestro porvenir: la ilusión de aquel lejano horizonte de color de rosa en el cual se divisaban los oscuros contornos de gigantescas montañas y falanges interminables lanzadas al asalto con banderas desplegadas, al son de alegres músicas... ¡Una guerra perdida!

¿Y si no hubiésemos perdido esta ilusión, no habríamos perdido otra cosa?

VI

Yo pienso en mí mismo y digo: — ¡Qué distancia media entre los diez y nueve y los veinticinco años! Entonces, dondequiera que fuese, era el más joven, pues los más jóvenes que yo aún no asomaban la cara entre los hombres; y jamás veía á mi alrededor alguno del que no se pudiera decir que me envidiaba algo, juventud, alegría, esperanzas. Y ahora, adonde voy me veo al lado de jovencitos que me miran y me hablan con esa reserva respetuosa que se tiene con los hermanos mayores, y conversando con ellos conozco que debo hacer un esfuerzo para dar á mi conversación una jovialidad que corresponda á la suya, y no me sé dar sosiego, y los miro y me pregunto: «¿De dónde han salido éstos?» Y el otro día, señalando á un amigo una hija suya de seis años, le dije por broma: «¿Quién sabe si me casaré con ella?» Y él me contestó: «No, señor, es usted demasiado viejo.» Y yo, sorprendido, me callé, me puse á contar por los dedos, y repliqué melancólicamente: «Es verdad.» A los diez y nueve años, no veía niña de aquella edad de la que no pudiese

decir: «Será mi mujer.» La generación que seguía era aún toda para mí; ahora para mucha gente estoy ya demasiado avanzado en el camino de la vida. Y el porvenir, que entonces se me aparecía como algo vago y luciente, en donde mi fantasía podía trazar las cosas más bellas y más queridas, sin que la razón encontrase nunca nada que objetar, empieza ahora á delinarse, á teñirse de colores, á tomar forma, y adivino á poca diferencia lo que será; veo mi camino trazado, y mi meta distinta, y ¡adiós grandezas y maravillas! ¡Y los hombres? ¡Buen Dios! Yo no soy desconfiado por naturaleza, no me inclino á ver el mal con preferencia al bien en las cosas de este mundo; al contrario, en mi modesta esfera no tengo más que dar gracias á todos por todo, y á menudo me indispongo con algún amigo á quien digo riendo: «Amo al género humano;» y me contesta: «Aguarda, que también te llegará tu hora.» Y sin embargo, ¡cuánto he perdido ya de ese confiado abandono de las amistades de diez y nueve años, de ese sentimiento de admiración, que se distendía como un muelle al más leve contacto, hacia todos los hombres de los cuales oía ponderar algún mérito, cualquiera que ese hombre fuese y cualquiera también quien le encomiase! Dos, tres desengaños han bastado para contener por siempre el muelle, y ahora me pregunto: «¿Será verdad?» y la duda me vuelve al cuerpo las calurosas é ingenuas palabras de afecto que en otro tiempo brotaban de mis labios á pesar mío. Muchos libros, que me hacían derramar lágrimas, no me las hacen verter ya; al leer versos ya no me tiembla la voz como antes; no río ya con aquella risa irresistible y sonora que algún día repercutía en las habitaciones más apartadas de mi casa. Y cuando me miro al espejo, ¿es ilusión mía ó realidad? Noto que en mi cara hay algo que no tenía á los diez y nueve años, un no sé qué en los ojos, en la frente, en los labios, que no aparece en los otros, pe-

ro que yo veo y me molesta. Y recuerdo las palabras de Leopardi: *A los veinticinco años comienza á marchitarse la flor de*



Y cuando me miro al espejo...

la juventud. ¿Pues qué? ¿Yo me marchito? ¿Estoy ya en el declive de la vida? ¿He andado ya tanto camino? ¡Ah, sí! De la Escuela de Módena han salido ya otros mil oficiales más jóvenes que yo; los oigo á mis espaldas, que murmuran, me empu-

jan y me dicen: «¡Adelante!» ¡Esto es un horror! Dejadme respirar, deteneos un minuto: ¿qué necesidad hay de devorar el camino? Quiero permanecer aquí, inmóvil, firme como una columna; ¡atrás todos! Pero el terreno está inclinado y liso, y el pie resbala y no sabe dónde afirmarse. ¡Compañeros, amigos de los diez y nueve años! Venid, apretémonos, aferrémonos unos á otros, no nos dejemos empujar, resistamos. ¡Maldición! ¡Falta el terreno á mis plantas!

VII

Pero ¿qué? Son tétricos ensueños de días lluviosos; asoma el sol y el alma se serena con el cielo. Y al breve desaliento sucede siempre un estado de ánimo, en virtud del cual me parece tan insensato y tan cobarde el alarmarse por una simple alteración de la cara, y echar de menos la loca alegría de la primera juventud, y querer rebelarse con un arranque de rencor despechado contra las leyes de la naturaleza, que me avergüenzo, me sacudo, me yergo con energía, recobro mi fe, mis esperanzas, mis propósitos, y me entrego de nuevo al trabajo con una resolución llena de arrogancia y de júbilo. Y en tales momentos me siento bastante fuerte para esperar con la frente serena los treinta años, los desengaños, las canas, los dolores, los achaques, la vejez, con los ojos de la mente fijos ante mí, lejos, en un punto luminoso que me parece que va agrandándose á medida que ando. Y sigo adelante con más valor, y á un enjambre de gente embriagada y clamorosa que me dice: «¡Con nosotros!» le contesto orgullosamente: «¡No!» y á una muchedumbre de jóvenes melancólicos que me dicen bajando la cabeza: «¡Quizás no sea verdad!» le contesto sin apartar los ojos de aquel punto, con voz alegre y entusiasta: «¡No!» y á una multitud de hom-

bres graves y soberbios que tocándome y enseñándome sus papeles y sus libros me dicen con sonrisa de compasión y de desdén: «¡Es un sueño!» les respondo siempre mirando allí, con grito que me sale del fondo del alma, como si viese aparecer ante mí una persona difunta: «¡No!» Que vengan en tal momento á decirme que he de envejecer y morir: ¿qué me importa? ¡Trabajo, creo, espero!

VIII

Y á la mayor parte de mis antiguos compañeros les ha sucedido y sucede lo mismo. Tienen las caras más serias, ó como Leopardi quiere que se diga, más tristes, y con las caras se han vuelto serias también las almas. He hablado de los cambios que me lastimaban, pero los hay asimismo que me consuelan. Encuentro alguno de mis camaradas, de aquellos que tenían menos juicio y menos fundamento, y me maravillo de oírlos hablar como hablan de patria, de trabajo, de deberes que cumplir, de porvenir que preparar. Se ha producido en los ánimos un trastorno general, y quizás en virtud de muchos casos ocurridos en estos pocos años, además de general, precoz. En algunos una secreta combinación, en otros el cuidado de la familia, en muchos la saciedad de la vida disipada, en no pocos una sincera y espontánea pasión por los estudios, surgen de improviso en medio del aburrimiento de los ocios de la vida de guarnición; han reunido las vagas ideas y recogido con un objeto determinado las fuerzas dispersas; han producido la costumbre de la reflexión y encaminado las mentes hacia los grandes problemas de la vida; han dado á todos un porqué de esta vida y enseñado el camino que debían recorrer, y les han dejado sin tiempo para echar de menos inútilmente el pasado.

jan y me dicen: «¡Adelante!» ¡Esto es un horror! Dejadme respirar, deteneos un minuto: ¿qué necesidad hay de devorar el camino? Quiero permanecer aquí, inmóvil, firme como una columna; ¡atrás todos! Pero el terreno está inclinado y liso, y el pie resbala y no sabe dónde afirmarse. ¡Compañeros, amigos de los diez y nueve años! Venid, apretémonos, aferrémonos unos á otros, no nos dejemos empujar, resistamos. ¡Maldición! ¡Falta el terreno á mis plantas!

VII

Pero ¿qué? Son tétricos ensueños de días lluviosos; asoma el sol y el alma se serena con el cielo. Y al breve desaliento sucede siempre un estado de ánimo, en virtud del cual me parece tan insensato y tan cobarde el alarmarse por una simple alteración de la cara, y echar de menos la loca alegría de la primera juventud, y querer rebelarse con un arranque de rencor despechado contra las leyes de la naturaleza, que me avergüenzo, me sacudo, me yergo con energía, recobro mi fe, mis esperanzas, mis propósitos, y me entrego de nuevo al trabajo con una resolución llena de arrogancia y de júbilo. Y en tales momentos me siento bastante fuerte para esperar con la frente serena los treinta años, los desengaños, las canas, los dolores, los achaques, la vejez, con los ojos de la mente fijos ante mí, lejos, en un punto luminoso que me parece que va agrandándose á medida que ando. Y sigo adelante con más valor, y á un enjambre de gente embriagada y clamorosa que me dice: «¡Con nosotros!» le contesto orgullosamente: «¡No!» y á una muchedumbre de jóvenes melancólicos que me dicen bajando la cabeza: «¡Quizás no sea verdad!» le contesto sin apartar los ojos de aquel punto, con voz alegre y entusiasta: «¡No!» y á una multitud de hom-

bres graves y soberbios que tocándome y enseñándome sus papeles y sus libros me dicen con sonrisa de compasión y de desdén: «¡Es un sueño!» les respondo siempre mirando allí, con grito que me sale del fondo del alma, como si viese aparecer ante mí una persona difunta: «¡No!» Que vengan en tal momento á decirme que he de envejecer y morir: ¿qué me importa? ¡Trabajo, creo, espero!

VIII

Y á la mayor parte de mis antiguos compañeros les ha sucedido y sucede lo mismo. Tienen las caras más serias, ó como Leopardi quiere que se diga, más tristes, y con las caras se han vuelto serias también las almas. He hablado de los cambios que me lastimaban, pero los hay asimismo que me consuelan. Encuentro alguno de mis camaradas, de aquellos que tenían menos juicio y menos fundamento, y me maravillo de oírlos hablar como hablan de patria, de trabajo, de deberes que cumplir, de porvenir que preparar. Se ha producido en los ánimos un trastorno general, y quizás en virtud de muchos casos ocurridos en estos pocos años, además de general, precoz. En algunos una secreta combinación, en otros el cuidado de la familia, en muchos la saciedad de la vida disipada, en no pocos una sincera y espontánea pasión por los estudios, surgen de improviso en medio del aburrimiento de los ocios de la vida de guarnición; han reunido las vagas ideas y recogido con un objeto determinado las fuerzas dispersas; han producido la costumbre de la reflexión y encaminado las mentes hacia los grandes problemas de la vida; han dado á todos un porqué de esta vida y enseñado el camino que debían recorrer, y les han dejado sin tiempo para echar de menos inútilmente el pasado.

Hemos entrado en la segunda juventud con algún desengaño, con un poco de experiencia y con la persuasión de que la felicidad — ese poco de ventura que se puede gozar en la tierra — no se obtiene agitándose y renegando y gritando al cielo y á la tierra «¡La quiero!» sino que se saca poco á poco de la parte más íntima del alma con la larga constancia de una quietud laboriosa. A las esplendorosas visiones han sucedido las esperanzas modestas, á los grandes designios los firmes propósitos, á las fulgurantes imágenes de la guerra, diosa anunciadora de embriagueces y de gloria, la imagen de Italia, madre que no promete — y esto basta — más que el elevado consuelo de haberla amado y servido.

IX

Y nuestro ánimo ha salido con mayor entereza del dolor de la guerra perdida.

Paréceme columbrar un día en que de un extremo á otro del país se repetirá el terrible grito: «¡Ya llegan!» y en que nosotros nos levantaremos, pálidos y altivos, contestando: «Los esperamos.» Entonces, por las calles de las ciudades, llenas de gente, de soldados, de caballos y de carros, al eco del nombre de Italia, entre el estrépito de las armas y el clamor de las trompetas, mis doscientos compañeros se encontrarán de nuevo; yo los volveré á ver, á muchos tan sólo una hora, á algunos quizás un momento, de noche, en una estación del ferrocarril, á la luz de las antorchas; nos veremos y nos saludaremos en silencio, apretándonos con fuerza la mano y mirándonos á los ojos.

No más gritos, no más cantos, no más alegrías bulliciosas, no más ensueños de marchas triunfales, no más aquel confiado y ligero «¡Hasta la vista!» con que se vela la imagen de la muer-

te y se alimenta, más que el valor, la esperanza; tan sólo nos diremos «Adiós,» y este adiós será una promesa recíproca, un pacto, un voto; aquel adiós querrá decir: «Esta vez no se *debe* bajar la ladera opuesta de la montaña; yo me quedaré en la cumbre y tú también.»

Y á menudo, por largo espacio de tiempo, me forjo en la imaginación campos de batalla lejanos, en los cuales se juegan los destinos de Italia. Vuelo con el pensamiento de valle en valle, de monte en monte, y en todos los pasos más difíciles y en todos los sitios más peligrosos, me figuro encontrar un amigo de colegio, encanecido, ya coronel ó general, al frente de su regimiento ó de su brigada, y me complazco en figurármelo en el momento en que, acometido por numerosas fuerzas enemigas, dirige la resistencia.

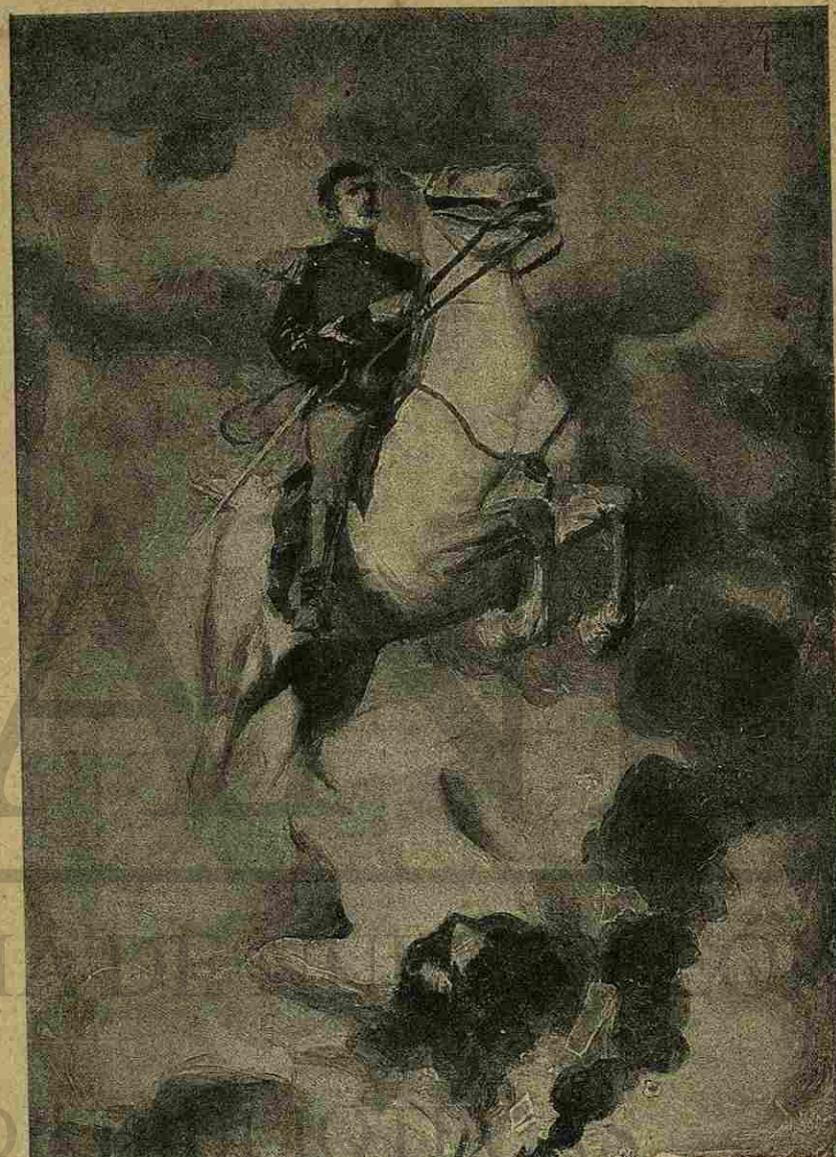
Las dos partes beligerantes vienen á las manos; y él, desde la cima de una altura, observa el combate trabado en el valle. ¡Pobre amigo! Quizás en aquel punto se decide de su vida y de su honor; treinta años de estudios, de sacrificios, de esperanzas, están á punto de ser coronados de gloria ó dispersados como un puñado de polvo, allí en aquella verde cumbre que se extiende ante él, y todo depende de una nimiedad.

Y él observa, inmóvil, pálido, con toda el alma concentrada en los ojos, y le tiembla el sable en la mano convulsa. Yo estoy á su lado y le miro la cara, y experimento involuntariamente todas sus zozobras, y siento todo lo que siente, lo oigo, vivo en él. «Ánimo, amigo; has infundido en tus soldados tu alma generosa; vencerán, no te desalientes. Ese movimiento incierto que ves hacia el ala derecha, no es más que una dispersión momentánea ocasionada por la desigualdad del terreno; no retrocederán, no; oye, los gritos resuenan con más fuerza, los disparos son más frecuentes, el último batallón ha entrado también

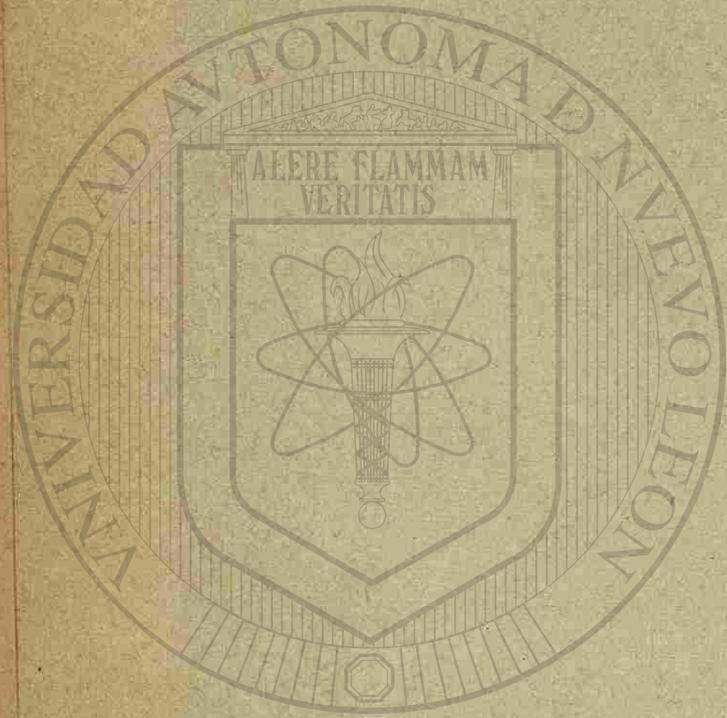
en fuego, todos tus soldados combaten.» ¡Ah! Ahora sí que recorre afanosamente con la vista toda la extensión de la línea de batalla; pierde el color; este es el momento crítico: su vida parece en suspenso. ¿Qué significan esas voces lejanas? ¿Qué llamada es esa que le sube al rostro? ¿Esa sonrisa, esa mirada al cielo? ¡Han vencido! Mas ¡por Dios!, antes de partir, vuélvete un momento, detén ese caballo: soy yo, ¿oyes?, un amigo de colegio: alargá los brazos, dame un beso, y ahora anda, vuela adonde están tus soldados, y que Dios te acompañe. — Ha lanzado su caballo á galope, llega al fondo del valle; ha desaparecido.

Y ¡quién sabe cuántos de mis compañeros se encontrarán un día, una hora de su vida, en semejante caso! ¿Quién sabe si muchos de ellos harán ilustres sus nombres con algún gran servicio prestado á la patria, si alguno de esos nombres adquirirá popularidad, si yo mismo veré alguna vez pasar por las calles de una ciudad italiana á un antiguo compañero de clase, de mesa ó de lecho, con grande uniforme de general, montado en un caballo blanco cubierto de flores y entre dos compactas filas de pueblo que le aclama? ¿Y quién sabe también si algún día iré á llamar á la puerta de uno de ellos para echarle los brazos al cuello apenas se me presente — pálido, triste, envejecido diez años en el espacio de pocos meses; — si me dirigirá á él para consolarle, para decirle que la sentencia del país ha sido injusta, que aún es grande el número de los que no asumen la responsabilidad del desastre, que llegará tiempo en que se calmarán las pasiones y se honrará á las víctimas de las sentencias dictadas con ligereza, que su nombre es aún respetado y querido, que no se amilane, que cobre ánimo y espere?

¡Ah! Cuando pienso en las rudas pruebas por que han de pasar muchos si viven, en el bien que podrán hacer á su patria, en



Ha lanzado su caballo á galope



el precio inestimable que deberán pagar por su gloria; cuando pienso en estas cosas yo que me separé del ejército, conozco que por no quedar á la zaga de mis compañeros en pagar mi deuda de gratitud á la patria, deberé trabajar sin reposo, velar todas las noches sobre los libros, conservar con rigurosa morigeración de costumbres mi vigor juvenil para dedicarlo lozano y entero á las tareas de la mente; llevar una vida inmaculada para adquirir el derecho de predicar la virtud, y mantener viva y pura esta llama de afecto de la cual consigo á veces transfundir una chispa al pecho de los demás; estudiar el pueblo, los niños, los pobres y escribir para ellos; no dejar que salga nunca de mi pluma una palabra innoble, sacrificar todas mis fantasías al bien común, no desanimarme por ninguna contrariedad, no ir jamás en busca de lisonjas, no desear, no esperar nada, excepto un día en que pueda decirme á mí mismo: «He hecho cuanto podía, no he sido un hombre inútil, y esto me basta.»

X

¿Qué idea me cruza por la imaginación, ahora que estoy á punto de terminar? Quisiera tener aquí un jovencillo de diez y siete años, de buena índole y de costumbres agradables, pero poco conocedor del corazón humano, como lo somos todos á esa edad, y poniéndole una mano en el hombro, decirle amistosamente: «¿Quieres proporcionarte desde ahora un motivo de paz y de seguridad para el porvenir? Trata á tus amigos con las mismas consideraciones que tendrías con una mujer, porque, créeme, no hay ofensa ó palabra amarga ó desaire dirigido á uno de ellos (ya sea disculpable ó se olvide largo tiempo) que un día ú otro no acuda á la memoria, y no moleste ó enoje.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al cabo de muchos años, recordando á mis amigos lejanos, me acuerdo de una cuestión que tuve con uno de ellos, de las frases acaloradas que crucé con otro, del propósito formado y mantenido muchos meses de no dirigir la palabra á un tercero — niñadas; — y sin embargo, ¡cuánto me alegraría de no tener que echarme en cara ninguna de estas niñadas! Y aun cuando esté seguro de que en los demás han dejado tan poca huella como en mí, ¡cuánto deseo siempre que se presente ocasión de poder cerciorarme mejor disipando hasta la última sombra que por casualidad hubiese quedado!

Cuando se llega á esa edad en que comienza á acercarse el término de la juventud y se piensa en los años transcurridos tan pronto, y en los otros que pasarán aún más de prisa, y en el poquísimos bien que se ha hecho y en el poquísimos que nos queda tiempo de hacer, ese sentimiento de orgullo que á veces nos hace duros y enojosos para los amigos, nos parece una cosa tan mezquina, ridícula y despreciable, que si se pudiese, volveríamos atrás para emprender desde el principio todas las discusiones con el tono más suave de nuestra voz, para extender muchas veces la mano en actitud de pedir paz. ¡Cuántas veces recordaremos el pasado, encogiéndonos de hombros, para buscar á los amigos ofendidos y decirles mirándoles á los ojos: «No es nada, ¿verdad?»

XI

¡Queridos amigos! Aunque sólo fuera porque vi por primera vez con vosotros toda mi patria, ¿cómo podrá mi pensamiento no volar siempre á vosotros y mi corazón no desearos? Cuando desde el buque vi blanquear á lo lejos la inmensa curva del golfo de Nápoles, y junté impetuosamente las manos, y reí, y pen-

sé en mi madre y exclamé: «¡Es un sueño!» cuando desde la cumbre del monte del Noviciado abarqué por vez primera de una sola mirada la ciudad de Mesina, el estrecho, los Apeninos, el cabo Spartivento, y dije para mí con un sentimiento casi de tristeza: «¡Aquí termina Italia!» cuando en la cima del Monte Croce vi por vez primera, más allá de la dilatada campiña que hormigueaba de regimientos austriacos, las torres de Verona y extendí los brazos con un arranque de júbilo, gritando como si temiera que huyesen: «¡Esperad!» cuando vi por vez primera, desde la altura de Fusina, lejana, azul, fantástica, la ciudad de Venecia, y exclamé con lágrimas en los ojos: «¡Divina!» cuando divisé por vez primera, desde las eminencias de Monterotondo, á Roma circundada del humo de nuestras baterías, y exclamé estremecido: «¡Es nuestra!» siempre tuve al lado uno de vosotros, que sobrecogido de la misma emoción, me cogió de un brazo, me sacudió y me dijo: «¡Qué hermosa es Italia!» siempre alguno de vosotros alternó conmigo la risa, las lágrimas y los versos.

No hay punto de Italia, ni caso agradable, ni conmoción profunda que yo recuerde sin que me parezca oír el rumor de un sable, que dice: «¡Aquí estoy!» sin que me parezca estrechar la mano de uno de vosotros, sin que me pregunte dónde se encuentra ese uno y qué hace y qué piensa y si á su vez recuerda los hermosos días pasados juntos. ¡Oh! Podré encontrar en la vida gran número de otros amigos íntimos, leales, generosos, cuyas imágenes sonrientes se me presentan en tropel á cada momento; pero más allá de este tropel, sobre todas aquellas cabezas, veré siempre ondear á lo lejos vuestros penachos y relucir los números de vuestras gorras, y correré siempre hacia vosotros para deciros: «Hablemos de nuestro colegio, de nuestros viajes, de guerra, de soldados, de Italia.»

XII

Muchos de nosotros, antiguos compañeros de colegio, llegaremos sin duda á ver el siglo xx. ¡Extraña idea! Comprendo que se pasará del 1900 al 1901, como se habrá pasado del 99 al 100 y como se pasa de éste al siguiente. Sin embargo, me parece que al despuntar el primer día del nuevo siglo se deberá experimentar la sensación del que, llegado á la cumbre de una alta montaña, ve ante sí nuevas tierras y nuevos horizontes. Me parece que en esa mañana se nos revelará algo imprevisto y maravilloso; que nos sentiremos sobrecogidos de cierto espanto al vernos tan cerca; que nos parecerá haber sido lanzados por una fuerza oculta de un borde á otro de un dilatado abismo.

¡Fantasías! Presiento lo que seremos en aquellos años, y no sólo lo presiento, sino que lo veo. Veo una sala con una chimenea á un lado, ó mejor dicho, muchas salas con muchas chimeneas, y muchos viejos delante del fuego, sentados en un sillón é inclinada la cabeza; pero más allá un velador con una luz en medio y alrededor un círculo de niños, que podrán ser hijos ó sobrinos y que en un momento dado se acercarán al padre ó al tío, diciendo en voz baja: «Está durmiendo;» y se ríen de la expresión grotesca que habrá tomado en el sueño nuestro rostro lleno de arrugas.

Y quizás entonces nos despertaremos; los niños nos rodearán y querrán que les contemos historietas de tiempos ya remotos, y nos preguntarán con viva curiosidad:

— Tío, ¿conoció usted al general Garibaldi?

— Papá, ¿ha tenido usted ocasión de ver de cerca al rey Víctor Manuel?



Abuelito, ¿tuvo V. ocasión de oír hablar al conde de Cavour?

— Abuelito, ¿tuvo usted ocasión de oír hablar al conde de Cavour?

— Ya lo creo, muchas veces.

— Y dígame usted, ¿cómo eran? ¿Se parecían mucho á sus retratos? ¿Cómo hablaban?

Y les diremos muchas cosas, y poco á poco, recordando, contando, describiendo, nuestra voz adquirirá el antiguo vigor, y se nos encenderán las mejillas, y será para nosotros una gran satisfacción ver cómo brillan aquellos ojos vivaces, y cómo aquellas frentes inocentes se levantan con arrogancia y aquellas manecitas blancas hacen un ademán á cada pausa como para decirnos: «Cuenta usted más.»

¿Y quién sabe lo que entonces habrá sucedido en la faz de la tierra? ¿Será rey de Italia Víctor Manuel III? ¿Estarán los bersaglieri en Trento? ¿Será gobernador de Túnez algún amigo nuestro, empleado hoy en el ministerio de la Gobernación? ¿Habrá pasado Francia por otra serie de imperios, repúblicas, comunas y monarquías? ¿Habremos tenido la amenazadora invasión de los pueblos del Norte? ¿Habrá recibido también Inglaterra su varapalo? ¿Habremos probado un poco de Comuna? ¿Habrá nacido un gran poeta? ¿Se habrá reformado la Iglesia? ¿Se habrá rehecho Roma? ¿Tendremos aún ejércitos? ¿Qué seremos en nuestro país? ¿Qué habremos hecho? ¿Cómo habremos vivido?

¡Ah! Sea lo que quiera lo que suceda ó la suerte que nos espera, si hemos trabajado, amado, querido, las tardes que sentados en un sillón de brazos, en la galería de nuestra casa, á los últimos rayos de sol, pensaremos en nuestras familias, en nuestros amigos, en los montes y colinas, en los carnavales y en las islas del mar Tirreno con que soñábamos en el colegio, nos entristecerá la idea de tener que abandonar en breve tan-

tas almas queridas y una patria tan bella; pero también brillará en nuestro rostro esa sonrisa tranquila y serena, que es como la aurora de una nueva juventud y que endulza la amargura de la despedida con la tácita promesa: ¡No ha de ser para siempre!



CAMILA

I

Como una anciana señora de la ciudad de *** necesitase una criada, escribió á una amiga residente en una ciudad vecina rogándole que le enviara la suya, pues aquella amiga debía marchar en breve de Italia.

No se hizo esperar la contestación, que fué afirmativa. «La muchacha, decía la carta, saldrá mañana. No puedo dar á usted informes acerca de su familia, porque se ha negado á ello y yo no he podido proporcionármelos, pues ni siquiera ha querido decirme de qué tierra es. Si otra mujer se hubiese empeñado en guardarme ese secreto, le habría contestado: No me diga usted nada y vaya con Dios. Pero con esa joven no tuve tal resolución, pues me pareció desde luego tan buena, tan honrada y tan agradable, que hube de admitirla sin meterme en más averiguaciones. Quizás tenga que avergonzarse de sus parientes, y por eso no querrá que se los conozca. Sea de ello lo que fuere, estoy íntimamente persuadida de que ella no tiene la culpa de ese misterio. Se la envió á usted, pues, sin temor. Téngale alguna consideración, y ahórrele fatigas, porque está débil y enfermiza. Y además, sepa usted que es bonita.»

Llegó la joven, se presentó á la señora tímidamente, sonreía con agrado, gustó y quedó admitida. Se llamaba Camila. En realidad no era bella, sino simpática; un poco pálida y melancólica, y únicamente sonreía cuando le hablaban, por cortesía.

Desde los primeros días la señora procuró averiguar algo

tas almas queridas y una patria tan bella; pero también brillará en nuestro rostro esa sonrisa tranquila y serena, que es como la aurora de una nueva juventud y que endulza la amargura de la despedida con la tácita promesa: ¡No ha de ser para siempre!



CAMILA

I

Como una anciana señora de la ciudad de *** necesitase una criada, escribió á una amiga residente en una ciudad vecina rogándole que le enviara la suya, pues aquella amiga debía marchar en breve de Italia.

No se hizo esperar la contestación, que fué afirmativa. «La muchacha, decía la carta, saldrá mañana. No puedo dar á usted informes acerca de su familia, porque se ha negado á ello y yo no he podido proporcionármelos, pues ni siquiera ha querido decirme de qué tierra es. Si otra mujer se hubiese empeñado en guardarme ese secreto, le habría contestado: No me diga usted nada y vaya con Dios. Pero con esa joven no tuve tal resolución, pues me pareció desde luego tan buena, tan honrada y tan agradable, que hube de admitirla sin meterme en más averiguaciones. Quizás tenga que avergonzarse de sus parientes, y por eso no querrá que se los conozca. Sea de ello lo que fuere, estoy íntimamente persuadida de que ella no tiene la culpa de ese misterio. Se la envió á usted, pues, sin temor. Téngale alguna consideración, y ahórrele fatigas, porque está débil y enfermiza. Y además, sepa usted que es bonita.»

Llegó la joven, se presentó á la señora tímidamente, sonreía con agrado, gustó y quedó admitida. Se llamaba Camila. En realidad no era bella, sino simpática; un poco pálida y melancólica, y únicamente sonreía cuando le hablaban, por cortesía.

Desde los primeros días la señora procuró averiguar algo

respecto á su familia. Se turbó, contestó con evasivas, no parecía sino que aquellas preguntas le hacían daño. La señora quería saber al menos dónde había nacido, y la muchacha pronunció el nombre de un pueblo, el primero que se le ocurrió y de un modo que parecía significar: «No es ese; pero lo digo para salir del paso.» La señora no insistió, y por fin decidió no preocuparse por ello.

De día en día se mostraba más diligente, más dócil, más agradable. La hija pequeña de la casa la tomó mucho cariño; la misma señora no hacía más que congratularse y alabarla con palabras que parecían inspiradas por viva simpatía, siendo esto causa de que el marido se burlara de ella, diciéndola que tenía un carácter novelesco subyugado por la fascinación del misterio, pero que el tiempo haría luz y la luz aclararía Dios sabe qué cosas. Pero el tiempo no reveló nada y Camila se hizo querer cada vez más.

No tenía más que un solo defecto, si puede calificarse de defecto una desgracia; era una exagerada sensibilidad nerviosa que la hacía estremecerse á cualquier ruido repentino, á la inesperada aparición de una persona, al oír una voz que la llamase desde otra habitación, ó á cualquier movimiento, sonido ó vista para los que no estuviese preparada. A veces casi se ponía mala. No se podían leer delante de ella cosas tristes, ni relatos de crímenes, ni descripciones de funciones teatrales en las cuales hubiese la más remota idea de un peligro, sin que diese tan manifiestas señales de turbación y de pena que obligaba á guardar silencio al narrador más obstinado. Una ó dos veces al mes tenía que meterse en cama sin que para ello hubiera otra causa que estas sacudidas, y se estaba en ella, primero dolorosamente agitada y después tan postrada como si saliera de una grave enfermedad.

Una noche toda la familia estaba reunida en el comedor, y Camila sentada en un rincón. Era ya tarde; quién leía, quién escribía, nadie hablaba, ni se oía respirar. En la galería había macetas, y tan sólo el rumor de las hojas sacudidas por el viento y los sonidos lejanos de una campana turbaban aquel silencio. De pronto se oyó en una pieza contigua un fuerte golpe como el de una cosa pesada que cayera de alguna altura, y al mismo tiempo un agudísimo grito. Casi al momento, otro grito más agudo que el primero salió de boca de Camila. La señora, el marido, los hijos, sin cuidarse de ésta, corrieron á la otra habitación... «No ha sido nada,» gritó la madre al poco rato. Era la niña, que buscando á obscuras el cordón de la campanilla para dar un chasco, había tropezado con un grueso martillo colgado de la pared, y el martillo le cayó á los pies. Todos volvieron al comedor, y encontraron á Camila tendida en el suelo. La levantaron y vieron que tenía la cara ensangrentada; al lanzar el grito se había desmayado, y al caer se había dado un golpe en la frente contra una banqueteta. La llevaron á la cama, donde volvió en sí; pero le dió una calentura tan fuerte que todos se alarmaron. Cuando pudo hablar, preguntó la causa de aquel golpe y de aquel grito; se la dijeron; al principio parecía que no quisiese creerla; no se encontraba bien, y prorrumpía en exclamaciones incoherentes. Luego pareció recobrar la razón; entonces hizo que la explicaran de nuevo lo sucedido, pidiendo perdón por la molestia de que era causa, y se echó á llorar. Procuraron consolarla. «¿Por qué lloras?» le preguntó la niña. Y ella, llorando con más fuerza, le contestó: «No lo sé.»

Al día siguiente llamaron al médico, el cual se presentó; pero antes de entrar en el cuarto de Camila, hizo que le refirieran todos los incidentes que habían precedido á la dolencia.

31042

Entró, reconoció á la enferma, se informó acerca de su estado presente, y luego le preguntó:

— Dígame usted; ¿ha tenido alguna vez un gran susto?

La joven se agitó violentamente, y de pálida que estaba, se puso lívida.

— Contésteme usted francamente; se lo pregunto por su bien.

— No he tenido ningún susto..., dijo Camila entre dientes, meneando la cabeza y procurando hacer memoria.

— ¿Me lo puede usted asegurar?, preguntó el médico.

— ...Sí.

— Perdóneme si insisto. Usted, quizás por ciertas razones particulares, no me querrá decir la verdad; pero no me cabe duda de que ha tenido usted algún gran susto, que le debe haber hecho mucho daño; dígame: ¿ha sido una caída?, ¿algún peligro corrido por usted ó alguna persona de su familia?, ¿un crimen cometido en un camino ó en el campo, del que ha sido usted testigo sin poderlo prever?

Camila se puso á temblar como si le atacase la fiebre; luego cerró los ojos y volvió la cabeza al otro lado dejándola caer pesadamente sobre el hombro.

La niña dió un grito.

— No es nada, dijo el médico; déjenme solo con ella: quizás no quiera confiar su secreto á nadie más que á mí.

Todos se retiraron.

Salió al cabo de un cuarto de hora y la familia le rodeó.

— No he podido sacarle una palabra del cuerpo, dijo el médico; pero estoy más convencido que nunca de que una gran conmoción de espanto ha sido la causa de su enfermedad; ella no quiere decir nada: prueba de que aquí hay algo oculto. La dolencia es grave y el sistema nervioso ha tenido una sacudida

funesta. A lo que presumo, esa joven era ya de una compleción bastante delicada; el golpe, que quizás no habría perjudicado á una persona robusta, ha sido demasiado fuerte para ella. Ustedes podrán probar á descubrir algo; pero no es menester; la naturaleza de la enfermedad es bastante ostensible.

A una última pregunta que se le hizo mientras abría la puerta para marcharse, respondió en voz baja pocas palabras que dejaron á todos pensativos.

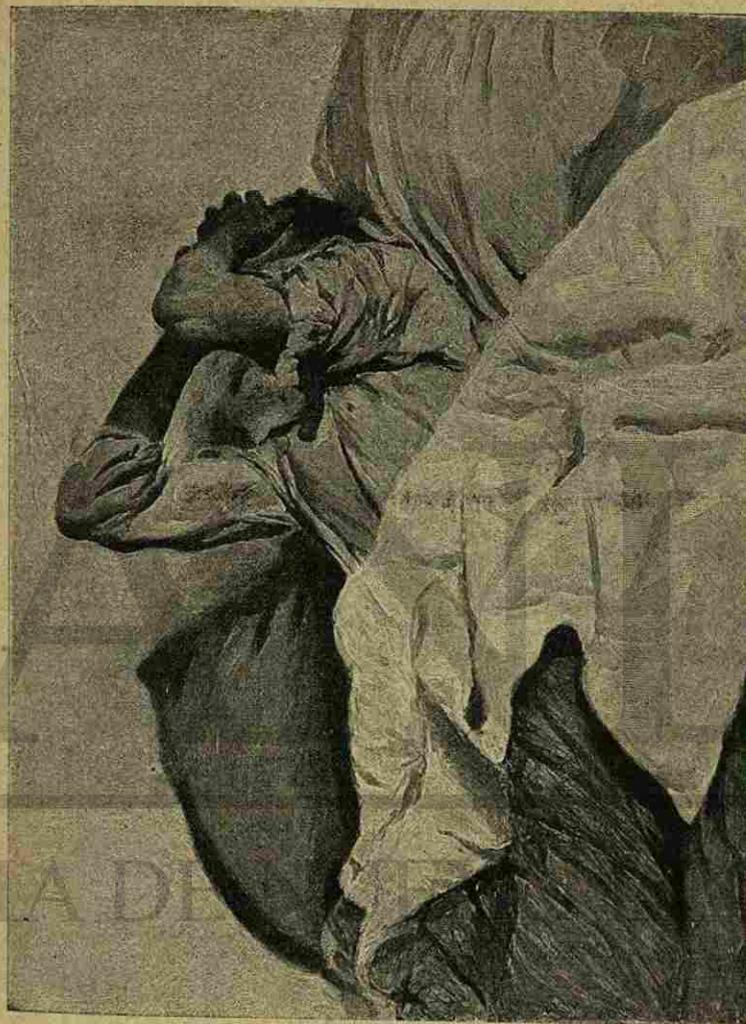
La enferma empeoró rápidamente. Con frecuencia tenía delirios seguidos de postraciones mortales y de letargos profundos. Cuando deliraba hablaba, y todos recogían afanosamente sus palabras, para ver si podían deducir algo del caso que con tanto interés ocultaba; pero nada consiguieron. Sin embargo, observaron un movimiento que hacía á menudo, y era que se cubría el rostro con las manos y movía la cabeza como se suele hacer al ver de improviso algo que nos causa horror. A veces se sentaba en la cama y miraba el suelo de un lado á otro con los ojos extraviados como si en él hubiera algo esparcido que se moviese. De pronto, en los momentos de mayor agitación hacía un ademán para imponer silencio, se ponía una mano detrás de la oreja como para recoger mejor un sonido lejano, y gritaba con acento de terror: «¡Abajo!» Pero la idea más extraña, á la que volvía á cada momento y á veces también cuando su imaginación estaba tranquila, era que alguien quería llevársela la ropa; un par de vestidos y un poco de ropa blanca guardados en un pequeño baúl junto á la cama. Continuamente tenía los ojos clavados en él; cualquiera habría dicho que había allí algún gran secreto. Un día dijo que quería quemarlo todo, y la niña le contestó que no se lo permitirían. «En ese caso, dijo, prométeme que lo quemarán cuando me haya muerto.» Por lo demás, siempre estaba ama-

ble y resignada, y no cesaba de dar gracias á sus amos por los cuidados que le prodigaban y el afecto que la tenían. «Conozco que me voy á morir, dijo un día á la señora; estoy preparada; pero siento morir aquí y dar un disgusto á los que me han hecho tanto bien;» y mirando en torno añadió: «y contristar á toda la familia. Mi buena señora, hágame usted un favor; disponga que me lleven al hospital,» dijo con voz suplicante.

Una mañana escribió una carta con mucho trabajo y gran secreto. La hija lo advirtió y le dijo que se la diera para hacerla llevar al correo; pero Camila se negó y le rogó que hiciera subir á la portera, la cual no sabía leer. La portera subió y Camila le metió la carta en el bolsillo, haciendo que la prometiese que la echaría al buzón sin enseñar á nadie el sobrescrito.

En tanto iba perdiendo las fuerzas y el médico no le daba ya más que pocos días de vida. Una noche, aquejada de uno de los acostumbrados accesos de fiebre nerviosa, después de largos espasmos, pero con la imaginación despejada hasta el postrer momento, expiró. No se pudieron entender sus últimas palabras con las cuales parecía que quería revelar algo.

Entonces se convino en practicar nuevas pesquisas acerca de su familia, para poderle enviar al menos la ropa de la joven, no porque se creyese que sus parientes la reclamasen por lo que pudiera valer, sino porque se suponía que agradecerían aquel recuerdo. Se escribió, se hizo preguntar, indagar, y por fin, se pensó en abrir el baúl para ver si había en él alguna carta ó indicio del pueblo en que había nacido y quiénes eran sus padres. Abrióse el baúl en presencia del médico y de toda la familia; la señora sacó uno por uno los vestidos y las piezas de ropa blanca, y en el fondo, en medio de dos ó tres líos, se



Se cubría el rostro con las manos y movía la cabeza.

®

encontró una carta abierta. La señora la cogió y la leyó: eran unas cuantas líneas escritas por Camila; una carta sin dirección, dejada á medio escribir: «... Desde aquel día siempre he estado enferma, perdía las fuerzas y no podía dedicarme á las labores del campo. Por esto en mi casa me trataban mal y me decían que no era buena para nada, y á menudo también me echaban en cara lo sucedido contigo, y me hacían comprender que sospechaban que yo te hubiese aconsejado. Esta sospecha acabó por quitarme el valor, y ellos me habrían echado de casa porque les era inútil; pero yo tomé la resolución de ir á servir á la ciudad, y esperaba encontrar alguna buena familia que tuviese compasión de mi estado y me admitiese en su casa para hacer trabajos que no requiriesen tanta fatiga; además no podía permanecer en aquella casa después de lo sucedido, porque me daba miedo y padecía mucho. Heme ahora en la ciudad, donde he tenido la suerte de dar con una buena familia; pero no digo nada á nadie ni lo diré tampoco; solamente al pensar que pueda saberlo alguien me parece que se horrorizaría de mí que no tengo ninguna culpa, y ni siquiera quiero que en casa reciban noticias mías; los perdono, pero me han tratado demasiado mal dejándome marchar sola, enferma como estaba y sin protección...»

— Hay algo más escrito, dijo el médico.

La señora volvió la hoja y vió en efecto unas cuantas líneas en medio de una página llena de tachaduras que borran enteramente lo escrito. «He hecho después un lío con aquel vestido, y para apartarlo de mi vista lo he metido en el fondo del baúl. Han pasado ya muchos meses y aún me parece habérmelo puesto ayer; y no he tenido valor para tocarlo; apenas alargo la mano, me pongo á temblar y casi me faltan las fuerzas...»

— Veamos el llo, dijo la señora dejando la carta en su sitio, y sacó del baúl un paquete envuelto en un papel. Rompió éste y sacó un vestido de mujer.

— ¿Qué es esto?, exclamó asustada la señora mirando á todas partes.

El médico se caló los anteojos, cogió el vestido, lo miró detenidamente, y dejándolo caer al suelo, dijo: «¡Está manchado de sangre!»

Este descubrimiento dió lugar á multitud de conjeturas y de sospechas; pero no aclaró el misterio. Por lo demás, la familia no practicó indagaciones, y poco á poco se fué dando el asunto al olvido. Pero una noche, ya tarde — cerca de un año después de la apertura de baúl, — llamó á la puerta un desconocido solicitando hablar con la señora.

Ésta lo recibió en la entrada, junto con su marido y sus hijos. Era un joven de veinticinco años, pálido, pobremente vestido, de largos cabellos, de aspecto de mendigo, y con unos ojos que no inspiraban á la verdad confianza.

Le preguntaron qué quería.

Él miró á su alrededor con aire atónito como si quisiese reconocer la casa, y enseñando un pliego de papel que llevaba en la mano, preguntó humildemente:

— ¿Son ustedes los señores ***?

Le contestaron que sí.

— Aquí ha servido, prosiguió, una joven que se llamaba Camila y que ha muerto.

— Sí, ha muerto, respondió la señora mirándolo con mucha fijeza.

— Y..., preguntó el joven con voz conmovida, ¿cómo cayó?

— ¿Que cómo cayó?, preguntaron todos con extrañeza.

— Pero ¿no murió á consecuencia de una caída de la ven-

tana, teniendo apenas tiempo de escribirme?, repuso el joven enseñando otra vez el papel.

— De lo que murió fué de una enfermedad nerviosa, contestó la señora; una enfermedad que la hizo sufrir mucho tiempo matándola casi de consunción, á causa de un gran susto que, según se dice, tuvo no se sabe cuándo; una desgracia, ¿qué sé yo? De seguro algo terrible — y le miraba de hito en hito.

El desconocido se quedó un rato sin contestar, con la boca y los ojos muy abiertos; luego empezó á contraer las facciones, á temblar con todo su cuerpo y á mirar á sus interlocutores con expresión de angustia; por fin lanzó un grito doloroso y echó á correr escalera abajo.

Todos salieron en su persecución, pero corría tanto que no pudieron alcanzarlo.

Fácil es formarse idea de la curiosidad y las sospechas que debió causar la visita inesperada de aquel hombre. Por espacio de muchos días no se pensó ni se habló de otra cosa: quién aconsejaba dar cuenta del suceso á la policía, quién echarse en busca del desconocido por la ciudad, quién reanudar las pesquisas acerca de la familia de Camila. Cuando una noche, que estaba el médico en la casa y se trataba del acostumbrado tema, se oyó llamar á la puerta y poco después la voz de la criada que decía desde la habitación contigua:

— Señores, vengan ustedes pronto, que yo tengo miedo.

Todos acudieron: era el desconocido, más pálido y destrozado que la primera vez, pues la ropa se le caía hecha jirones.

— ¿Qué viene usted á buscar?, le preguntaron.

Miró á la señora como si no la hubiera visto nunca, y dijo:

— ¿Son ustedes los señores ***?

— Ya le dijimos á usted que sí.

— ¿No ha servido aquí una joven que se llamaba Camila y que ha muerto?

— Pero ¿no se lo hemos dicho ya?, exclamaron todos maravillados.

— Dispénsenme, dijo el médico haciendo una seña á la familia; y acercándose al desconocido, lo cogió del brazo y le dijo con agrado: Vaya usted con Dios, buen hombre; aquí no tiene usted que hacer nada; ¡ea, váyase!

Y lo echó fuera poco á poco y cerró la puerta. Luego se volvió á la familia, que esperaba una explicación, y dijo:

— Ese joven se ha vuelto imbécil.

II

En la provincia de ***, en el Piamonte, hay un pueblo al que la gente de las cercanías llama el pueblo de los *Hocicos duros*, burlándose de la seriedad de sus habitantes. Y deben ser en efecto los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del sitio en que se nace produce siempre algún efecto en la índole y en los caracteres, porque el pueblo está situado en una profunda hondonada, escasa de luz, casi siempre cubierta de niebla y circundada de montes altos y peñascosos. Pero aquel *duros* se refiere mejor á las cabezas que á las caras, porque el campesino de aquella tierra tiene en alto grado el carácter del campesino piamontés: bueno, honrado, laborioso, pero más duro que una piedra siempre que sea cosa de cambiar de parecer, de ceder, de doblegarse. Y así como en el mercado, para reducirle á dejarnos pasar después de decirle tres veces «Con permiso,» hay al fin que dar cinco pasos atrás, tomar impulso de costado y empujarle de modo que se le arroje contra la pared, así también, cuando se trata de desarraig-

le un prejuicio, de hacerle desistir de una resolución, el más pacienzudo y vigoroso razonador del mundo pierde la paciencia y la voz, y tiene que confesar al fin, como dicen las madres á los hijos testarudos, que no queda otro remedio sino retorcerle el pescuezo. Son, pues, muy rígidos y tercos, pero no ca-



El pueblo está situado en una profunda hondonada

recen de inteligencia. Les cuesta trabajo comprender, y se quedan un rato con la mirada vaga y la boca abierta antes de atrapar una idea; mas luego la aprisionan en su mente tosca, y la guardan como envidiosos de la conquista con una tenacidad tan grande, y la dan vueltas y más vueltas y la rumian de modo que al fin acaban por poseerla y comprenderla mejor que cualquier hombre de inteligencia despejada que la haya cogido al vuelo. Pero esta comprensión premiosa, de la que ellos mismos están persuadidos, es una especie de astucia burda que los hace temer siempre que los engañe la gente más diestra, y comunica á sus maneras y á su lenguaje un encogi-

— ¿No ha servido aquí una joven que se llamaba Camila y que ha muerto?

— Pero ¿no se lo hemos dicho ya?, exclamaron todos maravillados.

— Dispénsenme, dijo el médico haciendo una seña á la familia; y acercándose al desconocido, lo cogió del brazo y le dijo con agrado: Vaya usted con Dios, buen hombre; aquí no tiene usted que hacer nada; ¡ea, váyase!

Y lo echó fuera poco á poco y cerró la puerta. Luego se volvió á la familia, que esperaba una explicación, y dijo:

— Ese joven se ha vuelto imbecil.

II

En la provincia de ***, en el Piamonte, hay un pueblo al que la gente de las cercanías llama el pueblo de los *Hocicos duros*, burlándose de la seriedad de sus habitantes. Y deben ser en efecto los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del sitio en que se nace produce siempre algún efecto en la índole y en los caracteres, porque el pueblo está situado en una profunda hondonada, escasa de luz, casi siempre cubierta de niebla y circundada de montes altos y peñascos. Pero aquel *duros* se refiere mejor á las cabezas que á las caras, porque el campesino de aquella tierra tiene en alto grado el carácter del campesino piamontés: bueno, honrado, laborioso, pero más duro que una piedra siempre que sea cosa de cambiar de parecer, de ceder, de doblegarse. Y así como en el mercado, para reducirle á dejarnos pasar después de decirle tres veces «Con permiso,» hay al fin que dar cinco pasos atrás, tomar impulso de costado y empujarle de modo que se le arroje contra la pared, así también, cuando se trata de desarraigar-

le un prejuicio, de hacerle desistir de una resolución, el más pacienzudo y vigoroso razonador del mundo pierde la paciencia y la voz, y tiene que confesar al fin, como dicen las madres á los hijos testarudos, que no queda otro remedio sino retorcerle el pescuezo. Son, pues, muy rígidos y tercos, pero no ca-



El pueblo está situado en una profunda hondonada

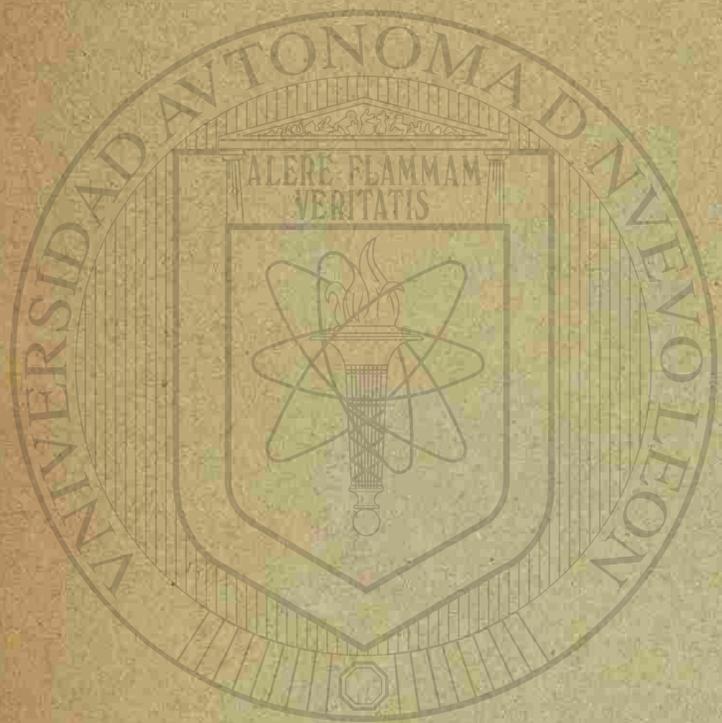
recen de inteligencia. Les cuesta trabajo comprender, y se quedan un rato con la mirada vaga y la boca abierta antes de atrapar una idea; mas luego la aprisionan en su mente tosca, y la guardan como envidiosos de la conquista con una tenacidad tan grande, y la dan vueltas y más vueltas y la rumian de modo que al fin acaban por poseerla y comprenderla mejor que cualquier hombre de inteligencia despejada que la haya cogido al vuelo. Pero esta comprensión premiosa, de la que ellos mismos están persuadidos, es una especie de astucia burda que los hace temer siempre que los engañe la gente más diestra, y comunica á sus maneras y á su lenguaje un encogi-

miento, una reserva, una desconfianza que á primera vista hace que se los juzgue peores de lo que en realidad son. Por lo demás, han comprendido desde luego que para no verse en poder de truhanes, una de las primeras cosas que deberían hacer era aprender á leer y escribir, y por eso han acogido bien las primeras escuelas que se abrieron en el pueblo, y enviaron á ellas á sus hijos y acabaron por ir hasta los viejos. En rigor, es un pueblo que podríamos darnos por contentos si todos los de Italia se le semejasen.

Hace pocos años que en una casa de labradores situada en un extremo junto á la carretera vivía un joven que por su testarudez y su hosco ceño podía decirse que era la expresión más fiel del carácter de aquella gente. No era pendenciero ni hipócrita ni vicioso; antes al contrario, se trataba muy poco con los demás jóvenes del pueblo, pasaba la mayor parte de los días en casa y nunca había dado que hablar; pero desagradaba á muchos y tenía muy pocos amigos, no por otra cosa sino por el sombrío orgullo y el carácter quisquilloso que se revelaba en sus proceder y en sus palabras. Era uno de esos hombres que cuando hablan con alguien le examinan el traje, el sombrero, el calzado y le recorren la cara con la vista, pero sin mirar nunca con fijeza; sonríen y reprimen en seguida la sonrisa; bostezan y cortan á la mitad el bostezo; mueven una mano y la dejan levantada como mano de maniquí; y todas sus palabras ó miradas ó gestos los piensan y los maduran; y acaban por cohibir á uno y no se ve llegar la hora de dejarlos, y cuando nos hemos separado por fin de ellos, si volvemos la cabeza, sorprendemos su mirada que, al notarlo, nos huye. Carlos era uno de estos hombres, y por eso disgustaba hasta á las mujeres, por más que su aspecto no fuese desagradable. Era una figura que en el pueblo, en medio de la gente que



Atraía desde luego las miradas por la regularidad de sus facciones



salía de la iglesia después de oír misa, entre aquellas cien caras de frentes aplanadas, de cabellos hirsutos, de narices torcidas y de color de barro cocido, atraía desde luego las miradas por la regularidad de sus facciones, por sus ojos grandes y por su palidez. Era de corta estatura y delgado, pero de apariencia robusta, y aquel continuo fruncir el ceño daba á su mirada una expresión de fiereza, que podía agradar cuando no la turbaba la cólera.

Huérfano de madre, su padre trabajaba en una ciudad lejana, y vivía en la aldea con unos tíos y primos, entre los cuales había una muchacha llamada Camila que por haber perdido á sus padres había sido recogida por la misma familia que lo acogió á él. Había vivido desde niño con aquella joven, y como es fácil suponer, apenas llegó á la edad en que se empieza á mirar con diferentes ojos al compañero de escuela y á la hija del portero, empezó, como dicen las campesinas toscanas, á discurrirla, y ella á responder, y la familia á dejar correr, pensando que á su tiempo se podrían casar.

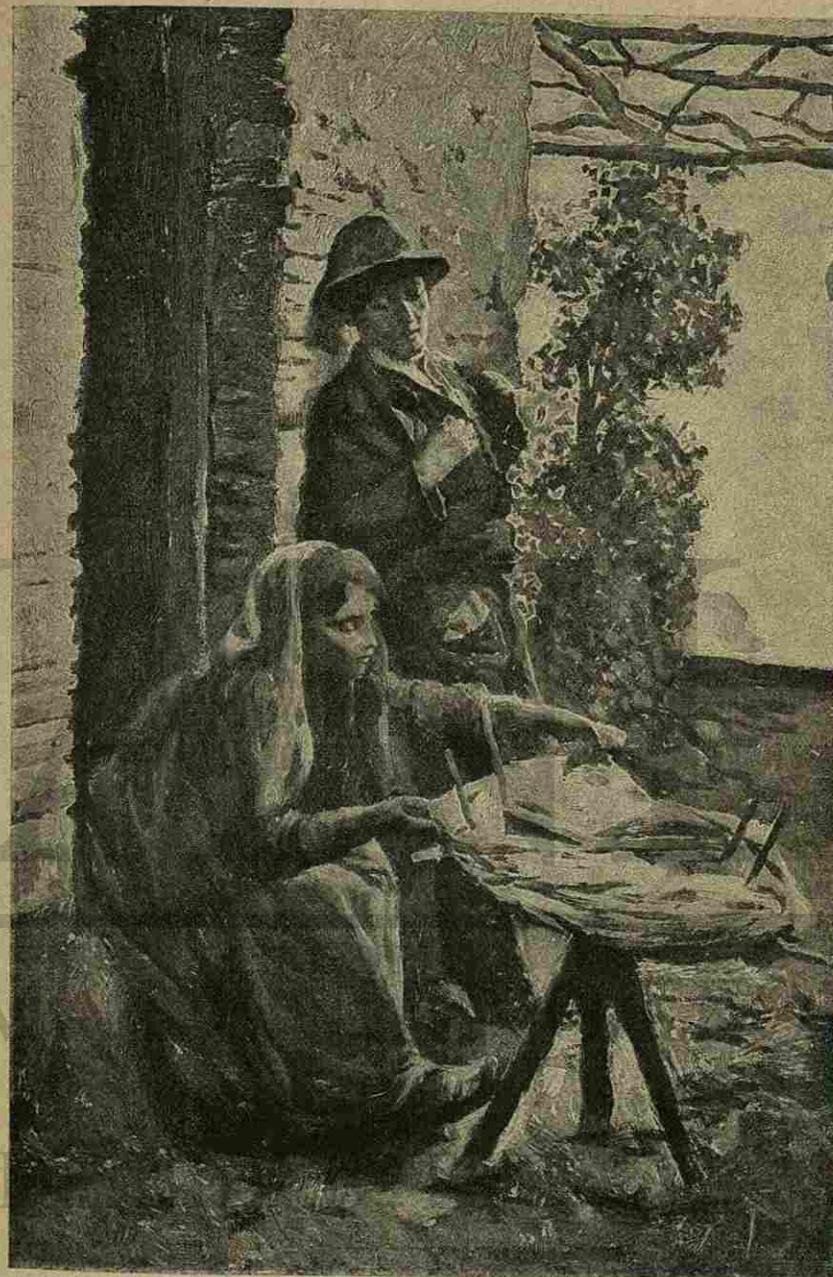
La muchacha, que tenía diez y seis años (tres menos que Carlos), era de índole y de condición muy diferentes de la de él. Pero el cariño había nacido con la intimidad, casi en secreto; también porque, puesto que se dice que los extremos se tocan, es preciso que se aproximen, y además porque ella, humilde y afectuosa, estaba dotada de ese sentimiento oculto que impele á la mujer hacia los hombres de carácter áspero y violento, casi por una necesidad de derramar en otros la dulzura de la propia índole, por un deseo de luchar y sufrir, de expiar culpas ajenas, de escudar con la propia bondad y los propios dolores á quien lo necesita contra los castigos del cielo. Carlos la quería á su modo; pero la maltrataba á menudo con palabras durísimas, ó la asustaba con salvajes arrebatos

de cólera, lo cual solía suceder cuando ella, animosa y resuelta para afearle el mal é inducirle al bien, le hacía frente en alguna terquedad censurable, y con el lenguaje persuasivo de la convicción y del cariño le hacía comprender que no tenía razón, por lo cual, lastimado su orgullo, no sabiendo cómo defenderse, atacaba. Pero la riña duraba poco: ella pedía la paz, y cuando esa misma sumisión, que era una especie de victoria, no volvía á exasperar al adversario, la paz quedaba hecha. Alguna vez conseguía refrenarlo, amansarlo, encaminarlo al bien, y entonces ella se ufanaba. Y cada día se aficionaba más á él por lo que su carácter tenía de oculto, casi de misterioso, precisamente porque, como siempre sucede, su corazón se mantenía en una continua curiosidad de afecto y se figuraba que la parte oculta era la mejor, y que á fuerza de cuidado, de sumisión, de sacrificios, conseguiría reformarlo y dominarlo.

Solían pasar juntos la velada á la puerta de la casa, Camila sentada, haciendo labor, él de pie apoyado en la pared. Hablaban poco, especialmente Carlos. Cuando daba suelta á la lengua, era mala señal; algún poco de bilis comprimida de la que necesitaba desahogarse, y entonces salían de su boca las frases más incoherentes y estrafalarias: no quería trabajar más; dedicarse á contrabandista, marchar al extranjero, y la joven lo disuadía mientras le quedaban aliento y esperanzas, y luego lágrimas. «Soy muy malo, ¿verdad?» acababa por decir Carlos, casi arrepentido; y Camila, consolada de pronto por estas palabras, le respondía enjugándose el llanto: «No lo creo....»

DIRECCIÓN GENERAL III

Cierta noche, á la hora de costumbre, Carlos se acercó á la joven más ceñudo que nunca, y apretándole la mano, estuvo



Solían pasar juntos la velada á la puerta de la casa

mucho rato inmóvil, callado y apoyado en la pared. Camila le miró á hurtadillas y casi tuvo miedo: jamás le había visto tan demudado; estaba pálido y temblaba.

— ¿Qué tienes?, le preguntó.

— Tengo..., contestó con ímpetu y sin volver la cabeza, una bagatela. Que hace cinco días, cuando recibimos la noticia de que mi hermano mayor había muerto, no pensamos en una cosa.

— ¿Cuál?

— No pensamos ni tú, ni yo, ni mis parientes, ni el cura, ni nadie, y parece mentira; no sé dónde teníamos la cabeza...

— Pero ¿qué es?

— Digo, digo... demasiado lo he de decir; que tengo que ir soldado: ya está dicho.

La muchacha dió un grito y se levantó.

— Ya sabes lo que tengo, añadió el joven.

Y poco después añadió:

— Así es. Por si no lo sabes, cuando hay tres hijos, la ley coge al primero y al último, y cuando el primero muere, deja en paz al último y coge al segundo, y como el segundo soy yo, tengo que ir al servicio.

— Pero..., dijo la muchacha aún no recobrada de su primer aturdimiento, ¿es cierto?

— ¡Que si es cierto! Me lo ha dicho el alcalde, y después han añadido mi nombre en las listas. Y no basta. Entre mi hermano y yo había un año de diferencia; yo, en justicia, habría entrado en quinta el año que viene; pero ese año, como sabrás, y si no lo sabes te lo digo, hacen dos quintas á la vez, porque se debe una; por consiguiente, estamos arreglados. ¡Dentro de tres meses, andando!

— Pero ¿es posible?, exclamó la joven con acento alterado.

—¡Vaya si lo es!, contestó Carlos con sonrisa rabiosa. Pero no hay que preocuparse, ¿sabes? ¡Qué significan cinco años! ¡Poca cosa! Morral, gamella, pan negro y adelante. ¡Y viva el rey!

Y descargó tan fuerte puñetazo en la pared, que se ensangrentó los dedos.

—¿Qué haces, Carlos?, gritó Camila sujetándole.

—¿Qué hago?, contestó con risa convulsa; ¡mira lo que hago! É hizo un ademán impetuoso como para darse un puñetazo en la barba. Pero de repente detuvo el brazo, soltó una carcajada y exclamó: ¡Ah! Se me olvidaba que ya no se rompen los cartuchos con los dientes; así se conservarán mejor.

Y se puso á dar paseos arriba y abajo canturreando entre dientes. Camila, pálida, fuera de sí de sorpresa y de dolor, le seguía sin decirle nada, mirándole con ojos azorados.

—¿Qué te parece?, preguntó Carlos deteniéndose.

—¡Qué te puedo decir!, contestó Camila con voz trémula. Que me parece un sueño, que no lo puedo creer, que se me parte el corazón.

Y le echó los brazos al cuello sollozando.

—¡Déjame en paz!, le respondió él desprendiéndose y tomando el camino del pueblo; ¡se necesita algo más que ternezas!

IV

Después de andar un rato, Carlos encontró á un amigo del pueblo, hombre de treinta años, alto y seco, de mirada engañosa y de boca torcida con expresión de desprecio; iba vestido con pulcritud rara en un joven aldeano; cabellos lustrosos, corbata, puños, y unos pantalones muy anchos que se estrechaban en la garganta del pie. Era uno de esos zafios campesinos que

han prestado de mala manera el servicio militar y vuelven á su casa peores que antes, con la desgarrada facha inherente á

su naturaleza, aumentada con los vicios adquiridos en la ciudad y el desparpajo que aprendieron

en el cuartel: una mezcla de aldeano, matón y bellaco que hieden á aguardiente y á pomada y desprecian «la ignorancia.»

Aquel hombre, que estaba con licencia en el pueblo, había abierto en él una pequeña tienda de licores.

Al ver á Carlos se detuvo y, sin acercarse á él, le dijo con sonrisa compasiva:

— Ya lo sé... Y no hay Cristo que valga, añadió poco después el licorista.

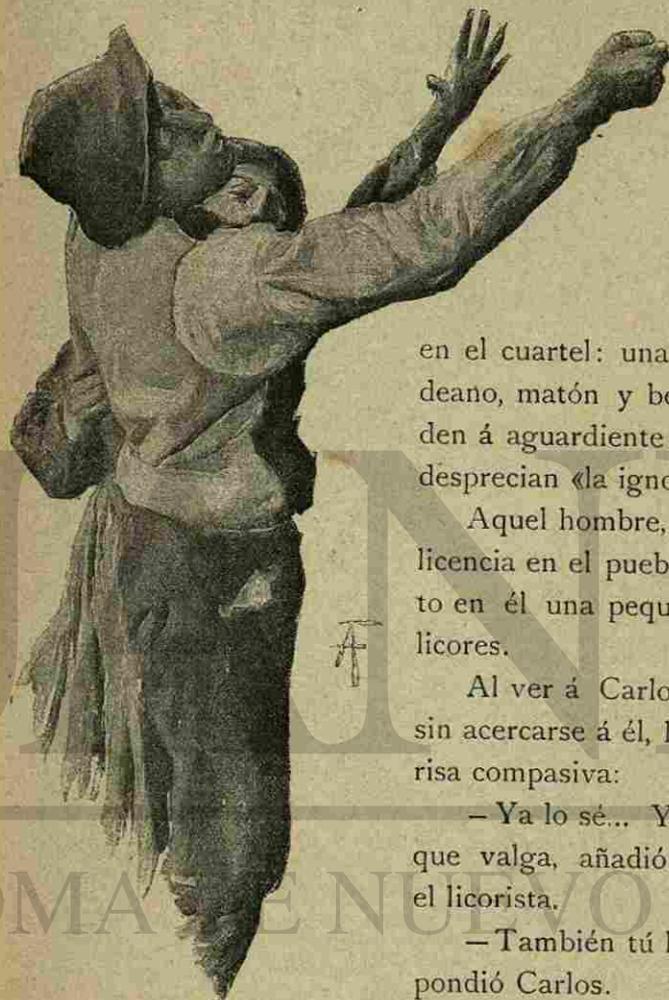
— También tú lo has sido, respondió Carlos.

— Pues por eso te tengo lástima, amigo.

Carlos se quedó callado, con la vista fija en el suelo.

— ¿Y Camila?

Carlos se encogió de hombros.



¿Qué haces, Carlos?, gritó Camila sujetándole.

— Ahora has entrado tú en el mal paso, añadió el amigo; á cada cerdo le llega su San Martín.

Carlos se mordió los labios y siguió su camino.

Como había circulado la noticia por el pueblo, en el que era conocido, todos le miraban. Alguno de los que tenían intimidad con él, al verlo pasar, salía á la puerta de la tienda y le decía: «¿Conque vas, eh?» Otros, sonriendo maliciosamente, decían: «Así se le bajará el orgullo.» Y las muchachas: «¡Pobre Camila!» Él no miraba á nadie, pero se sentía encima, por decirlo así, las miradas de todos, y en aquel momento no le molestaba tanto la idea de ir al servicio, como aquellas sonrisitas de la gente á la que era antipático. «¡Si los pudiese co-ger uno por uno!» murmuraba empuñando el mango de su cuchillo. Fué á hablar al alcalde, leyó otra vez la lista de los reclutas y volvió á su casa, cerrada la noche. Al entrar vió á Camila llorando en un rincón, y recordando entonces el modo brutal con que le había dado la noticia de su desgracia, sintió remordimientos, se acercó á ella y le dijo en voz baja:

— No hay que desesperarse; además, todavía no es cosa segura.

— ¿Que no es seguro?, exclamó la joven sorprendida.

— Hay también la segunda categoría.

La joven se quedó pensando: segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días, todas estas ideas se le agolparon confusamente á la cabeza.

— Me parece que me tocará un número alto, dijo Carlos.

— Y entonces no serás soldado.

— Lo seré, pero sólo cuarenta días.

— Pero ¿será verdad?, gritó la joven en un arranque de alegría.

— Sí, necesito tener suerte, respondió Carlos.

— Y yo se lo pediré tanto á Dios, que me hará esta gracia; y corrió á encerrarse en su cuarto.

Carlos experimentó un sentimiento de ternura que hacía mucho tiempo no había sentido; mas como en él hasta los impulsos cariñosos adquirían una expresión de despecho y de cólera, cerró los puños, miró al cielo estrellado, y murmuró apretando los dientes:

— ¡Ah ley infame y maldita que nos obliga á dejar casa, parientes, amigos, todo, para ir á hacer... el presidiario!

En aquel momento se oyó en el camino una voz que cantaba:

— ¡Y no hay Cristo!...

Era el amigo licorista, que al pasar había visto destacarse la figura oscura de Carlos en el fondo alumbrado de la estancia: Carlos se estremeció.

— ¡Morral á la espalda!, añadió la voz alejándose.

Y poco después:

— ¡Pan florecido!

Y más allá:

— ¡Y arrestos!

Siguió á las últimas palabras una carcajada, y luego todo quedó en silencio en el camino oscuro y desierto.

V

Llegó el día en que Carlos tuvo que ir á la ciudad para el sorteo. Marchó por la mañana temprano para volver al día siguiente á la misma hora. Camila le acompañó hasta la carretera, delante de la casa, y haciendo un grande esfuerzo no lloró ni dijo una palabra hasta el momento de separarse. Estaba pálida y tenía en los ojos las señales de la vigilia y del llanto.

— Ahora has entrado tú en el mal paso, añadió el amigo; á cada cerdo le llega su San Martín.

Carlos se mordió los labios y siguió su camino.

Como había circulado la noticia por el pueblo, en el que era conocido, todos le miraban. Alguno de los que tenían intimidad con él, al verlo pasar, salía á la puerta de la tienda y le decía: «¿Conque vas, eh?» Otros, sonriendo maliciosamente, decían: «Así se le bajará el orgullo.» Y las muchachas: «¡Pobre Camila!» Él no miraba á nadie, pero se sentía encima, por decirlo así, las miradas de todos, y en aquel momento no le molestaba tanto la idea de ir al servicio, como aquellas sonrisitas de la gente á la que era antipático. «¡Si los pudiese co-ger uno por uno!» murmuraba empuñando el mango de su cuchillo. Fué á hablar al alcalde, leyó otra vez la lista de los reclutas y volvió á su casa, cerrada la noche. Al entrar vió á Camila llorando en un rincón, y recordando entonces el modo brutal con que le había dado la noticia de su desgracia, sintió remordimientos, se acercó á ella y le dijo en voz baja:

— No hay que desesperarse; además, todavía no es cosa segura.

— ¿Que no es seguro?, exclamó la joven sorprendida.

— Hay también la segunda categoría.

La joven se quedó pensando: segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días, todas estas ideas se le agolparon confusamente á la cabeza.

— Me parece que me tocará un número alto, dijo Carlos.

— Y entonces no serás soldado.

— Lo seré, pero sólo cuarenta días.

— Pero ¿será verdad?, gritó la joven en un arranque de alegría.

— Sí, necesito tener suerte, respondió Carlos.

— Y yo se lo pediré tanto á Dios, que me hará esta gracia; y corrió á encerrarse en su cuarto.

Carlos experimentó un sentimiento de ternura que hacía mucho tiempo no había sentido; mas como en él hasta los impulsos cariñosos adquirían una expresión de despecho y de cólera, cerró los puños, miró al cielo estrellado, y murmuró apretando los dientes:

— ¡Ah ley infame y maldita que nos obliga á dejar casa, parientes, amigos, todo, para ir á hacer... el presidiario!

En aquel momento se oyó en el camino una voz que cantaba:

— ¡Y no hay Cristo!...

Era el amigo licorista, que al pasar había visto destacarse la figura oscura de Carlos en el fondo alumbrado de la estancia: Carlos se estremeció.

— ¡Morral á la espalda!, añadió la voz alejándose.

Y poco después:

— ¡Pan florecido!

Y más allá:

— ¡Y arrestos!

Siguió á las últimas palabras una carcajada, y luego todo quedó en silencio en el camino oscuro y desierto.

V

Llegó el día en que Carlos tuvo que ir á la ciudad para el sorteo. Marchó por la mañana temprano para volver al día siguiente á la misma hora. Camila le acompañó hasta la carretera, delante de la casa, y haciendo un grande esfuerzo no lloró ni dijo una palabra hasta el momento de separarse. Estaba pálida y tenía en los ojos las señales de la vigilia y del llanto.

Cuando llegaron al camino, reunió todas sus fuerzas, apeló á todo su valor, y estrechando entre las suyas la mano del joven, le dijo con voz trémula:

— Vuelve pronto.

Carlos le indicó que así lo haría.

— Y..., añadió ella en tono de súplica, ¡saca un número alto!

Carlos sonrió, la dió un abrazo y se alejó rápidamente; ella permaneció inmóvil.

— ¡Un número alto!, repitió con voz dulce y temblorosa.

El joven volvió la cabeza al estar á alguna distancia; Camila hizo ademán de sacar el número, convirtió luego este ademán en un saludo y en seguida le envió el último adiós.

Al cabo de un rato entró en su casa, y dejándose caer en una silla, postrada por el esfuerzo hecho, exclamó tristemente: «¡Ah! Si el rey estuviese aquí viendo lo que nos cuesta, no mandaría hacer las quintas. No lo sabe ni hay nadie que se lo dé á entender.»

Es fácil suponer en qué estado pasaría aquel día y la noche siguiente. Había momentos en que se sentía tan abatida que creía no poder llegar al otro día, y otros momentos experimentaba una inquietud, una desazón que casi la obligaba á trabajar con furia, á cansarse, á consumir sus fuerzas, para buscar en el cansancio un poco de reposo. Rezaba, leía, salía por los campos, volvía á su casa, se sentaba en todas las sillas, y siempre se veía delante aquella mano levantada en actitud de meterla en la urna y sacar la papeleta. Veía todas aquellas cartulinas blancas, dobladas, revueltas, moviéndose y mezclándose entre los dedos de Carlos como si estuvieran animadas. «¡Esa!, habría querido decirle. No, la otra. ¡No, por el amor de Dios, aquella de debajo!» Cada pedazo de papel que veía en el suelo, los números trazados en las paredes, todo cuanto te-

nía alguna conexión con lo que le llenaba el alma, la causaba un brusco estremecimiento en el corazón. Dos imágenes, entre otras, se movían continuamente delante de su vista: un soldado que se alejaba por un camino solitario, y se iba haciendo cada vez más pequeño, y desaparecía y reaparecía como un punto negro y volvía á aparecer, y un joven vestido de paisano que por el mismo camino venía á su encuentro cantando, llevando en el sombrero un número que iba agrandándose sin cesar, hasta que ella podía leerlo bien: un número alto, el



Y estrechando entre las suyas las manos del joven...

número tan suspirado, su salvación, su vida. Y estas dos figuras se encontraban, se confundían, se transformaban una en

otra, con rapidísima alternativa acompañada por el corazón con una sucesión igualmente rápida de alegrías y de terrores fatigosos y febriles. Y pasó muchas horas de la noche rezando y llorando.

A la mañana siguiente se puso con sus parientes á esperar á Carlos á la puerta de la casa. Después de una larguísima hora, se vió aparecer en el camino, allá á lo lejos, un grupo de gente, en el que pronto conocieron por el paso rápido, los sombreros blanquecinos y los cantos que de vez en cuando llegaban á su oído, el grupo de jóvenes reclutas.

Camila se apoyó en el brazo de una de sus parientas; el grupo se acercó; la joven y otras personas salieron á su encuentro... ¡Carlos no venía!

Los jóvenes pasaron; todos llevaban su número en el sombrero; uno de ellos saludó á Camila; pero ésta no tuvo ánimo para preguntarle por Carlos, y en su lugar lo hizo uno de sus parientes.

— ¿Y Carlos?, preguntó á uno de los jóvenes que se había quedado algo atrás.

— Ha salido con nosotros, contestó el interpelado; pero debe haber tomado por algún atajo.

— ¿Y qué número ha sacado?

El joven, llamado por los demás, echó á correr sin contestar.

— ¿Qué número?, ¿qué número?, gritaron Camila y toda la familia.

— ¡Aquí tenéis el número!, gritó de pronto una voz detrás de ellos.

Todos se volvieron: era Carlos.

Camila lanzó un grito desesperado: su novio había sacado el número siete.

VI

El amigo de Carlos había servido ocho años en el ejército, y después de cumplir su empeño á fines de 1867, se le dió su licencia absoluta. Cuando soldado había pertenecido, especialmente desde la guerra de 1866, á la clase de los «descontentos políticos;» clase en un principio compuesta únicamente de oficiales, que se extendió luego á los sargentos y acabó por echar raíces hasta entre los soldados. Durante el último año de servicio había estado con su regimiento de guarnición en una ciudad donde había surgido una polémica violenta á propósito del ejército entre los periódicos republicanos y los monárquicos; polémica en la que intervinieron generales, coroneles y oficiales de todo grado; se habían discutido públicamente delicadísimas cuestiones de disciplina y armádose un clamor y un escándalo extraordinarios. Como suele suceder en tales casos, la discusión, ó mejor dicho, la batalla arreciaba é iba prolongándose, de suerte que al poco tiempo, del primer argumento, que era la administración superior del ejército, se había pasado á las particularidades más minuciosas de la vida del soldado: primero, del soldado en general; luego, del soldado de tal ó cual regimiento; primero, acusando al *sistema*, al gobierno, al ministro; luego, al general de división, á este coronel, á aquellos capitanes; se habían nombrado personas, citado hechos, convocado jurados, trabado duelos; en fin, después de hablar mucho, de escribir, imprimir, desafiar, se había apaciguado la tempestad y vuelto todo al anterior estado. Todo, excepto las cabezas de los soldados, que habían cambiado. Los que sabían leer habían tomado gusto á la polémica y ningún día dejaban de leer los periódicos; castigados por ha-

bérseles sorprendido leyéndoles, se habían dedicado á meditarlos; castigados también, cada cual procuró hacerse con una pequeña colección de los números más furibundos y los repasaban á veces á hurtadillas, ya por las escaleras del cuartel á la hora de la limpieza ó ya detrás de los árboles de la plaza á la hora del descanso. A fuerza de leer se les había quedado en la cabeza cierta suma de palabras y de sentencias, que iban soltando poco á poco, á media voz, con mirada torva, cuando el oficial que los reprendía volvía las espaldas. Un capitán que les aconsejase que no frecuentaran las tabernas con ciudadanos que hablasen de monarquía y de república, era un hombre que tenía miedo de las *ideas nuevas*. Un subteniente que, dando una conferencia á la compañía, explicase qué es el ejército, cuál su misión y sus deberes, de un modo que no les cuadrara, era un hombre que entendía al revés *el espíritu de las instituciones*. Al sargento que daba una orden y cortaba la palabra en la boca diciendo: «¡Silencio!» se le contestaba murmurando: *No soy un autómatas*. La palabra «soldado» iba siempre acompañada, como calificativo imprescindible, del adjetivo *pobre*, y ciertos arrebatos de cólera contra un superior ausente terminaban invariablemente con una frase misteriosa que hacía brillar los ojos de los circunstantes: *Ya llegará el día...*

Nuestro soldado había sido uno de éstos y de los más fogosos. Apenas regresado al pueblo con el ánimo agitado todavía y la memoria fresca con todos aquellos hechos y lecturas, se había dedicado á hacer propaganda de las *ideas nuevas*. Establecido en una pequeña tienda de licores, la había convertido en punto de reunión de los descontentos del pueblo. Allí se leían periódicos, se hablaba de *dilapidación del Tesoro público*, de *trata de blancos* y de otras cosas, que no todos comprendían, pero que parecían sentir profundamente. Y el nuevo

tribuno era la voz más autorizada de la asamblea, no sólo porque daba de beber al fiado, sino porque tenía cierto ingenio de mala persona, embadurnado con un estilo de gacetilla, mantenido vivo y elocuente con un continuo estado de semiembriaguez.

La noche del día en que Carlos había regresado de sacar el número, nuestro personaje, que se llamaba Marcos, estaba hablando con tres ó cuatro reclutas en su tienda. Le pedían informes acerca de la vida del soldado y le escuchaban con la boca abierta.

— Habéis de saber, decía echándose atrás el sombrero como para dar libre curso á sus ideas; habéis de saber que el mal está en que los superiores no estudian ni saben una palabra de nada. Y cuando falta esto — y se tocaba la frente con el índice, — por más que uno esté lleno de galones y cruces, siempre será un burro. Estamos muy atrasados, esa es la gran cuestión.

— ¿Y la comida?, preguntó uno.

— La carne, contestó encendiendo el cigarro, está casi siempre pasada; la sopa se da á los pobres, y de vino no hay que hablar.

— Pues entonces, ¿cómo se vive?

— Cada cual se arregla como puede; se sigue el ejemplo de los superiores: roba la administración militar, roba la intendencia, roban los contratistas, roban los furrieles, roban los médicos; en fin, es un latrocinio general, y todos hacen su negocio á costa del soldado.

Uno le preguntó cómo se estaba con la disciplina.

— Mal... los apocados. En el oficio del soldado, los tímidos son los que siempre llevan la peor parte. Para ellos son siempre los palos, el cepo, el ponerlos á pan y agua. Pero quien tiene un poco de seso y otro poco de sangre en las venas, ya

es otra cosa. Es preciso saber enseñar los dientes á su tiempo y lugar; los superiores también han de conservar su pelleja: todo consiste en no dejarse poner el pie en el pescuezo. Un capitán me habla tomado ojeriza y todas las semanas la emprendía conmigo; era una vida que no podía durar. Un día lo cogí á solas, porque, tenedlo muy presente, con los superiores no ha de haber testigos; si hay quien vea, ya estáis fritos; solos, se niega hasta la muerte y se salva la piel. Le cogí á solas, en un corredor, de noche, cuando menos lo esperaba, y os aseguro que le dije cuatro palabras de esas que llegan al alma: «¡O me deja usted en paz, ó le juro que á mí me pegarán un balazo en la espalda, pero usted se encontrará con un palmo de bayoneta en la barriga sin que le salve ni el Antecristo!» No me contestó una palabra; si me hubiera llegado á decir algo, le habría atravesado como una rana. Todo consiste en esto: no hay que dejarse poner el pie en el pescuezo.

— ¿Y la guerra?, preguntó otro.

— De la guerra no hay que hablar, contestó Marcos; en la guerra es preciso que cada cual cumpla con su deber. No hay más que una patria, y el soldado es el defensor de la patria. Pero siempre resulta lo mismo: que los generales no saben lo que se hacen. Figuraos que en 1866, mientras marchábamos sobre Venecia, encontrando fortalezas por todas partes, nos mandaba un general de brigada, lleno de galones y de cordones, y con un aire capaz de comerse á los austriacos que daba miedo; yo iba de vanguardia y estaba encargado de avisar cuando se avistase al enemigo; pues bien, aquel general no sabía dónde estaba el fuerte de..., no recuerdo el nombre, pero era un fuerte de primer orden, desde el cual nos podían cañonear los austriacos á su sabor; el general, que iba solo, tuvo que preguntármelo á mí, á mí — y se daba palmadas en

el pecho, — á mí, simple soldado, cosa que da vergüenza, y decirme: «¡Eh, tál, ¿hacia dónde está el fuerte tal?» Y yo tuve que responderle: «Señor general, el fuerte de que me habla está allí, mire adonde señalo con el dedo.» Y á no haber sido por mí, nos llevaba al matadero. ¿Qué os parece? ¿Es éste modo de hacer la guerra?

VII

A las once de la noche Marcos se había quedado solo en su tienda, alumbrada con una lámpara, y leía un periódico atrasado. Carlos entró.

— Número siete, ya lo sé, dijo Marcos echándole una ojeada sin suspender la lectura.

Carlos se sentó á su lado sin decir una palabra, y apoyando un brazo en la mesa, inclinó la cabeza sobre la mano.

— Es una vida dura, comenzó á decir Marcos lanzando á su amigo una mirada de compasión maliciosa; te lo puedo asegurar. Es una vida que para hablar de ella se necesita haberla probado. Te lo digo por tu bien, porque no quisiera que fueras al servicio con una idea falsa, y mi deber de amigo es decirte la verdad. Es una vida del infierno. Figúrate toda clase de humillaciones; no podrás imaginarte cuántas tendrás que sufrir: te lo aseguro. Llorarás lágrimas de sangre. Ante todo, si tienes algún sentimiento del honor, has de saber que el soldado ha de hacerse cuenta de que no lo tiene. Cabos, sargentos, tenientes, capitanes, son gente toda pagada para tratarte de burro y de majadero á cada paso y por turno. En la plaza de armas, en presencia de medio mundo, te pegan una bofetada y la gente se detiene y ríe. En las marchas, cuando uno se muere de sed en términos de no tener ya apariencia humana,

y se queda uno rezagado ó cae en medio del camino, entonces todo se vuelve puñetazos y puntapiés, que no los descarga tan fuertes un cabo de vara. He visto al capitán de una compañía, uno de cuyos soldados estaba enfermo y apenas podía andar, y como él creyera que aquello era fingido, le hizo ir delante á empujones y patadas por espacio de media milla hasta que rodó á un foso y allí reventó. Es cosa de volverse loco. Y á veces dan también sablazos de filo. No hay compasión, amigo. El soldado es una bestia; conque prepara la espalda y la cara. Y al que se rebela, ó le meten en un calabozo para que se lo coman vivo los ratones, ó lo envían á una compañía disciplinaria donde le muelen los huesos á palos. Y si tienes la desgracia de enfermar, no te digo más sino que todo el mundo sabe lo que son los hospitales militares. Si no te curas cuanto antes, te dan pasaporte para el campo santo como dos y dos son cuatro, porque, enténdelo bien, no quieren mantener gente inútil. He visto compañeros míos tendidos en aquellas camas, con los ojos vidriosos y la cara de color de cera. Es cierto que te puede tocar la suerte de ir á la guerra. Entonces tus superiores se calzan con un grado y tú dejas las tripas en medio de un campo, si antes no te toca ponerte en fila con una docena de camaradas y tener que pegar un balazo en la espalda á algún amigo tuyo condenado por «haber abandonado su puesto enfrente del enemigo.» Créeme, es una vida de presidiarios. Para resistirla se necesita no tener sangre en las venas. Quisiera poseer tantos escudos cuantas han sido las veces que he visto á compañeros míos arrancar con los dientes el lienzo del catre ó echar mano á la bayoneta para clavársela en la garganta. Lo que es yo, y no lo digo por desanimarte, pues no sería acción de caballero, iría á presidio, consentiría en pudrirme en una cárcel, hacerme salteador de caminos, dejar

que me ahorcaran en medio de una plaza, antes que volver á ser soldado. Si me volviesen á llamar, tomaría el camino de Francia ó de Suiza. ¡Se han ido tantos! ¿Qué quieres? No me creo nacido para recibir puñetazos, puntapiés y sablazos, y en último resultado, preferiría que un carabinero en la frontera me disparase un tiro en medio del pecho, que al menos no sería más que un balazo, á que mis compañeros, mandados por el ayudante mayor, me descargasen doce por la espalda. Conque ánimo y andando. En suma, son cinco años..., cinco años larguísimos en verdad; pero cinco años no son la vida.

VIII

Al día siguiente, Carlos y Camila se reunieron á la puerta de la casa á la hora de costumbre. Ella tenía los ojos encendidos; él la saludó sonriendo.

— ¿Estás contento?, le preguntó Camila.

— Sí.

— No parece sino que has olvidado ya que debes marcharte.

— Es que no me marchó, contestó francamente el joven.

— ¡Que no te marches!

— No; no pienso ir al servicio, añadió Carlos recalcando las palabras.

— Pues te meterán en la cárcel, dijo Camila mirándolo sobresaltada, porque adivinaba su intención.

— Si me dejo prender, murmuró Carlos mirando al espacio.

— Carlos, exclamó la joven dejando su labor, bromeas.

— ¿Que bromeo? Ya lo verás.

— No piensas en lo que estás diciendo. No me quieres. ¿De cuándo acá se te ha ocurrido esa idea?

— Siempre la he tenido.

y se queda uno rezagado ó cae en medio del camino, entonces todo se vuelve puñetazos y puntapiés, que no los descarga tan fuertes un cabo de vara. He visto al capitán de una compañía, uno de cuyos soldados estaba enfermo y apenas podía andar, y como él creyera que aquello era fingido, le hizo ir delante á empujones y patadas por espacio de media milla hasta que rodó á un foso y allí reventó. Es cosa de volverse loco. Y á veces dan también sablazos de filo. No hay compasión, amigo. El soldado es una bestia; conque prepara la espalda y la cara. Y al que se rebela, ó le meten en un calabozo para que se lo coman vivo los ratones, ó lo envían á una compañía disciplinaria donde le muelen los huesos á palos. Y si tienes la desgracia de enfermar, no te digo más sino que todo el mundo sabe lo que son los hospitales militares. Si no te curas cuanto antes, te dan pasaporte para el campo santo como dos y dos son cuatro, porque, enténdelo bien, no quieren mantener gente inútil. He visto compañeros míos tendidos en aquellas camas, con los ojos vidriosos y la cara de color de cera. Es cierto que te puede tocar la suerte de ir á la guerra. Entonces tus superiores se calzan con un grado y tú dejas las tripas en medio de un campo, si antes no te toca ponerte en fila con una docena de camaradas y tener que pegar un balazo en la espalda á algún amigo tuyo condenado por «haber abandonado su puesto enfrente del enemigo.» Créeme, es una vida de presidiarios. Para resistirla se necesita no tener sangre en las venas. Quisiera poseer tantos escudos cuantas han sido las veces que he visto á compañeros míos arrancar con los dientes el lienzo del catre ó echar mano á la bayoneta para clavársela en la garganta. Lo que es yo, y no lo digo por desanimarte, pues no sería acción de caballero, iría á presidio, consentiría en pudrirme en una cárcel, hacerme salteador de caminos, dejar

que me ahorcaran en medio de una plaza, antes que volver á ser soldado. Si me volviesen á llamar, tomaría el camino de Francia ó de Suiza. ¡Se han ido tantos! ¿Qué quieres? No me creo nacido para recibir puñetazos, puntapiés y sablazos, y en último resultado, preferiría que un carabinero en la frontera me disparase un tiro en medio del pecho, que al menos no sería más que un balazo, á que mis compañeros, mandados por el ayudante mayor, me descargasen doce por la espalda. Conque ánimo y andando. En suma, son cinco años..., cinco años larguísimos en verdad; pero cinco años no son la vida.

VIII

Al día siguiente, Carlos y Camila se reunieron á la puerta de la casa á la hora de costumbre. Ella tenía los ojos encendidos; él la saludó sonriendo.

— ¿Estás contento?, le preguntó Camila.

— Sí.

— No parece sino que has olvidado ya que debes marcharte.

— Es que no me marchó, contestó francamente el joven.

— ¡Que no te marches!

— No; no pienso ir al servicio, añadió Carlos recalcando las palabras.

— Pues te meterán en la cárcel, dijo Camila mirándolo sobresaltada, porque adivinaba su intención.

— Si me dejo prender, murmuró Carlos mirando al espacio.

— Carlos, exclamó la joven dejando su labor, bromeas.

— ¿Que bromeo? Ya lo verás.

— No piensas en lo que estás diciendo. No me quieres. ¿De cuándo acá se te ha ocurrido esa idea?

— Siempre la he tenido.

— No es verdad.

— ¿Que no es verdad?, gritó Carlos volviéndose de pronto y echándola una de aquellas terribles miradas que hacían expirar la palabra en sus labios.

Camila volvió á sentarse, apoyó la frente en sus manos y dijo con voz humilde:

— Ten compasión de mí..., no me hagas sufrir... Dime que no dices la verdad.

El joven le puso cariñosamente una mano en la cabeza, pero la retiró en seguida y se quedó pensativo. También ella guardó silencio un rato, embebida en la meditación de la nueva desgracia que el propósito de Carlos le hacía prever; luego se levantó, y apoyando las manos con los dedos entrelazados en el hombro del joven, le dijo con suma dulzura:

— He comprendido lo que piensas..., y también sé quién te ha metido esa idea en la cabeza.

El joven hizo un ademán negativo.

— No lo niegues, Carlos; no quiero enemistarte con nadie; te lo digo solamente para darte á entender que no te creo capaz de pensar ciertas cosas. ¿Me quieres, no es verdad?

Carlos indicó que sí.

— Pues bien; si es verdad que me quieres, deberías pensar un poco en mí. ¿Serías capaz de dejarme sola? Porque de sobra comprenderás que no puedo irme contigo. Verdad es que puedes decirme que para marchar á ser soldado también habrás de dejarme. Ya lo sé, pero es cosa muy distinta. Si vas al servicio, sé dónde irás y también cuándo volverás; año más, año menos, si no ocurre alguna desgracia, es cosa segura; pero si partes por otro motivo..., adiós casamiento: ¿quién sabe cuándo podrás volver? Además, ¿adónde irás? ¡Ay Dios! No quiero pensarlo. Sería preciso que fueses á otro país; ya sé adónde

van; cruzan los montes; ya han ido por allí los que desertan, pero ¿y si los ven? He oído decir que todos acaban mal. Además, si lo hicieras por sostener á la familia, ya sabes que á Dios gracias, aun cuando no estuvieses aquí en algunos años, no sería una ruina; mas suponiendo que se te necesitase, si te vas fuera del país, no podrías hacer nada. Entonces, ¿por qué te quieres ir? Por el bien de los tuyos ó de mí, no...; pero conozco que lo has dicho por asustarme. ¿No es verdad, Carlos?

— ¿Sabes, respondió Carlos con sonrisa forzada y sin mirarla, que cualquiera diría que tienes gusto en que yo sea soldado? Di la verdad, ¿te complace?

— ¡Por Dios, Carlos! ¿Será posible que no puedas decirme una palabra sin lastimarme el corazón? ¿Todavía no me conoces? Desde que me diste la noticia, hace siete días, no he tenido un momento de sosiego, bien lo sabes; no he hecho más que llorar y desesperarme..., y luego, mírame la cara y verás cómo he cambiado; considera que no pienso más que en ti, que estoy siempre contigo, que apenas te veo contento me consuelo, y siempre que me dices una palabra triste cambio de color; y en recompensa de la vida que llevo, en lugar de animarme, de tenerme al menos un poco de lástima, ¿me dices que tengo gusto en que te vayas?

— No he dicho eso.

— Lo has dicho, y además... ¿Serías capaz de dudar de mí? ¿Quieres que te prometa que mientras estés ausente no miraré á nadie á la cara, ni siquiera un momento, como si no tuviese ojos? Soy capaz de hacerlo, y hasta de hacer un voto; ya verás, aún no me conoces. Soy capaz de venir todas las tardes á este sitio, cinco años seguidos, como si tú estuvieses. ¿Cinco años digo? Diez, quince te esperaré sin quejarme, sin faltarte en lo más mínimo, ni siquiera con el pensamiento, pero con tal que

yo sepa que sigues en el país, que no vas por el mundo como un desesperado, que nadie te busca y que cumples con tu deber. Puesto que todos van... Carlos, puedes comprender cuánto me cuesta decirte esta palabra, y sin embargo conozco que tengo el deber de decírtela, sin vacilar, más bien con cierta satisfacción, como si fuese la palabra de una oración; puesto que todos van, ve tú también.

Cuando estamos aferrados á un propósito, y en especial si el propósito es triste, cuanto más dulces y cariñosas son las palabras del que quiere persuadirnos lo contrario, más aumentan la obstinación y exacerban la resistencia.

— ¡Bah, bah!, dijo el joven encogiéndose de hombros; es muy fácil hablar, cuando se está en casa; pero conviene saber qué clase de vida es la que se va á llevar.

— No te impacientes, Carlos: bien sabe Dios que no supongo que sea una buena vida. Por mala que sea, no lo será todo lo que yo me figuro, pero de todos modos hay que tener ánimo. ¿Acaso sería mejor la vida que llevaras fuera del país? Ha habido otras muchachas que tenían relaciones con jóvenes que debían ir al servicio; conozco más de una y tú también. Pues bien; los jóvenes han partido, han estado muchos años ausentes y alguno ha ido á la guerra. Sus novias los esperaron; en todo aquel tiempo vivieron retiradas hasta que volvieron; se querían más que antes, se casaron, y ahora viven en paz y sin remordimientos. No creo que estarían tan contentos si hubiesen huído, aun en el caso de que hubieran podido volver. Y la vida del soldado no era menos mala entonces que ahora. Además, si fueses un hombre débil como Pedro, el hijo del panadero, que no ha podido resistir y dicen que ha muerto en una marcha, nada tendría que decir; pero eres robusto y no te encontrarás mal.

— Sí, sí, todo buenas palabras, contestó el joven con leve sonrisa; pero no vienen al caso: no hablo de las fatigas ni me asustan. Es este — y se golpeaba el corazón — el que no tiene inclinación á la vida del soldado. Yo no he nacido para servir. Los señores de aquí al lado me habían propuesto ir á la ciudad, pero ¡con qué condiciones! Ya has visto que no he aceptado: ¿qué quieres?, es mi carácter: no quiero trato con los superiores, es imposible. ¡Figúrate la esclavitud del soldado! Me gritan, respondo, y ya sabes lo que sigue. Sé la vida que se lleva, me lo han dicho y además todos lo saben; ve una vez á la plaza de armas y lo sabrás tú también. Conozco que si voy no vuelvo; no es vida para todos, tan cierto como que hay muchos que se matan de desesperación. Antes iré á trabajar en las minas, ó aquí á la fábrica de vidrio, donde uno se pasa todo el día delante de los hornos ó pierde la vista; iré adonde quieras, hasta á reventar; pero al ejército, no, no puedo, es inútil, soy así; el servicio no es para mí.

— ¡Servir!..., dijo tímidamente el joven; no sé; pero..., según lo que oigo decir y lo que á mí me parece, el soldado se fatiga y corre peligros; pero no sirve á nadie. ¿A quién sirve?

— ¡A todos!, gritó, ¡sirve á todos! ¡A quién sirve!

Camila estuvo callada un rato, y luego dijo á media voz y con inseguridad, como se dicen las cosas que se han oído decir más bien porque han quedado impresas en la imaginación que por haberlas comprendido:

— Sirve al rey.

— ¡Otra!, respondió Carlos buscando una contestación. ¡El rey! ¿Acaso está el rey siempre en el cuartel para hacer de protector? ¿Está allí para hacer justicia cuando á uno le maltratan sin razón; para mandar dar pan bueno cuando lo dan florecido; para hacer entender á los médicos, cuando nos curan,

que tenemos carne de cristiano? El rey no sabe nada de eso.

— No sé, pero también he oído decir que ser soldado es un honor.

— ¡Ay infeliz! ¡Un honor! El honor es para los que mandan, y llevan galones de oro y los bolsillos llenos de dinero; pero para el pobre campesino que va allí á romperse el alma, y luego si te he visto no me acuerdo, no hay honor que valga. ¿Sabes lo que es? El cepo, querida, eso es. Y además... (añadió bajando la voz y con acento muy significativo) tú no sabes qué vida llevan los soldados.

La joven se quedó mirándole incierta, como si no hubiese comprendido, y luego, bajando los ojos, murmuró:

— Me parece que el que quiere, puede pasarlo bien en todas partes.

— Siempre tienes una buena razón que dar. A todo te allanas y todo lo ves de color de rosa.

— Y tú no lo verías todo tan negro, respondió Camila con cierta vivacidad, si no hubiese aquí quien te lo hiciera ver así.

— Ya sé á quién te refieres: no es cierto, y no digas una palabra más.

— Entonces, ¿cómo quieres que hable?, dijo la muchacha con voz en la que se notaba el temblor de la indignación, en tanto que se le hinchaban las venas del cuello blanco y fino. Te digo lo que siento, lo que me dice el corazón, lo que me parece ser para bien tuyo, y tú te enojas. ¿Quieres que te diga por fuerza lo que piensas? ¡Mándame, amenázame! Pero no me lo harás decir con el corazón, ni lo diré nunca...; me repugna, no puedo.

— Pues bien, contestó Carlos con voz que parecía tranquila, pero con una cara que la estremeció; iré, te lo prometo, iré; pero... escúchame bien, te lo digo de antemano y ten por se-

guro que cumpliré mi palabra: yo no soy de los que se dejan poner el pie en el pescuezo; tengo sangre en las venas, ya me conoces: pues bien, la primera vez que un superior cometa conmigo una violencia ó me insulte ó me ponga la mano encima, aunque estemos en la plaza de armas, ó en medio de la calle, en presencia de cien personas, de ti, de tu cura, de tus parientes, del mismo demonio, tan cierto como hay Dios, le abro la cabeza de un culatazo, y que suceda lo que quiera.

Camila se tapó la cara horrorizada; él la miró de soslayo, con esa mirada de complacencia bestial que mide la herida abierta con la palabra; pero casi al punto, por una de esas mudanzas del corazón que no son raras en tan violentas naturalezas, se conmovió al ver á aquella pobrecilla que sollozaba como si se le quisiera partir el pecho.

— ¡Camila!, dijo con acento cariñoso.

— Sí, replicó ella sollozando; quiera usted á un joven, entréguele por completo el corazón, sufra usted, tiemble, consúmase por él, y todo esto con la esperanza de que, cuando se encuentre en una situación difícil, le proporcione el consuelo de ver que necesita de usted, que le puede ser útil, animarlo; sí, hágase usted ilusiones; llegará el momento, hará usted lo posible por persuadirlo á que no falte á sus deberes, y entonces, en recompensa del afecto que se le tiene, le contestará que quiere ser... — y añadió en voz más baja — ¡un asesino! — y rompió á llorar con más fuerza.

Carlos se inclinó y la tomó una mano, y ella aprovechó aquel momento para decirle con voz suplicante y cogiéndole por un brazo:

— ¡Prométeme que irás!

— ¡Camila!, gritó el joven soltándose y alejándose rápidamente: ¡soy un desgraciado!

Camila quiso detenerle, pero Carlos desapareció, y entonces ella bajó la cabeza llorando.

En esto, la sobresaltó el sonido de una vez alegre y cariñosa que decía:

— ¿Qué te pasa?

— ¡Ah! ¡El señor cura!, exclamó Camila. A tiempo llega, le necesito; es muy bueno y se lo diré todo y me dará valor; ¡loado sea Dios!

Y corrió al encuentro del anciano sacerdote con la confianza y la serenidad de una niña.

IX

Carlos y Marcos se encontraron dos horas después en una calle del pueblo.

— He pensado una cosa, dijo Marcos. ¿Sabes en qué manos te has de poner para ese negocio?

— ¿Qué negocio?

Marcos hizo un ademán para indicar un país lejano.

— ¿Has entendido?... Pues bien, ¿sabes á quién has de acudir si quieres salir bien? ¿A que no lo aciertas? No serás el primero que ha pasado por ese camino..., pero especialmente ahora que la cosa está más enredada: si él quiere, se escriben unos á otros de parroquia en parroquia, y te encuentras en salvo antes que lo adviertas. Debes ir á verle, cuéntale lo que te pasa, y sonsácale, pero sin arriesgarte. Si ves que cede pronto, ya lo sabes, al hierro caliente, batir de repente; si se hace el sueco, no es más que una ficción para no ser el primero en comprometerse; si se niega, lo dejas, es muy caballero y no te denunciará; lo peor será no haber conseguido nada.

— Pero ¿de quién hablas?, le preguntó Carlos.

Y Marcos hizo alrededor de la cabeza un ademán burlesco que quería significar un sombrero de cura.

X

El cura, á quien los vecinos del pueblo llamaban familiarmente D. Luis, era un anciano de setenta años, bajo y nervioso, con dos ojillos vivísimos, que leían en las almas como en un libro impreso, según decían las beatas; buen hombre y buen sacerdote, indulgente en el confesonario, de cordial humor en la mesa, de rostro colorado, blancos cabellos y de opiniones políticas tricolores, parecido en el género de vida y en su modo de ser á los demás curas de aldea, los cuales le distinguían por cierta aptitud para la literatura, de la que años atrás había dado pruebas escribiendo muchos sonetos dedicados al arzobispo y alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía no menos recomendables por la nobleza de la forma que por la robustez de los conceptos.» La mirada llena de benevolencia y la voz dulce templaban la severidad de sus facciones y la rigidez de su porte que le daban el aspecto de un comandante jubilado. Era franco y afable con todos, y todos le querían, en especial Camila, que tenía mucha familiaridad con él, porque viviendo cerca de la iglesia, tenía ocasión de verle y hablarle con frecuencia. Por esto corrió á decirselo todo, lo de la quinta, lo de los designios de Carlos y sus temores, suplicándole que procurase inducir al joven á mudar de parecer si no quería verla morir de dolor. El cura le prometió hacer cuanto pudiera, y añadió que él mismo buscaría á Carlos antes de la noche.

Una hora después Carlos llamaba á la puerta del cura.

Aún no sabía lo que le diría, ni siquiera había pensado en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONSO REYES"

Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

Camila quiso detenerle, pero Carlos desapareció, y entonces ella bajó la cabeza llorando.

En esto, la sobresaltó el sonido de una vez alegre y cariñosa que decía:

— ¿Qué te pasa?

— ¡Ah! ¡El señor cura!, exclamó Camila. A tiempo llega, le necesito; es muy bueno y se lo diré todo y me dará valor; ¡loado sea Dios!

Y corrió al encuentro del anciano sacerdote con la confianza y la serenidad de una niña.

IX

Carlos y Marcos se encontraron dos horas después en una calle del pueblo.

— He pensado una cosa, dijo Marcos. ¿Sabes en qué manos te has de poner para ese negocio?

— ¿Qué negocio?

Marcos hizo un ademán para indicar un país lejano.

— ¿Has entendido?... Pues bien, ¿sabes á quién has de acudir si quieres salir bien? ¿A que no lo aciertas? No serás el primero que ha pasado por ese camino..., pero especialmente ahora que la cosa está más enredada: si él quiere, se escriben unos á otros de parroquia en parroquia, y te encuentras en salvo antes que lo adviertas. Debes ir á verle, cuéntale lo que te pasa, y sonsácale, pero sin arriesgarte. Si ves que cede pronto, ya lo sabes, al hierro caliente, batir de repente; si se hace el sueco, no es más que una ficción para no ser el primero en comprometerse; si se niega, lo dejas, es muy caballero y no te denunciará; lo peor será no haber conseguido nada.

— Pero ¿de quién hablas?, le preguntó Carlos.

Y Marcos hizo alrededor de la cabeza un ademán burlesco que quería significar un sombrero de cura.

X

El cura, á quien los vecinos del pueblo llamaban familiarmente D. Luis, era un anciano de setenta años, bajo y nervioso, con dos ojillos vivísimos, que leían en las almas como en un libro impreso, según decían las beatas; buen hombre y buen sacerdote, indulgente en el confesonario, de cordial humor en la mesa, de rostro colorado, blancos cabellos y de opiniones políticas tricolores, parecido en el género de vida y en su modo de ser á los demás curas de aldea, los cuales le distinguían por cierta aptitud para la literatura, de la que años atrás había dado pruebas escribiendo muchos sonetos dedicados al arzobispo y alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía no menos recomendables por la nobleza de la forma que por la robustez de los conceptos.» La mirada llena de benevolencia y la voz dulce templaban la severidad de sus facciones y la rigidez de su porte que le daban el aspecto de un comandante jubilado. Era franco y afable con todos, y todos le querían, en especial Camila, que tenía mucha familiaridad con él, porque viviendo cerca de la iglesia, tenía ocasión de verle y hablarle con frecuencia. Por esto corrió á decirselo todo, lo de la quinta, lo de los designios de Carlos y sus temores, suplicándole que procurase inducir al joven á mudar de parecer si no quería verla morir de dolor. El cura le prometió hacer cuanto pudiera, y añadió que él mismo buscaría á Carlos antes de la noche.

Una hora después Carlos llamaba á la puerta del cura.

Aún no sabía lo que le diría, ni siquiera había pensado en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONSO REYES"

Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

el modo de entablar la conversación y estaba nervioso. Entró y se quedó de pie en un rincón de la estancia, con el sombrero en la mano.

Era una pequeña habitación de la planta baja, alegre, llena de luz, con ese aspecto particular de las viviendas de los curas de aldea, que hacen adivinar que la iglesia está al lado; las paredes blancas y desnudas, un crucifijo sobre la puerta, un cuadro antiguo, una maceta de dicitamo en la ventana y un ligero olor de incienso en el ambiente.

El cura estaba sentado en un sillón delante de un velador y leía; cuando vió entrar al joven, hizo un movimiento de sorpresa.

— Tengo que hablar con usted, señor cura, dijo Carlos.

El cura le hizo sentar, y en tanto pensaba: «¿Cómo es que se me ha adelantado? Aquí hay algo oculto.» Y miró con fijeza á Carlos, y cruzó por su mente una sospecha que resolvió aclarar pronto.

— He oído decir que has sido llamado al servicio militar, dijo.

— Sí, señor, contestó el joven.

— ¿Y cuándo marchas?

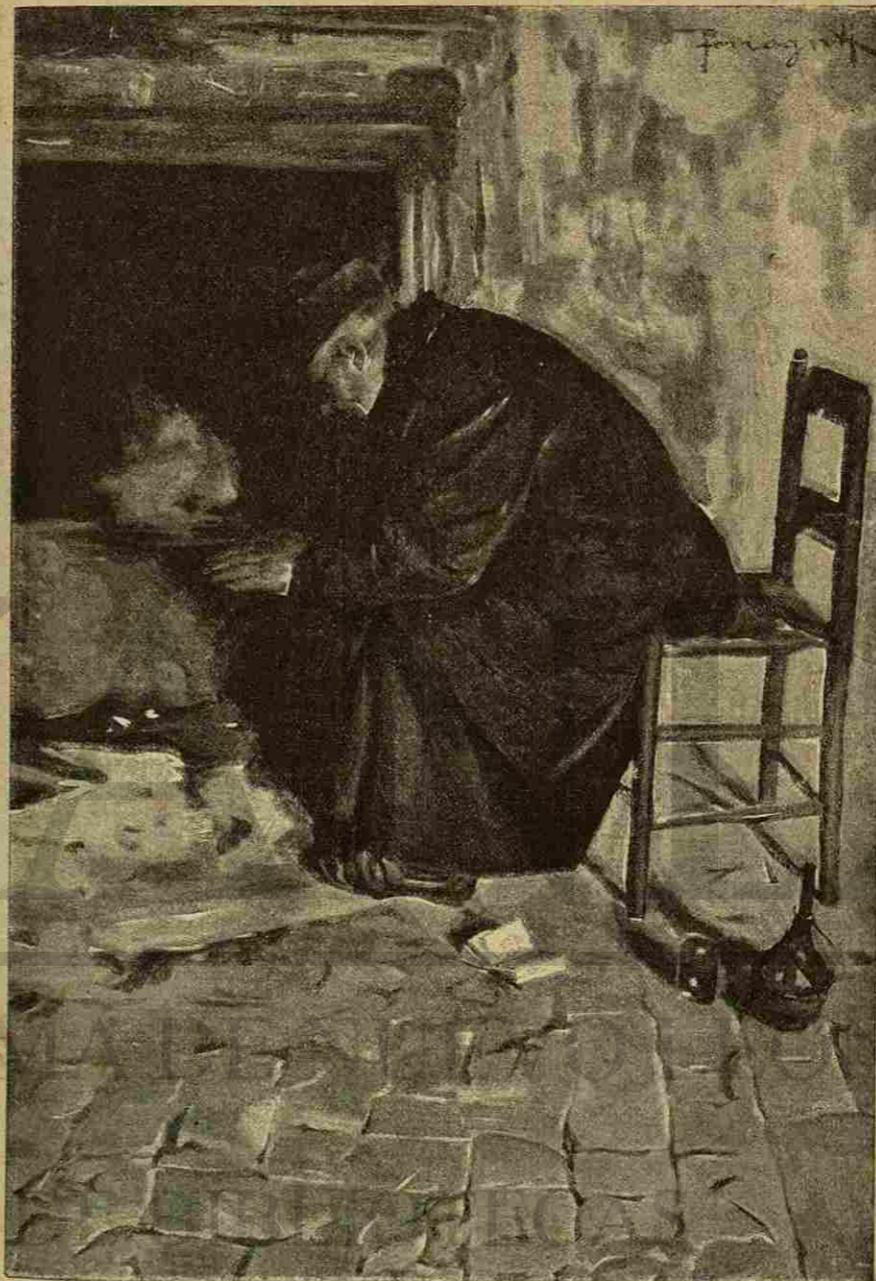
— Marcharé después del reconocimiento facultativo, dentro de diez días.

— ¿Y..., replicó el cura lanzándole una mirada escudriñadora, vas de veras?

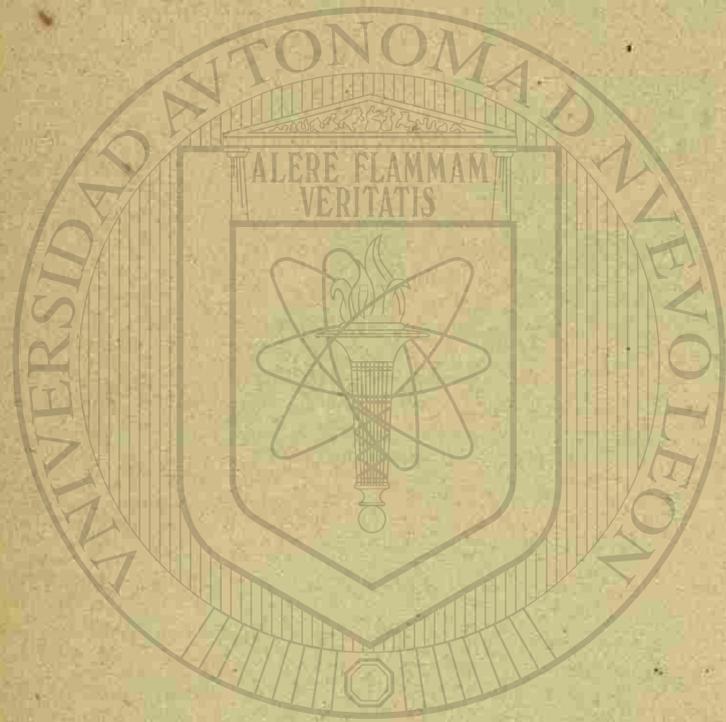
Carlos, en vez de contestar, le miró. El sacerdote se afirmó en su sospecha, y después de contemplar un rato el libro con el ceño fruncido, levantó la cabeza y dijo como distraído:

— Conque partes y has venido á pedirme un consejo, ¿no es cierto?

— Lo ha acertado usted.



El cura, á quien los vecinos del pueblo llamaban familiarmente D. Luis, era un anciano de setenta años



— Creo haber acertado..., dijo con seriedad el sacerdote, y luego, adoptando de pronto un tono benévolo, añadió: Eres un buen muchacho, robusto, juicioso, cumplirás tu deber y volverás á tu casa contento. No creo necesario preguntarte si estás más resuelto que nunca á mantener la promesa que has hecho á Camila; también estoy seguro de que en todo el tiempo que pases fuera de casa, observarás buena conducta y harás todo lo posible porque así como ahora al partir te despides de ella como un buen muchacho, así también al volver pueda ella estrechar la mano de un buen soldado: ¿digo bien?

El joven, maravillado, se sonrojaba y palidecía, sin saber qué responder ni qué partido tomar. De pronto recordó las palabras de su amigo: «Si se hace el sueco, no es más que una ficción para no ser el primero en comprometerse,» y lució para él un destello de esperanza. Se animó y rompió el hielo de golpe.

— Es que no voy al servicio, dijo.

— ¡Ah!, exclamó el sacerdote con leve sonrisa y volviéndose á mirar por la ventana.

— ¡Ya me lo presumí!, pensó Carlos.

— ¿Y qué te propones hacer?, preguntó el cura sin dejar de mirar afuera.

— ¿Yo?..

Se quedó un rato pensativo y contestó con presteza:

— La tierra es grande.

— Tú no sabes una cosa, dijo entonces el sacerdote volviéndose á Carlos y sonriendo benévolamente como si no hubiese comprendido el significado de sus últimas palabras. ¿No sabes que he sido cura de regimiento cinco años, desde el 54 al 59? Cinco años transcurridos como capellán del primer regimiento de infantería, brigada Rey. También yo he sido medio soldado y te puedo decir algo. Es cierto que desde enton-

ces acá las cosas han cambiado mucho... y dicen que para mejor. Pero cree lo que te digo: no es una vida mala, dura y perversa sino para los malos soldados; para los buenos, es cosa muy distinta. Todo consiste en comenzar bien. Desde el momento en que un joven se ha hecho bienquisto de los jefes, puede estar tranquilo: ya no siente el peso de la disciplina. Pero hay que ser alegres, francos, leales. Los jefes lo perdonan todo á esos buenos soldados solícitos y valientes, que aunque tengan el diablo en el cuerpo y cometan de vez en cuando alguna falta, basta mirarlos para decir forzosamente: «¡Es todo un hombre!» En todos los regimientos hay cierto número de esos individuos, que queman la sangre á los jefes, y que sin embargo, siempre que se les coge en algún renuncio, hay que cerrar un ojo. En cinco años he conocido muchos. Me acuerdo, entre otros, de un tal Farinelli, del que aún deben acordarse también los oficiales viejos. Era un mozo que te llevaba un palmo, y tan robusto que había que darle ración doble. Era el desenfreno personificado. Se escapaba de noche, arriesgaba la vida, no dejaba en paz á la compañía; pero era tan buen muchacho, que se hacía querer de todos. En las marchas llevaba los morrales de los que no podían más; en el cuartel siempre estaba cantando, retozaba como un corzo, rompía una piedra de un puñetazo; si sobrevenía una riña, él era quien la ponía fin á empujones; siempre el primero en auxiliar en los incendios, siempre el primero en arrojarse al agua por salvar á un compañero; truhán, descarado, pronto á replicar de modo que ninguno podía contrariarle; incapaz de mentir aunque le hubiesen cubierto de oro; soldado modelo en el servicio, pero un demonio fuera. Tenía el vicio de la bebida. Pero cuando había bebido, estaba en las filas tan tieso, que los jefes, en vez de castigarle, tenían que echarse á reir.

Todo el regimiento lo conocía. Su capitán decía que con cincuenta tunantes como él sería capaz de desbaratar un batallón de austriacos. Récuerdo que una vez el coronel, apuesto veterano con una cicatriz en la frente, pasando revista al regimiento, se paró á contemplar á aquel muchacho atrevido que le miraba con dos ojazos llenos de fuego, y no pudo menos de decirle: «¿Sabes que tienes una buena jeta de soldado?» ¿A que no aciertas lo que le contestó el muy pícaro? «Pues usted no tiene cara de bromas, señor coronel.» Y el coronel se quedó un momento atónito, pero luego se echó á reir y no le dijo nada. ¡Esos son soldados! Pero había otros, como nunca faltan, muy diferentes, enteramente opuestos, aunque no por ello menos bravos soldados. Hombres tranquilos que pasaban sus cinco años sin dar qué hacer, como sombras, lo mismo el primer día que el último; siempre de los primeros en ponerse en fila y en regresar al cuartel, sin tener jamás una mancha en el capote, sin decir una palabra más alta que otra, sin deber un céntimo sobre su masa, sin estar nunca enfermos ni de mal humor, soldados que en cinco años no sufrían un arresto ni una reprimenda, y de los cuales el capitán de su compañía ni siquiera sabía que existieran á no ser porque figuraban sus nombres en las listas; jóvenes que parecían haber nacido con el uniforme puesto y con el fusil en la mano, y que debieran ser soldados toda la vida. Me acuerdo de un capitán que contaba con diez ó doce de éstos en su compañía y me decía: «Si yo tuviese una compañía compuesta de soldados como éstos, viviría veinte años más. Si me preguntase usted á quién quiero más, si á esos muchachos ó á mis hijos, no sabría qué contestar.» ¿Qué te parece?

Carlos escuchaba cabizbajo y pensativo, como si meditase sobre las palabras que le dirigía D. Luis.

— Y puedo hablar con conocimiento de causa, prosiguió el cura, porque, no lo digo por alabarme, pero he conocido muy bien á los soldados piamonteses de aquel tiempo. Entonces era otra cosa. Hasta los soldados tenían religión y se confesaban. Ingresaban en las filas con medallas benditas al cuello; eran jóvenes sencillos, á la buena de Dios, quizás un poco rudos; pero en cuanto á temple, duros como esto (y daba con los nudillos en un pisapapeles de piedra). Muchos venían á hacerme sus confidencias. En aquel tiempo, un buen capellán servía para algo. Había algunos que en los primeros días venían á decirme que no podían soportar aquella vida. «Es inútil, decían, no tenemos valor; estando lejos de casa, con esta disciplina, sin amigos, por tanto tiempo, nos domina la desesperación.» Y yo contestaba siempre: «¡Ánimo, hijos míos! Os lo ruego en nombre de vuestra familia, de los hijos que algún día tendréis, del país en que habéis nacido, del rey que os ha dado este uniforme, no os desaniméis. Cumplís un gran deber. Cuando seáis viejos, os mostraréis orgullosos de poder decir que habéis sido soldados; no os faltarán amigos, os acostumbraréis á la disciplina y no sentiréis tanto las fatigas. Tened otro mes un poco de fuerza y de paciencia, y ya veréis.» Y quería que lo prometiesen, lo prometían y no les iba mal. Otros se desahogaban en la confesión contra ciertos jefes que no los podían ver y los ponían en el caso de hacer algún disparate. Y yo les repetía: «No, hijos míos, no digáis ni penséis esas cosas. No hay ningún jefe que pueda quereros mal. Es un error. Si alguno os persigue, es porque os ha juzgado mal. Hacedse lo comprender. Cumplid vuestro deber y mirad siempre al jefe á la cara, con respeto, pero con la cabeza alta, con el alma en los ojos, sin rencor, y habladle con el corazón en la mano como hablaríais á vuestro padre. Veréis cómo cambia

de parecer y os hará justicia.» ¡Cuántos vinieron después á darme las gracias por estos consejos! Una vez se me presentó un soldado licenciado con el objeto de decirme que él y otros siete ú ocho compañeros que marchaban juntos, también licenciados, habían ido á casa de su capitán, que siempre los había tratado mal, á despedirse de él: que aquel capitán, de quien todos decían que era un perro, les dijo: «Algunas veces os habré parecido un hombre bestial, que gritaba y castigaba sin razón; pero si os acordáis bien, esto sucedía en los días de lluvia, y la razón consiste en esta herida que me hicieron los austriacos en Novara,» y descubriéndose el pecho, les enseñó una horrorosa herida que le martirizaba hacía doce años. Entonces todos formaron diferente concepto y le rogaron que los disculpase. Hay que ir con pies de plomo, amigo mío, en juzgar y condenar. Me acuerdo siempre de un soldado de Saluzzo á quien trataba mal un oficial y lo odiaba de muerte; y cuando estalló la guerra, decía que él mismo se tomaría la justicia por su mano. Pues bien; se encontraron juntos en el campo de batalla en un momento en que llovían las balas. Oye ahora lo que pasó. De pronto, el soldado sintió que el oficial le descargaba un sablazo de plano en la cabeza: esto era ya demasiado: se le subió la sangre á la cabeza, dió un grito de rabia, y se volvió fuera de sí para darle un bayonetazo... Pero ¿qué vió? Al oficial, pálido, que se tambaleaba buscando dónde apoyarse. Había recibido un balazo en el costado mientras gritaba «¡Adelante!» con el sable levantado, y el arma, al caer, había dado en la cabeza del soldado. «En un momento, me contó él mismo, desapareció todo odio de mi corazón. Lo cogí, lo sostuve un rato, luego lo tendí en la hierba, y me arrodillé junto á él para taponarle la herida con la mano. Pero no había remedio: la herida era mortal. Él me miraba, sin quejarse, con los ojos

muy abiertos y fijos. Parecía como si quisiera pedirme perdón por los agravios que me había hecho. «¡Teniente, le dije, tenga usted ánimo! Será una cosa leve.» Pero sí, se le enturbiaba la vista. Y mientras me inclinaba para mirar la herida, me puso una mano en la cabeza y me la atrajo por el carrillo hasta el hombro como para hacerme una caricia. Yo levanté la cabeza y exclamé: «¡Teniente!» Pero había muerto: entonces me pareció que le había querido siempre. ¿Qué te parece? ¿Son éstos soldados? ¿Son hombres dignos de que se les salude, sí ó no?

Carlos continuaba inmóvil, con la vista fija en el suelo, esforzándose, aunque inútilmente, por dar á entender que su seriedad no era más que mal humor.

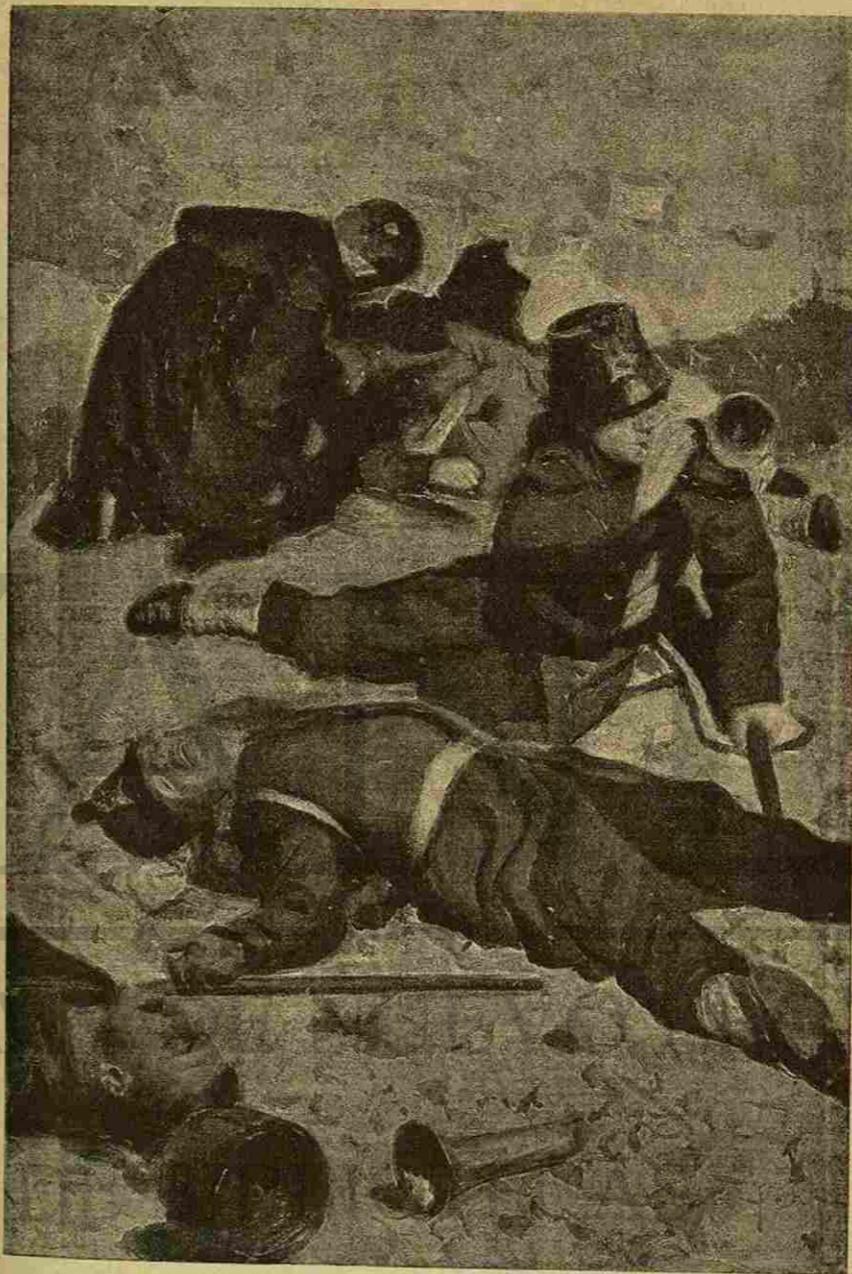
— Y en 1859 he visto á esos muchachos puestos á prueba, prosiguió el cura después de echar una ojeada á la ventana para mostrar que no se cuidaba de la impresión que sus palabras hubiesen podido producir. Entonces había también provinciales, hombres de veintiséis á treinta y dos años, en su mayoría casados y con hijos. Pero ¡qué soldados! Yo los vi pasar, el día del combate de San Montino, cuando el regimiento desfilaba por delante del coronel para marchar al fuego. Los jóvenes parecían despreocupados, los provinciales algo tristes; pero todos tenían buen ánimo, y gritaban un «¡Viva el rey!» que habría bastado para dar á entender que la batalla no se podía perder. El coronel decía de cuando en cuando: «¡Ánimo, muchachos! ¡Ánimo, y todo irá bien!» Yo los bendecía mentalmente, con el corazón un poco oprimido, pensando que muchos no volverían. Poco después empezaron á silbar las balas. No quiero echármelas de valiente, y hablando en verdad diré que cuando oí los silbidos de las primeras, que parecían maullidos de gatos rabiosos, me flaquearon las piernas. Pero pronto me

rehice. Me metí la mano debajo de la sotana, estreché un crucifijo que llevaba sobre el corazón, y dije: «¡D. Luis! Este es el gran momento de demostrar que un buen cura es también un buen soldado.» A los pocos minutos comenzaron á resultar los primeros vacíos en las filas. ¡Santísimo Dios, lo que vi entonces! Mientras la compañía seguía adelante, algunos de aquellos pobres jóvenes se paraban de pronto, daban una vuelta, así, con los brazos levantados, y caían desplomados con el fusil empuñado. Es preciso haber estado allí para comprender lo que se siente, el ánimo que se requiere cuando se les ve entre las mieses, en la hierba, en los setos, en las zanjas, con las caras blancas y los ojos fijos, y por todas partes armas y kepis esparcidos y sangre. Empecé á correr de unos á otros: me llamaban. «¡Aquí, aquí, capellán! — ¡Aquí estoy hijo, mío!,» contestaba. Me asían las manos, me hacían arrodillar, no querían que me separase de ellos, mientras yo animaba á los heridos y echaba la bendición á los moribundos. ¡Cuántas muertes he visto! ¡Y qué serenidad! ¡Qué resignación! Había algunos que antes de expirar hacían un ademán en el aire, con la mano, así, como para despedirse del regimiento que se alejaba. Otros me quisieron dejar un recuerdo. Tengo aquí en una cajita una sortija y una corbata encarnada: un pobre joven, campesino del Monferrato, quería darme sus pendientes y se andaba tocando las orejas con la mano, que ya no le servía, para quitárselos. Había momentos en que ni siquiera sabía dónde me hallaba. Las lágrimas me velaban la vista, tenía las manos llenas de sangre, y corría de acá para allá como un loco. Pero no he visto á nadie retroceder. Eran bersaglieris heridos que se sostenían abrazados á los troncos de los árboles, con esfuerzo desesperado, para ver á su batallón que combatía en las alturas. He visto á un artillero, mocetón rubio, herido en un

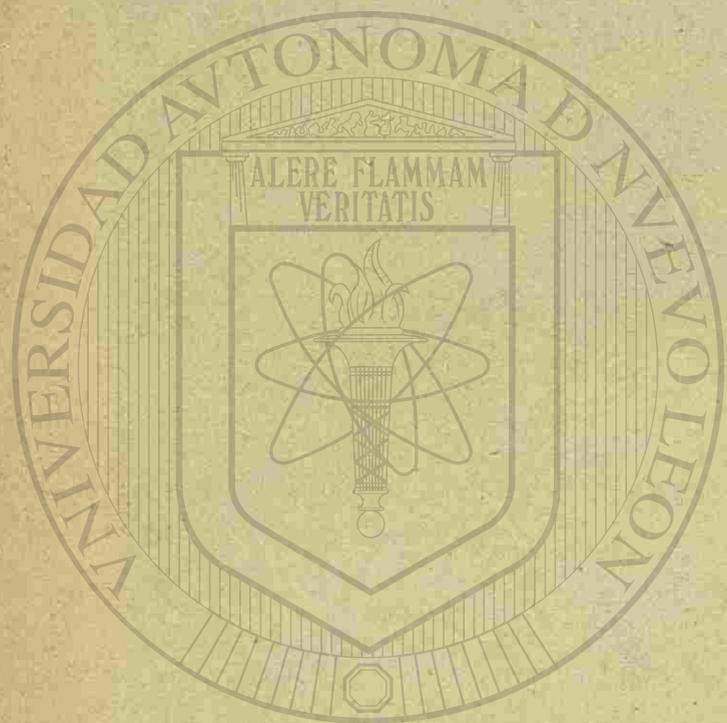
hombro y destrozada la camisa, que se apoyaba en el pretil de un pozo, y para animar á los soldados que pasaban, hacía ademán de salpicarlos con su propia sangre como para bendecirlos y gritaba: «Tomad: es sangre derramada por la patria: os dará suerte!» He auxiliado á un pobre soldado de caballería, que estaba ya expirando, y me dejó sus últimos recuerdos. Tenía en el bolsillo una carta para su mujer, con diez liras dentro, que aquel día quería echar al correo en Lonato y no pudo. Me la dió y me hizo prometerle que la echaría: cuando se lo prometí, pareció más tranquilo. Sufría mucho: estaba blanco como este papel y de cuando en cuando profería un prolongado lamento. Hizo un postrer esfuerzo para indicarme que me inclinase; lo hice así, y aplicó la boca á mi oído. Entonces me dijo con voz apagada: «Si alguna vez tiene usted ocasión de pasar por mi pueblo... soy de Castelnuovo Calcea... me llamo Antonio Calvi..., me hará usted un favor..., buscará á mi padre... y á mi mujer... Si preguntan cómo he muerto... — y al decir esto me echó un brazo al cuello para sostenerse, — dígales que he muerto como buen soldado..., con valor..., que no he padecido... casi nada..., y que cuando Beppiso... mi pobre hijo... sea grande, añadió con un nuevo esfuerzo, que se lo digan.» Dicho esto, dejó caer el brazo, echó atrás la cabeza sobre una piedra, y adiós..., todo concluyó. ¿Has entendido? ¡Esos jóvenes deben tomarse por ejemplo, almas fuertes y grandes, dignas de que se lleve su nombre en el corazón por toda la vida!

Carlos continuaba callado y cabizbajo; pero el temblor de las manos con que daba vueltas al sombrero demostraba que se debía haber despertado en su corazón alguna conmoción ó por lo menos una fuerte lucha de sentimientos opuestos.

— Pero no he visto solamente cosas tristes, añadió el cura



Mientras yo animaba á los heridos y echaba la bendición á los moribundos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasándose una mano por los ojos...; tal vez charlo demasiado, pero es un defecto de los viejos que se puede perdonar. Sin duda habrás oído hablar de Juan Bassi, aquel que servía en artillería, que tanto se distinguió en la guerra del 60 y 61 en el Garigliano; que se ofreció espontáneamente á llevar una orden del general bajo una tempestad de balas y luego cogió una bandera, por lo cual le dieron la medalla de oro y todos los periódicos hablaron de él. Lo debes haber oído nombrar; es un hombre que honra al país; hace seis años que está en Francia y en el pueblo no queda nadie de su familia más que su primo el carretero. Pero tú no puedes acordarte de cuando volvió á casa después de la guerra. Pues bien; fué una escena que deberían haber visto todos cuantos van á servir al rey. Había dejado aquí á su padre viejo, su mujer y una hija de dos años que se llamaba Luisita y era un angelito. Había ido soldado en 1858. Después de su partida sobrevino una guerra tras otra, no pudo tener licencias temporales y no volvió hasta 1862 en que cumplió su empeño. La nueva de su hazaña la dió el alcalde. Hacía tiempo que el padre y la mujer vivían en la mayor angustia por falta de noticias. Una mañana se presenta en su casa el alcalde: vivían enfrente de Santiago; entra, los encuentra á los dos solos, tristes como de costumbre, y les dice: «¿Hace mucho tiempo que no habéis tenido noticias de Juan?» Padre é hija se levantan asustados y contestan: «Hace ya dos meses. — Pues bien, repuso el alcalde; vuestro Juan... — ¿Ha muerto?, exclamaban ambos. — ¡Qué ha de haber muerto!, respondió el alcalde. Está vivo y muy vivo, á Dios gracias. Leed este periódico.» La mujer lo desdobra, ve en él una señal encarnada, empieza á silabear..., figúrate la maravilla y el placer. El diario trataba de todo exactamente, nombre, apellido, con la relación del hecho, lo de la medalla de oro, orden del

día y qué sé yo qué más. Aquellos pobres seres se quedaron al pronto estupefactos y luego parecían locos. ¡Ahí es nada! La medalla de oro, que no se concede más que á los valientes entre los valientes; una cosa grande, tanto que un soldado con esa medalla es casi como un príncipe, se le conoce en todo el ejército, y en punto á honor no hay nadie que esté sobre él. La noticia circuló rápidamente por todas partes; todos corrían á ver al padre y á la mujer de aquel gran soldado: acudían hasta las personas que veraneaban en los contornos y les llevaban regalos. La casa de Bassi estaba llena de toda clase de presentes, y amigos por aquí, amigos por allí, todos los llevaban en palmas. Era un triunfo continuo. Luego se recibieron cartas del muchacho, á continuación las comunicaciones de las autoridades y después la noticia del licenciamiento de la quinta del treinta y siete. Figúrate aquel buen viejo y aquella pobre mujer que hacía cinco años que no habían visto á Juan... Finalmente llegó la última carta, que decía: tal día, á tal hora. Fué una fiesta. Bassi debía llegar á la estación del ferrocarril, que entonces estaba á una milla de aquí. Todos los vecinos convinieron en ir á recibirle. Llegado el día, se reunió mucha gente que fué en busca del anciano, la esposa y Luisita, que puede decirse no conocía á su padre y había crecido mucho, tenía siete años, y una señora la había vestido como una princesa, y todos juntos se encaminaron á la estación. Había allí más de doscientas personas con música y una bandera; estaba el alcalde, algunos señores y yo acompañábamos á la esposa, que parecía atontada y lloraba, y sus amigas le decían: «Teresina, ¡qué poco te lo figurabas cuando pelabais la pava al pie del olmo de Santiago!» Nos dejaron entrar á todos en la estación hasta el andén. Quién llevaba una botella para ser el primero en darle de beber; quién cigarros, quién ramos de flores, y

Luisita tenía alrededor un grupo de gente que la acariciaba y la decía: «Ahora verás por primera vez á tu padre.» Por fin se oyó el silbato de la locomotora: hubo que sostener al anciano, á quien le flaqueaban las piernas, y el alcalde dió el brazo á Teresina que se sentía indispuesta. El tren llega, se detiene, bajan cuatro ó cinco soldados y todos los rodean preguntándoles: «¿Dónde está Bassi? ¿No ha venido? ¿Adónde ha ido? ¡Bassi!, ¡Bassi! — ¡Ahí está!» se oye gritar, y él en persona se asoma al vagón: un soldado alto, moreno, guapo, alegre, con la medalla de oro en el pecho; se apea, mira á la gente, lanza un grito, y ciñe en un mismo abrazo á su padre y á su mujer, poniéndose á dar tantos besos en las dos cabezas que parecía loco, mientras tocaba la música y todos gritaban y se empujaban para llegar hasta él. De pronto sintió que le tiraban del capote; se vuelve y ve una carita y dos manecitas que se alargan hacia él... Al pronto no la conoce. «¡Es Luisita!» gritan todos. A mí me habían empujado hacia atrás, de suerte que no vi nada: pero oí un grito que me llegó á lo más hondo del alma y que nunca he olvidado; el grito del júbilo más intenso, más merecido, más santo que pueda sentir el corazón del hombre; la alegría del soldado valeroso que regresa al seno de la familia y puede decir á sus hijos: «En este pecho contra el que os estrecho, la patria ha puesto una señal de su gratitud y de su admiración.»

Dicho esto, el cura echó una mirada de soslayo á Carlos, y viéndole conmovido, quiso despedirle mientras llevaba la impresión viva y entera de sus palabras.

— ¡Ea! Ahora vete, le dijo cariñosamente empujándole hacia la puerta, y ven á saludarme antes de marchar.

Carlos, vivamente comovido, intentó decir algo, al menos por salvar las apariencias del amor propio; pero sólo pudo bal-

bucear algunas sílabas incoherentes; se dejó llevar hasta la puerta, y no pudo resistir á un impulso del corazón, que le obligó á exclamar:

— Muchas gracias.

Y salió humillado y descompuesto.

— Ya te he echado la buena semilla en el corazón, dijo para sí el cura cerrando la puerta; lo demás es cuenta tuya.

XI

Carlos se detuvo convulso en medio del camino, y permaneció un rato en la más angustiosa incertidumbre. En aquellos pocos minutos se decidió su suerte. Lo primero que se le ocurrió fué correr á ver á Camila y decirle: «Sí, iré al servicio, estoy arrepentido, soy otro, perdóname por lo que te he hecho padecer y no se hable más del pasado.» Pero aún no se había acabado de decir á sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su orgullo salvaje y aquella feroz voluptuosidad del despecho, cualidad dominante en su naturaleza, se había antepuesto á todo. Estuvo un momento allí parado, jadeante, como si hubiera dado una larga carrera, y luego dijo resueltamente: «¡No, no! Todo son palabras. Todos están de acuerdo para hacerme arrastrar la cadena. Es inútil, es una aversión de la sangre, no puedo, no ha de ser, aunque tuviera que vivir como un bandido ó como un perro.» Y echó á andar presuroso á la tienda del amigo.

Cuando Carlos le refirió su conversación con el cura, Marcos se encogió de hombros, sacó del cajón un periódico roto y sucio, lo desdobló sobre un velador y dijo:

— Oye lo que voy á leerte, y luego harás lo que quieras. Y leyó lo que sigue:

«...Hemos sido testigos oculares del exceso de furor bestial á que puede arrastrar al hombre ese insensato celo por la disciplina, que se encarece como una de las más elevadas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía de un ejercicio fatigosísimo; los soldados, en ayunas, caían exhaustos



Dicho esto, el cura echó una mirada de soslayo á Carlos

de fuerzas, y en vano se afanaban los jefes por hacerlos seguir adelante. Entonces el coronel reunió á todos los oficiales y les dijo: «Es preciso de todo punto llegar á tal hora; hagan ustedes uso de los sables.» Y todos los oficiales á la vez se lanzaron sobre los soldados gritando: «¡Ánimo! ¡Adelante!» pateando y blandiendo los sables. Pocos soldados pudieron levantar-

bucear algunas sílabas incoherentes; se dejó llevar hasta la puerta, y no pudo resistir á un impulso del corazón, que le obligó á exclamar:

— Muchas gracias.

Y salió humillado y descompuesto.

— Ya te he echado la buena semilla en el corazón, dijo para sí el cura cerrando la puerta; lo demás es cuenta tuya.

XI

Carlos se detuvo convulso en medio del camino, y permaneció un rato en la más angustiosa incertidumbre. En aquellos pocos minutos se decidió su suerte. Lo primero que se le ocurrió fué correr á ver á Camila y decirle: «Sí, iré al servicio, estoy arrepentido, soy otro, perdóname por lo que te he hecho padecer y no se hable más del pasado.» Pero aún no se había acabado de decir á sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su orgullo salvaje y aquella feroz voluptuosidad del despecho, cualidad dominante en su naturaleza, se había antepuesto á todo. Estuvo un momento allí parado, jadeante, como si hubiera dado una larga carrera, y luego dijo resueltamente: «¡No, no! Todo son palabras. Todos están de acuerdo para hacerme arrastrar la cadena. Es inútil, es una aversión de la sangre, no puedo, no ha de ser, aunque tuviera que vivir como un bandido ó como un perro.» Y echó á andar presuroso á la tienda del amigo.

Cuando Carlos le refirió su conversación con el cura, Marcos se encogió de hombros, sacó del cajón un periódico roto y sucio, lo desdobló sobre un velador y dijo:

— Oye lo que voy á leerte, y luego harás lo que quieras. Y leyó lo que sigue:

«...Hemos sido testigos oculares del exceso de furor bestial á que puede arrastrar al hombre ese insensato celo por la disciplina, que se encarece como una de las más elevadas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía de un ejercicio fatigosísimo; los soldados, en ayunas, caían exhaustos



Dicho esto, el cura echó una mirada de soslayo á Carlos

de fuerzas, y en vano se afanaban los jefes por hacerlos seguir adelante. Entonces el coronel reunió á todos los oficiales y les dijo: «Es preciso de todo punto llegar á tal hora; hagan ustedes uso de los sables.» Y todos los oficiales á la vez se lanzaron sobre los soldados gritando: «¡Ánimo! ¡Adelante!» pateando y blandiendo los sables. Pocos soldados pudieron levantar-

se; los más de ellos siguieron tendidos en el suelo. Entonces los sables hendieron el aire, y cayó una lluvia de sablazos de plano sobre las espaldas, cabezas y brazos de aquellos infelices que pedían compasión, y á los sablazos acompañaron los puntapiés, y á los puntapiés los acostumbrados improperios: «¡Gandul! ¡Canalla! ¡Cobarde!» Resonaron gritos de dolor y de despecho, y los oficiales sacaron sus libros de apuntes, anotaron algunos nombres, y amenazaron con el cepo, con el consejo de guerra, con reclusión y con presidio. Algunos soldados que se habían levantado á duras penas, volvieron á caer, y los médicos se echaron encima gritando: «¡Impostores! ¡Embusteros!» y los sacudían y arrastraban hasta que echaban de ver que tenían la cara lívida y los miembros rígidos. Otros que habían podido andar, se tambaleaban bajo el peso de la mochila y estorbaban el paso á los compañeros; de suerte que los oficiales, despechados, acababan por librarse de ellos derribándolos de un empujón. Otros, parándose para enjugarse el rostro sanguinolento, recibían nuevos golpes de los oficiales, que veían en aquel acto una protesta. Andando de este modo el regimiento llegó á una puerta de la ciudad. Salió un ayudante de campo á caballo y se acercó á la carrera al coronel: casi al instante se propagó un grito entre los oficiales: «¡El príncipe, el príncipe!» Formóse el regimiento en un santiamén: los soldados que se habían quedado atrás fueron llevados adelante á empujones, y los que estaban tendidos en el suelo, cogidos por el cuello y levantados. Dióse la voz de mando: «¡Presenten armas!» Y el príncipe avanzó, lozano, elegante, contento, seguido de cinco oficiales que miraban á las señoras asomadas á los balcones; echó una mirada satisfecha á las primeras compañías, dirigió un cumplido á los primeros capitanes, y aún no había llegado delante de la mitad del regi-

miento, cuando de fila en fila circuló una orden repetida en voz baja, y al poco rato, de aquellos mil pechos jadeantes, de aquellas mil bocas abrasadas, salió un grito prolongado, fatigoso, sin fuerza, acompañado de una sonrisa de sarcasmo amargo, grito que tenía algo de la risotada de un loco y del estertor de un ahogado: «¡Viva el príncipe!» El coronel fué convidado á comer...»

Al llegar aquí, dobló el periódico y dijo:

—¿Has entendido? Los curas te dan charlas; yo te doy verdades sacrosantas é impresas. ¿Qué te parece?

Carlos no contestó y se quedó un rato inmóvil, cruzado de brazos y con los ojos fijos en el periódico. Sin embargo, su resolución no era tan firme como él quería hacérselo creer á sí mismo.

Algo hermoso y grande había pasado por su alma y aún se sentía irresoluto y vacilante.

XII

Pero la palabra fría, sarcástica y pérfidamente tenaz de Marcos no tardó en vencer las últimas resistencias de su corazón. Pasó muchos días con él, sin dejar de destilarle el veneno en el corazón; por la tarde le llevaba á pasear por los senderos de los montes que circundaban el pueblo, y allí le refería flemáticamente, uno tras otro, largos relatos de violencias, sevicias y desesperaciones, y de soldados enloquecidos y suicidas, exponiendo con acento compasivo mil detalles irritantes, hasta que arrancaba de la boca de su víctima un grito de despecho ó de rabia, y entonces añadía á modo de consuelo que «estos casos no se daban todos los días.» De esta suerte Carlos iba confirmándose cada vez más en la resolución de sustraerse

de la quinta á toda costa. Pero cuando pensaba en la deserción, le asustaba la idea de las dificultades, de los peligros y de la inseguridad de su porvenir. Una tarde no pudo menos de decirselo á su amigo, con el cual se había mostrado hasta entonces firme y tranquilo en su propósito de desertar. Paseaban por la ladera de un monte; se había puesto el sol, y ninguno de los dos hablaba. Carlos miraba allá abajo, en el valle, su aldea, donde empezaban á brillar algunas luces, y desde la cual llegaba á sus oídos la confusa algazara de los muchachos. La idea de que dentro de pocos días debía despedirse, quizás para siempre, de aquel valle, de aquellas casas, de Camila, de cuanto le recordaba su familia y su infancia le oprimió de pronto el corazón con gran violencia; se detuvo, exhaló un suspiro profundo, y pasándose la mano por la frente, que le ardía, exclamó con acento conmovido:

— ¡Y tener que marchar..., abandonarlo todo, á todos..., ir... quién sabe adónde..., quién sabe por cuánto tiempo..., solo por el mundo..., perseguido..., ¡ah!, conozco que es muy duro, demasiado duro!

Marcos lo miró y no contestó. Continuaron su paseo. Después de dar algunos pasos, el amigo insinuó con marcado acento de negligencia, como si dijese una cosa de todo punto indiferente:

— No es necesario ir solo por el mundo.

— ¿De qué modo?, preguntó Carlos parándose y con expresión de seria curiosidad.

Marcos le miró con fijeza y le preguntó á su vez:

— ¿Eres hombre?

Carlos hizo un ademán.

— Pues bien, repuso Marcos, y acercándole la boca al oído le dijo algunas palabras en voz baja.

— ¡Jamás!, contestó Carlos echándose atrás bruscamente y haciendo un ademán de resuelta negativa.

— Jamás es una palabra que está pronto dicha, replicó Marcos sosegadamente. La cosa merece reflexión. No se trata de la vida. He creído hacerte una indicación de amigo: me parece que sería el medio de arreglarlo todo. Piénsalo bien. Por lo demás, me lavo las manos. No soy yo el que está metido en un mal paso, sino tú.

Y siguieron bajando hacia el pueblo, Marcos tranquilo y Carlos profundamente agitado.

— ¿Podré contar contigo?, preguntó éste con una voz que no parecía la suya cuando estuvieron á punto de separarse.

— Prometo que haré todo cuanto puede hacer un buen amigo y un hombre de honor, respondió Marcos llevándose una mano al pecho.

Carlos fijó en él una larga mirada, le estrechó la mano y desapareció.

XIII

Transcurrieron cinco días que fueron de angustia continua para Camila. Carlos pasaba gran parte del día con su amigo, hablaba con ella rara vez y poco; pero cuando la encontraba, le apretaba la mano ó la hacía una caricia, cosa insólita en él. Sin embargo, ella no se dejaba engañar. En aquellas demostraciones afectuosas le parecía adivinar como si él sintiese la necesidad de animarla y de darle fuerzas para soportar la prueba; pero no veía en aquel rostro la suspensión de ánimo de los días pasados, sino la triste firmeza de una resolución adoptada. Carlos pasaba muchas horas solo, sentado á la sombra de un árbol con la cabeza apoyada en una mano y medi-

tabundo; hablaba á menudo y gesticulaba y á veces contraía el rostro como si se le apareciera de pronto una imagen horrible. Camila, temblando, observaba todos sus pasos y movimientos; apenas salía Carlos de casa, corría á su cuarto para ver si había algo cambiado en él; á veces lo esperaba á la puerta, le seguía, hacía que la despidiese, lo buscaba y lo llamaba. «¿En qué piensas?» le preguntaba á cada momento. Y él la respondía: «En nada.»

Llegó la víspera del día del reconocimiento; á la mañana siguiente Carlos tenía que marchar á la ciudad para que los médicos militares lo reconociesen. Cuando se levantó estaba algo más inquieto y pálido que de costumbre. Salió temprano, regresó al poco rato, trasteó algo en su cuarto y volvió á salir. Camila corrió á ver lo que había hecho; la puerta del cuarto estaba cerrada, y ella supuso que acababa de arreglar su ropa para partir. No quedaba duda; se proponía desertar aquella noche. Le vió algunas horas después, inmóvil en medio de un campo, cruzado de brazos; después lo vió en el camino con su amigo, y al anochecer tornó á casa. Camila le detuvo á la puerta, le cogió las manos y le dijo en voz baja, resuelta y con un acento que revelaba toda la angustia de su alma:

— ¡Carlos, no puedo vivir así! Dime que cumplirás tu deber.

No me entregues á la desesperación! ¡Por Dios, dime qué piensas!

— Nada.

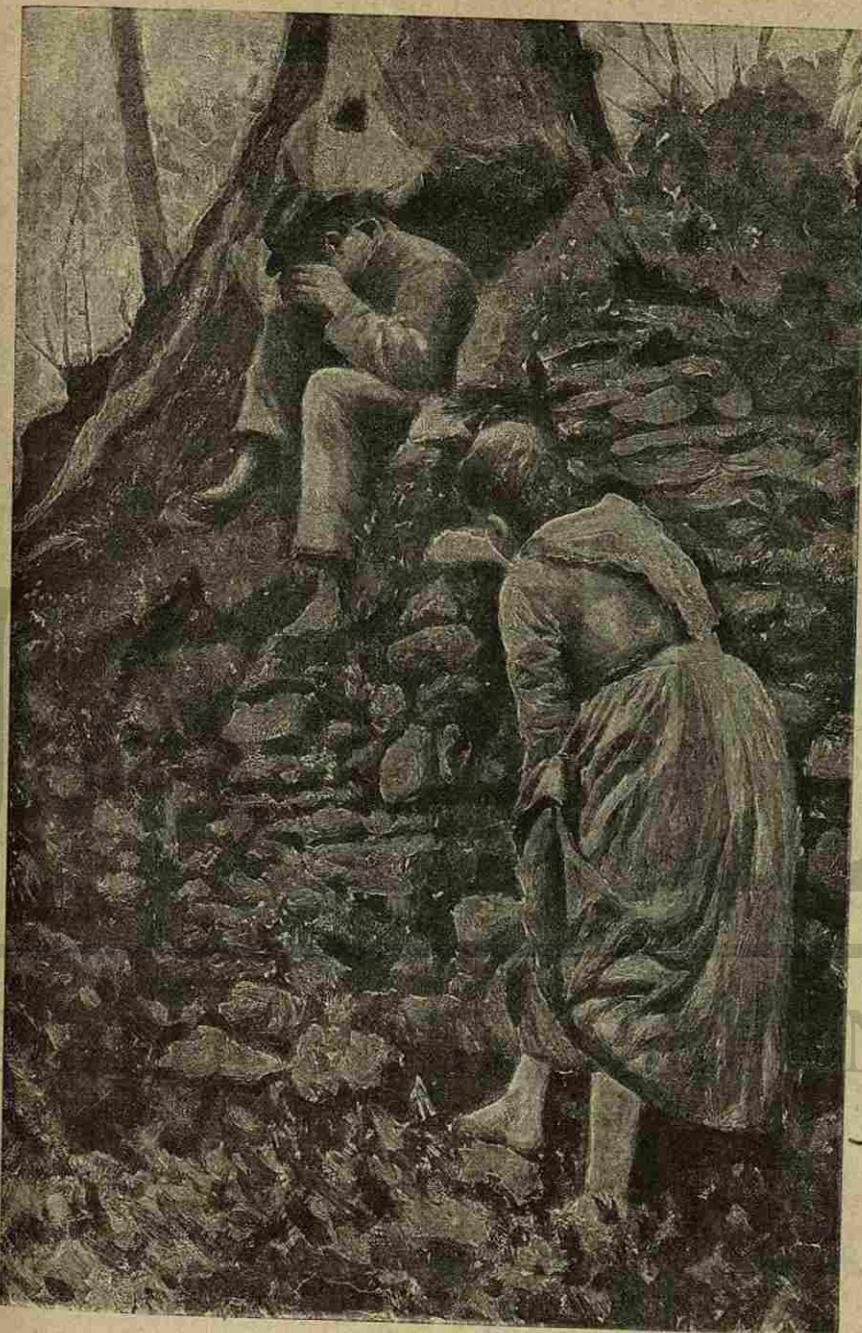
— No es verdad. Tú quieres huir.

— No.

— Sí, lo presumo, lo sé, quieres escaparte esta noche. ¡No tienes compasión de mí! ¡Te propones matarme!

— ¡Calla!, dijo Carlos mirando alrededor.

— No puedo callar, necesito hablar; si he de morir, no quie-



Carlos pasaba muchas horas solo, sentado á la sombra de un árbol

ro morir callando. ¡Carlos!, añadió arrodillándose, no me levantaré de aquí si no me juras antes que no me abandonas, que irás á la ciudad, que serás soldado; ¡te lo suplico por lo mucho que te quiero, en nombre de tu padre, de tu madre, de Dios!

— Lo juro, contestó Carlos significándole que bajase la voz.

— ¿Lo juras?, exclamó Camila levantándose y poniéndole las manos en los hombros. Júralo otra vez.

— Lo juro.

— ¡Júralo por tu madre!

— Lo juro por mi madre, por mi padre, por quien quieras, cien mil veces; ¿qué más puedo decirte?

Camila le miró fijamente, dejó caer los brazos y murmuró con acento de profunda consternación:

— No te creo; tienes algo en los ojos que no me deja creer. ¡Ay! — exclamó con repentino impulso y rompiendo á llorar: — ¡eres un desdichado!, ¡un hombre sin corazón! ¡Vete! ¡Déjame morir!.. ¡Ah, no, no, Carlos, detente por piedad! — y lo detuvo y le echó los brazos al cuello. — ¡Perdóname! ¡No puedo vivir así! ¡Ten compasión de tu Camila!

— Por todo lo más sagrado del mundo, Camila, respondió Carlos desprendiéndose de ella y alejándose, ¡te juro que no huyo!

— La joven, sin hacer caso de estas palabras y habiéndosele ocurrido de repente una idea, se arregló el cabello, se enjugó los ojos y corrió en derechura á casa del cura. Entró, se arrojó á sus plantas, se lo contó todo, y terminó diciendo:

— Me pongo en sus manos; sálveme usted de la desesperación y de la ruina.

El sacerdote estuvo pensando bastante rato antes de contestar; luego preguntó si Carlos se había ido á su casa. Camila le contestó que sí.

— Pues vete, dijo, y procura no dejarlo salir en una hora; de lo demás me cuidaré yo.

Camila se marchó presurosa. El cura cogió el sombrero y fué á hablar con el subteniente de carabineros, que era un veterano franco, y le rogó amistosamente que aquella noche hiciera vigilar la casa de Carlos, explicándole el motivo. El subteniente llamó á dos carabineros con voz estentórea (que no era su voz natural, sino una fingida que sólo usaba en los actos del servicio), dió la orden refunfuñando, y luego añadió para sí encendiendo la pipa: «¡Bien me daba el corazón que algún día tendría que habérmelas con esa cara de pocos amigos!»

XIV

Eran las nueve de la noche. La familia de Carlos y de Camila estaba en una pequeña habitación de la planta baja, sentada alrededor de una mesa, y Camila en un rincón al que apenas llegaba la claridad de una lámpara que servía para todos. Carlos estaba en su cuarto, que era una pequeña pieza baja de la casa de los amos, situada enfrente de la de los mozos, donde se hallaba Camila, y entre las cuales estaba la era. La pobre abrigaba alguna confianza, por más que el cura no le hubiese dicho qué se proponía hacer para disuadir al joven de su resolución. De cuando en cuando se asomaba á la ventana; la niebla era muy densa, no se veía el campo ni las estrellas, y lo único que rompía la obscuridad era la ventanita alumbrada del cuarto de Carlos. Camila la miraba fijamente, casi sin pestañear, y ora le parecía que se agrandaba como la boca de un enorme horno que se movía hacia ella, ora la veía empequeñecerse hasta reducirse á un punto luminoso que se iba alejando. Todo estaba silencioso en el aire, en el campo,



¡Carlos, no me levantaré de aquí si no me juras antes que no me abandonas!..



— Pues vete, dijo, y procura no dejarlo salir en una hora; de lo demás me cuidaré yo.

Camila se marchó presurosa. El cura cogió el sombrero y fué á hablar con el subteniente de carabineros, que era un veterano franco, y le rogó amistosamente que aquella noche hiciera vigilar la casa de Carlos, explicándole el motivo. El subteniente llamó á dos carabineros con voz estentórea (que no era su voz natural, sino una fingida que sólo usaba en los actos del servicio), dió la orden refunfuñando, y luego añadió para sí encendiendo la pipa: «¡Bien me daba el corazón que algún día tendría que habérmelas con esa cara de pocos amigos!»

XIV

Eran las nueve de la noche. La familia de Carlos y de Camila estaba en una pequeña habitación de la planta baja, sentada alrededor de una mesa, y Camila en un rincón al que apenas llegaba la claridad de una lámpara que servía para todos. Carlos estaba en su cuarto, que era una pequeña pieza baja de la casa de los amos, situada enfrente de la de los mozos, donde se hallaba Camila, y entre las cuales estaba la era. La pobre abrigaba alguna confianza, por más que el cura no le hubiese dicho qué se proponía hacer para disuadir al joven de su resolución. De cuando en cuando se asomaba á la ventana; la niebla era muy densa, no se veía el campo ni las estrellas, y lo único que rompía la obscuridad era la ventanita alumbrada del cuarto de Carlos. Camila la miraba fijamente, casi sin pestañear, y ora le parecía que se agrandaba como la boca de un enorme horno que se movía hacia ella, ora la veía empequeñecerse hasta reducirse á un punto luminoso que se iba alejando. Todo estaba silencioso en el aire, en el campo,



¡Carlos, no me levantaré de aquí si no me juras antes que no me abandonas!..



dondequiera; no se oía más que alguna rara voz lejana, ó un retintín de campanillas producido por algún rebaño rezagado.

De pronto le pareció oír pasos en la era, miró con atención, y en efecto vió que alguien andaba por ella. Sospechó que fuese Carlos y dió un paso como para lanzarse fuera; mas notó al punto que el hombre se dirigía hacia la casa y dijo para sí: «Es el cura,» y respiró. A los pocos momentos vió dos sombras negras en la pared del cuarto de Carlos, y repitió: «Es él.»

No era el cura, sino Marcos.

Camila volvió á sentarse en su rincón y dijo á sus parientes:

— El cura ha venido á ver á Carlos.

Los parientes, que también habían adivinado por la expresión del joven que se proponía hacer alguna diablura, aun cuando no se cuidaban gran cosa de ello, contestaron:

— Con tal que consiga hacerle sentar la cabeza...

Poco después se levantaron todos y dieron las buenas noches á Camila, diciéndole:

— Si viene el cura, recíbelo tú y dile que como estábamos cansados nos hemos ido á acostar, que nos dispense, y dale las buenas noches en nuestro nombre. Tú, pequeño, quédate aquí acompañándola.

El hermano de Carlos se quedó con Camila.

Un minuto después llamaron á la puerta, y Camila fué á abrir: era el cura. Le miró á la cara para adivinar si había conseguido algo. El sacerdote, al pasar, había visto á los dos carabineros de centinela, y satisfecho de su obra, sonrió. La joven, observando su sonrisa, pensó: «¡Lo ha logrado!» y le cogió una mano y se la besó en un arranque de alegría y de gratitud.

El cura se sentó entre Camila y el niño, á la luz de la lámpara, y empezó á hablar para animarlos un poco. La joven le interrumpía de vez en cuando para escuchar si se hacia algún ruido en la casa.

El cura hablaba de Carlos.

— ¿Quién duda que es muy dura la vida del soldado?, decía. Pero hay que tomarla como una prueba que Dios nos envía para ver si tenemos bastante fortaleza en la virtud y en el bien, para resistir las tentaciones y afrontar los peligros. Tiene poco mérito el ser bueno y virtuoso en una aldea, donde se trabaja desde la mañana hasta la noche, y está uno rodeado de personas que le quieren y nos dan ejemplo de buenas costumbres y de devoción; en este caso, hay que buscar lo malo ó sacarlo de nosotros mismos, y no se necesita gran fuerza para no hacer lo uno ni lo otro. Lo difícil es mantenerse en el buen camino entre quien va por el malo y procura también llevarnos por él: el que logra mantenerse en el primero, ¡ese sí que ha adquirido un gran mérito á los ojos de Dios! Así pues, hay que considerar más bien como una fortuna que como una desgracia esta ocasión que nos presenta de hacernos aceptos á Él de un modo particular, conservando el corazón puro y honesto del buen campesino bajo el capote del bravo soldado. Carlos será lo uno y lo otro; porque si bien es algo reservado y orgulloso, en el fondo es religioso, y quien tiene verdadera religión no carece de valor, y que diga la gente que para ser soldado valeroso se necesita no creer en nada y reirse del que cree en algo. Para arrostrar la muerte con corazón firme y sereno, es preciso ver á alguien cuando se presente á decirle: «¡Te espero!» y cómo arriesga con más valor esta vida el que cree que después de ella hay otra, que aquel que perdiéndola cree perderlo todo, y debe hacer el sacrificio sin esperanza de

premio. Y cree que de estas cosas no se ríe en la guerra como se ríe en la paz. Cuando el ejército piamontés...

— ¿No ha oído usted una voz, señor cura?, preguntó Camila interrumpiendo á D. Luis en su interesante relato.



Callaron los tres y se pusieron á escuchar

El cura se calló y escuchó un rato, y luego prosiguió:

— No es nada. Cuando el ejército piamontés estaba en Crimea, reinaba allí el cólera. Morían treinta, cuarenta, cincuenta soldados cada día. Decíase que la guerra duraría años y años; ninguno esperaba volver á la patria; todos estaban resignados á morir sin volver á ver á sus familias; todos desalentados, tris-

tes. Sin embargo, todos los domingos al salir el sol, al clamor de los tambores y trompetas, aquel reducido ejército se congregaba en una gran llanura desierta, se formaba en tres lados, dejando el cuarto vacío, y allí se disponía un altar y se decía misa. Los generales se situaban junto al altar. De cuando en cuando las filas compactas de los regimientos se abrían á trechos para retirar algún soldado atacado del mal. La banda tocaba piezas que recordaban á todos aquellos pobres jóvenes su lejano país y los alegres años pasados en la casa; el cielo estaba despejado y brillaba un sol que hacía resplandecer las bayonetas; se sentía á lo lejos el estampido de los cañones de los rusos; era un espectáculo que hasta al bravo general La Mármora, que mandaba á todos nuestros soldados y quería mostrarse hombre de hierro, le corrían las lágrimas por las mejillas á la vista de los que estaban cerca de él. Pues bien, cuantos han estado allí lo aseguran: en aquel momento no había ninguno que no sintiese necesidad de elevar el corazón y la mente á Dios y que no pronunciase algunas palabras de rezo. Generales, soldados, viejos, jóvenes, sanos, heridos, todos estaban unidos en un solo sentimiento y en una sola idea: «Buen Dios, protege á nuestras familias lejanas de nosotros, nuestra vida, nuestra bandera; infúndenos fuerza y valor, y concédenos la gracia de que volvamos á ver nuestro querido Piamonte.» Y terminada la misa, volvían otra vez todos á sus campamentos con el alma más serena y el corazón más fuerte...

En aquel momento se oyó un rumor: callaron los tres y se pusieron á escuchar: nada; reinaba el más profundo silencio; apenas se oía el movimiento de las hojas de una parra sujeta á los hierros de la ventana.

De pronto, rompió aquel silencio una voz desconocida que

salía del cuarto de Carlos y que gritó de un modo sonoro: «¡Abajo!»

Camila perdió el color: reinó otro momento de silencio.

Luego resonó otra vez aquel grito de mal agüero: «¡Abajo!»

Y en seguida un golpe fuerte, como de algo pesado que cae de lo alto, y al mismo tiempo un agudísimo grito de dolor, seguido de un largo y sordo lamento.

El cura, Camila, el muchacho, helados de espanto, se lanzan á la era hacia el cuarto de Carlos.

Antes de llegar á la puerta oyen á la otra parte de la casa un tiro de fusil.

Sobrecogidos de nuevo terror, casi fuera de sí, prorrumpiendo en fuertes gritos, se precipitan hacia la puerta, pero la encuentran cerrada. Lllaman, vocean: nadie contesta. En el cuarto de Carlos seguía habiendo luz. Volvieron á llamar sin obtener respuesta. Piden socorro y entonces llega un carabinero diciendo:

— ¡Se le ha cogido!

— ¿A quién?, preguntaron á una Camila y el cura.

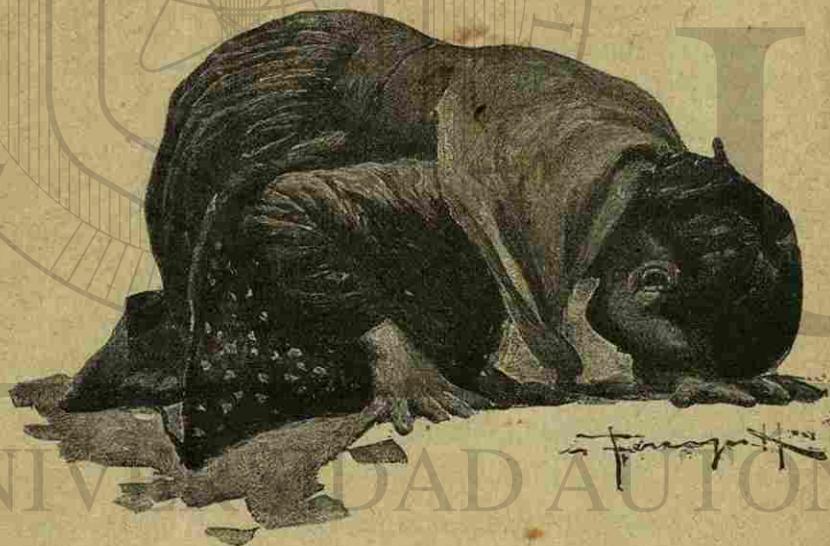
— Se ha oído un grito, contestó el carabinero, un grito como el de un hombre asesinado, y al poco rato un hombre ha saltado por la ventana al campo y ha echado á correr. Nosotros le hemos perseguido dándole la voz de «¡alto!» pero ha seguido corriendo. «¡Es el asesino!» hemos pensado, y volvemos á gritar: «¡Alto!» No contesta, y entonces mi compañero le ha disparado un pistoletazo; el hombre ha caído, le hemos alcanzado, y ha resultado que era Marcos, el licorista: la bala le ha destrozado el brazo.

— ¡Carlos! ¡Carlos!, gritaba desesperadamente Camila, pegando puñetazos y arañando la puerta.

Llegaron en esto los mozos con picos y hachas, y en pocos

momentos derribaron la puerta, y todos se precipitaron en la habitación, Camila la primera. Vieron á Carlos tendido boca arriba en la cama; miraron la mesita y estaba salpicada de sangre; en el suelo había un charco de ella; se acercaron á la cama y la vieron ensangrentada. De pronto Camila sintió algo debajo de su pie, se inclinó, miró..., y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido.

Habla recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.



Y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido

FURIO

I

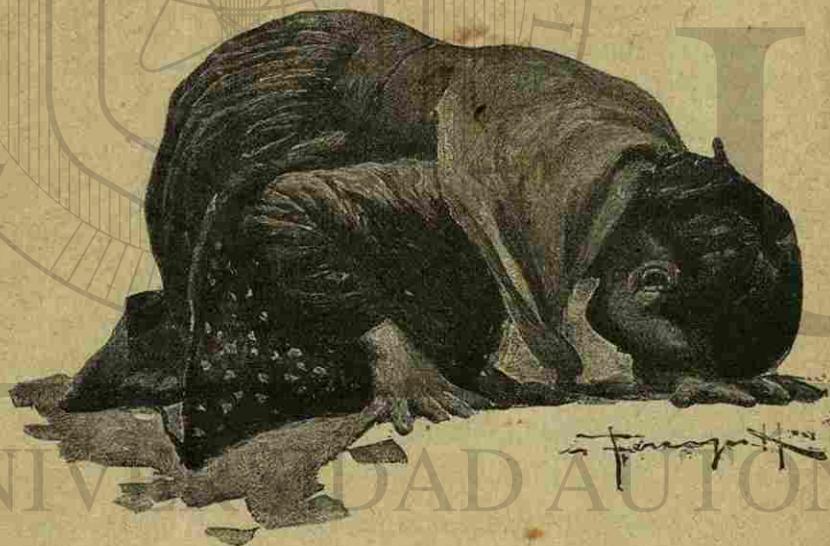
Érase una vez un joven guapo y nada tonto, como tampoco vano, lo cual es más raro: ó quizás lo fuera, pero de un modo franco y abierto, que no desagradaba. Y no de aquellos mancebos apuestos, que á algunos les parecen regulares y á otros no gustan, sino que agradaba á todos. Se le hubiera podido comparar con uno de esos jóvenes de que hacen mención tan frecuente las novelas francesas y son tan raros por fortuna en el mundo real, que por dondequiera que pasan dejan rastro de desavenencias conyugales, de melancolías de muchachas engañadas, de iras de enamorados, y á todo atavío que adoptan, el novelista hace que caiga sobre ellos de alguna claraboya un rayo de luna ó de sol, y les aplica una similitud sacada de algún cuadro ilustre.

Al pensar que había estado acostumbrado desde niño á sentirse pasar por debajo de la barba la mano blanca de las señoras, á que le besuquearan las jóvenes, á ver siempre á sus padres en adoración ante él, á hacerse perdonar alguna travesura con una salida graciosa, era cosa de maravilla que hubiera crecido sin humo en la cabeza, sin afectación, bueno, franco, llano, que se hiciera querer de todos, ó al menos no desagradara á nadie.

Cuando le gastaban una broma sobre su belleza, él mismo bromeaba, sin que en ninguna de sus palabras se notase el menor asomo de vanidad, y enumeraba con mucha sencillez

momentos derribaron la puerta, y todos se precipitaron en la habitación, Camila la primera. Vieron á Carlos tendido boca arriba en la cama; miraron la mesita y estaba salpicada de sangre; en el suelo había un charco de ella; se acercaron á la cama y la vieron ensangrentada. De pronto Camila sintió algo debajo de su pie, se inclinó, miró..., y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido.

Habla recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.



Y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido

FURIO

I

Érase una vez un joven guapo y nada tonto, como tampoco vano, lo cual es más raro: ó quizás lo fuera, pero de un modo franco y abierto, que no desagradaba. Y no de aquellos mancebos apuestos, que á algunos les parecen regulares y á otros no gustan, sino que agradaba á todos. Se le hubiera podido comparar con uno de esos jóvenes de que hacen mención tan frecuente las novelas francesas y son tan raros por fortuna en el mundo real, que por dondequiera que pasan dejan rastro de desavenencias conyugales, de melancolías de muchachas engañadas, de iras de enamorados, y á todo atavío que adoptan, el novelista hace que caiga sobre ellos de alguna claraboya un rayo de luna ó de sol, y les aplica una similitud sacada de algún cuadro ilustre.

Al pensar que había estado acostumbrado desde niño á sentirse pasar por debajo de la barba la mano blanca de las señoras, á que le besuquearan las jóvenes, á ver siempre á sus padres en adoración ante él, á hacerse perdonar alguna travesura con una salida graciosa, era cosa de maravilla que hubiera crecido sin humo en la cabeza, sin afectación, bueno, franco, llano, que se hiciera querer de todos, ó al menos no desagradara á nadie.

Cuando le gastaban una broma sobre su belleza, él mismo bromeaba, sin que en ninguna de sus palabras se notase el menor asomo de vanidad, y enumeraba con mucha sencillez

ciertos atractivos conquistadores que poseía, de efecto bien probado é indudable, según aseguraba: luego remedaba con mucha gracia sus propios modales y proceder, ridiculizando la cosa hasta tal extremo que disipaba toda sospecha de fingimiento.

Una noche que cenaba con varios amigos, éstos le dijeron que la belleza en el hombre no significa nada, que el talento lo es todo, y que hablando con justicia, el talento era lo menos notable en él: como lo desafiaron á negarlo, contestó: «Sí, todos dicen lo mismo; pero ¿qué es lo que se ve en efecto? Lo contrario. En las novelas son guapos todos los hombres que hacen algo grande ó bueno; todas las mujeres se afanan por tener hijos hermosos; para ayudantes de campo se buscan los oficiales más apuestos; los cómicos, los oradores, los reyes han de ser forzosamente de bella presencia, y de un poeta notable, pero feo, se dice: «Me lo figuraba de otro modo,» y Byron se cuidaba más de su cara que de su gloria, y Leopardi hubiera dado todo su griego por tener unos ojos capaces de encaprichar á Nerina, y Petrarca hablando de sí mismo dice: *forma non glorior excellenti, sed...*, pero soy un hombre bello; y Guerrazzi, bajo la máscara de su Horacio, dice que las jóvenes se volvían á mirarlo; y Murat, cuando le iban á fusilar, todavía pensaba en parecer hermoso después de muerto, y hay ciudades donde no quieren gobernadores feos, y á Cristo lo pintan bello, y á los ángeles, á fin de que resulte más cómodo el quererlos, se los representa altos y esbeltos como jinetes de Saluzzo, ó regordetes y colorados como acerolas; en cambio, en las novelas, en los cuadros y en la imaginación de la gente se pinta siempre feos á los tontos, á los pícaros y á vosotros.»

Además su índole tenía algo singular, y era que á veces se sentía descontento, y más que descontento, avergonzado de

sus atractivos exteriores, y además experimentaba un sentimiento como de menosprecio de sí propio, precisamente porque, como le habían dicho los amigos, su talento no correspondía á su persona, ó para ser justos, la gente no lo tenía tan en cuenta. Era de imaginación abierta, despejada y no carecía de esa viveza y argucia á la que se da el nombre de ingenio; pero habría tenido que ser de muy diferente levadura para que el rostro y el talento se correspondiesen. Esta desproporción le parecía ridícula, á veces humillante, y decía: «Mi alma es como una zafia aldeana vestida de dama elegante.» «¿Está usted enamorado?, le preguntó un día su anciana patrona al verle triste: vaya, no piense en ello; es usted un buen mozo. — Soy un buen muñeco,» contestaba, y en aquel momento se acordaba de una joven á quien había dejado plantada porque le escribió: «Ha padecido usted una equivocación naciendo con alma; pues lo habríamos podido poner en un museo.» Y esta opinión menguada de sí mismo le aquejaba á menudo de pronto, como un dolor de cabeza, en cualquier reunión de amigos y especialmente si había mujeres; entonces enmudecía, tomaba el sombrero y se marchaba, pues le parecía haber dicho ya tantas tonterías, tantos despropósitos y tantos absurdos, que colmaban la medida de la más benévola tolerancia. Por lo demás, todas estas debilidades probaban que valía algo más de lo que él mismo se figuraba; por lo menos demostraban que tenía un cerebro sano y un buen corazón; un poco alocado, cuando estaba alegre, y un tanto acre, cuando triste: en el fondo, un buen muchacho.

Tenía veintiocho años, cabellos rubios, el título de abogado, alguna hacienda y un nombre tan sumamente raro que no lo podía sufrir: Riconovaldo.

Y ahora principia el cuento.

II

Eran las seis de la mañana. Furio abrió la ventana y al punto penetraron en su habitación un rayo de sol y una oleada de aire oloroso que le comunicó una suavísima sensación de placer. Miró el cielo, los montes, el jardín de la quinta, dió una palmada en el antepecho y exclamó: «¡Qué hermoso!» y pensó que tenía catorce años y que amaba inmensamente la vida. Un insecto subía por la persiana; alargó la mano para echarlo abajo; «pero no — dijo de pronto, — hoy es día de perdón: ¡vive!» Se rió, se apoyó en la ventana contemplando la campiña y se puso á cantar.

En esto apareció al pie de sus ventanas un coche vacío; una criada salió de la casa y abrió la portezuela, y tres pies largos y secos se pusieron en el estribo, y tres personas secas y largas se apresuraron á tomar asiento, el padre, la tía y la hermana de Furio. Éste se había retirado un poco.

— Dentro de dos horas volveremos, dijo el padre á la criada.

— ¿Con la señora?, preguntó ésta con expresión de tímida alegría.

— Con la señora nueva, contestó aquél con sonrisa de complacencia, é hizo una seña al cochero, el cual arreó los caballos.

— ¡Un momento!, gritó la tía con voz estridente.

El cochero paró, y del carruaje salió un largo brazo seco con un dedo largo y nudoso, que después de tremolar en el espacio como la caña de un apagador de iglesia, se fijó hacia la ventana de Furio, y la misma voz gritó:

— Vístete y baja inmediatamente.

Furio se retiró de la ventana.

— No importa, dijo el padre con acéto conciliador; déjale en casa; es un estorbo menos.

— Quiero que venga.

— ¡Ea, no perdamos tiempo, es ya tarde!.. ¡Arrea, cochero!

El carruaje emprendió la marcha. Furio volvió á asomarse á la ventana y vió aún á lo lejos aquel largo dedo formidable asestado contra él como una flecha y una fila de dientes amenazadores que parecían el teclado de un piano. El coche desapareció, el muchacho se quedó un rato inmóvil con la vista baja, mortificado. Pero de pronto percibió un olor delicioso de humo dejado abajo por el cochero; corrió á un rincón del cuarto, sacó un cigarro de un agujero de la pared, lo encendió y se puso á pasear. Pensaba que de allí á dos horas llegaría su cuñada, la mujer de su hermanastro, á la que no había visto nunca, y que según decían en la casa, era una señora hermosa, alta, rubia, bien vestida, y tenía mucho gusto en que viniese. Pero no era un placer tranquilo y sosegado: porque Furio era tímido, y un poco oso, como le decía su hermana, ó más bien intratable y rudo, como le decía la tía; y la idea de tener que presentarse delante de aquella señora, en presencia de otros, en mitad del día, y mirarla á la cara, y saludarla y contestarla, cuando en tales ocasiones perdía la brújula y no acertaba á coordinar dos palabras, lo turbaba un poco. Al pensarlo no más, se ponía colorado, no obstante estar solo en aquel cuarto. Figurémonos lo que le sucedería en el momento solemne.

III

Por lo demás, quien quisiera saber qué género de vida iba á pasar en aquella quinta la cuñada de Furio, lea la siguiente

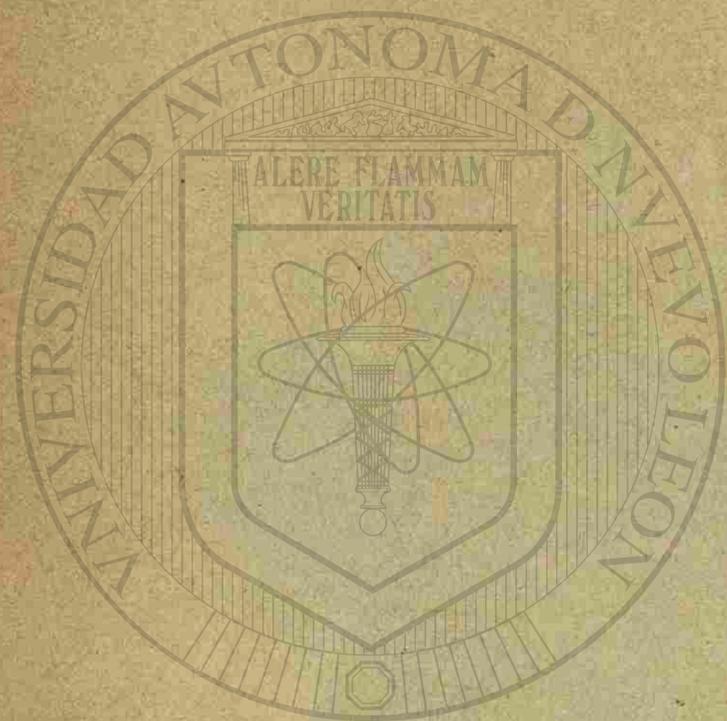
carta, escrita por su hermano, que había estado allí unos diez días el año anterior, y dirigida entonces á uno de sus mejores amigos.

«El muchacho, Furio, ha vuelto al colegio, que dista una hora de aquí, al día siguiente de mi llegada. Por lo poco que he podido ver, me parece lo mejor de la casa, pero no le quieren mucho. Su hermana, Cándida, se pasa todo el día metida en su cuarto, y no puedo decirte á punto fijo lo que sabe; pero dada la vida que lleva, preciso es que sepa poco; se consume, se ve que padece, y aún no tiene veinte años. No la tengo por mala, es una de esas jóvenes sin gracia como tantas se ven entre las profesoras de piano y las que cuidan del guardarropa de los orfanatos, sin fibra, sin sangre, sin curvas, que viven y mueren castas del mismo modo y por la misma virtud que las figurillas de yeso. Alta, delgada, con una cara afilada de gazmoña, peinada como una Virgen, con los cabellos lisos y pegados; no es fea, si bien se mira, pero nada más. Para mí es como si no existiese: no me habla, no me mira, no parece sino que no me ve. Así es que tengo que pasar todo el día mano á mano con estos dos viejos, ambos fastidiosos hasta el punto de apurar la paciencia del mismísimo Job: inspiran más repulsión que fastidio. Él es inspector de propiedades del Estado, con licencia, y tiene una cruz. Planta cuatro estacas en una de esos bustos de madera de los barberos de aldea, y tendrás su retrato; mucha gravedad, mucha presunción, ignorante y vano en alto grado, con esa vanidad mezquina y hueca que se da á conocer especialmente en los empleados del gobierno. Funde un ujier presuntuoso con un alcalde de monterilla que se las eche de grande hombre, y te resultará ese individuo tieso como un palo, con sus carrillos hinchados y con su sempiterna sonrisa de compasión. Es cortés; pero con esa cortesía que se juzga



Se consume, se ve que padece y aún no tiene veinte años





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

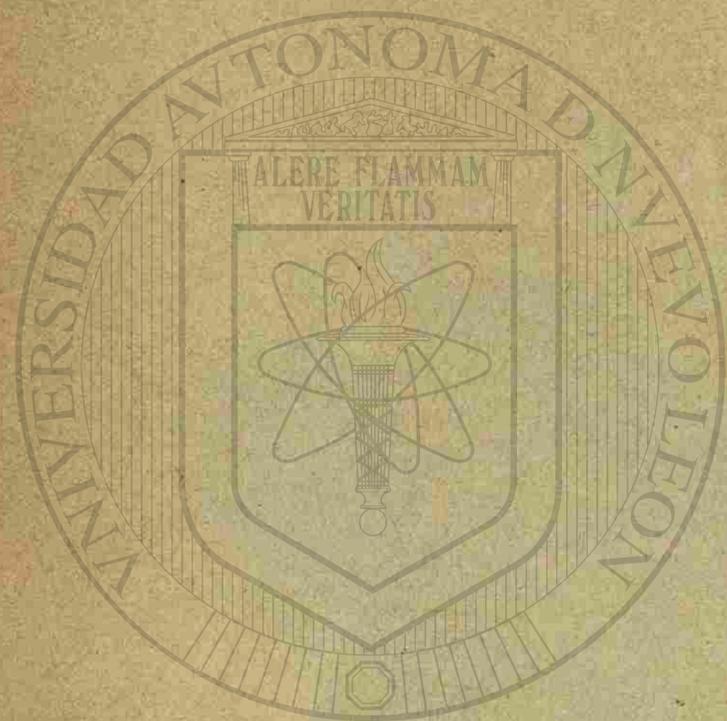
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesaria como velo modesto de la importancia y afable temperamento de la autoridad; cortesía que baja de las alturas y parece decir: «Me digno hacer esto.» Creo que apenas tiene corazón, ó que lo tenga embotado por falta de uso. La hermana es peor. Por su figura parece una furia; y más aun por su alma, si es que la tiene; pasa de los cincuenta, es seca, angulosa, llena de puntas, con una cara bronceada, de esas caras relucientes que parece que se hayan dado una mano de barniz. Tiene todo su carácter en la boca, la cual no es boca, sino un corte largo y sutil hecho con un cortaplumas, siempre cerrada, hasta cuando habla, lo cual sucede pocas veces á Dios gracias. También es viuda como su hermano (fortuna han tenido los difuntos); pero me parece que nunca lo ha notado, porque nunca debè haber sentido nada, y es un pliego de pergamino mal encartonado; y además, lunática, inquieta y pendenciera. La verdad es que no acierto á comprender por qué dentro de ese cuerpo debe haber un alma inmortal. Por la noche él se dedica á escribir sus comunicaciones oficiales, la hermana hace calceta, yo toco el piano, leo, hablo; ninguno de los dos levanta la cabeza; solamente él de vez en cuando me echa una ojeada por encima de sus gafas, y con su sonrisa protectora me responde: «Es verdad,» y vuelve á escribir. Cree que me siento hormiguar algo por los dedos...»

La carta llevaba la firma de Riconovaldo.

IV

Dos horas después paró el coche á la puerta de la quinta. El hinchado inspector se apeó el primero, y alargó una ancha mano rugosa, en la cual se sumergió y desapareció la manecita blanca de una hermosa señora, que saltó al suelo con tan-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesaria como velo modesto de la importancia y afable temperamento de la autoridad; cortesía que baja de las alturas y parece decir: «Me digno hacer esto.» Creo que apenas tiene corazón, ó que lo tenga embotado por falta de uso. La hermana es peor. Por su figura parece una furia; y más aun por su alma, si es que la tiene; pasa de los cincuenta, es seca, angulosa, llena de puntas, con una cara bronceada, de esas caras relucientes que parece que se hayan dado una mano de barniz. Tiene todo su carácter en la boca, la cual no es boca, sino un corte largo y sutil hecho con un cortaplumas, siempre cerrada, hasta cuando habla, lo cual sucede pocas veces á Dios gracias. También es viuda como su hermano (fortuna han tenido los difuntos); pero me parece que nunca lo ha notado, porque nunca debè haber sentido nada, y es un pliego de pergamino mal encartonado; y además, lunática, inquieta y pendenciera. La verdad es que no acierto á comprender por qué dentro de ese cuerpo debe haber un alma inmortal. Por la noche él se dedica á escribir sus comunicaciones oficiales, la hermana hace calceta, yo toco el piano, leo, hablo; ninguno de los dos levanta la cabeza; solamente él de vez en cuando me echa una ojeada por encima de sus gafas, y con su sonrisa protectora me responde: «Es verdad,» y vuelve á escribir. Cree que me siento hormiguar algo por los dedos...»

La carta llevaba la firma de Riconovaldo.

IV

Dos horas después paró el coche á la puerta de la quinta. El hinchado inspector se apeó el primero, y alargó una ancha mano rugosa, en la cual se sumergió y desapareció la manecita blanca de una hermosa señora, que saltó al suelo con tan-

ta ligereza como donaire. Luego se apeó la tía, rechazando la ayuda que le ofrecía la criada, y después Cándida. Todos juntos entraron en una alegre habitación que servía de comedor, y se dejaron caer en sillas y butacas, muertos de calor.

— Conque, preguntó la señora apenas hubo cobrado aliento, atusándose con ambas manos su rubia cabellera, ¿dónde está ese muchacho?

— Es verdad; ¿y Furio?, preguntó el padre á la tía. ¿Cómo es que no está aquí? ¡Furio!, gritó asomándose á la ventana.

La tía gritó á su vez desde la puerta: «¡Furio!»

— Voy á buscarlo, refunfuñó subiendo la escalera: ¡estúpido!

Transcurrieron algunos minutos de silencio; en el piso superior se oyó el paso presuroso de la tía y luego sus gritos; después otro rumor de pasos más frecuentes y de nuevo por la escalera un chubasco de palabras acerbas.

— ¡Necio vanidoso!, gritaba la vieja parándose en cada escalón y tomando aliento á cada palabra. ¡Parece imposible! ¡Un muchachón de quince años! ¡Y por su cuñada! ¡Y mientras tanto le están esperando abajo!

— ¿Qué ha pasado?, preguntó el padre distraídamente.

— Figuraos, respondió la tía deteniéndose en la puerta como para impedir que el mozalbete entrase antes que ella hubiese terminado sus inectivas, figuraos que subo arriba, me acerco de puntillas á su cuarto y me lo encuentro con un espejo delante y otro detrás, peinándose como una señorita, y todo lo tenía revuelto: la ropa blanca, la de vestir, cepillos, jabones, frascos; aquello parecía el ajuar de una novia.

La señora se reía.

— Pero esto no es nada, prosiguió la tía echando una ojeada á la escalera donde la pobre víctima estaba esperando; ha-



Al llegar á la puerta, la tía lo echó dentro de un empujón

bía allí un olor endemoniado á tabaco, que no se podía respirar: ¡ha fumado!

— ¡Oh, oh!, interrumpió el padre fingiendo enfadarse.

— Pero le he dado una lección, repuso la vieja haciendo ademán de descargar una bofetada, y luego, volviéndose hacia la escalera, añadió: ¡Ea!, entra.

El pobre niño, que lo había oído todo, bajaba lentamente, humillado, confuso, despeinado, llevando una americana vieja que la tía no le había dado tiempo de mudarse, sin cuello de camisa, sin corbata, como un pobre. Al llegar á la puerta, la tía lo echó dentro de un empujón, y él se vió delante de la señora, que se levantó á recibirle; la miró, la vió reír, se puso encendido, sintió que le faltaba la voz, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, casi sin respiración, en la actitud de un condenado.

— ¡Pero, hombre, saluda á tu cuñada!, le dijo la tía.

— ¡Señora!.., murmuró el joven con voz que apenas se le oía; pero no pudo levantar la cabeza.

— ¡Señora!, repitió la vieja despiadada remedándolo: ¿no se te ocurre decir otra cosa á tu cuñada?, ¿á la esposa de tu hermano, á la que no conocías? ¡Bonito recibimiento haces á una parienta! Compadécelo, Iris, es un chiquillo intratable, que siempre ha vivido en el campo y no ha visto nunca á nadie.

— Sí, dijo el padre mirando con fijeza á Furio como hubiera podido mirar á un gato disecado metido en un escaparate; todos somos así á su edad, no sabemos movernos ni hablar; pero luego, con el tiempo...

— Lo que es éste no cambiará, interrumpió la tía; es imposible; se ve que no ha nacido para ello.

— ¿Por qué?, preguntó la señora con cariñoso acento de defensa.

Y los tres se quedaron mirándolo. Furio estaba tan aver-

gonzado que daba lástima verlo; se le había subido la sangre á la cara en términos que los ojos parecían velados, le pesaba la cabeza como si fuera de plomo y se conocía que estaba padeciendo. La señora lo notó, volvió la cabeza riendo y cambió de conversación. Furio se escapó.

¡Pobre Furio! Hacía un mes que se regocijaba pensando en que una hermosa dama vendría á romper la enojosa monotonía de sus vacaciones campestres; un mes que andaba discurrendo las palabras que le habría dirigido y las frases cariñosas que recibiría en contestación; un mes que al pasar por delante del espejo, se miraba á él, y no salía ya al sol por no ponerse más moreno; un mes que se limpiaba los dientes con polvos, las uñas con la lima y la cabeza con los peines; un mes que se lamentaba con su hermana del estado de su ropa, que le parecía ordinaria y mal hecha y habría deseado tenerlo todo bonito y fino para honrar á la huéspedada esperada; un mes que contaba los días y las horas que debían pasar hasta que llegase, y se proponía mostrarse con ella amable y serla simpático, y se habría hecho querer; y ahora, en el momento de empezar, se presenta de aquel modo, con la señal de una bofetada en la cara, con la cabeza que parecía un erizo, callado y encogido como el más vergonzoso alumno de su colegio.

Aquel fué un momento muy amargo para el pobre Furio. Salió de la casa, y fué á tenderse al pie de un árbol con el corazón oprimido, los ojos llenos de lágrimas y enfadado consigo mismo, con la cuñada, con todos. «No quiero presentarme más delante de esa señora, decía para sí; sufro demasiado teniendo que hacer esas figuras, siento que me pongo malo; no voy más; antes me escapó; ¡nadie me quiere!»

En esto resonó en la quinta una voz estridente que con tono de mando gritaba:

— ¡Furio, á almorzar!

Furio sintió que se le revolvía la sangre, se puso en pie y en el primer impulso de su enojo, contestó con voz sofocada:

— ¡No quiero!

Y fué á echar á correr para huir, pero lo detuvo Cándida.

— ¿Eres tú, Cándida?, le dijo el niño conmovido.

Cándida abrió los brazos y Furio se echó en ellos conteniendo á duras penas un sollozo.

Cándida era buena y le quería.

V

Los tres ó cuatro años que median entre la infancia y la adolescencia están llenos de sinsabores y de melancolías, como sucede cuando uno empieza á sentir que envejece. El alma, afanosa por abrirse á la vida, la ve cerrada por todas partes, y se agita en una anhelante clausura. Así como la savia en primavera bulle por debajo de la corteza que la envuelve, así también el hombre se siente encerrado en el niño y se estremece. Necesita aire y luz y quisiera remontar el vuelo; las alas tropiezan en las paredes domésticas, y se repliegan despuntadas y doloridas. Abajo ve un pequeño mundo de niños que juegan, ríen, cantan y hacen locuras, y no puede descender á él; arriba ve otro mundo más grande, donde se piensa, se trabaja, se lucha, se ama, y todavía no puede subir á él. Columbra ya, como al través de un velo, la mujer, bella, querida, misteriosa, argumento secreto de deseo y de ensueño; y la mujer se baja á besar á los niños, se vuelve á mirar á los hombres, y pasa junto á él sin verle siquiera. Él quisiera atraer aquella mirada, parecerle bello, agradable; y no es más que un niño crecido, con una gran cabeza sobre dos míseros hombros,

y un torso mezquino sobre dos piernas como estacas, de las cuales sobresale un par de rodillas angulosas. Siente los primeros estímulos de la vanidad; quisiera ir bien vestido, elegante, y le obligan á llevar la ropa desechada por su hermano mayor, y le hacen corbatas de los vestidos viejos de su hermana, y aún no se fían de dejarle un reloj. Quisiera que le considerasen como un hombrecito y figurar algo; y si abre la boca entre la gente, ó dice una cosa insignificante que pasa inadvertida, ó un despropósito, y entonces le hacen callar. Quisiera ser gracioso y simpático, y si entra en un salón no sabe cómo estar, tropieza con una silla, pisa la cola del vestido de una señora y aplasta un callo al dueño de la casa. Quisiera expresar lo que le bulle en la imaginación, abrir su corazón, desahogarse, y escribe versos que hacen reír al maestro, y su padre se los arranca de la mano y en su lugar le entrega un tratado de aritmética. Quisiera moverse, agitarse, ir y venir, ver cosas nuevas, y tiene que regresar á su casa á las ocho á espigar el diccionario latino, en un rincón de su cuarto, solo, mientras oye el roce del vestido de sus hermanas que se preparan para ir al teatro ó al baile. Desalentado, humillado, ora se insinúa en medio de la gente para implorar una mirada ó una sonrisa; ora se concentra en sí mismo, despechado y huraño y como cansado de los hombres y de la vida. Y entonces siguen las largas horas de soledad pasadas asomado de noche á la ventana, ó en el campo mirando las plantas, y su fantasía viva é intranquila se lanza ávidamente en un porvenir ilimitado y misterioso, lleno de grandes designios y de grandes esperanzas. Entonces se finge una vida á su modo; sucesos admirables y extraños, luchas, peligros, triunfos, viajes, auroras de cielos desconocidos y vastos jardines silenciosos, poblados de gratos fantasmas. Luego aquella esplendorosa visión lo en-



Cándida abrió los brazos y Furio se echó en ellos conteniendo un sollozo

tristece y le cansa, y él vuelve á abrazarse con ímpetu á la vida; se lanza en el bullicio de los solaces infantiles; pero no le satisfacen y se entrega con pasión al estudio; intranquilo, lo abandona y busca el reposo del espíritu en las fatigas exageradas del cuerpo; su mundo fantástico se le mezcla en la mente con el real, y le asaltan en las tinieblas repentinos pavores que habían cesado hacía tiempo; terrores religiosos despertados de improviso; luego rigores feroces que le arman la mano contra animales inocentes, y ardimientos insensatos que lo empujan al borde de los tejados y á las copas de los árboles; luego melancollas profundas que le hacen buscar los brazos de la madre y derramar en su seno lágrimas ardientes y tranquilizadoras.

La excesiva timidez de muchos jóvenes de esa edad procede precisamente de que tienen en sí todo ese tumulto de pensamientos y de afectos y quieren mantenerlo oculto y siempre están temiendo que otro lo descubra y les considere más niños de lo que son en realidad; ellos mismos creen que eso sea un resto de puerilidad y se avergüenzan, cuando no es otra cosa sino el primer destello de la juventud que los fecunda y los transforma.

VI

Furio se encontraba precisamente en esta época de su vida, y ardiente y tierno por naturaleza, sentía más que otro alguno sus inquietudes. Pero no tenía madre, cuando la habría necesitado más que nadie, y su padre poco ó nada significaba para él. El buen señor no le comprendía; le juzgaba un chiquillo mal criado. Conociendo desde los primeros años de la escuela que no tenía la vocación y naturaleza de un burócrata,

tristece y le cansa, y él vuelve á abrazarse con ímpetu á la vida; se lanza en el bullicio de los solaces infantiles; pero no le satisfacen y se entrega con pasión al estudio; intranquilo, lo abandona y busca el reposo del espíritu en las fatigas exageradas del cuerpo; su mundo fantástico se le mezcla en la mente con el real, y le asaltan en las tinieblas repentinos pavores que habían cesado hacía tiempo; terrores religiosos despertados de improviso; luego rigores feroces que le arman la mano contra animales inocentes, y ardimientos insensatos que lo empujan al borde de los tejados y á las copas de los árboles; luego melancollas profundas que le hacen buscar los brazos de la madre y derramar en su seno lágrimas ardientes y tranquilizadoras.

La excesiva timidez de muchos jóvenes de esa edad procede precisamente de que tienen en sí todo ese tumulto de pensamientos y de afectos y quieren mantenerlo oculto y siempre están temiendo que otro lo descubra y les considere más niños de lo que son en realidad; ellos mismos creen que eso sea un resto de puerilidad y se avergüenzan, cuando no es otra cosa sino el primer destello de la juventud que los fecunda y los transforma.

VI

Furio se encontraba precisamente en esta época de su vida, y ardiente y tierno por naturaleza, sentía más que otro alguno sus inquietudes. Pero no tenía madre, cuando la habría necesitado más que nadie, y su padre poco ó nada significaba para él. El buen señor no le comprendía; le juzgaba un chiquillo mal criado. Conociendo desde los primeros años de la escuela que no tenía la vocación y naturaleza de un burócrata,

ni de un banquero, ni de un contratista de vías férreas, y persuadido de que fuera de esto no había salvación, dijo para sí: «Hará lo que pueda,» y le abandonó á su destino para concentrar todos sus afectos y todos sus cuidados en el hermano mayor, hijo de su primera mujer, ingeniero y sobre poco más ó menos su fiel trasunto. A cuantos le preguntaban qué resultado tenía en sus estudios el muchacho, les contestaba en tono indiferente y compasivo y agitando la mano abierta delante de la frente: «Es una cabeza un poco... vaga, propende á lo vago, no se fija en las cosas, no las profundiza...» Y no le quería; era una criatura que se le parecía muy poco, y creía sinceramente que desmerecía de su prosapia. Sin embargo, Furio no carecía de talento; lo tenía, pero no lo echaban de ver en la escuela, y además no había quien le animase á estudiar. En su casa todos sus arranques de cariño y todas sus salidas fantásticas las tomaban, desde los primeros años, más bien como indicios de vocación dramática ó de instintiva tosquedad — estaban inciertos entre las dos, — que como manifestaciones de buen corazón y de ingenio. La tía le había tenido siempre por estúpido, y como él, humillado y atormentado de continuo, no la quería, antes bien la tenía tirria y se la daba á conocer claramente, ella le creía además estúpido, y exasperándose cada vez más, lo exasperaba sin tregua. Para quien lo hubiese sabido comprender y amar, Furio habría sido un muchacho excelente; mas para aquellos dos viejos rígidos y fríos era lo que para la gente ignorante son ciertos jeroglíficos orientales, que encierran una hermosa sentencia y los toman por garabatos de chiquillos.

Tenía una estatura superior á su edad; mas aunque á primera vista se le supusieran dos ó tres años más de los que en realidad tenía, quien se fijase en sus facciones veía que era

aún un muchacho. Con otros parientes habría parecido guapo, no porque no lo fuese; pero habiendo crecido bajo la dura persecución de la tía, adquirió poco á poco cierto aire obscuro y suspicaz que le sentaba mal. Parecía que estaba siempre meditando alguna picardía. El sol del campo le había tostado el cutis como á un soldado. Era delgado, pero vigoroso y un poco encorvado por efecto de ese enflaquecimiento propio de los años de gran crecimiento. Tenía una cabellera espesa y despeinada que le caía sobre la frente y que echaba atrás sacudiendo violentamente la cabeza como un caballo sacude sus crines. Y cuando no sentía el despecho ó la amargura de alguna furiosa reprimenda de la tía, brillaban sus ojos llenos de dulzura y abría los labios gruesos y encarnados con una sonrisa entre afectuosa y melancólica, que resaltaba plácidamente en aquella fisonomía, doliente y casi tosca. Sus manos eran grandes y casi siempre las escondía; se avergonzaba de su modo de vestir, pues no sabía ponerse nada y la ropa se le arrugaba y se le escapaba por todas partes.

VII

Furio, cediendo á los reiterados ruegos de Cándida, consintió en ir á almorzar con los demás. «¡Ánimo, Furio!, le decía la hermana por el camino y acariciándole; enjúgate bien los ojos para que no conozcan que has llorado; no te preocupes por la cuñada, que es una mujer á la buena de Dios y te quiere, y tampoco hagas caso de la tía.» Pero Furio, á medida que se acercaban á la casa, se sentía desfallecer como si lo llevasen al tormento. Cuando entró, ya estaban todos sentados á la mesa; ocupó su puesto sin mirar á nadie y se puso á comer con los ojos bajos. Hablaban del hermanastro. Su padre inte-

rrogaba á Iris sobre cierto proyecto de puente que ella no había oído nombrar. La tía le preguntó cuándo llegaría su hermano, é Iris le contestó que dentro de tres días. Pasaron á tratar de otros asuntos, y la joven comenzó á hablar casi siempre sola. Furio, con los ojos fijos en el plato, no moviéndose sino lo necesario para comer, la escuchaba con toda atención y maravillado. Ella tenía un modo muy curioso de hablar. En ciertos momentos con una vocecita de niña, lenta y suave; en otros, de prisa y brevemente como un soldado; era un modo de conversar á saltos con mil variaciones de tono, ora alegre, ora serio, ora indolente, mezclando ciertas carcajadas repentinas y sonoras que no se sabía á qué venían, y ciertos ademanes, cierto modo de encoger los hombros, ciertas ligeras palmadas en la mesa; no parecía sino que tuviese azogue y le pasaran por la cabeza cien ideas en un minuto.

Cuando terminaba ya el almuerzo, Furio, un poco animado porque hasta entonces le habían dejado en paz, se atrevió á mirar á su cuñada. Empezó por tender la vista hasta mirarle las manos, que eran menudas y blancas como las de una niña; luego se fué envalentonando y levantó los ojos... ¡Cielos, qué ángel!

— No creía que estuviese ya tan crecido, dijo la señora.

Furio sintió un escalofrío y bajó la cabeza; todos los ojos, excepto los de Cándida, se fijaron en él.

— ¡Oh! En cuanto á alto, es muy alto, dijo el padre mirándolo con su aire de compasión.

— La mala hierba crece mucho, replicó la tía.

Furio se puso encarnado como una fresa.

— ¡Y qué moreno está!, observó Iris.

— ¿Moreno?, repuso la tía. ¡Negro como un beduino!

El padre se echó á reír: Cándida se levantó; Furio, arruga-

do el entrecejo y mordiéndose los labios, contemplaba los dientes de su tenedor.

— ¡Y mire usted qué manos!, añadió la tía cogiéndole una mano para enseñársela á Iris.

Furio se puso pálido, apretó el puño y lo levantó brusca-mente.

— ¡Eh, eh!, gritó la tía alzando una mano.

Furio se tapó la cara con el brazo; la mano, contenida por Cándida, se bajó; y en esto se oyó fuera el ruido de un coche y el sonido de una voz.

— ¡Riconovaldo!, exclamó Iris, poniéndose en pie.

Riconovaldo había entrado ya en la sala, y todos, menos Cándida, corrieron á recibirle. La bella y serena fisonomía de aquel joven ejercía tal fascinación, que al verlo, hasta el padre y la tía, por lo general duros y fríos, no pudieron reprimir un movimiento de alegría. Iris le abrazó, y Furio, turbado todavía, le estrechó la mano.

— ¿Y Cándida?, preguntó el joven mirando alrededor.

Cándida se acercó lentamente y le tendió la mano con aire de indiferencia.

VIII

Furio no había visto nunca tan de cerca una señora tan hermosa; niñas sí, pero de paso, y además en un jovencito de su edad las niñas no causan gran impresión, porque aún no le parecen mujeres; en cambio, las damas tienen para él, además de toda la gracia femenina, algo de la fascinación de las reinas. Furio se paseaba por el jardín, pensativo. Tenía siempre delante aquel rostro y aquellos dos ojos grandes y celestiales que se habían encontrado con los suyos. «¡Qué hermosa seño-

ra!» decía á media voz con el tono de quien dirige un cumplimiento. Y luego reía y repetía las palabras y las entonaciones que tanto le habían impresionado, y exclamaba: «¡Curiosa!» Se agitaban las hojas y él creía sentir detrás el roce del vestido de Iris. Al salir de la quinta, había pasado junto á ella casi hasta tocarla, y percibió un ligero perfume y le parecía que este perfume le seguía y le acompañaba. Sentóse á la sombra de un árbol y dijo en voz baja casi sin notarlo: «Mamita...» De pronto se preguntó cómo se le había ocurrido esta palabra y se contestó á sí mismo: «¡Ah, sí!.., si fuese mi madre...» Se quedó un rato pensando, y se extrañó de encontrar tan poca satisfacción en esta idea, por más que Iris, que frisaba en los treinta años, hubiera podido ser madre suya, puesto que él sólo tenía catorce. Además pensaba cuán feliz sería si Iris le quisiera como un hermano; pero era imposible. «Si alguna vez la viese en peligro, dijo de pronto; si se cayese al lago (en el límite de la finca había un lago) y yo le salvase la vida!..» Luego se echó á reír y añadió: «Pero ¿por qué había de caerse al lago?» Pensaba como en una cosa extraña que Iris tenía marido, que este marido era su hermanastro, el cual no tenía nada de guapo. «¿La manda?» se preguntó á sí mismo con gran curiosidad. Y hacía comentarios sobre lo que se dirían cuando estaban solos, si el marido la acariciaba y entonces qué le decía ella. A su lado había una planta, alta y derecha, y el viento, ora la doblaba lentamente, ora la sacudía sin doblarla, de modo que parecía una persona inquieta. Furio la observó y dijo: «Se parece á Iris.» Luego echó á andar á gatas y se miró en la corriente de un arroyuelo que por allí pasaba. Levantó la cabeza, se miró una mano por la palma y por el dorso, y suspiró. De pronto se levantó y echó á correr por los campos.

IX

Iris y su hermano estaban en el comedor, solos: la primera, sentada junto á una ventana, de modo que desde el jardín se le veía la cabeza.

— ¡Qué rara es esa Cándida!, decía Riconovaldo; tiene algo de su tía: ¿has visto cómo me ha recibido? La misma escena que el año pasado.

— ¿Le has hecho algo?, le preguntó su hermana.

— Nada; pasé aquí diez días y no la hablé más que tres ó cuatro veces; se conoce que no le he caído en gracia.

— ¡No faltaría más!, contestó Iris sonriendo.

En esto entró Cándida con la labor en la mano y se sentó junto á Iris sin levantar los ojos. Ésta y su hermano cambiaron una mirada. El joven estaba en pie, apoyado en la mesa, á un paso de la silla de Cándida.

Riconovaldo le preguntó qué hacía, y ella, sin alzar la vista, le enseñó el bordado.

— ¿Pasa usted todo el día en casa?, le preguntó el joven después de echar una ojeada á la labor.

— Casi casi, contestó Cándida.

— Sin duda pasará usted por la tarde; el jardín es muy hermoso; ¿pasean ustedes todos juntos ó usted sola? Supongo que conocerán á algún vecino.

— Antes sí; ahora se han mudado casi todos y no conocemos á ninguno.

— ¿Y cómo pasan ustedes el día? Se ocupará usted mucho de las flores: he visto que la azotea estaba llena de ellas.

— Sí.

— Y en efecto, las flores...

Iris presumió que su hermano, mortificado por tanta frialdad, iba á soltar un cumplido de mal gusto, y lo contuvo con una mirada.

Entonces él cogió una banqueta, la puso delante de Cándida y se sentó de modo que su cabeza sobresalía un poco de las rodillas de la joven, la cual si aún podía no mirarlo, ya no podía dejar de verlo, porque tenía la frente á un palmo de sus manos. Cándida frunció levemente el ceño.

— Esta tarde nos acompañará usted á ver el jardín, ¿no es verdad?, preguntó el joven. Dará usted una vuelta con nosotros.

— Si así le parece...

— Y á usted, ¿no le parece bien?

Cándida no contestó.

— ¿Sí ó no?

— Sí.

Riconovaldo dirigió á su hermana una mirada que significaba: «¿Lo estás viendo? ¿No tenía yo razón en decir que no me podía ver?»

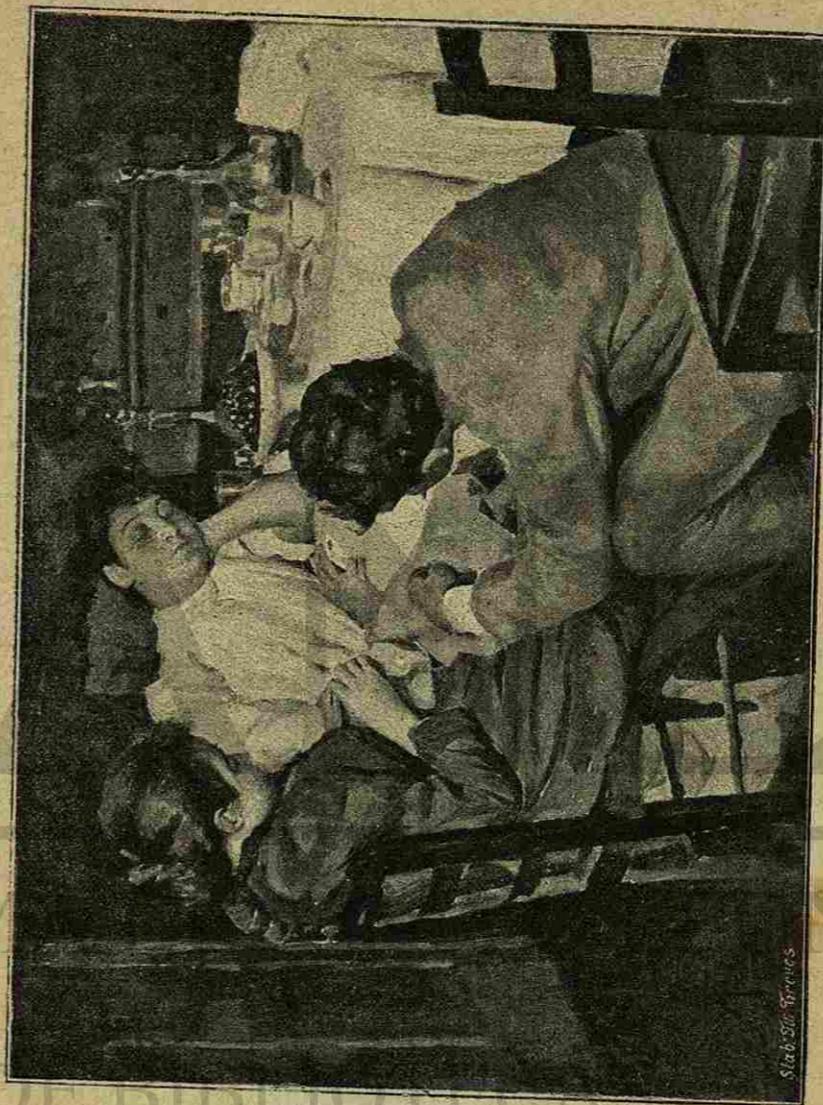
En seguida, fingiendo querer mirar el bordado, bajó la cabeza de modo que sus hermosos rizados rubios tocaron las manos de Cándida, la cual las retiró de pronto é hizo ademán de levantarse.

— ¿Se va usted?, le preguntó el joven atónito.

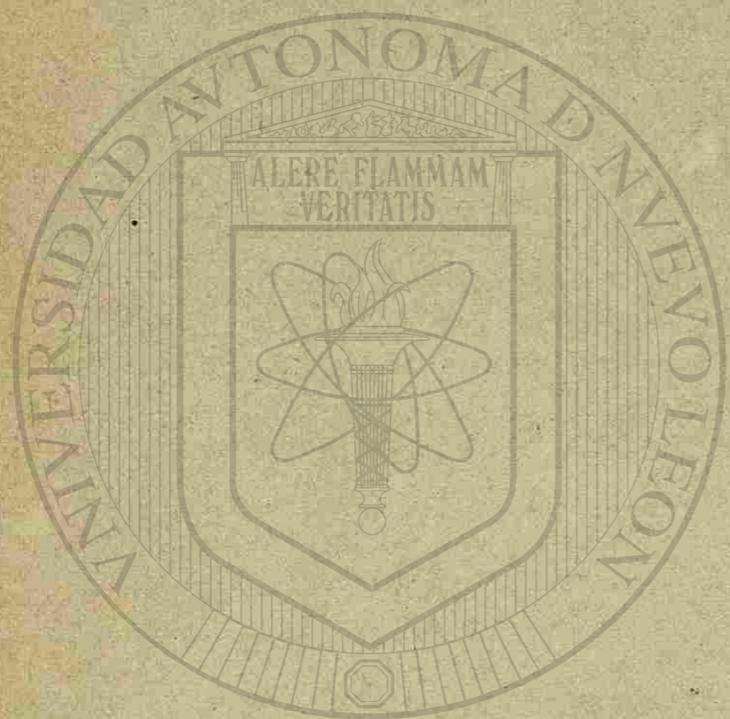
— No, contestó, quería solamente levantarme; y se volvió á sentar echando atrás la silla.

En aquel momento el aire se llevó el pañuelo de Iris que estaba en el antepecho de la ventana y lo empujó hasta el jardín; pero Iris no lo notó.

— ¿La molesto á usted, Cándida?, preguntó Riconovaldo con afectada dulzura.



Entonces él cogió una banqueta y se sentó de modo...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Por qué me ha de molestar?, contestó Cándida con tono distraído; cuando trabajo siempre estoy entretenida.

— Es que temía... ¿Le desagradaría que tocara el piano?

— No veo el motivo de que deba desagradarme.

— Es que yo desearía tener la seguridad de que le agrada.

— Pues bien, sí, me gusta.

El joven se levantó despechado, fué á sentarse al piano que estaba en un ángulo del comedor y se puso á tocar con mucha viveza y mucha gracia. Iris miraba á Cándida para ver si la música le producía algún efecto, pero su rostro estaba siempre impassible; seguía trabajando con la cabeza baja, sin parecer siquiera que escuchase. De pronto Riconovaldo cesó de tocar, dió un golpe de enojo en el teclado y se levantó exclamando: «Es una indignidad... este piano.»

— Con permiso, dijo entonces Cándida, y salió tan lenta y fríamente como había entrado.

El joven se quedó en medio de la habitación cruzado de brazos y mirando la puerta por donde Cándida había salido. Iris soltó una carcajada.

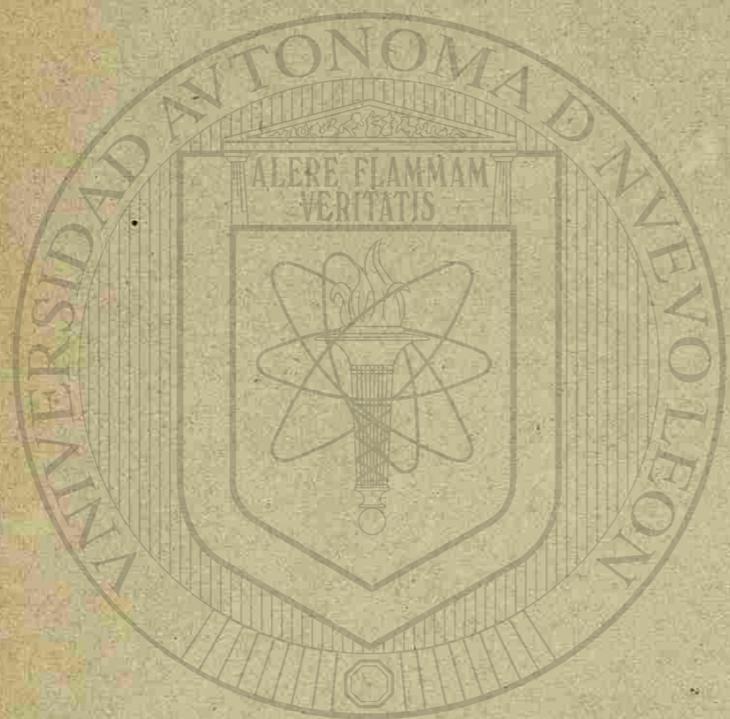
— La verdad es que no entiendo una palabra, le dijo su hermano.

Pero en seguida se le ocurrió una idea: «¡Si le pareceré estúpido!» Y se quedó pensativo; cuando se le metía en la cabeza esta sospecha, todo había acabado para él; perdía la serenidad.

— ¿Y mi pañuelo?, exclamó Iris mirando alrededor.

Asomóse á la ventana y miró fuera: ya no estaba.

Furio no volvió á casa hasta la hora de comer. La escena dolorosa ocurrida durante el almuerzo le había llenado de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Por qué me ha de molestar?, contestó Cándida con tono distraído; cuando trabajo siempre estoy entretenida.

— Es que temía... ¿Le desagradaría que tocara el piano?

— No veo el motivo de que deba desagradarme.

— Es que yo desearía tener la seguridad de que le agrada.

— Pues bien, sí, me gusta.

El joven se levantó despechado, fué á sentarse al piano que estaba en un ángulo del comedor y se puso á tocar con mucha viveza y mucha gracia. Iris miraba á Cándida para ver si la música le producía algún efecto, pero su rostro estaba siempre impassible; seguía trabajando con la cabeza baja, sin parecer siquiera que escuchase. De pronto Riconovaldo cesó de tocar, dió un golpe de enojo en el teclado y se levantó exclamando: «Es una indignidad... este piano.»

— Con permiso, dijo entonces Cándida, y salió tan lenta y fríamente como había entrado.

El joven se quedó en medio de la habitación cruzado de brazos y mirando la puerta por donde Cándida había salido. Iris soltó una carcajada.

— La verdad es que no entiendo una palabra, le dijo su hermano.

Pero en seguida se le ocurrió una idea: «¡Si le pareceré estúpido!» Y se quedó pensativo; cuando se le metía en la cabeza esta sospecha, todo había acabado para él; perdía la serenidad.

— ¿Y mi pañuelo?, exclamó Iris mirando alrededor.

Asomóse á la ventana y miró fuera: ya no estaba.

Furio no volvió á casa hasta la hora de comer. La escena dolorosa ocurrida durante el almuerzo le había llenado de

amargura, que aún no se había disipado, y por otra parte estaba más avergonzado que nunca; sin embargo, notábase en su rostro cierta serenidad, y Cándida lo echó de ver y tuvo una secreta satisfacción. Pasó la comida sin graves incidentes para él: solamente Riconovaldo, que estaba á su lado, le daba de vez en cuando una palmadita en el hombro y le decía: «¿Qué tal, jovencito?» Y entonces todas las miradas se fijaban en él en términos de que Furio hubiera deseado que le tragara la tierra; Riconovaldo, al verle tan ruborizado y confuso, se compadecía de él y procuraba no decirle nada y evitar así las miradas fulminantes de la tía. Iris era de carácter sumamente vivaz y habló mucho y de muchas cosas, en especial de ciertas intrigas de familias conocidas suyas, con una libertad de observaciones y de palabras que hizo muchas veces torcer la boca á su hermano, arrugar la frente á Cándida y enarcar las cejas á la tía. El padre, hablando con ella, hizo girar dos ó tres veces la conversación sobre su marido, pero ella la dejó caer con suma indiferencia. Cuando se levantaron de la mesa, tenía la cara tan encarnada que parecía una rosa.

Como estaba lloviendo, pasaron toda la velada en la sala. Furio, medio escondido en un rincón, en la penumbra, podía mirar á su gusto á su cuñada sin ser visto, y así lo hizo sin apartar la vista de ella en toda la noche, cada vez más maravillado de su conversación y de sus modales tan distintos de cuanto se había imaginado en las señoras. Era alta, esbelta y ligera como una figura de arcángel. A veces se levantaba de pronto de la silla, atravesaba á paso lento la sala con la cabeza alta, encogiéndose de hombros con donaire no estudiado, pero tan lleno de arrogancia que parecía una reina caprichosa. Si no encontraba algo que buscaba, se mordía la punta de un dedo, se cruzaba de brazos y daba muestras de impaciencia

febril como chiquilla mal criada. De cuando en cuando hacía cierto ruido con los labios, como solía hacerlo Furio en la escuela para burlarse del maestro. En ciertos momentos, mientras hacía labor, entornaba los párpados y alargaba el labio inferior como en ademán de desprecio; luego soltaba una sonora carcajada al notar que había hecho una falta en el bordado, y al reir echaba atrás la cabeza como si alguien le tirase de las trenzas. Era su cutis blanquísimo y los labios gruesos y sonrosados, mordiéndose los de continuo. Su hermano tenía un perrito al cual cogía Iris el hocico con una mano, é inclinándose como para mirarle los ojos, le decía apretando los dientes: «¡Monino!»

El padre leía un periódico, la tía hacía calceta, Cándida tenía un libro en la mano sin apartar de él la vista; todos, excepto Furio, estaban sentados alrededor de la mesa grande, alumbrados por una sola luz. Aquellos dos bellos jóvenes, en medio de las demás figuras, producían el mismo efecto que producen á primera vista en el estudio de un escultor dos hermosas estatuas acabadas, rodeadas de bocetos de yeso.

«No hay duda, decía para sí Riconovaldo mirando á Cándida de soslayo, es así — y se le presentó á la vista con persistencia despiadada la imagen de aquel muñeco del que había hablado á su patrona. — ¡Oh! ¡Pero ya veremos! No, no soy estúpido del todo.» Cogió un periódico, leyó dos ó tres líneas de un artículo que trataba de los institutos de educación, y dijo en alta voz con el acento del que propone una cuestión:

— Soy de opinión de que los niños y las niñas debieran educarse juntos; ir á la escuela, estudiar, divertirse siempre juntos, mezclados, como si no hubiese diferencia de sexos.

— ¡Cómo, cómo!, exclamaron á una los viejos, abriendo desmesuradamente los ojos.

— No hay más, contestó (y añadió para sí: «Este es el momento de demostrarles que no soy lo que les parezco;») y prosiguió en alta voz): Para comprender este principio, es preciso conocer bien á los niños; de lo contrario, es inútil, y para conocerlos se necesita estudiarlos, y para estudiarlos quererlos, y para quererlos tener algo aquí, y muchos no tienen aquí nada. Yo creo que si hay que lamentar con frecuencia que los hombres y las mujeres no se avengan cuando grandes, consiste en que no han vivido juntos cuando pequeños. Es cosa curiosa eso de tenerlos separados con tanto escrúpulo en sus primeros años, cuando luego han de pasar la vida unidos. Sucede que la fuerza que los empuja mutuamente, cuanto más refrenada, más crece, y luego cuando se afloja la mano, la conjunción se hace con violencia y resulta mal; como los niños cuando salen del colegio, que en un mes de holganza se reponen de las privaciones de diez años. Se suele decir: Enviemos los niños á la escuela, donde aprenden de antemano á conocer á los hombres, pues la escuela es una imagen de la sociedad. ¡Brava imagen de la sociedad si no hubiera de por medio el muelle, que es la mujer! Y además, si no se adquiere á tiempo ese no sé qué fino y delicado en los modales y en la conversación que se requiere para tratar dignamente á las mujeres, es difícil que se adquiriera en lo sucesivo, pues siempre queda algo de rudo y de vulgar. Es preciso aprender pronto á conocer bajo todas sus fases al bello sexo; de lo contrario, cuando anda de por medio la pasión, no se saca ya nada en claro, y se ven hombres con un palmo de barba, talentazos, que hacen una figura lastimosa delante de las mujeres, porque se encuentran como si tuviesen en la mano un instrumento misterioso sin saber á qué parte volverlo. En mi concepto, tienen suerte aquellos que han vivido desde niños en medio de un ejército

de primas; todos ofrecen algo delicado y agradable exterior ó interiormente. Puestos en compañía de las niñas, los muchachos se esforzarán por agradar, sin saber por qué, y adquirirán ese modo de ser distinguido y cortés que poco á poco llega á ser una cualidad del alma. Hasta esa libertad descuidada en el modo de hablar que se convierte en costumbre y ya no se pierde, creo que se corregiría algo, lo cual sería un gran bien. Y si no, ved un niño de ocho años cuando está con una niña de siete; despiértase en él de pronto cierto sentimiento de superioridad protectora que le comunica algo de generoso y le enorgullece. Para mí no hay nada más grato que ese aire de mujercita despejada que adopta una niña cuando se pasea del brazo con un niño de su edad. Así en uno como en otro sentimiento hay un germen de virtud que cuanto más pronto florece, mejores frutos da. Y precisamente de este modo creo que se retarda el progreso de ciertas ideas, porque la imaginación abandonada á sí misma devora pronto el camino, y el muchacho que hace fantásticas conjeturas sobre la mujer, de diez veces, nueve la ve bajo un prisma falaz. Educación común: tal es mi parecer. Luego crece uno, se va lejos, se olvidan poco á poco los nombres y las caras de las compañeras de la infancia; pero, aunque confusamente, siempre se ven aquellas cabecitas rubias, y en medio de las tempestades de la vida aquellas manecitas nos saludan desde lejos. No olvidaré nunca que cuando niño reñí en la calle con un chiquillo más fuerte que yo porque había tocado un rizo á una prima mía mientras la acompañaba á la escuela; os juro que este recuerdo me ha preservado más adelante de hacer semejantes tonterías. ¿Qué os parece?

Guardó silencio y miró á Cándida, pero ésta tenía la cabeza tan baja que no pudo verle la cara.

— Creo que tienes razón, le dijo su hermana, que no le había prestado gran atención.

La tía siguió callada, y el viejo le miró con su acostumbrada sonrisita de asentimiento benévolo y murmuró:

— Sí..., algo hay de verdad en eso.

— ¡Furio!, dijo de pronto Iris.

Furio se puso en pie.

— Se me han caído las tijeras.

— Tómelas usted, contestó Furio entregándoselas y poniéndose colorado.

Iris tomó las tijeras, lo miró y dijo para sí: «¡Cosa más rara!»

— ¡Tonto!, le dijo la tía, que también le miraba.

Y Riconovaldo se apresuró á decirle: «Ven acá, querido,» y le dió un beso.

Y de este modo los dos viejos apergaminados sufrieron su primera derrota.

XI

A la mañana siguiente, Cándida llamó aparte á su hermano y le dijo cariñosamente:

— ¿Por qué te muestras tan encogido y confuso cuando Iris te mira ó te habla? ¿Por qué te has de avergonzar así? Eso no está bien; ¿quién sabe lo que pensará de ti?... Creerá que eres malo, porque los niños malos son los únicos que se avergüenzan. Es menester que tengas más soltura; es parienta tuya, tu cuñada y — recalcando las palabras — podría ser tu madre. Además no está bien mirar tan fijo á las personas, que no parece sino que nunca hayas visto á nadie; anoche la mirabas así, cuando deberías considerarla como una hermana

con la que hubieras vivido siempre y tratarla como me tratas á mí.

Furio, á quien no se le había ocurrido que su hermana pudiera leer en su alma, entendió aquellas palabras al pie de la letra, y contestó: «Sí,» y luego preguntó ingenuamente:

— ¿Y tú por qué no miras nunca á Riconovaldo y ni siquiera le escuchas cuando habla?

— Porque...

Mientras Cándida buscaba una respuesta, se presentó Iris con un vestido escotado de muselina blanca que dejaba descubiertos sus blanquísimos hombros. Cándida hizo un ademán imperceptible de desagrado y miró á Furio, el cual vió confusamente algo blanco y desapareció.

XII

Pocas horas después Iris estaba apoyada á una ventana del comedor, con la espaldá vuelta al campo, y decía: «¿Pero no habrá modo de despabilar un poco á ese muchacho?» En esto oyó los pasos de Furio que bajaba la escalera y añadió con resolución: «Ahora intervengo yo.»

Furio entró precipitadamente creyendo que no había nadie; mas al ver á su cuñada, se quedó parado.

— Ven acá, le dijo Iris al ver que volvía la espalda para marcharse.

Furio la miró estupefacto.

— ¡Aquí!, repitió con tono placentero de mando:

Furio se le acercó muy despacio.

— Acércate más, añadió Iris sonriendo.

Furio se llegó á ella casi hasta tocarla, con la cara encendida, los ojos bajos y el entrecejo arrugado como si le doliese

— Creo que tienes razón, le dijo su hermana, que no le había prestado gran atención.

La tía siguió callada, y el viejo le miró con su acostumbrada sonrisita de asentimiento benévolo y murmuró:

— Sí..., algo hay de verdad en eso.

— ¡Furio!, dijo de pronto Iris.

Furio se puso en pie.

— Se me han caído las tijeras.

— Tómelas usted, contestó Furio entregándoselas y poniéndose colorado.

Iris tomó las tijeras, lo miró y dijo para sí: «¡Cosa más rara!»

— ¡Tonto!, le dijo la tía, que también le miraba.

Y Riconovaldo se apresuró á decirle: «Ven acá, querido,» y le dió un beso.

Y de este modo los dos viejos apergaminados sufrieron su primera derrota.

XI

A la mañana siguiente, Cándida llamó aparte á su hermano y le dijo cariñosamente:

— ¿Por qué te muestras tan encogido y confuso cuando Iris te mira ó te habla? ¿Por qué te has de avergonzar así? Eso no está bien; ¿quién sabe lo que pensará de ti?... Creerá que eres malo, porque los niños malos son los únicos que se avergüenzan. Es menester que tengas más soltura; es parienta tuya, tu cuñada y — recalcando las palabras — podría ser tu madre. Además no está bien mirar tan fijo á las personas, que no parece sino que nunca hayas visto á nadie; anoche la mirabas así, cuando deberías considerarla como una hermana

con la que hubieras vivido siempre y tratarla como me tratas á mí.

Furio, á quien no se le había ocurrido que su hermana pudiera leer en su alma, entendió aquellas palabras al pie de la letra, y contestó: «Sí,» y luego preguntó ingenuamente:

— ¿Y tú por qué no miras nunca á Riconovaldo y ni siquiera le escuchas cuando habla?

— Porque...

Mientras Cándida buscaba una respuesta, se presentó Iris con un vestido escotado de muselina blanca que dejaba descubiertos sus blanquísimos hombros. Cándida hizo un ademán imperceptible de desagrado y miró á Furio, el cual vió confusamente algo blanco y desapareció.

XII

Pocas horas después Iris estaba apoyada á una ventana del comedor, con la espaldá vuelta al campo, y decía: «¿Pero no habrá modo de despabilar un poco á ese muchacho?» En esto oyó los pasos de Furio que bajaba la escalera y añadió con resolución: «Ahora intervengo yo.»

Furio entró precipitadamente creyendo que no había nadie; mas al ver á su cuñada, se quedó parado.

— Ven acá, le dijo Iris al ver que volvía la espalda para marcharse.

Furio la miró estupefacto.

— ¡Aquí!, repitió con tono placentero de mando:

Furio se le acercó muy despacio.

— Acércate más, añadió Iris sonriendo.

Furio se llegó á ella casi hasta tocarla, con la cara encendida, los ojos bajos y el entrecejo arrugado como si le doliese

algo; no tenía más que una leve sonrisa, pero sonrisa forzada, solamente por no parecer un oso. Iris lo miraba con atención llena de curiosidad, como para leer en su interior, pues aquella confusión le parecía en verdad extraña.

— ¿Adónde ibas?, le preguntó dulcemente, sacándole de la manga de la chaqueta una cosa blanca que llevaba escondida en ella.

Furio siguió con mirada atenta y estupefacta aquella mano y luego respondió con timidez:

— Al jardín.

— ¿Al lago?, le preguntó Iris de nuevo y como distraída, para dar al diálogo cierto tono de familiaridad, y se inclinó para mirarle la otra manga, como si hubiese visto una mancha.

Furio contempló de arriba á abajo aquella magnífica cabellera rubia y contestó con voz insegura:

— ... Al lago.

— Pero, mírame á la cara, exclamó Iris con alegre viveza; ¿te doy miedo?

Furio levantó la cabeza y le clavó una mirada que equivalía á decir cien *nos*, francos, sonoros, resueltos; pero en seguida bajó los ojos más confuso.

— ¡Qué muchacho tan raro!, prorrumpió Iris soltando una carcajada; y echando atrás la cabeza y juntando las manos, descubría su blanca garganta y sus hermosos brazos.

— Pero ¿por qué no te peinas nunca?

— Sí que me peino, contestó balbuciente el muchacho.

— Como llevas siempre los cabellos tan alborotados..., añadió Iris, y le pasó una mano por la cabeza.

Furio se estremeció, se dobló como un junco y desapareció su rubor.

— ¿Qué es eso?, preguntó la joven retirando la mano.

— ¿El qué?, dijo Furio rehaciéndose.

— ¿Qué te pasa?

— Nada.

— Mira cómo te has puesto la corbata. Si yo fuese tu madre, veo que me costaría mucho trabajo darte un poco de gracia. Mira, mira cómo se hace; estáte quieto un momento: así... y así...

Y mientras le hacía el lazo de la corbata, iba repitiendo aquel *así* con vocecita lenta y cariñosa, á pausas, como se hace con los niños cuando no se quieren dejar vestir. De pronto separó las manos y preguntó:

— ¿Por qué tiembblas?

— No tiemblo, se apresuró á responder el muchacho.

— Sí que tiembblas, y te has puesto pálido.

— No, no.

— Te digo que sí, hijo mío; veo que no te sientes bien, necesitas aire; dame el brazo y vamos á dar una vuelta por el jardín.

Furio, vacilando, le dió el brazo; la llevó paso á paso hasta la puerta, y allí el asunto se puso serio: ¿quién debería pasar primero, ella, él, los dos juntos, del brazo ó separados? Iris, riendo, pasó la primera.

— ¡Vaya un caballero!..., exclamó volviendo á cogerse del brazo del pobrecillo todo avergonzado. ¡Eal, echa á andar.

Furio, que ya no tenía delante aquellos ojos, fué recobrando poco á poco su dominio y empezaba á saborear con la mente su felicidad; mas ¡oh desgracia!, á los diez pasos la pisó el vestido y le hizo un desgarrón.

— Ten cuidado y mira cómo andas, exclamó Iris enfadada. No te acompaño más.

Y se soltó bruscamente del brazo de su caballero; pero de

pronto volvió á su lado sonriendo, y le dijo: «¡Pobre Furio! ¡Qué cariacontecido te has quedado!» Luego, presentándole la mano, añadió: «¡Ea!, hagamos las paces.»

Furio puso su diestra temblorosa en la pequeña mano de Iris, y siguió andando más embarazado que nunca. Iban por un sendero abierto entre dos vallados. Iris hizo á su cuñadito algunas preguntas acerca de su colegio, de sus ocupaciones, del campo, preguntas de esas que se suelen hacer á los niños sin prestar gran atención á las respuestas, y luego, riendo, le interrogó acerca de la tía. «¿Es algo dura, eh?» y se interrumpió para mostrarle una flor diciéndole que se la cogiese. Furio la arrancó y se quedó con ella en la mano por no saber cómo entregársela.

— Vamos, hombre, sé galante, y pónmela aquí.

Y se volvió de lado é inclinó con mucha gracia la cabeza para que se la pusiese entre los cabellos: Furio lo hizo así.

— ¡Dios mío!, gritó Iris asustada á los pocos pasos: ¿qué camino es este?

Había puesto el pie al borde de una acequia llena de agua y se le había hundido lo menos un palmó. Con un ligero esfuerzo sacó el pie chorreando. Entonces Furio se puso de rodillas, y primero con el pañuelo y luego con la hierba del sendero arrancada de prisa, empezó á limpiar el zapatito con afán desesperado.

— Basta, basta, decía Iris; basta, Furio, no te canses, estoy toda mojada, necesito ir á mudarme; déjalo ya.

E iba retirando el pie que la mano del niño sujetaba por el tobillo como un círculo de hierro.

— ¡Basta, te digo!, repitió Iris riendo á más y mejor.

Furio se levantó encendido, sudoroso y envanecido, y cuando Iris se hubo alejado se rió convulsivamente, se mor-



A los diez pasos la pisó el vestido y le hizo un desgarrón



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dió un dedo, se retorció las manos, dió patadas en el suelo, volvió á reír, y levantando los ojos al cielo exclamó lleno de júbilo:

— ¡Dios mío, qué feliz soy! ¡No hay en la tierra nadie más dichoso que yo!

XIII

No se le había podido ocurrir á Iris que bajo aquella gran timidez del muchacho se ocultara algo, lo cual no era de extrañar.

Acostumbramos á considerar á los niños más niños de lo que son en realidad, y esto sucede porque viéndolos y tratándolos de continuo no nos acude á la memoria el verdadero grado de inteligencia y sensibilidad que tenían á su edad. Si siempre lo tuviéramos presente, casi todos recordaríamos, por ejemplo, que, cuando niños, hemos oído decir cosas en nuestra presencia que ahora no repetiríamos en la de otros niños, y en aquel tiempo los que las decían estaban firmemente persuadidos de que no las entendíamos; pero las comprendíamos perfectamente, aunque con nuestra hipocresía dábamos á entender lo contrario.

La inteligencia de los muchachos es más precoz de lo que suponen sus propios padres ó maestros ó cuantos creen deber tenerlos á obscuras algún tiempo sobre ciertas cosas; las cautelas llegan casi siempre tarde, y desde que empiezan á comprender hasta que se empieza á sospechar que comprenden, todos los niños son más ó menos hipócritas, y su hipocresía es tanto más fina y profunda cuanto más viva y á menudo frustrada queda la curiosidad.

Lo mismo sucede con los afectos.

¡Un jovencito de catorce años!.. Si alguien se lo hubiese dicho á Iris, la habría hecho soltar una de sus carcajadas frescas y sonoras, que dejaban embelesado con la boca abierta á su pequeño esclavo.

XIV

Riconovaldo, más ofendido que enojado de la indiferencia de Cándida, seguía sintiendo en su interior un insoportable roedor, y meditaba el modo de vencerla y hasta de intentar irritarla, ya que no por otra cosa, por hacerse detestar á cara descubierta, con tal que ella dejase de observar su estudiada conducta de portarse con él como si no existiera. Con razón dice Leopardi que los hombres toleran el odio y á veces se jactan de inspirarlo, pero á la menor señal ó sospecha de indiferencia que observen, pocos hay tan fuertes que permanezcan en actitud pasiva y no apelen á todos los medios para librarse de ella, aun descendiendo, si es menester, á las acciones más viles. Más que á otros debía suceder esto á Riconovaldo, que aparte de su natural sospecha de que le tomaran por una cabeza estrecha y un alma vacía, tenía el orgullo de su belleza y veía que ni siquiera se le miraba.

En vista de que también se había frustrado su tentativa oratoria, se persuadió de que era cierto lo que Iris le había dicho acerca de Cándida, esto es, que bajo su apariencia modesta y humilde ocultase vanidad y pretensiones, lo que sucede más á menudo á los que menos derecho tienen para ello y menos lo dan á entender. Por esto pensó en escoger otro camino y también comenzó á fingirse indiferente; pero Cándida se mostraba cada vez más fría, y tuvo que desistir de su propósito. Entonces se puso furioso de veras y fué aún más allá; empezó á za-

herirla, hablando á su hermana, con toda clase de alusiones puerilmente malignas. Un día que Cándida estaba presente, su hermana le preguntó cómo era que no volvía á casarse una señora viuda conocida suya.

— ¿Cómo quieres que vuelva á casarse esa mujer de cartón-piedra?, contestó Riconovaldo. Ni siquiera echa de ver que no tiene ya marido; es una de esas mujeres que viven fuera de las leyes de la naturaleza, y hablando con propiedad, ni siquiera es una mujer. Para merecer el nombre de tal, no basta tener la forma; es preciso tener también el alma, los afectos, las tendencias, y la que no posee todo esto no es una mujer, como no son mujeres las muñecas, las momias, las estatuas y los trajes hechos que en las tiendas de telas se ven colgados en perchas.

Pero Cándida seguía inalterable; no hacía un ademán de resentimiento, ni una señal de impaciencia; se mostraba indiferente é impassible como una piedra; y tanto que á veces Iris, despechada á su vez al ver aquella frialdad, agregaba sus agujonazos á los de su hermano y era una aliada formidable. Riconovaldo, resentido hasta el punto de morderse los dedos y aferrado cada vez más á su propósito, cambió otra vez de proceder. Suavizándose poco á poco, fingiendo arrepentirse, ó arrepintiéndose de veras, de su conducta maligna y descortés para con Cándida, empezó á hacerle la corte como él sabía hacerla, con gracia y delicadeza: primero, de vez en cuando, tímido; luego abiertamente, con calor y suavidad, á veces casi suplicante. Pero Cándida parecía hacer tan poco caso de su dulzura como antes lo había hecho de su malignidad.

Riconovaldo, desesperado de conseguir su propósito, herido en lo más vivo de su amor propio, encolerizado, quiso vengarse echando la cosa á broma, y siguió haciendo la corte á Cándida como la habría hecho á una vieja de setenta años

¡Un jovencito de catorce años!.. Si alguien se lo hubiese dicho á Iris, la habría hecho soltar una de sus carcajadas frescas y sonoras, que dejaban embelesado con la boca abierta á su pequeño esclavo.

XIV

Riconovaldo, más ofendido que enojado de la indiferencia de Cándida, seguía sintiendo en su interior un insoportable roedor, y meditaba el modo de vencerla y hasta de intentar irritarla, ya que no por otra cosa, por hacerse detestar á cara descubierta, con tal que ella dejase de observar su estudiada conducta de portarse con él como si no existiera. Con razón dice Leopardi que los hombres toleran el odio y á veces se jactan de inspirarlo, pero á la menor señal ó sospecha de indiferencia que observen, pocos hay tan fuertes que permanezcan en actitud pasiva y no apelen á todos los medios para librarse de ella, aun descendiendo, si es menester, á las acciones más viles. Más que á otros debía suceder esto á Riconovaldo, que aparte de su natural sospecha de que le tomaran por una cabeza estrecha y un alma vacía, tenía el orgullo de su belleza y veía que ni siquiera se le miraba.

En vista de que también se había frustrado su tentativa oratoria, se persuadió de que era cierto lo que Iris le había dicho acerca de Cándida, esto es, que bajo su apariencia modesta y humilde ocultase vanidad y pretensiones, lo que sucede más á menudo á los que menos derecho tienen para ello y menos lo dan á entender. Por esto pensó en escoger otro camino y también comenzó á fingirse indiferente; pero Cándida se mostraba cada vez más fría, y tuvo que desistir de su propósito. Entonces se puso furioso de veras y fué aún más allá; empezó á za-

herirla, hablando á su hermana, con toda clase de alusiones puerilmente malignas. Un día que Cándida estaba presente, su hermana le preguntó cómo era que no volvía á casarse una señora viuda conocida suya.

— ¿Cómo quieres que vuelva á casarse esa mujer de cartón-piedra?, contestó Riconovaldo. Ni siquiera echa de ver que no tiene ya marido; es una de esas mujeres que viven fuera de las leyes de la naturaleza, y hablando con propiedad, ni siquiera es una mujer. Para merecer el nombre de tal, no basta tener la forma; es preciso tener también el alma, los afectos, las tendencias, y la que no posee todo esto no es una mujer, como no son mujeres las muñecas, las momias, las estatuas y los trajes hechos que en las tiendas de telas se ven colgados en perchas.

Pero Cándida seguía inalterable; no hacía un ademán de resentimiento, ni una señal de impaciencia; se mostraba indiferente é impassible como una piedra; y tanto que á veces Iris, despechada á su vez al ver aquella frialdad, agregaba sus agujonazos á los de su hermano y era una aliada formidable. Riconovaldo, resentido hasta el punto de morderse los dedos y aferrado cada vez más á su propósito, cambió otra vez de proceder. Suavizándose poco á poco, fingiendo arrepentirse, ó arrepintiéndose de veras, de su conducta maligna y descortés para con Cándida, empezó á hacerle la corte como él sabía hacerla, con gracia y delicadeza: primero, de vez en cuando, tímido; luego abiertamente, con calor y suavidad, á veces casi suplicante. Pero Cándida parecía hacer tan poco caso de su dulzura como antes lo había hecho de su malignidad.

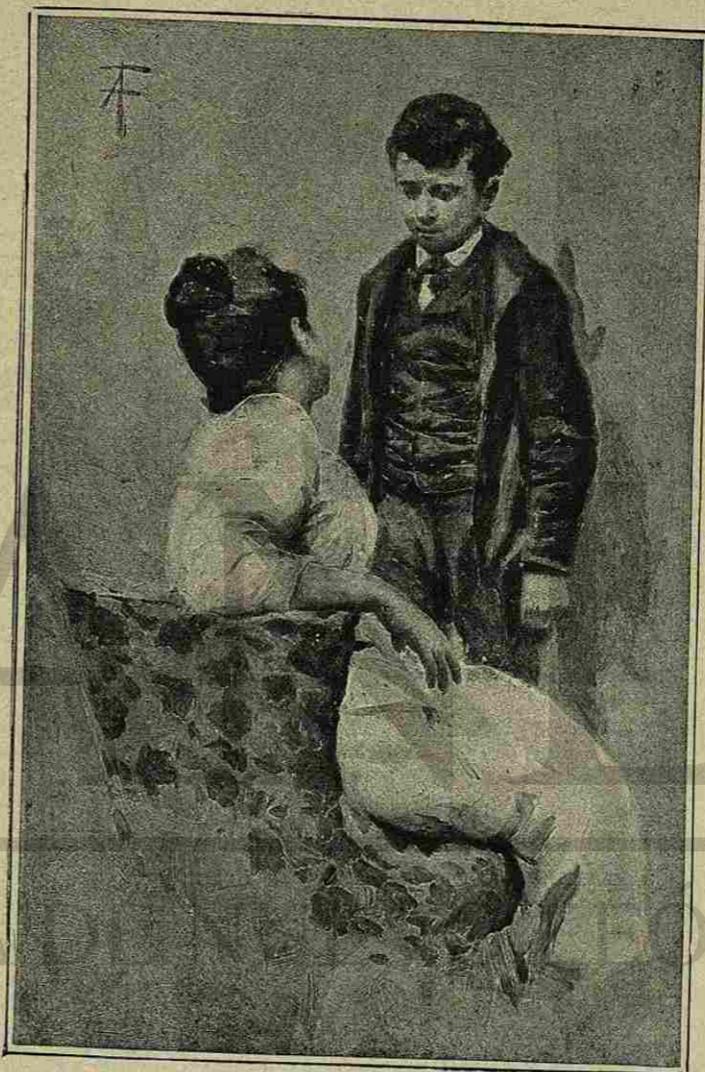
Riconovaldo, desesperado de conseguir su propósito, herido en lo más vivo de su amor propio, encolerizado, quiso vengarse echando la cosa á broma, y siguió haciendo la corte á Cándida como la habría hecho á una vieja de setenta años

por divertir á los amigos, con ciertas galanterías, ciertas entonaciones, ciertos modales grotescos que le hubieran estado bien vestido de abate antiguo. Al mismo tiempo se echó á la espalda todos los preceptos de urbanidad del Tommaseo, el cual dice que en presencia de las jóvenes no se deben adoptar actitudes desgarbadas, ni esperezarse con indolencia, ni acercarse á ellas tanto que perciban el aliento, y cosas por el estilo. Pero Cándida se hacía siempre atrás, ó volvía la cabeza y las espaldas, ó se levantaba y se marchaba.

Un día le presentó un ramo de flores marchitas y sin olor; aquella vez ella frunció el ceño y se puso encarnada; pero de pronto se recobró, y sin hacer ningún ademán de desprecio ó de despecho, dejó el ramo en un rincón.

Así pasaban los días y Riconovaldo se emperraba cada vez más, aunque no sin comprender en ocasiones, cuando la pasión callaba, que obraba mal y que su conducta era pueril y villana. Entonces experimentaba por aquella pobre joven tal sentimiento de compasión, que casi estaba por correr á pedirle perdón; mas en cuanto la veía tan rígida y seria, desaparecía el arrepentimiento y se le alteraba la bilis más que nunca.

Entretanto Iris seguía divirtiéndose con Furio todos los días, como aquel del paseo por el jardín. Habían llegado á adquirir cierta mutua familiaridad: Furio tenía un poco más de soltura; era feliz; Iris le mandaba como á un pajecillo, le obligaba á hacer muchas cosas en su servicio y le tenía todo el día á su disposición. «¡Furio!» gritaba, y al punto se oía un «¡Aquí estoy!» alegre y vibrante y un paso precipitado, y Furio se presentaba ante ella jadeante y colorado. Cuantos más ratos pasaba con él, más curioso y extraño lo encontraba Iris, de suerte que no acertaba á comprender á qué venían ciertas mudanzas de color y de humor, que la divertían; veía que en



Furio se presentaba ante ella jadeante y colorado

el fondo era bueno y complaciente y le iba cobrando afecto. Pero eso de estar siempre en contacto con él, con aquella cara, aquellos ojos, aquel bendito vestido, aquella indolente libertad de modales, era una desdicha.

XV

En la fachada de la quinta y á la altura del primer piso había un largo terradito al cual daban las ventanas del cuarto de Furio; á la izquierda, las del cuarto de Iris, y á la derecha, en medio, las del padre. Delante de la última ventana de Iris, en el ángulo, había cuatro ó cinco grandes macetas y un buen pedazo de la baranda estaba cubierto por las hojas altas de una parra plantada en el jardín. Era un rincón lleno de follaje, en el cual no penetraba ningún rayo de luz: cualquier persona se habría podido esconder en él sin que la vieran desde el jardín ni desde las ventanas.

Cierta noche Furio se había acostado, mientras los demás seguían conversando abajo; mas á las dos horas de sueño se despertó sofocado de calor, y se asomó á la ventana medio vestido para respirar el aire fresco de la noche. Estaba ésta serena y tan clara que parecía de día. Los árboles del jardín, alumbrados por la luz de la luna, aparecían distintos, hoja por hoja, hasta los más lejanos, como si los iluminara el sol. Al aspecto de aquella esplendorosa paz del cielo, Furio sintió que le invadía el corazón una dulce melancolía; miró detenidamente el jardín, los remotos senderos, las cabañas diseminadas, los collados; luego se cruzó de brazos sobre el antepecho de la ventana, bajó la cabeza y así pasó un rato.

Cuando salió de su ensimismamiento, creyó que era muy tarde y que todos dormían. Como empujado por una mano

misteriosa, saltó por la ventana y echó á andar por el terrado. De pronto vió que estaba junto á la ventana del cuarto de Iris y le corrió un escalofrío de pies á cabeza: tuvo miedo. Las ventanas estaban abiertas y el cuarto á oscuras; creyó que ella dormía ya, le pareció oír su respiración, sintió que le subía una llamarada á la cabeza y quiso retroceder... Pero no se atrevió: habría podido hacer ruido y despertarla; estaba muy cerca de las flores, se sentó y se escondió. En esto sintió rumor de voces que partían del comedor, y se le heló la sangre. La familia no se habla recogido aún; entonces iban á acostarse, se daban las buenas noches: ¿qué hacer? ¿Volverse á la cama? ¿Exponerse á que lo descubrieran? No, imposible; se detuvo allí y permaneció callado. Le latía con fuerza el corazón. Un minuto después oyó un paso ligero que subía por la escalera; se abrieron y cerraron una tras otra dos ó tres puertas cada vez más próximas; brilló una luz, abrióse la última puerta, Iris entró en su cuarto, dejó el candelero en el velador y se asomó á la ventana. Furio contuvo la respiración y se oprimió con una mano el corazón por temor de que ella lo oyera latir.

Iris estaba allí; cerca de él; si alargaba un brazo, la habría tocado; percibía su perfume, veía confusamente su blanco vestido. «¡Oh, vete, por caridad!» decía el muchacho entre sí.

Iris se retiró de la ventana tarareando una canción, callóse, volvió á cantar, iba y venía por el cuarto, se acercó otra vez á la ventana, metióse dentro, murmurando algunas palabras...

En tanto se levantó una brisa que difundió en torno un delicioso olor de jardín. Las hojas de la parra y de las flores se agitaron produciendo un susurro armonioso, tierno, suplicante,

que parecía decir: «¡Iris, Iris, Iris!» Y toda la campiña calla y la luna resplandece.

Furio pasó un rato inmóvil con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Luego se le fueron aflojando poco á poco las piernas, inclinó á un lado la cabeza, se tendió en el suelo y se durmió.

«¡Qué cabeza la mía! También esta noche me he olvidado de cerrar la ventana,» dijo Iris, y se bajó de la cama y se acercó á la ventana. «¡Qué buen olor de flores!» exclamó respirando el aire puro y apoyándose en el antepecho. De pronto se hizo atrás dando un leve grito. «¿Qué es eso, Dios mío?» Se acercó otra vez á la ventana, aplicó el oído y percibió una respiración. Tuvo entonces el valor del miedo, se asomó y miró. «¡Qué ve! ¡Es Furio! ¡Si se habrá desmayado!» Se vistió con presteza, salió á la carrera, llegó de puntillas al rincón del terrado y se bajó á contemplar al niño. Desde la cintura arriba le daba de lleno la luz de la luna; tenía los cabellos en desorden, la boca medio abierta y las mejillas húmedas aún de llanto. «Está durmiendo, dijo Iris después de mirarlo con atención; parece que ha llorado.» Entonces le enjugó las lágrimas: poco á poco alargó el brazo para cogerle el pañuelo que tenía sujeto sobre el pecho con una mano abierta como quien aprieta algo contra el corazón; lo tomó y lo miró. ¡Cómo! ¡Su pañuelo, el que creía haber perdido! Se quedó un rato pensativa y luego exclamó: «Pero ¿será posible?» Pasó algunos minutos inmóvil mirando á Furio que seguía durmiendo; después se volvió lentamente á su cuarto, se asomó á la ventana, dejó caer el pañuelo y cerró.

Furio se despertó, miró alrededor y le pareció de nuevo que las hojas de la parra y de las flores, agitadas por el viento, le decían al oído: «Iris, Iris, Iris.»

XVI

A una mujer que hubiese tenido un poco de seso, la escena de aquella noche le habría bastado para que lo comprendiera todo, y aun haciéndoselo solamente sospechar, la habría inducido á variar de conducta con el muchacho. Pero Iris era tan ligera que la curiosidad pudo en ella más que la prudencia. Ni siquiera supo reprimir un sentimiento de complacencia vanidosa surgida en su corazón con tanta viveza que no la permitió reflexionar que ese sentimiento era culpable y peligroso. No era que pudiese tomar por lo serio el amor de Furio; pero la mujer tiene á gala estimular á quien la ama, y era muy natural que así lo hiciera Iris, que era caprichosa y muy vana. Además, aquello la divertía; alargarle la mano y verle ruborizarse; apoyar un brazo en el suyo y sentir que se estremecía; decirle «¡querido!» y ver cómo brillaban sus ojos; tener á su disposición un jovencito del cual podía hacer lo que quería con una mirada, era una cosa amena. Tenía mil disculpas para tranquilizar su conciencia: ¿no era justo querer un poco y demostrárselo á aquel pobre niño descuidado y desdeñado? No se habría manifestado benévola y cariñosa con él con mal fin; tampoco habría podido pensar que de esto le resultara ningún mal; ante su conciencia no hacía otra cosa que ejercer un sentimiento de consoladora compasión, sentimiento maternal, irrepreensible; no debía saber nada de lo que pudiera sentir por ella aquel pobrecillo: ¿qué había que objetar á esto? Ahora se explicaba la extraña timidez, las turbaciones, los temblores, los sonrojos del muchacho. «¡Es en verdad cosa nueva y original, repetía á la mañana siguiente mientras bajaba por la escalera: ¡un niño de catorce años!., ¡mi cuñado!» Y reía.

XVII

Aquella mañana, Cándida, apenas se levantó, corrió presurosa en busca de Furio, se lo llevó al comedor y le dijo al oído:

— ¿Qué hacías anoche en el terradillo en el rincón de las flores?

Furio se sobresaltó y se puso encarnado.

— Furio, añadió Cándida con voz afectuosa, no vuelvas más allí.

El niño la miró fingiendo extrañeza.

— No vuelvas más, repitió Cándida, créeme, cree á tu hermana que te quiere; prométeme que no volverás...

— Pero ¿adónde?, preguntó Furio bajando la cabeza.

— Ya me entiendes; demasiado sabes lo que te quiero decir; no me mires así, haz lo que te digo; no me puedo explicar más; pero demasiado me entiendes; no pases tanto tiempo con Iris, no des más paseos con ella; estate aquí conmigo, escúchame...

— ¡Calla!, dijo vivamente el muchacho.

Iris entraba en aquel momento y fijó en Furio una mirada escudriñadora; y él, sobresaltado todavía por las palabras de su hermana, la miró del mismo modo para adivinar si había notado algo la noche pasada. Estuvieron así un rato mirándose uno á otro, hasta que Cándida, perdida ya la paciencia al ver que su cuñada tenía tan poco juicio, exclamó con acento de ligera reconvención:

— ¡Por Dios, Iris!

Pero de pronto le faltó el valor para proseguir y se marchó.

Iris, sin hacer caso de ella, se acercó lentamente al mucha-

cho, le puso las manos en los hombros, echó un poco atrás la cabeza y lo miró de hito en hito.

Furio, sin apartar de ella los ojos, pues parecía fascinado, se quitó poco á poco del hombro aquellas dos manos que le quemaban, y se tapó la cara con el brazo.

La actitud, la mirada, el rubor habían sido tales, que ya no dejaban lugar á duda, y por primera vez, que fué también la última, Iris tuvo un movimiento de prudencia; retiró á tiempo una mano que había extendido para hacer una compasiva caricia, y se marchó poco á poco sin volverse.

XVIII

Al mediodía, Furio estaba en el jardín sentado á la sombra de un árbol, conmovido todavía por la escena de la mañana.

Brillaba un sol ardiente y todo estaba en silencio, sin que se oyera ni el estridor de la cigarra, ni el canto de un pájaro, ni el vuelo de una mariposa, ni una voz, ni un movimiento cerca ni lejos; parecía que la naturaleza dormía. Entonces la campiña se anima con una vida fantástica, como si fuera de noche; se perciben rumores indefinidos como de prolongados gritos lejanos; soplos, roces, susurros, ora á mucha distancia, ora al oído, aquí, allí, no se sabe dónde, en todas partes. Parece que en el aire haya alguien ó algo que fluctúa y se agita, que se acerca y se aleja, que vuelve, se detiene y luego desaparece. De pronto se siente al lado el zumbido de un insecto; pasa y todo queda callado. Se experimenta una sacudida; miramos lo que es: ha caído una hoja. Aparece una lagartija, se para como si quisiera escuchar, y como asustada de aquel silencio, vuelve á meterse en su agujero. El campo

tiene un no sé qué de solemne y de triste como un mar solitario, y se baja la cabeza como por fuerza, mientras los ojos entornados vagan por los valles oscuros y por los sombríos ámbitos que la fantasía lánguida les representa entre las matas de hierba y los terrones del suelo. Sólo Furio velaba á aquella hora. El viejo empleado dormía en su cuarto, tendido en la cama boca arriba, con la frente bañada de sudor y un enjambre de moscas en la nariz; la tía, dejada á un lado su calceta, dormitaba también en su silla, muy tiesa, con los brazos cruzados como un ídolo y los labios salientes en actitud de desdén.

Furio no había visto á Iris hacía más de dos horas y no sabía dónde estaba. Se levantó y se puso á dar vueltas por el jardín, el cual era muy grande y todo él plantado de árboles espesos como un bosque. Miraba á lo lejos de tronco en tronco si por alguna parte blanqueaba un vestido de mujer, cuando fijó la vista en unas cuantas hojas de rosa esparcidas sobre la hierba. Más allá, á poca distancia, había otras, y así continuaba una larga faja de color de rosa hasta perderse de vista. Furio siguió aquel rastro, anduvo un rato en línea recta, torció á la derecha, luego á la izquierda, dió vueltas y más vueltas, llegó al fondo del jardín; de pronto ya no vió más hojas, echó una ojeada alrededor y prorrumpió en una exclamación de sorpresa. Iris, tendida sobre la hierba, al pie de un árbol, estaba durmiendo. Mejor dicho, fingía dormir.

Furio se quedó mirándola con la boca abierta, á siete ú ocho pasos de ella. Vestida de blanco y rodeada de follaje verde obscuro, se destacaba como un cisne en la herbosa orilla de un lago. Estaba tendida como en un lecho, apoyada la cabeza en un brazo desnudo y el otro extendido al costado y con los pies descubiertos. Tenía la cara vuelta hacia donde es-

cho, le puso las manos en los hombros, echó un poco atrás la cabeza y lo miró de hito en hito.

Furio, sin apartar de ella los ojos, pues parecía fascinado, se quitó poco á poco del hombro aquellas dos manos que le quemaban, y se tapó la cara con el brazo.

La actitud, la mirada, el rubor habían sido tales, que ya no dejaban lugar á duda, y por primera vez, que fué también la última, Iris tuvo un movimiento de prudencia; retiró á tiempo una mano que había extendido para hacer una compasiva caricia, y se marchó poco á poco sin volverse.

XVIII

Al mediodía, Furio estaba en el jardín sentado á la sombra de un árbol, conmovido todavía por la escena de la mañana.

Brillaba un sol ardiente y todo estaba en silencio, sin que se oyera ni el estridor de la cigarra, ni el canto de un pájaro, ni el vuelo de una mariposa, ni una voz, ni un movimiento cerca ni lejos; parecía que la naturaleza dormía. Entonces la campiña se anima con una vida fantástica, como si fuera de noche; se perciben rumores indefinidos como de prolongados gritos lejanos; soplos, roces, susurros, ora á mucha distancia, ora al oído, aquí, allí, no se sabe dónde, en todas partes. Parece que en el aire haya alguien ó algo que fluctúa y se agita, que se acerca y se aleja, que vuelve, se detiene y luego desaparece. De pronto se siente al lado el zumbido de un insecto; pasa y todo queda callado. Se experimenta una sacudida; miramos lo que es: ha caído una hoja. Aparece una lagartija, se para como si quisiera escuchar, y como asustada de aquel silencio, vuelve á meterse en su agujero. El campo

tiene un no sé qué de solemne y de triste como un mar solitario, y se baja la cabeza como por fuerza, mientras los ojos entornados vagan por los valles oscuros y por los sombríos ámbitos que la fantasía lánguida les representa entre las matas de hierba y los terrones del suelo. Sólo Furio velaba á aquella hora. El viejo empleado dormía en su cuarto, tendido en la cama boca arriba, con la frente bañada de sudor y un enjambre de moscas en la nariz; la tía, dejada á un lado su calceta, dormitaba también en su silla, muy tiesa, con los brazos cruzados como un ídolo y los labios salientes en actitud de desdén.

Furio no había visto á Iris hacía más de dos horas y no sabía dónde estaba. Se levantó y se puso á dar vueltas por el jardín, el cual era muy grande y todo él plantado de árboles espesos como un bosque. Miraba á lo lejos de tronco en tronco si por alguna parte blanqueaba un vestido de mujer, cuando fijó la vista en unas cuantas hojas de rosa esparcidas sobre la hierba. Más allá, á poca distancia, había otras, y así continuaba una larga faja de color de rosa hasta perderse de vista. Furio siguió aquel rastro, anduvo un rato en línea recta, torció á la derecha, luego á la izquierda, dió vueltas y más vueltas, llegó al fondo del jardín; de pronto ya no vió más hojas, echó una ojeada alrededor y prorrumpió en una exclamación de sorpresa. Iris, tendida sobre la hierba, al pie de un árbol, estaba durmiendo. Mejor dicho, fingía dormir.

Furio se quedó mirándola con la boca abierta, á siete ú ocho pasos de ella. Vestida de blanco y rodeada de follaje verde obscuro, se destacaba como un cisne en la herbosa orilla de un lago. Estaba tendida como en un lecho, apoyada la cabeza en un brazo desnudo y el otro extendido al costado y con los pies descubiertos. Tenía la cara vuelta hacia donde es-

taba Furio, y su labio inferior bajado dejaba al descubierto unos dientecitos iguales y blancos. Su cabellera aflojada parecía á punto de desatarse y de esparcirse alrededor de su busto en ondas de oro. Su respiración era frecuente; tenía los ojos entornados y fijos, como los tienen muchas personas cuando duermen, y las mejillas de un color de rosa vivo.

Furio siguió contemplándola con los ojos muy abiertos y las manos levantadas en actitud de asombro. Jamás había visto dormir á una mujer hermosa, y por primera vez apreciaba esa gracia más realzada y más mórbida que el sueño comunica á las formas femeniles y la expresión infantil de aquel rostro inmóvil. Le palpitó con fuerza el corazón, corrió una chispa por todas sus fibras, y entre Iris y su vista se extendió algo así como una niebla.

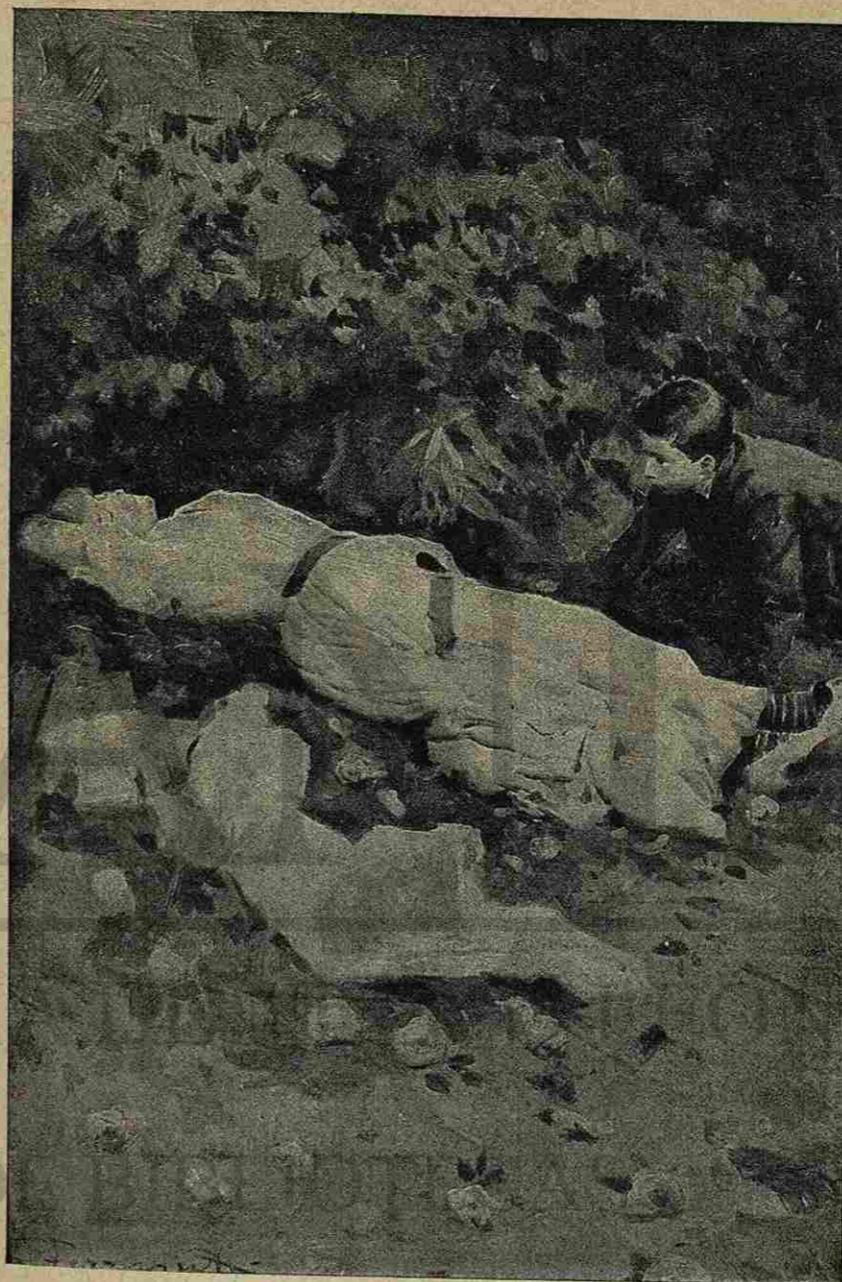
— Ahí está, murmuraba temblándole los labios y humedeciéndosele los ojos, Iris, mi buena Iris, la que me quiere bien, la que me protege y está siempre conmigo y me hace pasar tantas horas contento; la que me compadece y me perdona... á mí, tal como soy, indigno de estar cerca de ella, mientras que ella es tan hermosa... Ahí está... Iris, duerme, yo te miro, eres tan bella..., eres mi ángel..., te quiero tanto que no sé qué haría por tí; mira: estoy contento: querida Iris, besaría el suelo donde pones los pies.

Sacó presuroso el pañuelo y lo besó diez ó doce veces ávidamente.

— Duerme, no te despiertes, Iris; yo te miro, y estaré siempre aquí mirándote.

Corrió á un rosal que había allí cerca, arrancó con presteza muchas rosas y volvió á esparcirlas á sus pies.

— Toma, te cubro de flores: tú que eres tan bella, debes dormir entre rosas.



— Duerme, no te despiertes, Iris; yo te miro, y estaré siempre aquí mirándote.

Se arrodilló y le besó dos ó tres veces el vestido, diciendo para sí: «¡Querida Iris! ¡Mi bella, mi buena Iris!»

La joven se movió. Furio se levantó y se puso como la grana.

Iris seguía fingiendo que dormía; mas al movimiento que hizo se le desprendió una especie de chal que se le había quedado en parte debajo del cuerpo y en parte le cubría el seno. Furio, al ver aquello, retrocedió aunque sin apartar de ella los ojos; se pasó una mano por la frente, sacudió la cabeza para echar atrás la melena, y en seguida emprendió una rápida carrera por el campo. Corría como si alguien le persiguiese: parecía como si el terreno se hiciese elástico para darle impulso; devoraba el camino: al llegar á una acequia cayó en ella, salió mojado y siguió corriendo como llevado por el viento; subió por un cerro, resbaló, se levantó, se agarró á las matas, llegó á la cumbre y bajó por la ladera opuesta dando grandísimos saltos, seguido de las piedras con que tropezaba y que rodaban cerro abajo, pisando plantas y surcos y llenando el silencioso valle con gritos de: «¡Ánimo! ¡Así! ¡Valor!» Llegó al fondo y se tendió en la hierba, jadeante, cansado, con la mirada fija en el cielo y la mente perdida en cierta embriaguez fantástica, como si se hubiese extraviado en el fondo del abismo.

XIX

Desde aquel día Furio comenzó á vivir en un estado de exaltación continua. El nuevo comportamiento de Iris, que se mostraba un poco menos jovial que antes, pero más afectuosa y como siempre preocupada con una idea, cosa que él no podía atribuir á un simple sentimiento de solicitud y de com-

pasión, porque no creía haber dejado descubrir los suyos, lo tomaba como indicio de un principio de afecto igual al que él le profesaba, y esta idea lo trastornaba por completo. Hasta entonces la falta de esperanza, siquiera remota, de correspondencia; la seguridad de que se le consideraba nada más que como un niño al que se buscaba por distracción, como un juguete; el proceder ligero, caprichoso y vario que Iris había observado con él, habían bastado para refrenarlo, para mantenerlo un poco sosegado, ó al menos para obligarle á hacer un esfuerzo á fin de disimular lo que sentía. Pero ahora aquella esperanza, que su vivísimo deseo convertía fácilmente en certidumbre, le sacaba de tino; se creía como lanzado de pronto de la infancia á la juventud; se sentía hombre, ardoroso, arrogante, tempestuoso; se agitaba, iba, venía, corría, buscaba á Iris, huía de ella; volvía en seguida á buscarla, se unía á ella tembloroso, le estremecía su mirada, la devoraba con los ojos sin decir una palabra, no podía descansar de noche, prorrumpía á solas en exclamaciones, sufría, lloraba.

A la orilla del lago, entre un grupo de árboles, había una estatua de piedra ennegrecida y llena de musgo, que representaba una mujer durmiendo en una postura parecida á la que Iris tenía aquel día cuando estaba tendida al pie del árbol: estaba puesta sobre un zócalo, pero habiendo habido necesidad de levantar el terreno alrededor del agua, el zócalo había desaparecido bajo la tierra nueva. Dos ó tres veces, al anochecer, cuando se sentía más agitado, fué Furio á tenderse sobre la hierba junto á aquella estatua, frente á frente, y pasó mucho tiempo mirándola, haciéndose la ilusión de que estaba viva y era suya y que llevaba aquel querido nombre, ilusiones que también se forjan las personas mayores.

A Cándida nada le pasaba inadvertido; había notado la

creciente inquietud de su hermano; sospechó alguna imprudencia por parte de Iris y resolvió impedir á toda costa que la cosa acabase mal. En esto, la tía recibió una carta anunciándole que de allí á dos días llegaría su sobrino Carlos, el marido de Iris. Cándida se turbó al saber la noticia. Era imposible que Carlos, siendo tan suspicaz, no echase de ver algo. Y dado su carácter duro y violento, habría podido suceder algo desagradable. Por esto buscó una ocasión de encontrarse á solas algún tiempo con Furio á fin de poder hablarle larga y seriamente. Pero Furio, conociéndolo, siempre que ella lograba atraparle, se le escapaba de la mano y corría á esconder su «casta púrpura» en algún rincón solitario.

XX

Aquella tarde, ya obscurecido, después de haber esperado en vano que Iris bajara de su cuarto, Furio salió de la casa y fué á sentarse delante de la estatua. Dos horas antes, Iris le encontró en la escalera, y cogiéndole la barba entre el pulgar y el índice, le había preguntado: «¿Cómo va, pequeño?» Y él, bajando la escalera, se mesó los cabellos con ambas manos, sin saber por qué..., tal vez por desahogarse.

«¡Iris!, decía á la estatua con voz fatigosa como soñando y rodeado ya de las sombras de la noche, no puedo más..., te quiero demasiado; ¡si supieses lo que siento aquí! Seré tu servidor: iré á ponerme bajo tus pies cuando subas al coche. Si alguien me dijese: Córtese un dedo é Iris te querrá, me lo cortaría y estaría siempre á tu lado. ¡Querida Iris, con esos ojos tan grandes y hermosos, y esos cabellos rubios, y tan buena!» Y después de pensar un rato, añadió: «¡Qué hermosa señora! Con tal de poder verte siempre, hasta consentiría que me en-

cerraran en la cárcel. Pero tú te irás, y ya no estará aquí Iris. ¡Dios mío! ¿Y qué haré yo cuando no estés aquí? Me quedaré solo. ¡Pero no puedo quedarme solo, no puedo!... Me moriré de tristeza. ¡Oh no, no te vayas, Iris, no me dejes solo!»

Y casi llorando, ceñía con ambos brazos el cuello de la estatua y apoyaba la cabeza sobre sus hombros. De pronto sintió que se le introducían dos manos entre los cabellos y divisó cierta cosa blanca. Se levantó, retrocedió y vio á Iris sentada; lanzó un grito, cayó de rodillas y sintió que le abrazaban... «¡Iris!, ¡Iris!, exclamó en voz baja y sofocada; oye, por caridad, no te burles de mí, soy un pobre niño, no tengo á nadie más que á ti; te amo, de veras, ángel mío, te amo; por caridad, Iris...» Se sintió bajar la cabeza hasta reclinarla en las rodillas de la joven, la vio inclinar el rostro, percibió un perfume, un aliento cálido, los labios... «¡Dios mío!,» murmuró con voz apagada, é Iris, el cielo, los árboles, el lago ondularon, se confundieron y desaparecieron, y él quedó sin vida.

XXI

A la mañana siguiente, Cándida, que hacía dos días se quejaba de un fuerte dolor de muelas y había resuelto quitárselo á toda costa, debía marchar con su padre á la ciudad.

Riconoaldo la encontró en la escalera y le tomó una mano.

— Déjeme usted, dijo Cándida procurando soltarse.

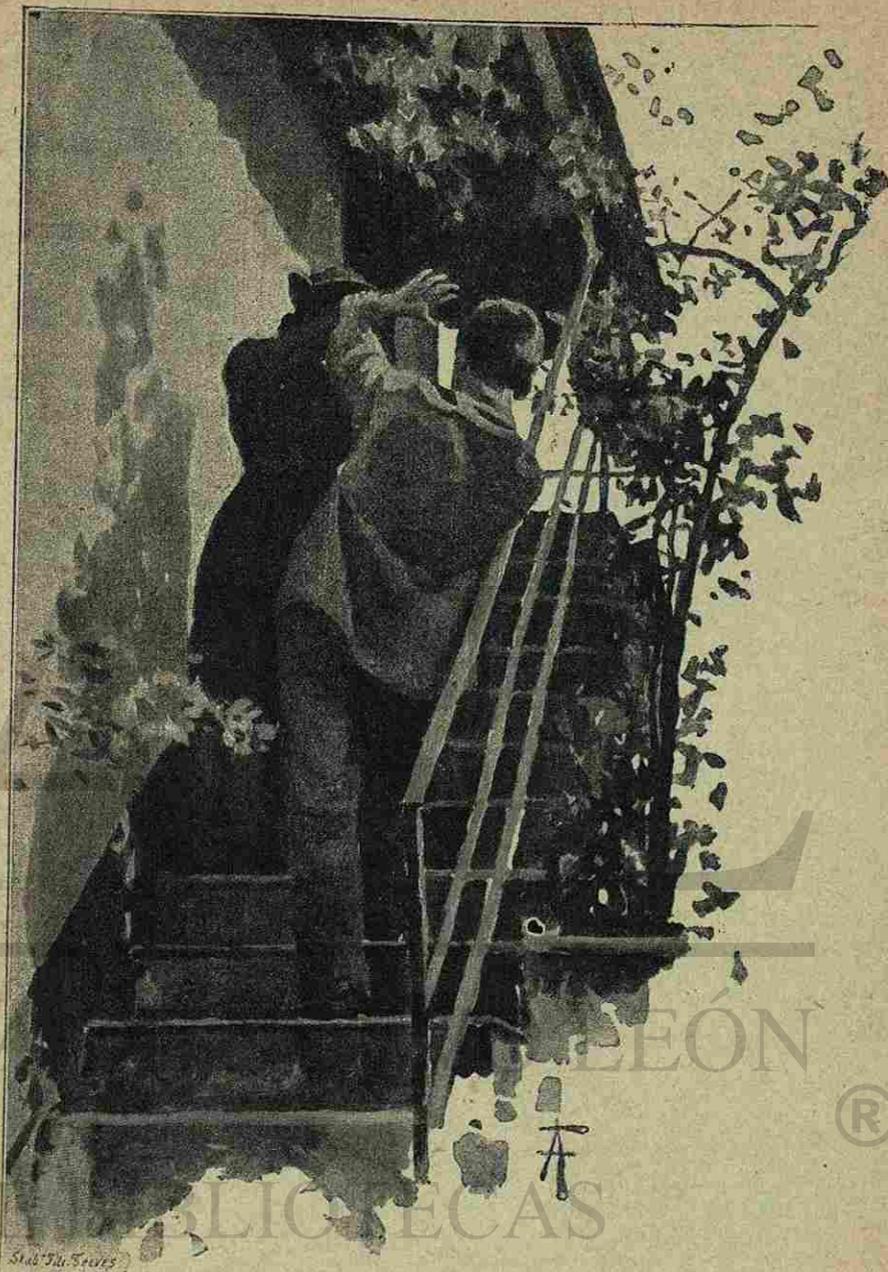
Riconoaldo la cogió á la fuerza la otra mano.

— Déjeme usted, repitió la joven más severamente.

Pero él trató de cruzarle los brazos.

— Déjeme usted, Riconoaldo, gritó por tercera vez poniéndose pálida y levantando con arrogancia la cabeza.

El joven la soltó, esforzándose por reír; pero un arranque



Riconoaldo la encontró en la escalera y le tomó una mano.

impetuoso de despecho y de rabia le ofuscó casi por completo la razón y dijo con voz ahogada: «¡Estúpida!» Y se alejó lleno de vergüenza.

XXII

A cosa de las ocho de la noche debían llegar juntos de la ciudad Cándida, su hermano Carlos y su padre. No se había dicho nada á Iris acerca de la llegada de su marido por proporcionarle el placer de la sorpresa. Tampoco sabía nada Furio; la tía le había enviado á las seis á llevar una carta á una quinta vecina, y al volver, debía encontrar en la casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo se paseaba aquella noche por el jardín, desalentado y triste. Jamás había sufrido una humillación como la que Cándida le había hecho pasar poco antes, en la escalera, y en los días anteriores, á cada hora, á cada minuto, sin remisión, dura y despiadadamente. No le quedaba ya duda; le había parecido un majadero, un imbécil, un mocetón presuntuoso é insolente; en una palabra, lo que era. Ciertamente que siempre se lo había oído decir: había nacido con alma por equivocación; aquella joven había estado en lo cierto; los amigos, riendo, le daban á entender la verdad; era el último de los hombres, un bonito bosquejo de hombre, un muñeco. La vergüenza, el enojo, la aflicción habían aumentado en él de tal modo que le demudaban el semblante en términos de que no parecía ya el suyo; hasta se había vuelto feo; así lo creía: se sentía tan mezquino en su exterior como en su interior; estaba anonadado. Y todo por Cándida, por aquella joven sin alma y sin forma de mujer, desabrida, desgarbada y orgullosa... La odiaba.

Entregado se hallaba á estos pensamientos cuando oyó

impetuoso de despecho y de rabia le ofuscó casi por completo la razón y dijo con voz ahogada: «¡Estúpida!» Y se alejó lleno de vergüenza.

XXII

A cosa de las ocho de la noche debían llegar juntos de la ciudad Cándida, su hermano Carlos y su padre. No se había dicho nada á Iris acerca de la llegada de su marido por proporcionarle el placer de la sorpresa. Tampoco sabía nada Furio; la tía le había enviado á las seis á llevar una carta á una quinta vecina, y al volver, debía encontrar en la casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo se paseaba aquella noche por el jardín, desalentado y triste. Jamás había sufrido una humillación como la que Cándida le había hecho pasar poco antes, en la escalera, y en los días anteriores, á cada hora, á cada minuto, sin remisión, dura y despiadadamente. No le quedaba ya duda; le había parecido un majadero, un imbécil, un mocetón presuntuoso é insolente; en una palabra, lo que era. Ciertamente que siempre se lo había oído decir: había nacido con alma por equivocación; aquella joven había estado en lo cierto; los amigos, riendo, le daban á entender la verdad; era el último de los hombres, un bonito bosquejo de hombre, un muñeco. La vergüenza, el enojo, la aflicción habían aumentado en él de tal modo que le demudaban el semblante en términos de que no parecía ya el suyo; hasta se había vuelto feo; así lo creía: se sentía tan mezquino en su exterior como en su interior; estaba anonadado. Y todo por Cándida, por aquella joven sin alma y sin forma de mujer, desabrida, desgarbada y orgullosa... La odiaba.

Entregado se hallaba á estos pensamientos cuando oyó

que le llamaban; volvió la cabeza y vió á la criada, una buena vieja que servía en la casa hacía veinte años.

— Hace dos horas que le ando buscando, le dijo aquella mujer, y muchos días que tengo que preguntarle una cosa: ¿me lo permite?

El joven hizo un ademán afirmativo.

— Es una cosa que cuanto más pienso en ella menos la entiendo, y usted solamente me la podrá explicar. Pero es menester que venga usted conmigo en seguida, porque no hay tiempo que perder.

Riconovaldo se levantó y siguió á la vieja, que lo condujo á la quinta, le hizo subir la escalera, abrió la puerta del cuarto de Cándida y le dijo: «Entre usted.»

El joven la miró con extrañeza.

— Entre usted, entre usted; si no pasa usted adelante, no me podré dar á entender.

El joven entró y miró alrededor; era un cuarto sencillísimo; las paredes desnudas, una camita blanca, pocas sillas, y una mesita con unos cuantos libros junto á una ventana.

La vieja cerró la puerta, se plantó en medio del cuarto delante de Riconovaldo, y empezó á decir con aire de misterio:

— La señorita Cándida es una joven tranquila, ¿no es cierto?

— Así me lo ha parecido siempre, contestó el joven sin acertar á qué podría venir aquella pregunta.

— ¿No tiene ningún disgusto de familia?

— Que yo sepa, no.

— También es joven juiciosa, seria; quiero decir que no es de natural caprichoso, como tantas otras, y siempre se muestra lo mismo con la gente, ¿no es verdad?

— Muy cierto.

— Y aquí en el campo no conoce á nadie más que á su

padre, á su tía, á su hermano, á usted y á la cuñada, ¿no es así?

— A nadie más.

— Pues entonces, añadió la vieja después de reflexionar un momento, ¿cómo ha cambiado tanto de algún tiempo á esta parte?

— ¿Pero no acaba usted de decir que siempre está lo mismo?

— Con la gente, sí; pero cuando se halla sola y hasta cuando estoy yo, no.

— ¿Y qué hace cuando está sola?

— ¡Oh! ¡Si usted supiese! Escúcheme. Pero ante todo... ¿sabe usted que hay libros que hacen llorar como desesperados?

— ¿Dónde están esos libros?

— Aquí tiene usted uno.

La vieja abrió el cajón de la mesa, sacó un libro y se lo entregó á Riconovaldo.

— *Historia de Sibila* leyó el joven en la portada: es una novela.

— ¿Y hace llorar mucho?

— Puede hacer llorar.

— ¿Con desesperación?

— Con desesperación precisamente, no; algunas lágrimas como se derraman muchas.

— Pues mire usted; debe haber señales: lea usted aquí.

Y le indicó una página doblada, donde había tres líneas señaladas con la uña.

Riconovaldo leyó para sí: «Miss O'Neil era una joven alta, delgada, angulosa, que andaba con la rigidez y la regularidad de un autómata...»

— Ahora aquí.

— «...Fea casi hasta rayar en ridículo, se comprenderá que

la gente no la había acostumbrado mal. Rodeada siempre de una atmósfera glacial, siempre encogida y nerviosa como persona que se mueve bajo las miradas malévolas é irónicas...»

— Y aquí.

— «... ¡No puede usted figurarse todo lo que padezco, pobre niña, es imposible! Imagínese usted que estoy sola en el mundo, más sola que otra cualquiera, porque soy fea y desagradable, y esto me condena á estar siempre aislada, sin afectos, sin marido, sin hijos! ¡Y yo hubiera sido una madre tan buena, Sibila, una madre tan cariñosa!..»

Riconovaldo se iba turbando mientras leía; cuando acabó, cerró el libro y se quedó pensativo.

— Pero ¿qué diablos dice este libro?, preguntó la criada.

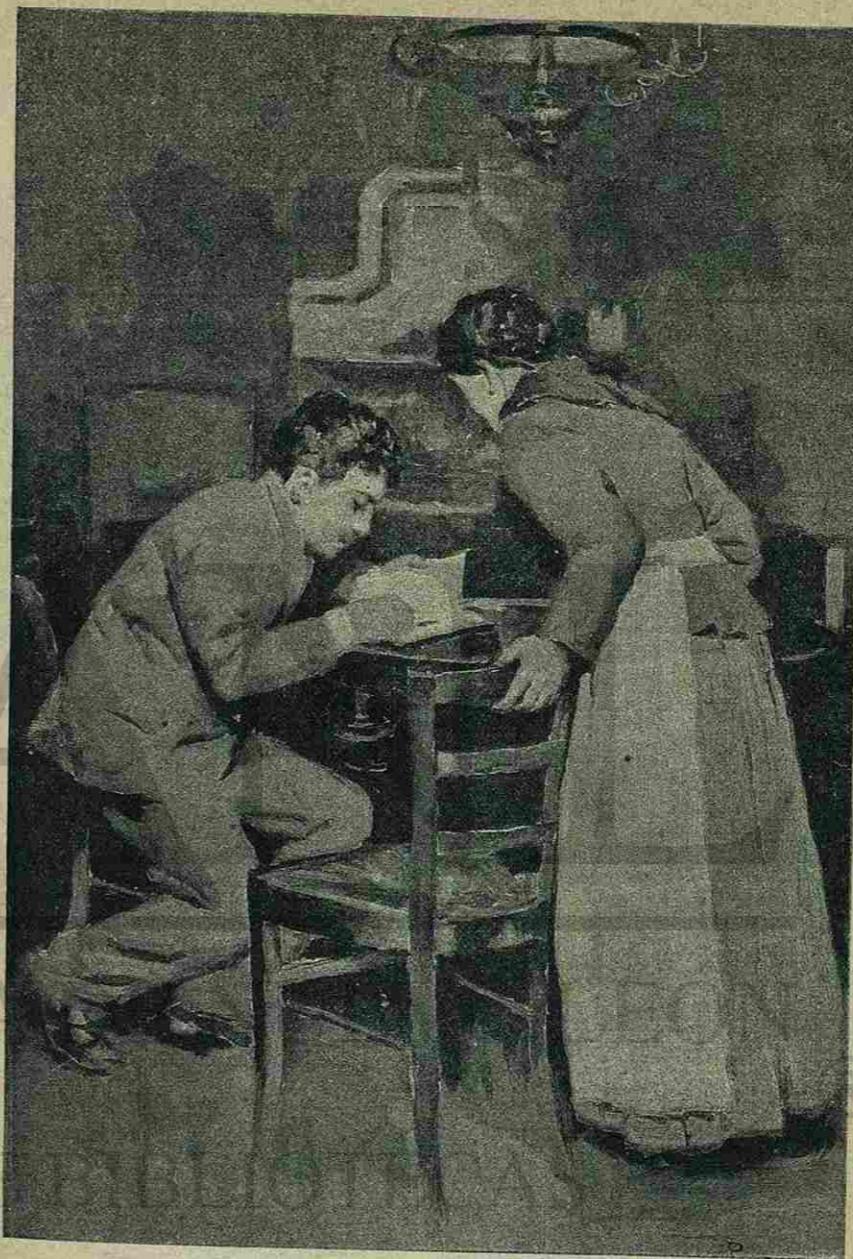
El joven no respondió.

— Yo estaba aquí cuando la señorita leía, y leyendo esa página lloraba y hacía señales con la uña; y cuando me marché, rompió á llorar copiosamente y siguió llorando toda la noche.

Riconovaldo seguía callado, con los ojos fijos en el suelo, como enajenado.

— Y luego otras muchas cosas, repuso la vieja. Una noche entró aquí de prisa; parecía más alegre que de costumbre, y se puso á escribir, á borrar y á rasgar pliegos de papel, y así estuvo hasta muy tarde, pues no parecía muy satisfecha de su trabajo; ¿y por qué? ¡Si al menos hubiese escrito una carta! De tanto como había escrito, á la mañana siguiente no quedaba más que un plieguecillo lleno de enmiendas y tachaduras, escondido en el fondo del cajón...

Así diciendo, la vieja abrió el cajón, sacó el papel y se lo entregó á Riconovaldo, el cual leyó entre enmienda y enmienda: «... Es preciso comprenderlos, estudiarlos; mas para estu-



Riconovaldo leyó para sí:

diarlos se necesita quererlos... Los niños... Cuando el corazón se abre..., la compañía de las niñas de su edad...»

— ¿Qué significa esto?, exclamó el joven temblándole la voz y pasándose la mano por la frente; recorrió el pliego desde el principio hasta el fin y vió que estaba transcrito en él todo el discurso que pronunció una noche sobre la educación de los niños.

— Pero esto aún no es nada, dijo la criada; dígame usted cómo se le puede ocurrir á una joven hacerse un ramo de esta facha y guardarlo como una alhaja.

Y al decir esto sacó de una cajita y enseñó á Riconovaldo un ramito de flores secas con el tallo de un palmo de largo y atadas de cualquier modo con una hoja de ensalada. El joven reconoció el ramo que había regalado por burla á Cándida y que ella tiró á un rincón.

— ¿Qué le parece á usted?, le preguntó la vieja tirándole de un brazo, pues parecía extático. ¡Y decir que besaba estas flores como si se las hubiera regalado su novio! Explíqueme usted todo esto.

— Un momento, contestó el joven acercándose á la ventana para reflexionar á solas.

Riconovaldo era justo y bueno; el descubrimiento de aquel secreto excitó todo lo excelente y generoso que había en su alma; un impulso de alegría, una sensación de dolor amargo, un arranque de ternura y de compasión le oprimieron el corazón á la vez, se le llenaron los ojos de lágrimas, tenía la respiración jadeante, y murmuraba para sí, agitado: «¿Conque estaba equivocado? Esa joven es buena, es santa, me amaba; la razón de su frialdad está en esas palabras de la novela; no podía esperar nada, creía imposible que yo la correspondiese, se quería sustraer al peligro, se quería vencer; callaba, sufría, lloraba, me perdonaba, escribía mis palabras, besaba mis flo-

res, y yo la juzgaba sin corazón, me mofaba de ella, la zahería, la he insultado; yo, que no soy digno de besarle el vestido, he insultado á esa joven desgraciada, á ese pobre ángel sin esperanza ni consuelo: ¡soy un villano!

— Señor Riconovaldo, dijo de pronto la vieja, ha llegado el coche; váyase usted corriendo; ¡pobre de mí si Cándida lo ve á usted aquí! Apenas tendré tiempo de poner los libros en su sitio.

— Váyase usted.

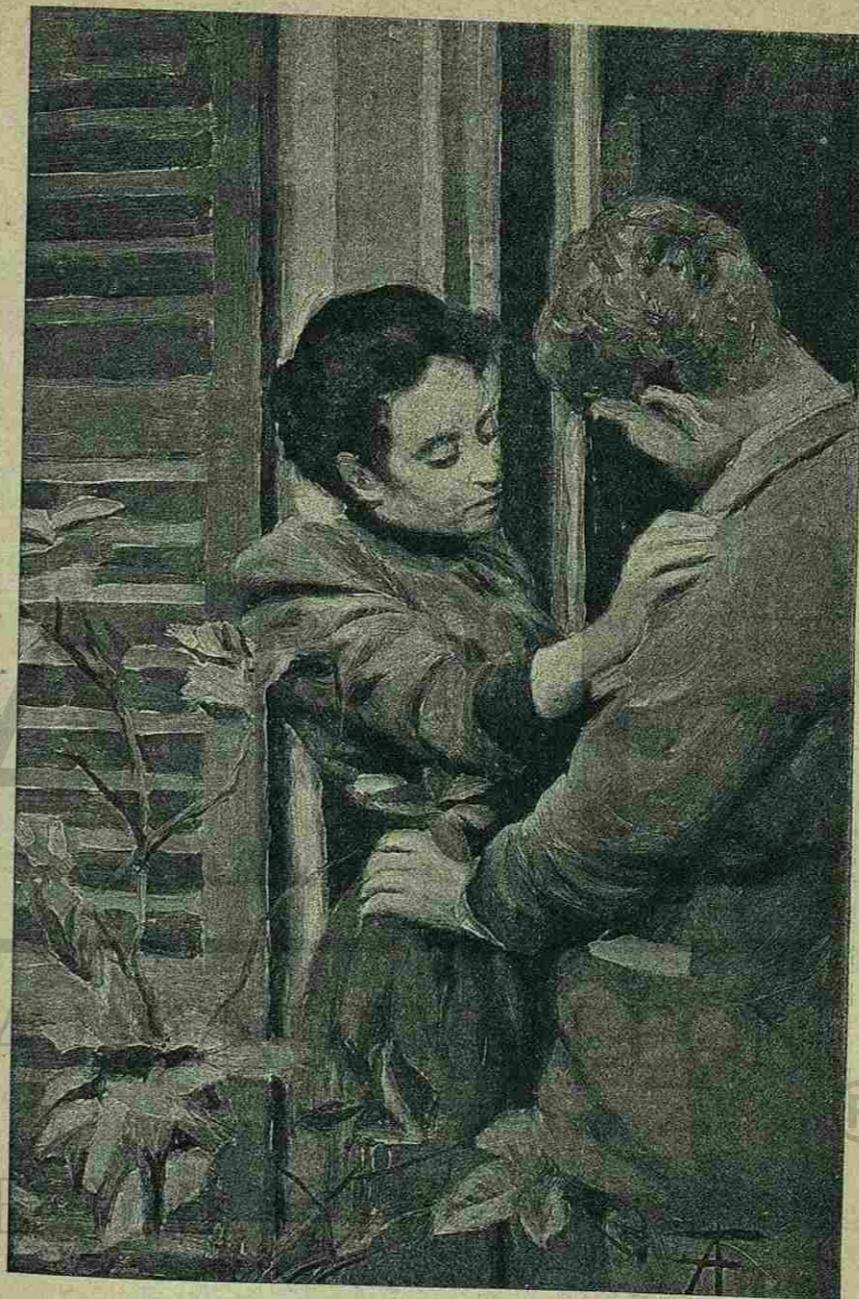
— No, no; usted quiere que me riñan; por Dios, váyase. Cándida llega ya. ¡Por favor, salga usted!

— La espero.

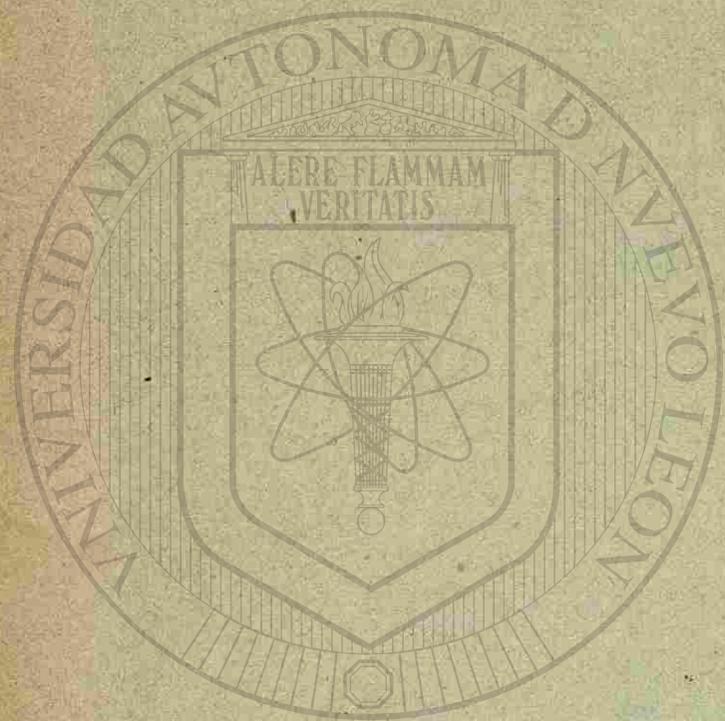
— ¡Ah, no, señor..., por caridad!.. ¡Dios mío, ya está aquí!

— ¡Ah, Cándida, Cándida!, exclamó Riconovaldo con acento profundamente doloroso y suplicante, acudiendo á su encuentro con las manos juntas; ¡perdón, mi pobre Cándida, perdón! Cándida comprendió al punto lo que pasaba y retrocedió dando un grito.

— No, Cándida, prosiguió afectuosamente el joven, cogiéndola de una mano y llevándola presuroso junto á la ventana, no huyas de mí; perdóname; eres buena, eres un ángel; he visto un libro, las flores, aquel pliego; no sabía nada, no podía imaginarme..., me he portado indignamente; pero tú eres buena, Cándida; perdóname; no puedo vivir con este remordimiento en el alma; sería una desesperación; yo no soy malo, te lo habré parecido, pero no lo soy, te lo juro; hablaba por despecho, creía que me despreciabas y me sentía ofendido; perdóname, dime que darás al olvido todas mis palabras; sé que te he hecho daño; lo niegas porque eres buena, pero te he hecho daño; si no me perdonas, viviré siempre con ese roedor y esa vergüenza; te he insultado, Cándida; perdóname...



No, no basta el perdón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Riconovaldo!, exclamó Cándida con voz ahogada, procurando desprenderse de sus brazos. No es cierto..., se ha equivocado usted..., déjeme...

— Estás ofendida, prosiguió el joven con voz afanosa, besándole el vestido á cada palabra; no me quieres perdonar, es justo; es imposible dejarte así: no sabría qué hacer de mí, no me podría sufrir, sería demasiado despreciable hasta á mis propios ojos; me parecería verte siempre llorando, serías para mí un recuerdo doloroso para toda la vida; no puedo irme sin tu perdón; Cándida, por favor, perdóname..., querida, buena Cándida...

— Sí, perdono..., murmuró la joven con voz semiapagada, poniéndole una mano en la frente para tenerlo apartado; pero váyase usted...

— No, no basta el perdón, Cándida; dime alguna otra palabra; no has dicho *perdono* con el corazón; dime que me lo perdonas todo, que lo olvidarás todo, que no me tienes por un hombre indigno, que mis palabras no te harán llorar, que las tomarás como palabras de un insensato, pronunciadas en un momento de pasión; quiero ser estimado de ti; no puedo soportar la idea de que me desprecies, tú que eres tan buena; dime que todavía me aprecias; necesito tu perdón y tu aprecio!...

— ¡Mi aprecio!, exclamó Cándida reprimiendo un vivo arranque de cariño.

— Sí, sí, Cándida, dime esa palabra bendita; dime así: «Ri-[®]conovaldo, te perdono y te aprecio.»

— Pues bien, sí, exclamó Cándida fijando sus ojos ardientes y suaves en los ojos preñados de lágrimas del joven; ¡te perdono, te aprecio..., te aprecio y te... aprecio!..., añadió en voz baja.

— ¡Cándida!, gritó el joven levantándose como movido por un resorte y cogiéndole la cabeza entre las manos: íbas á decir otra palabra..., ¡dila!

Y Cándida le susurró al oído: «¡Te amo!,» y escondiendo la cara en el hombro del joven, prorrumpió en un llanto desesperado.

Sobresaltólos en tal momento un estrépito que resonó en el terradillo hacia la parte del cuarto de Iris: primero oyeron la voz de Furio, luego la de Carlos, después el sonido de una estruendosa bofetada, un grito de Iris y ruido de pasos precipitados.

— ¡Ah, lo temía!, gritó Cándida lanzándose fuera del cuarto, seguida del joven.

Furio, ignorante de la llegada de Carlos, regresó á la quinta cuando era ya de noche; y al ver luz en el cuarto de Iris y á ésta á la ventana de espaldas al campo, corrió de puntillas al terradillo, trepó poco á poco al antepecho, y la besó en los cabellos diciéndola apasionadamente: «¡Ángel querido!» El marido, que estaba en el cuarto, le arrojó de la ventana de una bofetada, haciéndole caer de bruces sobre las macetas.

Furio, aterrado, tembloroso, con la cara ensangrentada, pálido como un difunto, se precipitó por las escaleras en busca de un refugio. Carlos lo persiguió; el niño se metió en la primera pieza de la planta baja, pero no tuvo tiempo de cerrar la puerta; su hermano entró amenazándole; él, enloquecido de espanto, cogió una escopeta que había en un rincón y se puso en guardia dando la espalda á la pared. En esto se presentó Cándida en la puerta; Carlos se adelantó más encolerizado;



En esto se presentó Cándida en la puerta.

— ¡Cándida!, gritó el joven levantándose como movido por un resorte y cogiéndole la cabeza entre las manos: íbas á decir otra palabra..., ¡dila!

Y Cándida le susurró al oído: «¡Te amo!,» y escondiendo la cara en el hombro del joven, prorrumpió en un llanto desesperado.

Sobresaltólos en tal momento un estrépito que resonó en el terradillo hacia la parte del cuarto de Iris: primero oyeron la voz de Furio, luego la de Carlos, después el sonido de una estruendosa bofetada, un grito de Iris y ruido de pasos precipitados.

— ¡Ah, lo temía!, gritó Cándida lanzándose fuera del cuarto, seguida del joven.

Furio, ignorante de la llegada de Carlos, regresó á la quinta cuando era ya de noche; y al ver luz en el cuarto de Iris y á ésta á la ventana de espaldas al campo, corrió de puntillas al terradillo, trepó poco á poco al antepecho, y la besó en los cabellos diciéndola apasionadamente: «¡Ángel querido!» El marido, que estaba en el cuarto, le arrojó de la ventana de una bofetada, haciéndole caer de bruces sobre las macetas.

Furio, aterrado, tembloroso, con la cara ensangrentada, pálido como un difunto, se precipitó por las escaleras en busca de un refugio. Carlos lo persiguió; el niño se metió en la primera pieza de la planta baja, pero no tuvo tiempo de cerrar la puerta; su hermano entró amenazándole; él, enloquecido de espanto, cogió una escopeta que había en un rincón y se puso en guardia dando la espalda á la pared. En esto se presentó Cándida en la puerta; Carlos se adelantó más encolerizado;



En esto se presentó Cándida en la puerta.

Furio, retrocediendo, dió con la culata de la escopeta en la pared, al mismo tiempo de recibir ésta el golpe salió el tiro, la joven huyó lanzando un agudísimo grito, Riconovaldo corrió tras ella, y Carlos desapareció... Furio dejó caer el arma y se quedó solo, inmóvil, petrificado.

Siguiéronse algunos minutos de silencio profundo.

Riconovaldo volvió á asomarse á la puerta y dijo fríamente:

— Cándida está herida en los dedos.

— ¡Herida!, gritó con desesperación el muchacho metiéndose las manos entre los cabellos, y luego añadió intentando salir: ¡Pronto, pronto! Hay que vendarle la mano.

— No, contestó el joven deteniéndole; hay que cortarle el brazo.

Furio se desmayó.

XXIV

Iris y su marido se marcharon á la mañana siguiente: todo se había aclarado en pocas palabras; habíase adivinado primero y luego puesto fuera de duda la conducta inconsiderada de aquella señora, de suerte que ni ella ni Carlos podían permanecer más en la quinta.

Era ya muy tarde cuando Furio volvió en sí; cuando salió del desmayo tuvo una fuerte calentura; calmada ésta así como el delirio, se encontró en su cuarto solo y en medio de un profundo silencio, como si la quinta hubiese quedado deshabitada.

De pronto recordó lo ocurrido la noche anterior, sintió una angustia desesperada y pasó horas enteras llorando amargamente y exclamando entre sollozos: «¡Cándida! ¡Mi pobre

Cándida! ¿Qué es lo que he hecho, Dios mío?» y deseaba morir.

Estuvo muchas horas solo, sin oír el rumor de un paso ni de una voz, oprimido por una desazón indecible.

De pronto se abrió la puerta de su cuarto. Se sentó en la cama; pero no vió á nadie ni oyó nada: no parecía sino que había abierto la puerta un fantasma.

Pasaron unos cuantos minutos más.

Oyó ruido de pasos lentos y pesados: alguien subía por la escalera; pasó su padre por delante de la puerta, sin mirar; pasó la tía, pasó el médico de la casa, pasó un caballero desconocido, pasó también Riconovaldo, todos callados, cabizbajos, tristes.

Escuchó con mayor atención, oyó que subían al segundo piso y se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Entonces recordó aquellas palabras: «Hay que cortarle el brazo,» y tembló violentamente con todo su cuerpo.

A los pocos minutos se acercó alguien á la puerta y dijo:
— Ya ha concluido.

Entonces Furio lanzó un grito desgarrador y se tapó la cabeza con las sábanas, prorrumpiendo en sollozos desesperados.

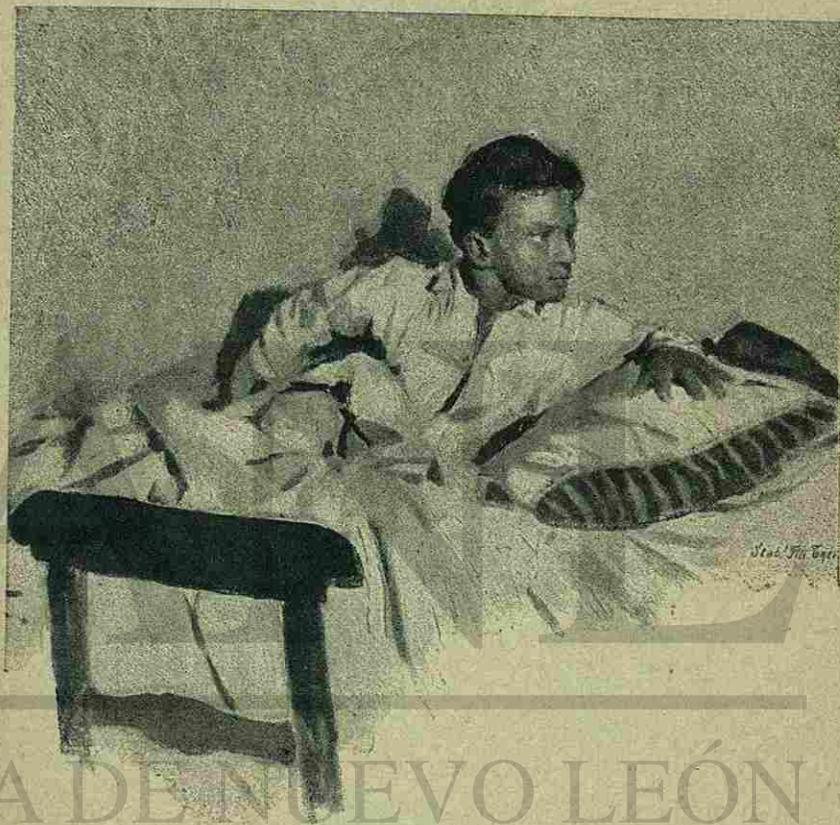
XXV

Entretanto Riconovaldo había llevado al comedor á los dos viejos é hizo que se sentaran delante de él, encargándoles que le escucharan sin interrumpirle.

— Les he hecho á ustedes venir aquí, empezó á decir con rostro y acento severos, para decirles que ustedes tienen la culpa de todo lo que ha sucedido.

El viejo se enderezó.

— Déjeme hablar, prosiguió Riconovaldo; tengo que decirles algo que nadie les ha dicho nunca ó que nunca han querido ustedes comprender, y es que jamás han tenido corazón



Oyó ruido de pasos lentos y pesados.

para Furio, que le han desconocido, descuidado y tenido en casa como un extraño, creyéndose ustedes desligados de todo deber para con él, excepto el de darle comida y cama... No me interrumpen... Le han tenido ustedes siempre por tonto, cuando tiene mucho talento; por perverso, y posee un buen

corazón y es superior en todo y por todo á ustedes, á su hermano, á mí, á toda mi familia y á la de ustedes. Siempre le han humillado; le han tapado la boca cuantas veces ha pedido un poco de cariño; le han tenido aquí por conveniencia de ustedes seis meses del año, como una fiera en un parque, volviéndose salvaje en la soledad y atontándose en el aburrimiento; le han hecho respirar, por espacio de catorce años, no el aire puro y benéfico de la familia, sino el frío y pesado de un hospicio, como si se le hubiera recogido en la calle ó estuviera aquí á pensión; en una palabra, no han tenido ustedes para él un halago, ni un cuidado, ni un solo pensamiento. No es, pues, de extrañar que ese muchacho, con tanto cariño en el alma, cariño al que no se le ha permitido dar expansión, lo haya derramado todo impetuosamente á la primera ocasión que se le ha presentado; no es de maravillar que las primeras palabras afectuosas hayan encontrado en él un eco demasiado vivo, puesto que jamás le habían hecho ustedes oír ninguna; es muy natural que le haya trastornado el cerebro la primera cara de mujer que se le ha puesto delante, si no había visto nunca ninguna, si había estado apartado de la gente, si había vivido en medio de los campos como un eremita. Sacrifiquen ustedes una vez sus comodidades, vayan á vivir á la ciudad, llévenlo á casa de sus conocidos, hagan que se trate con las jóvenes, denle ustedes más libertad, ánimenlo, quieranlo y háganle comprender que le quieren, y penetren ustedes algo en su corazón y en su cabeza, que no todos estamos hechos del mismo modo ni hay que juzgar á los demás por nosotros mismos. Y acaben ustedes de una vez con ese sistema de educación que pretende mantener la autoridad con la frialdad y la disciplina con la humillación, y no sirve más que para sofocar el amor propio, endurecer el corazón, alimentar la desconfianza y sem-

brar la aversión y la ingratitud. Es una educación de colegio, y la casa no es un colegio. En casa no debe haber frialdades, ni odios, ni hipocresías, ni opresiones; en casa se corrige, se aconseja, se prevé, se dan buenos ejemplos y se quiere, y de este modo se cumple el propio deber, se educan los hijos, se preparan los hombres y se trabaja para la sociedad. Perdónenme ustedes si he estado un poco duro, y ahora vamos á poner fin á esta escena.

Dijo todas estas cosas con tanto calor, con tanta energía, con un acento tan marcado de persuasión y tan expedito, que los dos viejos, dominados, no sólo no encontraron modo de interrumpirle, sino que cuando hubo concluído no supieron qué contestarle.

El inspector habría querido decir con aire de resignación que en todo aquello *había algo de cierto*; pero el joven lo empujó ligeramente para hacerle salir del comedor, sin darle tiempo de respirar.

XXVI

Riconovaldo se asomó á la puerta del cuarto de Furio y le llamó.

Furio, tan pálido y demudado que daba lástima, acudió temblando y vacilante.

—¡Ánimo!, le dijo el joven; ya es tiempo de que vayas á ver á tu hermana.

—¡Oh, no!, exclamó el niño con voz entrecortada por el llanto y retrocediendo; no puedo, no tengo valor.

—¡Ven!, repitió Riconovaldo con acento imperioso. Es nuestro deber mandártelo y el tuyo obedecer.

Furio obedeció.

Riconovaldo lo cogió de la mano y lo llevó al piso de arriba: el padre y la tía los siguieron.

En el momento de entrar en el cuarto de Cándida, Furio sintió que le flaqueaban las piernas; el joven le sostuvo y le dijo: «¡Animo!» y entraron.

El cuarto se hallaba casi á obscuras; Cándida estaba en cama, tapada hasta la barba; Furio, lanzando un grito desesperado, corrió hacia ella; pero se detuvo y de pronto cayó de rodillas, sollozando:

— ¡Cándida!, ¡Cándida! ¡Hermana mía! ¡Yo te quería mucho..., perdóname!

Cándida sacó un brazo é hizo un movimiento para abrazarle; el niño se levantó, inclinó la cabeza sobre su hombro y exclamó con voz sofocada:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Ella le puso entonces una mano en la cabeza y pasaron un rato así.

De pronto Furio sintió otra mano en su cabeza y se enderezó atemorizado.

Cándida, sonriendo, le enseñó sus dos manos sanas é intactas como siempre las había tenido.

Furio las miró, se pasó la mano por los ojos, echó una mirada alrededor, la fijó en las manos de Cándida, empezó á respirar con violencia, á gemir, á sonreír, á decir alguna palabra incoherente, y á agitarse como si le hubiera sobrevenido un acceso de fiebre, y después, de repente, recogida con gran esfuerzo la voz, prorrumpió en un penetrante grito de alegría y se echó en brazos de su hermana.

— ¡Pobre Furio!, le dijo ésta acariciándolo afectuosamente, perdóname; he hecho todo esto por tu bien; el dolor que has sufrido por mi causa te ha curado; ahora estás contento y tran-

quilo; pero también yo he sufrido mucho por ti; piensa en lo que me debe haber costado el hacerte penar así! Riconovaldo me ha ayudado mucho para realizar este plan; ha persuadido á papá y á la tía, y todos estábamos de acuerdo: me perdonas, ¿no es verdad, Furio?



Ciñó con un brazo su cuerpo y con el otro la cabeza de Furio.

Furio, sin separar la boca de la cara de Cándida, indicó que sí.

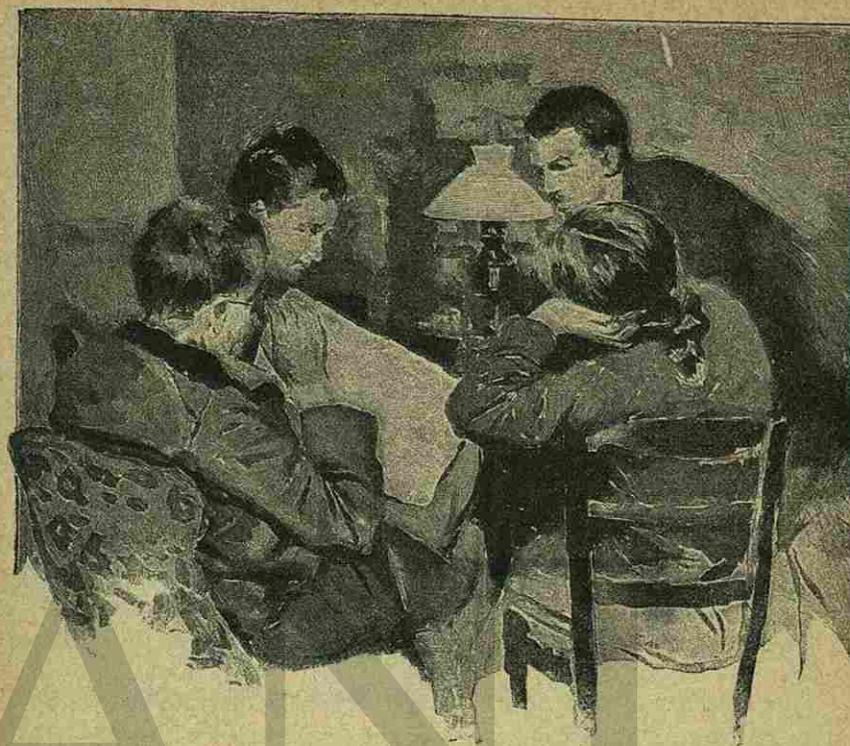
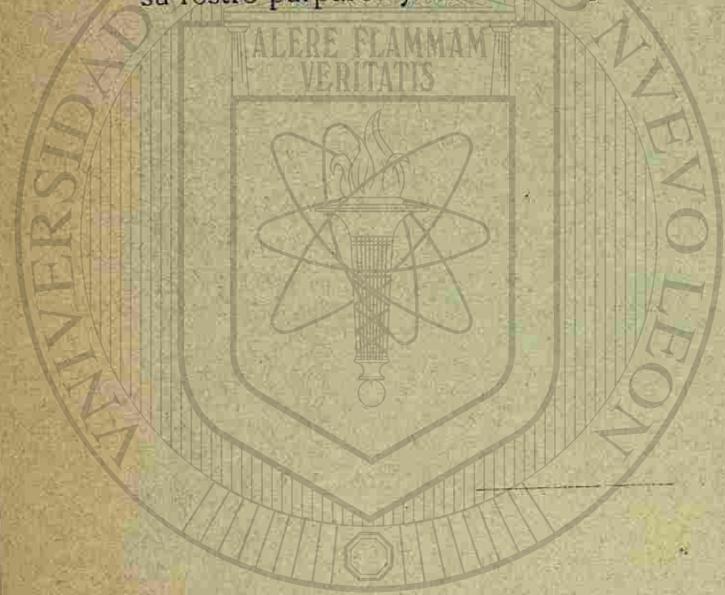
— Y ahora, dijo Riconovaldo, ya he hablado al papá y á la tía; Furio vendrá á hacer un corto viaje conmigo en recompensa de lo que le hemos hecho padecer.

El muchacho se echó al cuello de Riconovaldo. Éste se acercó á Cándida, ciñó con un brazo su cuerpo y con el otro la cabeza de Furio, estrechó á ambos contra su pecho, y des-

pués de mirar un rato á los dos viejos maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

— ¿No habéis comprendido que todavía queda algo muy importante por arreglar?

Y entonces Cándida ocultó detrás de la cabeza de Furio su rostro purpúreo y radiante de prometida.



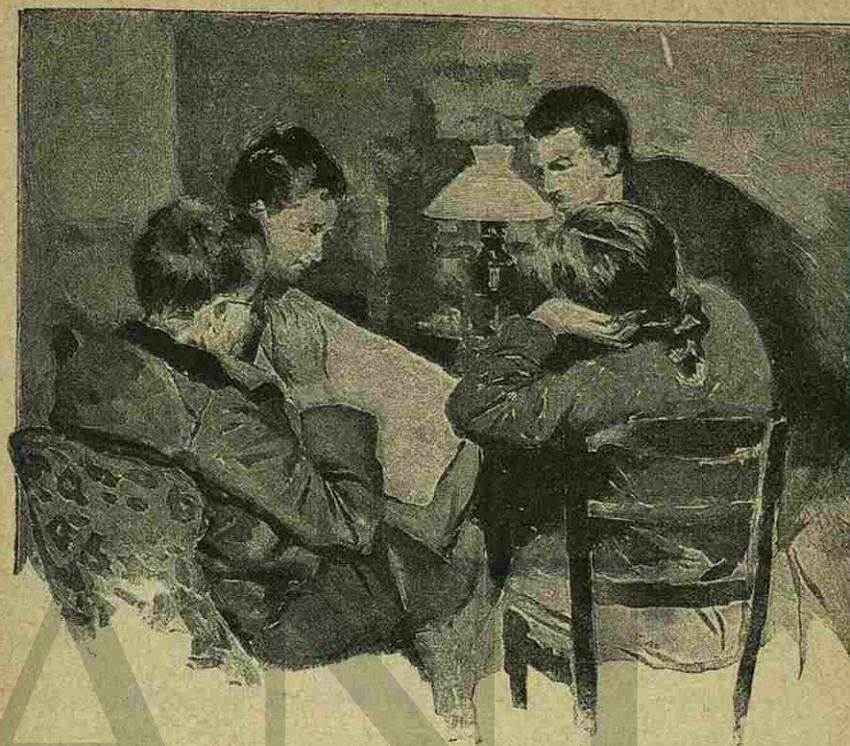
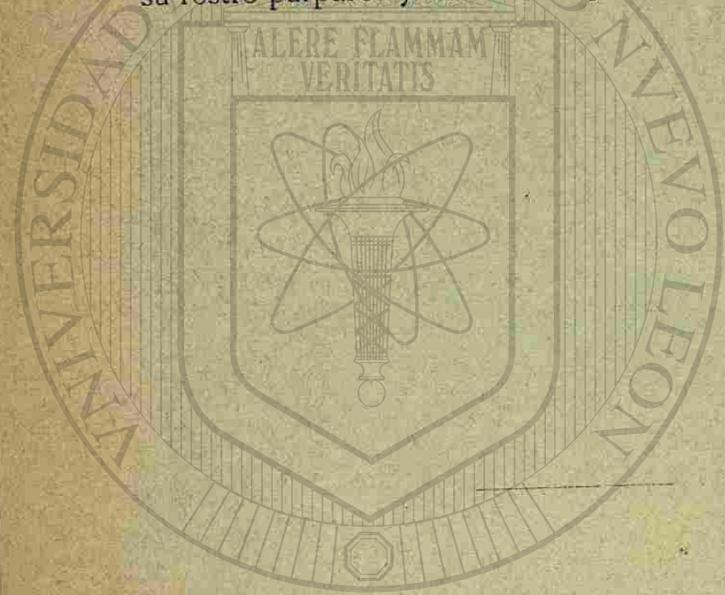
UN GRAN DÍA

La familia G*** estaba veraneando á pocas millas de Florencia cuando el ejército italiano se aprestaba á marchar sobre Roma, empresa que aquélla no veía con buenos ojos. El padre, la madre, las dos hijas mayores, católicos ardientes y patriotas tranquilos, estaban por los *medios morales*. «Nosotros, decía la señora á los amigos, no entendemos una palabra de política y yo menos que nadie; y si tuviese que confesar por qué pienso como pienso, me vería muy apurada. Pero, ¿qué quieren ustedes? Tengo un presentimiento, siento en mi interior una voz,

pués de mirar un rato á los dos viejos maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

— ¿No habéis comprendido que todavía queda algo muy importante por arreglar?

Y entonces Cándida ocultó detrás de la cabeza de Furio su rostro purpúreo y radiante de prometida.



UN GRAN DÍA

La familia G*** estaba veraneando á pocas millas de Florencia cuando el ejército italiano se aprestaba á marchar sobre Roma, empresa que aquélla no veía con buenos ojos. El padre, la madre, las dos hijas mayores, católicos ardientes y patriotas tranquilos, estaban por los *medios morales*. «Nosotros, decía la señora á los amigos, no entendemos una palabra de política y yo menos que nadie; y si tuviese que confesar por qué pienso como pienso, me vería muy apurada. Pero, ¿qué quieren ustedes? Tengo un presentimiento, siento en mi interior una voz,

un impulso, algo que me dice: No se ha de ir á Roma de ese modo, no se puede ir. Me acuerdo del cuarenta y ocho, del cincuenta y nueve y del sesenta; pues bien, en aquellos días nunca tuve miedo, jamás sentí en el corazón la ansiedad que hoy siento, pensaba que aquello debía terminar bien... Pero esta vez, señores míos, por más que digan ustedes, veo muy obscura la atmósfera, y mucho. ¿Se ríen ustedes? Pidan á Dios no tener que llorar algún día, y ese día no me parece muy lejano.»

El único de toda la familia que no pensaba así era el hijo, joven de veinte años, que precisamente en aquellos días estaba leyendo la historia romana y á quien hervía la sangre. Por esto, proferir en la casa el nombre de Roma era entablar una cuestión, y había habido ya una acalorada, después de la cual habían convenido en no tratar más de aquel asunto.

Una noche, á principios de septiembre, se recibió un periódico *oficioso*, en el cual se daba por cierto que los soldados italianos habían pasado los confines. El joven se regocijó. El padre leyó el artículo, se quedó un rato pensativo, y luego, meneando la cabeza, dijo: «¡No!» y después: «¡no!» y por tercera vez: «¡no, no, no!»

— Pero, permítame usted, padre, empezó á decir el hijo.

— No volvamos á las andadas, interrumpió cariñosamente la madre.

Y aquella noche no se habló más. Pero el disgusto serio lo hubo la noche siguiente poco antes de acostarse, cuando el joven, con franqueza, sin preámbulos, como si fuera la cosa más natural del mundo, manifestó la intención de ir á Roma con el ejército.

La familia profirió un grito general de sorpresa y de indignación, al que siguió una tempestad de reconvenciones y de

amenazas: que no eran cosas que se desearan ver decentemente; que ya tocaba á cada cual, como italiano, una parte de culpa, sin necesidad de asumir la responsabilidad de ser testigo ocular, y esto y lo otro, y por fin que todo se podía conceder y perdonar á un joven bien nacido, excepto la locura (fueron palabras de la madre) de ir á ver *bombardear á un pobre viejo*. ¡Bonita guerra, bonita guerra en verdad!

Cuando hubieron terminado, el joven apretó los dientes, hizo pedazos un periódico; se levantó con ímpetu, encendió una luz, y fué á encerrarse en su cuarto, por el cual se puso á dar paseos como un actor italiano cuando representa el papel de un rey furibundo.

Al cabo de media hora, muy callado y andando de puntillas, volvió al comedor, en el cual no estaban más que el padre y la madre silenciosos y melancólicos. Dió sus disculpas al padre, que se dejó estrechar la mano refunfuñando, y luego se volvió á su cuarto, acompañado de la madre.

— ¿Conque no se te volverán á ocurrir esas ideas?, le preguntó cariñosamente poniéndole las manos en los hombros.

El hijo la contestó con un beso.

Y al día siguiente trasponía los confines de los Estados Pontificios.

Tan luego como lo advirtieron en la casa, todo fueron lágrimas, furores, invectivas, propósitos de no quererlo ver más, de no levantarse siquiera cuando volviese, de dejar pasar un mes sin dirigirle la palabra, de borrar el capítulo de *gastos menudos* en el presupuesto doméstico, y otras cien cosas. Por parte de la madre, palabras nada más; por la del padre, resoluciones formales. No era hombre capaz de transigir; era bueno, pero duro, y á veces, en sus arrebatos de cólera, temible, y el hijo lo sabía y le temía. No se podía, pues, comprender cómo

se había podido resolver á hacer una cosa tan trascendental. Las noticias del 20 de septiembre contribuyeron á exacerbar la bilis de sus padres. «¡Buenas cosas se ha de oír cuando vuelva!» decían. Las palabras, los ademanes, las actitudes que debían guardar, todo lo pensaban y preparaban; debía dársele una lección solemne.

En la mañana del 22 estaban todos en el comedor leyendo, cuando oyeron un gran golpe en la puerta, y de pronto vieron al hijo, encarnado, jadeante, tostado del sol, tieso é inmóvil en el umbral.

Nadie se movió.

— ¡Cómo!, exclamó el joven cruzándose de brazos maravillado. ¿No sabéis la novedad?

Nadie contestó.

— ¿No os han dicho nada? ¿No ha venido nadie de Florencia? ¿Estáis aún ignorantes de todo?

Nadie dijo una palabra.

— Tenemos noticia de la toma de Roma, se aventuró á decir al poco rato una de las hijas después de consultar á su padre con una mirada.

— ¿Y nada más?

— Nada más.

— ¡Qué toma de Roma!, exclamó el joven levantando la voz. Vamos, veo que os traigo yo la noticia.

Levantáronse todos y le rodearon.

— Pero ¿cómo es posible, prosiguió agitando la mano, cómo es posible que no sepáis nada? ¿No ha corrido ya la voz por el campo? ¿No se han reunido los campesinos? ¿Qué hace el Ayuntamiento? ¿En verdad que es inconcebible! Pues oldme, acercaos á mí y os lo contaré todo: me late el corazón de modo que apenas puedo hablar...



El hijo la contestó con un beso

— Pero ¿qué ha sucedido?

— Nada, casi nada. Quiero contaros las cosas de pe á pa, me quiero desahogar; quiero que sepáis lo ocurrido, poco á poco, como lo he visto yo.

— Pero ¿se trata de las fiestas de los romanos?

— ¿Es el plebiscito?

— ¿La llegada del rey?

— ¡No, no! Es una cosa muy diferente.

— Pues di.

— Pues sentaos.

— ¿Cómo no se ha sabido nada aquí?

— No me lo explico. ¡Ah! Ser yo el primero en traeros la noticia es el mayor placer que he sentido en mi vida... He llegado esta mañana á Florencia; allí se sabía todo y he partido en seguida. ¿Quién sabe?, pensaba yo, quizás la noticia no habrá llegado aún á casa...; casi me falta el aliento.

— ¡Di, dílo todo pronto!, exclamaron la madre y las hermanas sentándose á su lado. El padre se quedó aparte.

— Pues oiga usted, mamá, empezó á decir el joven. Son cosas para trastornar el seso. Pero acercaos, más, así. Sin duda sabréis ya lo que pasó en la mañana del 21. Entraron los demás regimientos: gentío, gritos, músicas, como el día anterior, hasta las doce. A esta hora, como por un acuerdo tomado, cesó el estrépito, primero en el Corso, después en las calles principales y poco á poco en todas partes. Los grupos de ciudadanos se detenían, formaban corros y hablaban en voz baja; luego se diseminaban en todas direcciones, saludándose unos á otros, pero de un modo como si debieran volverse á ver al poco tiempo. Parecía como si hubiera corrido la voz de prepararse para algún gran suceso. La gente, al encontrarse, se hablaba de prisa y luego cada cual seguía su camino. De un ex-

tremo al otro del Corso se notaba una agitación general; quién entraba en las casas, quién salía, quién llamaba desde la calle, quién contestaba desde los balcones; los soldados corrían de acá para allá como si hubieran oído el toque de llamada; pasaban oficiales á caballo al trote; hombres y chiquillos con haces de banderas al hombro y en los brazos; todos presurosos y atareados que no parecía sino que los persiguieran. Yo, que no sabía nada, ni conocía á nadie, miraba á las caras de unos y otros para ver de adivinar algo. Todos parecían alegres, pero no con la alegría viva y desenfrenada de antes; todos dejaban traslucir un pensamiento, una duda, casi una ansiedad: se comprendía que era gente que maquinaba algo. Eché á andar por una de las calles secundarias, pasé por otras, me detuve en dos ó tres encrucijadas y en todas partes vi el mismo espectáculo: mucha gente, mucho movimiento, mucha prisa, y un no sé qué en el modo de hablar y en los ademanes que había notado ya en el Corso, como si todos aquellos preparativos se quisieran hacer á escondidas de alguien, por más que fueran visibles para todos. Pasaban grupos y más grupos, centenares de hombres y mujeres mezclados, y no se oía un grito, todos se encaminaban al mismo sitio, como á un lugar convenido...

— ¿Adónde iban?, preguntaron el padre y la madre.

— Ya lo diré. Volví al Corso. Conforme avanzaba, oía crecer un rumor sordo y continuo, como el de una numerosa muchedumbre. Llegué; el Corso estaba lleno de gente, todos parados y vueltos hacia el Capitolio, como si aguardasen algo de allí. Desde la plaza del Pópolo á la de Venecia había tal gentío que no se podía uno mover. Se susurraba acá y allá: «Ahora mismo llegan. — Vienen de allá abajo. — ¿Quién? — La columna principal. — Llega la columna principal. — Ahí viene. — No. —

Sí.» De pronto la multitud se agitó con gran ímpetu, y por todas partes resonó el grito de «¡Ahí está!,» y en menos tiempo del que se necesita para contarlo, la calle quedó despejada en medio como para el paso de una procesión. Todo el mundo se descubrió. Yo, que me había quedado atrás, me pude adelantar á fuerza de codazos, y miré... Aún me parece sentir el escalofrío que me recorrió todo el cuerpo en aquel momento. Venían á la cabeza generales de gran uniforme, señores de frac con bandas tricolores; entre los generales y los señores, niños, mujeres y hombres andrajosos y desarrapados; detrás obreros, campesinos, mujeres con sus chiquillos á cuestas, soldados de todas armas, caballeros elegantes, familias enteras reunidas en pequeños grupos y cogidas de la mano para no perderse, todos atareados, oprimidos de modo que apenas podían andar, y sin embargo, no se oía más que un murmullo monótono como un zumbido, silencio á ambas partes de la calle, silencio en los balcones; era un espectáculo solemne, que causaba maravilla y espanto al propio tiempo; yo estaba extático.

— Pero ¿adónde iban?, preguntaron con mayor insistencia el padre, la madre y las hijas.

— ¡Dejadme acabar!, repuso el joven. Me metí en medio, y conmigo se fueron metiendo poco á poco todos los que estaban arrimados á la pared á derecha é izquierda. ¡Figuraos qué bullebulle! La muchedumbre parecía materialmente un torrente, ocupaba todos los espacios, y ondulando la gente inundaba las tiendas, los zaguanes, todos los sitios donde había un poco de espacio. A medida que se avanzaba, otras oleadas de gente desembocaban en el Corso por las calles laterales, y la procesión seguía bajando del Capitolio y circulaba la voz de que en el Campo Vaccino había también millares de personas. Por la plaza de España acudía gran golpe de gente, lo propio

que por la calle del Babuino y por la plaza del Pópolo. Todos llevaban algo en la mano: unos guirnaldas de flores, otros ramas de olivo y de laurel, éstos banderas, aquéllos lienzos atados á la punta de los bastones; alguno llevaba hasta imágenes sagradas desplegadas con las dos manos sobre su cabeza, inscripciones, emblemas, retratos del Papa, del rey, de los príncipes, de Garibaldi; una variedad, una mezcolanza, una confusión de personas y cosas, como creo no se ha visto nunca bajo el sol; y siempre y en todas partes aquel murmullo, aquel andar lento, aquella serenidad, aquella dignidad, tan extraña y maravillosa en semejante muchedumbre, que me parecía estar soñando.

Toda la familia se acercó más al joven sin decir una palabra.

—... Al llegar cierto momento, echo de ver que el gentío se ha encaminado á la izquierda. Poco á poco, con gran trabajo, pisoteados, estrujados, empujados por todas partes sin poder mover los brazos, respirando con dificultad, llegamos de calle en calle á la plazoleta que hay delante del puente de San Angelo. El puente rebosaba de gente; la multitud se perdía más allá del río hacia San Pedro; toda la orilla derecha era un hormiguero. El paso del puente fué cosa seria; costó más de un cuarto de hora; los desgraciados que estaban á los lados, empujados por la gente del medio, se agarraban desesperadamente á los pretilos, por miedo de que los hicieran caer al río, y lanzaban gritos de espanto; dícese que ocurrieron algunas desgracias. Poco á poco se salió de allí. Todas las calles que daban á la plaza estaban atestadas de personas. Cuando llegamos á la desembocadura de una de las que van en derechura á la Basílica, se oyó de pronto un gran fragor sordo, obscuro, como el de un mar tempestuoso, que ora parecía remoto, ora cercano,

y llegaba hasta nosotros á oleadas. Era la muchedumbre hacinada en la plaza de San Pedro. El gentío avanzó con gran ímpetu, unos sobre otros, llevados, arrastrados, hasta que llegamos á la plaza... ¡Santo Dios! ¡Si hubieseis visto aquello! Era un espectáculo propio para aturdir. Toda aquella plaza llena de bote en bote, negra de seres humanos, hirviendo, no era ya plaza, sino un mar. Alrededor, entre las cuatro filas de columnas, en la escalinata de la iglesia, bajo el pórtico, en la gran terraza de la fachada, en las galerías de la cúpula, en los capiteles, en las pilastras; y detrás, en las ventanas de las casas, en los balcones, en los tejados, arriba, abajo, á derecha, á izquierda, en donde una persona podía poner el pie, ó agarrarse ó suspenderse, no se veían más que cabezas, brazos y piernas colgando, banderas, ademanes, voces. Bien puede decirse que toda Roma estaba allí.

— ¡Jesús!.. ¿Y el Vaticano?, preguntaron las mujeres con ansiedad.

— Estaba cerrado. Ya sabéis que un ala del Vaticano da á la plaza y que allí están las habitaciones del Papa. Todas las ventanas estaban cerradas; creeríase que era un palacio abandonado; en aquel momento parecía como si tuviese la expresión de una persona fría, rígida, impasible, que mirase hacia abajo con ojos abiertos é inmóviles. La muchedumbre miraba hacia arriba murmurando. Por una parte se veía, hacia la escalinata, gran movimiento de oficiales y de señores, que parecía que diesen algunas órdenes, repetidas después de boca en boca. La agitación iba creciendo. Todos estaban descubiertos: cabezas blancas de ancianos, cabezas morenas de soldados, cabezas rubias de niños; resplandecía un sol brillante; mil cosas, mil sonidos, mil colores ondulaban y se confundían en aquella inmensa muchedumbre; las banderas, las ramas, los pañuelos

se agitaban á merced del viento como si flotasen sobre el agua; la confusión era tal que parecía que ardiese fuego debajo de tierra. De pronto resonó un grito que se propagó por todas partes. «¡Los muchachos! ¡Los niños! ¡Adelante los niños!» Parecía una cosa convenida. Por todos los lados de la plaza hombres y mujeres levantaron niños en brazos y cruzaron por entre la muchedumbre, dirigiéndose todos hacia el Vaticano; los muchachos mayores se deslizaban entre las piernas de la gente, cogidos de la mano de diez en diez, de veinte en veinte; en pocos minutos, centenares de chiquillos, unos andando, otros empujados, otros llevados en hombros, todo un pueblo de criaturas escondidas hasta entonces, se encontró reunido en un ángulo de la plaza, mientras que las mujeres gritaban á más y mejor: «¡Cuidado! — ¡Mi hijo! — ¡Sitio, sitio!» Al poco rato resonó otro clamoreo más fuerte, más imperioso: «¡Las mujeres! ¡Las mujeres!» Nueva confusión y nuevas oleadas de la multitud para abrir paso. Después un tercer grito más formidable: «¡El ejército! ¡Los soldados! ¡Adelante!» Y otra vez un remolino indecible, pero en todas partes á un tiempo, rápido, resuelto; ninguna de las dificultades y de las paralizaciones que se ven en tales casos; y todos se atareaban y contribuían al objeto; era una fuga, un ímpetu á la vez que un acuerdo maravilloso; parecía que aquella innumerable muchedumbre estaba ordenada y amaestrada. Poco á poco fué cesando el movimiento, cedió el griterío, se bajaron los brazos, todos miraron alrededor y se vió que habían desaparecido como por encanto los niños, las mujeres y los soldados. Todos estaban á un lado de la plaza, divididos en tres grandes grupos, desde la puerta de San Pedro hasta la mitad de la columnata, vueltos hacia el Vaticano, apiñados é inmóviles. La multitud prorrumpió en un aplauso estruendoso.

— Pero ¿y el Vaticano?, preguntó por tercera vez la familia unánime.

— Siempre cerrado y silencioso como un convento; pero aguardad. De repente el aplauso cesó, volviéronse todas las cabezas y resonaron murmullos. «¡Silencio! ¡Silencio!» Esta palabra circuló hasta el fondo de las dos calles que desembocan en la plaza. El murmullo cesó de allí á poco por completo, siguió una pausa, un silencio como no hubiera creído que pudiese reinar entre tanta gente; era algo sobrenatural. En medio de aquel silencio pareció oirse de improviso un ligero vocerío que no se comprendía lo que pudiera significar; un sonido vago, confuso, como si viniese de lo alto; poco á poco, insensiblemente, fué creciendo; primeramente se elevaban voces aquí, luego allá, luego más lejos, inciertas, discordantes; después más unidas, más resueltas; por último, como por encanto, confusas, y se elevó al cielo un solo canto trémulo, argentino, suave, como la voz de una legión de ángeles. Eran millares de niños que cantaban el Himno á Pío IX de 1847.

— ¡Oh Dios mío!, exclamaron la madre y las hijas juntando las manos.

— Aquel canto nos repercutió á todos en el corazón, llegó hasta tocar lo más tierno y sensible que tenemos en el fondo del alma; la muchedumbre parecía sentir un fuerte estremecimiento; se veía una gran agitación de brazos y manos como de quien quiere hablar y no puede; no se oía más que un murmullo confuso. «Padre Santo, parecía como si quisieran decir todos, mirad, oíd, son nuestros hijos, los vuestros, que os buscan, os invocan, imploran vuestra bendición; son álmás inocentes; dad oídos á sus voces; bendecidlos; haced que la patria y la fe sean un solo sentimiento en sus corazones; una palabra vuestra, Padre Santo, un ademán, una mirada que anuncie el

perdón y la paz, y estaremos con vos, para vos, todos, ahora, siempre, por siempre! ¡Son nuestros hijos, los vuestros!..» Millares de banderas ondeaban, cesó el canto y reinó un profundo silencio.

— ¿Y qué pasó?, preguntaron todos afanosos.

— El Vaticano seguía cerrado. Resonó el canto de las mujeres: se percibía un estremecimiento profundo en aquella inmensa voz; se notaba algo que emanaba solamente del seno de las madres; parecía más bien un grito que un canto; era suave y solemne. A las primeras notas, la gente se quedó inmóvil; al poco rato comenzó á agitarse, como movida por un ardor irresistible; los gritos cubrían casi el canto. «Son nuestras madres; decían, nuestras esposas, nuestras hermanas. Padre Santo, escuchadlas; en su corazón no ha habido jamás odio ni ira; siempre han amado y esperado; creen y rezan; os piden el poder enseñar á sus hijos vuestro nombre junto con el de Italia. Padre Santo, una palabra vuestra les ahorrará muchas dudas dolorosas y muchas lágrimas amargas; ¡benedicid á nuestras familias, Padre Santo!

Los oyentes siguieron interrogando al joven con la mirada y con el ademán.

— Cerrado, siempre cerrado. Pero entonces resonó un canto fragoroso y acelerado, al cual siguió un nuevo y más violento bullicio; eran los soldados. «Son nuestros soldados, decían todos entre sí, serán los vuestros; son los hijos de los campos y de los talleres; ellos velarán á vuestras puertas y escoltarán vuestros pasos, Padre Santo; han nacido en vuestra tierra, han oído cuando niños vuestro grito sublime de libertad, y pelearon contra el extranjero con vuestro nombre y con el del rey en los labios y en el corazón; bendecidlos; los encontraréis agrupados alrededor de vuestro trono en la hora del

peligro, prontos á morir; una palabra, Padre Santo, y estas espadas, estos pechos, esta sangre son vuestros. ¡Os piden la bendición de la patria! ¡Recordad, Padre Santo, vuestro grito sublime!» En esto se abrió una ventana del Vaticano. Entonces cesó el canto, callaron los gritos y todo quedó en silencio. Hubo un instante en que pareció que toda aquella muchedumbre había reprimido el aliento. En la ventana no había nadie; luego se vió como si se moviera una sombra, pero dentro, en el fondo, y en seguida desapareció. Parecía que se veía pasar gente y percibir algún ruido. Todas las caras, todos los ojos estaban fijos, inmóviles hacia allí. De pronto, todo el gentío, como inspirado, alargó con movimiento unánime los brazos en dirección al palacio, millares de mujeres levantaron en alto sus hijos, los soldados alzaron sus sombreros en la punta de las bayonetas, tremolaron las banderas, y cien mil voces gritaron á una: «¡Viva!, ¡viva!» Entonces en la ventana del Vaticano apareció algo que se movía, ondulaba, brillaba... ¡Dios eterno!, exclamó el joven abrazándose á su madre: ¡era la bandera italiana!

Describir la satisfacción, la alegría, el entusiasmo de aquella buena gente es imposible. El joven había hablado con tanto calor, se había enamorado tanto de su mismo engaño, que ya ni siquiera echaba de ver que inventaba, y lo cierto era que tenía húmedos los ojos y le temblaba la voz. Por esto también ni siquiera pasó una sombra de sospecha de aquella superchería por la mente de sus padres y de sus hermanas. Se abrazaban, reían y lloraban. ¡De cuántas dudas, de cuántos escrúpulos, de cuántas luchas dolorosas entre su corazón de italianos y su conciencia de católicos se veían libres! ¡La conciliación entre la Iglesia y el Estado! ¡El sueño de tantos años! ¡Qué tranquilidad de ánimo en lo sucesivo! ¡Qué hermosa vida de

amor y de concordia! ¡Con qué libertad, con qué seguridad respirarían ya! «¡Bendito sea Dios!» exclamó la madre, dejándose caer en una silla, quebrantada por la emoción. Y en seguida todos se acercaron al joven cogiéndole las manos y acariciándole.

— ¿Pero es verdad?

— ¿No es un sueño?

— Prosigue, cuéntalo todo; ¿que ha hecho el Papa, qué la gente?..

— No podré deciros fijamente lo que luego sucedió, contestó el joven con voz cansada; ya no me acuerdo: hubo tal explosión de gritos, fué aquello un estruendo, un frenesí, un delirio tales, que sólo al pensar en ello se me confunden las ideas. Ya no ví á mi alrededor más que brazos y banderas levantados que todo me lo ocultaron. Un codazo que recibí en el pecho en uno de aquellos terribles remolinos de la multitud, me dejó casi sin respiración. Al poco rato me pareció estar algo más ancho y me metí por una de las calles que van á parar al puente para salir cuanto antes de aquella confusión. Desde todas las vías del Borgo Pío el pueblo se precipitaba gritando en la plaza. Dijose después que la muchedumbre se había lanzado á las puertas del Vaticano para invadirlo; los soldados la habían contenido primero con el cuerpo, luego á fuerza de puños y por fin con las armas; hablábase de gente que había quedado asfixiada en aquellas apreturas. Por ahora no se sabe lo que pasó dentro del Vaticano; decíase que el Papa había dado su bendición desde la ventana. Yo no lo ví; quebrantado, sin fuerzas, llegué al puente y lo crucé. Continuaba acudiendo gente por todas partes, atraída por la noticia del gran suceso que se había propagado con la rapidez del relámpago. Numerosas secciones de caballería se acercaban al trote, y por las calles

corrían guías y ayudantes de campo comunicando órdenes y gritando. La gente respondía desde los balcones. Viejos decrepitos, enfermos, mujeres con niños en brazos, se asomaban á las azoteas, bajaban á la calle, preguntaban, se maravillaban, se besaban... Yo llegué al Corso. De pronto se oyó un ruido terrible por la parte del Pincio, luego otro por la de la Puerta Pía y después otro por la de la Puerta de San Pancracio: eran todas las baterías del ejército italiano que saludaban al Pontífice con una salva estruendosa. Al poco rato se oyeron los toques de la campana del Capitolio, y á continuación las de cien iglesias que se confundieron en un concierto grandioso. La muchedumbre del Borgo Pío se dirigió con ímpetu desenfrenado á la izquierda del Tíber, invadió en un momento calles y plazas y casas; descubrió los escudos papales que habían sido tapados, llevó en triunfo bustos de Pío IX, retratos, banderas; millares de personas se detuvieron delante de los palacios de los patricios romanos más conocidos por su adhesión al Pontífice y prorrumpieron en aplausos, y aquéllos salieron á los balcones y pusieron en ellos banderas italianas... Pero dejadme respirar un momento.

Cuando hubo cobrado aliento, todos volvieron á asediarle á preguntas: «¿Y después? ¿Y el Vaticano? ¿Y el Papa?»

— No lo sé... No os hablaré del aspecto hermoso, grande, maravilloso que presentaba Roma por la noche. Hacía un tiempo magnífico, y hubo una iluminación como no se ha visto desde que el mundo es mundo: el Corso parecía todo de fuego; las iglesias estaban llenas de gente oyendo los sermones de los sacerdotes; en las calles músicas, cantos, bailes, ciudadanos que hablaban al pueblo en los cafés y en los teatros. Quise ver otra vez la plaza de San Pedro; había corrido la voz de que Su Santidad necesitaba reposo: Borgo Pío esta-

ba silencioso como en una de las noches más tranquilas; la plaza iluminada por la luz de la luna, una muchedumbre callada reunida alrededor de las dos fuentes y de las escalinatas, unos sentados en el suelo, otros tendidos; una gran parte, los más rendidos de fatiga y como resultado de las emociones del día, dormían; mujeres, soldados, niños, estaban confusamente mezclados, centenares de personas arrodilladas, y á trechos centinelas de todos los cuerpos con banderines y cruces metidos en el cañón del fusil. El terreno estaba sembrado de banderas, hojas, flores y sombreros perdidos en la confusión; las ventanas del Vaticano iluminadas; no se oía una voz; parecía que toda aquella gente contuviese la respiración. Marchéme de allí conmovido, exaltado, pensando en todo lo que había visto, en el efecto que causaría la noticia en Italia, en el mundo, en vosotros, en ti, especialmente, padre mío; me encontré en la estación casi sin notarlo; era una confusión, un vocerío atronador; subí al tren, emprendió la marcha y aquí me tenéis. La noticia llegó anoche á Florencia; me dijeron que aquello fué un delirio; el rey ha partido para Roma; la noticia ha circulado ya por toda la tierra.

Al llegar aquí se dejó caer en una silla y se quedó como quien no tiene aliento. Luego se levantó de repente y corrió á interceptar los periódicos que debían llegar á la quinta á las once, de suerte que la familia conservó su grata ilusión hasta la noche. La comida fué muy alegre: el joven continuó añadiendo detalles sobre detalles, y la madre y los demás satisfacciones sobre satisfacciones, bendiciones sobre bendiciones. De pronto se oyó un paso precipitado por la escalera y un fuerte campanillazo. Abrióse la puerta, y se presentó en el umbral un cura alto, flaco, pálido y con la boca torcida. Era un sacerdote irascible; á quien conocía la familia hacía muy

poco tiempo y que no le inspiraba gran simpatía, pero al que respetaba y recibía en la casa por deferencia al hábito más bien que á la persona. Todos, excepto el joven, acudieron á su encuentro, gritando: «¿Qué nos dice usted? Ya sabrá la gran no-



¿Yo?, contestó el sacerdote

ticia. A Dios gracias, todo está arreglado. Aquí se ha visto la mano de Dios. ¿Qué le parece á usted?»

— Pero ¿qué noticia es esa?, preguntó el cura mirándolos uno por uno con ojos extraviados.

Todos le refirieron apresuradamente lo de las fiestas, del perdón y de la conciliación.

El cura los miró como quien teme hallarse en medio de un grupo de dementes; luego dirigió una fulgurante mirada al joven y exclamó con maligna sonrisa de triunfo:

— Afortunadamente, no hay en todo eso una palabra de verdad.

— ¿Que no hay una palabra de verdad?, exclamaron todos mirando al joven.

Éste, sin desconcertarse, miró al cura, y con acento mezclado de tristeza y de desdén le dijo:

— Reverendo padre: no diga usted afortunadamente. Usted es italiano, y por consiguiente debe decir más bien: ¡Lástima que no sea verdad!

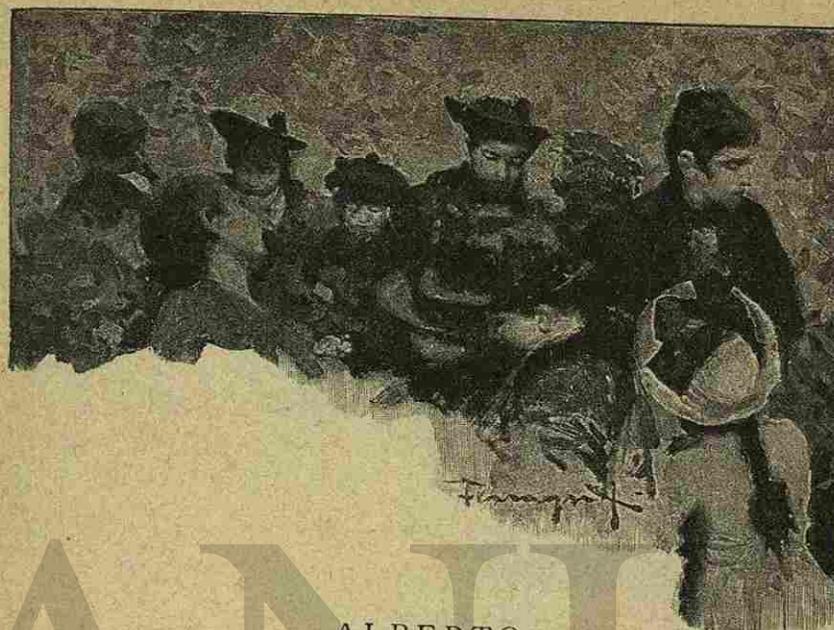
Todos se quedaron un momento como aturdidos; pero luego, volviéndose al cura, y enojados, como suele suceder, más bien con el que les había quitado la ilusión que con el que se la había dado, repitieron casi involuntariamente:

— Es cierto. Diga usted más bien: ¡Qué lástima!

— ¿Yo?, contestó el sacerdote aplicándose al pecho un largo dedo nudoso, y añadió con voz acre y vibrante: ¡Yo jamás lo diré!

Al oír estas palabras, el viejo, herido bruscamente en el dulce sentimiento que lo exaltaba, perdió como de costumbre la paciencia, y extendiendo el brazo hacia el cura, dejó escapar un «¡Fuera de aquí!» que resonó en toda la casa.

El cura desapareció cerrando la puerta con ímpetu. El joven abrazó á su padre, el cual, poniendo las manos sobre la cabeza de su hijo, exclamó con acento triste y afectuoso: «¡Te perdono!»



ALBERTO

I

Daba gusto ver el jardín de la plaza de Azeglio la noche de un día de primavera, hace dos años, cuando Florencia era todavía capital. Acudían allí centenares de niños, muchos de ellos de familias florentinas, pero en su mayoría de familias de empleados de todas las provincias; era el punto de reunión de los italianos y de las italianas más pequeños y más bonitos, conducidos á aquella ciudad por el Parlamento, los ministerios y las demás instituciones del Estado: la flor de la inocencia y de la alegría de la capital. Las madres, las ayas, las niñas estaban sentadas en los bancos á derecha é izquierda de las calles de árboles; los niños corrían por ellas, y en el centro del jardín tocaba la banda de música. Hasta el anochecer aquello

El cura los miró como quien teme hallarse en medio de un grupo de dementes; luego dirigió una fulgurante mirada al joven y exclamó con maligna sonrisa de triunfo:

— Afortunadamente, no hay en todo eso una palabra de verdad.

— ¿Que no hay una palabra de verdad?, exclamaron todos mirando al joven.

Éste, sin desconcertarse, miró al cura, y con acento mezclado de tristeza y de desdén le dijo:

— Reverendo padre: no diga usted afortunadamente. Usted es italiano, y por consiguiente debe decir más bien: ¡Lástima que no sea verdad!

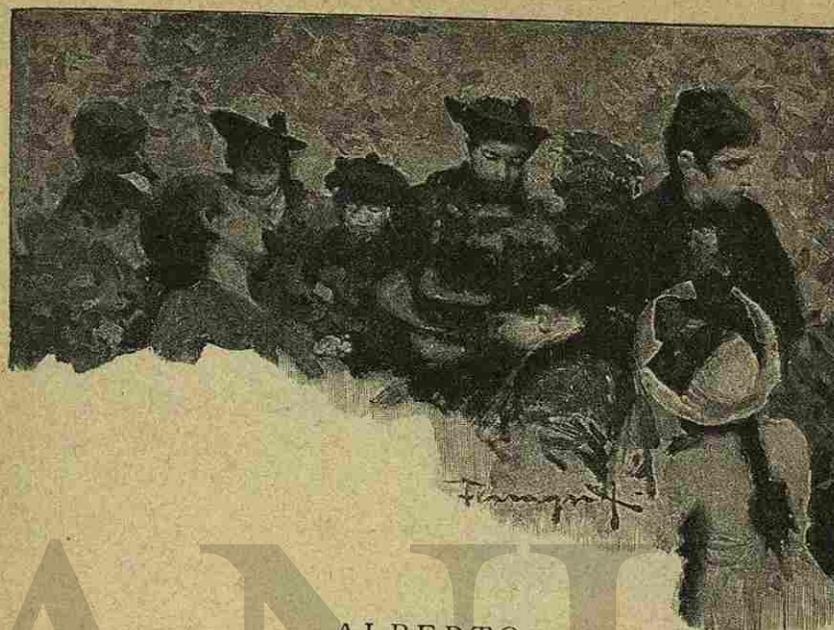
Todos se quedaron un momento como aturdidos; pero luego, volviéndose al cura, y enojados, como suele suceder, más bien con el que les había quitado la ilusión que con el que se la había dado, repitieron casi involuntariamente:

— Es cierto. Diga usted más bien: ¡Qué lástima!

— ¿Yo?, contestó el sacerdote aplicándose al pecho un largo dedo nudoso, y añadió con voz acre y vibrante: ¡Yo jamás lo diré!

Al oír estas palabras, el viejo, herido bruscamente en el dulce sentimiento que lo exaltaba, perdió como de costumbre la paciencia, y extendiendo el brazo hacia el cura, dejó escapar un «¡Fuera de aquí!» que resonó en toda la casa.

El cura desapareció cerrando la puerta con ímpetu. El joven abrazó á su padre, el cual, poniendo las manos sobre la cabeza de su hijo, exclamó con acento triste y afectuoso: «¡Te perdono!»



ALBERTO

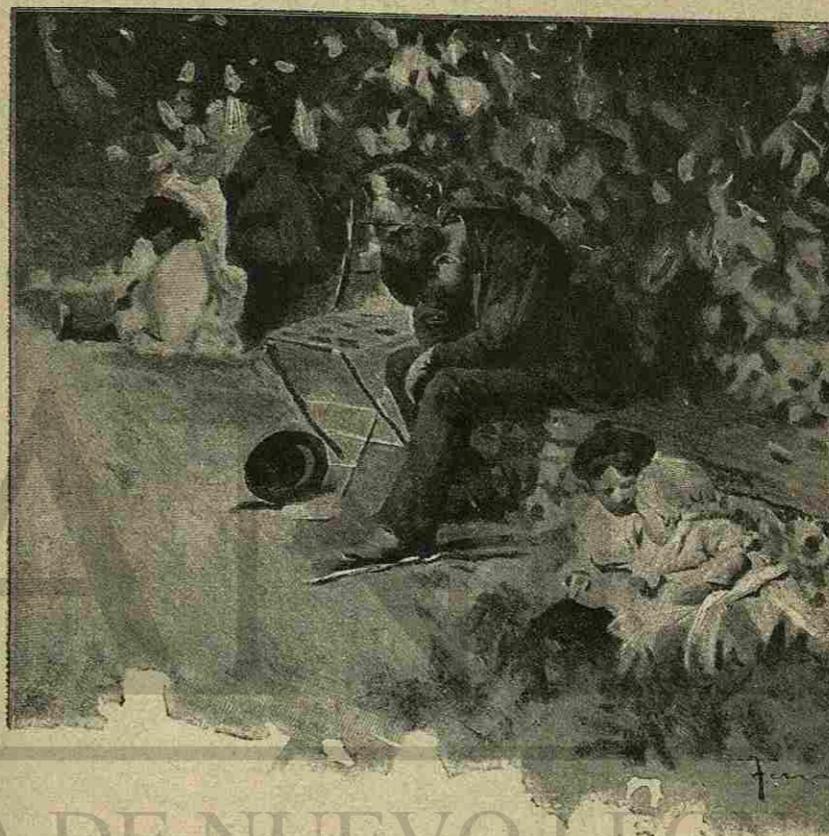
I

Daba gusto ver el jardín de la plaza de Azeglio la noche de un día de primavera, hace dos años, cuando Florencia era todavía capital. Acudían allí centenares de niños, muchos de ellos de familias florentinas, pero en su mayoría de familias de empleados de todas las provincias; era el punto de reunión de los italianos y de las italianas más pequeños y más bonitos, conducidos á aquella ciudad por el Parlamento, los ministerios y las demás instituciones del Estado: la flor de la inocencia y de la alegría de la capital. Las madres, las ayas, las niñas estaban sentadas en los bancos á derecha é izquierda de las calles de árboles; los niños corrían por ellas, y en el centro del jardín tocaba la banda de música. Hasta el anochecer aquello

era un movimiento y un vocerío continuos. Grupos de muchachos salían de detrás de las matas, se diseminaban riendo, se perseguían y reían, corrían dando vueltas y más vueltas como las golondrinas, y reían siempre, se caían sin dejar de reír, y se levantaban y empezaban de nuevo á perseguirse. Aquí una niña perdía la peineta, otra el pañuelo, y alguna se detenía para hacerse atar el zapato. De un lado á otro de los paseos se llamaban en alta voz, y en un momento se oían cien nombres de santos, de emperadores, de guerreros y de poetas. «¡María! ¡Héctor! ¡Pompeyo!» A veces no se entendían. «¿Qué has dicho?» preguntaba una toscana, inclinándose hacia una lombarda que le había dirigido la palabra al pasar. Formaban corros de diez niñas cogidas de la mano, y daban vueltas y saltaban, y á las niñas mayorcitas se les soltaban los largos cabellos, y las pequeñitas lloraban. De vez en cuando, dos que habían reñido iban á pedir justicia, seguidas de unos cuantos curiosos, al tribunal de alguna mamá sentada aparte. Otros, cansados de tanto correr, con la cara encendida, jadeantes, se tendían sobre la hierba hasta cobrar aliento para volver á sus juegos. Y más allá, entre los setos y los árboles se veía otros grupos de niños asomar un momento, desaparecer y reaparecer al poco rato; y por todas partes resonaban gritos de alegría, de reconvención, de asombro y de mando, y á cada paso se oían acentos variados que, trayendo á la memoria las diferentes provincias, hacían pasar ante los ojos una secuela rapidísima de visiones: el Canal grande, el Vesubio, San Pedro, la Superga. El jardín Máximo de Azeglio hacía exclamar con un nuevo sentimiento de maravilla y de placer: «¡Oh! Aquí se ve que Italia está reunida de veras.»

Una tarde de abril de 1870, en una parte del jardín donde los niños eran más numerosos, estaba sentado en un banco,

solo y cruzado de brazos, un joven de unos veinte años, decentemente vestido, de aspecto enfermizo, que parecía dormir. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del banco, como si mi-



El joven no lo notó y siguió durmiendo

rase al cielo. Habiéndose movido ligeramente para tomar una postura más cómoda, se le cayó el sombrero detrás del banco, y del sombrero saltó un objeto de forma cuadrada y de color encarnado, parecido á esos estuches en que se guardan las cartas geográficas. El joven no lo notó y siguió durmiendo. Algunos niños al pasar tropezaron con aquel objeto y lo empu-

jaron cinco ó seis pasos más allá. Al poco rato el joven se despertó, y notando que estaba descubierto, se levantó y miró alrededor. Vió su sombrero, lo cogió, lo examinó por dentro, se turbó y comenzó á buscar con cuidado alrededor del banco.

Luego se detuvo, y echando una mirada en torno, preguntó con voz inquieta:

— ¿Ha visto alguien aquí, junto al banco, un objeto encarnado, así de grande, y de cartón?

Dos ó tres mujeres volvieron la cabeza.

— ¿Quieren ustedes hacerme el favor de preguntar á sus niños?, les dijo el joven.

Las mujeres hicieron algunas preguntas á media voz á los chiquillos que había cerca de ellas, y contestaron con un ademán negativo.

— Dispénsenme ustedes, añadió el joven con acento conmovido acercándose á las mujeres; es imposible: ese objeto se me ha caído de encima hace un momento; ruego á ustedes que vuelvan á preguntar, que busquen...

— ¿Qué se ha de buscar?, contestó con tono agrio una mujer. Cuando se ha dicho que no, es que no, y punto concluido.

— ¡Es que usted no sabe lo que he perdido!, replicó el joven con acento de dolor más bien que de enojo. Podría ser un objeto de mucho valor. Podría... Pero no se vayan, añadió con voz suplicante dirigiéndose á otras dos mujeres que se marchaban; deténganse un momento, ayúdenme por favor; no les pido más que un momento...

Se empezaba á reunir gente; las mujeres llamaron á los niños y se marcharon.

El joven volvió á exclamar: «¡Un momento! ¡Háganme este favor!» Y en seguida se puso á buscar por todas partes, casi corriendo y hablando para sí á media voz.

— ¿Ha perdido usted dinero?, le preguntó un curioso.

— No, contestó sin dejar de dar vueltas buscando.

— ¿Ha perdido usted algún anillo?, le preguntó otro.

— No.

La gente se marchó poco á poco.

Cansado de sus inútiles pesquisas, el joven volvió á sentarse, apoyando la cabeza en las manos y moviéndola con desesperación.

Cerraba ya la noche y el jardín quedaba desierto y silencioso; no se oían más que las voces remotas de los últimos niños que se alejaban.

— Mira, decía á su compañero un chiquillo que se había quedado observando al joven detrás de la verja del jardín, está llorando.

Un caballero que por allí pasaba oyó estas palabras, miró al jardín, entró y se acercó al banco.

— ¿Qué tiene usted?, preguntó al joven.

Éste no contestó.

— ¿Puedo servirle á usted de algo? Dígame lo que le pasa; no se lo pregunto solamente por curiosidad...

— Muchas gracias, contestó el joven con el acento del que quiere cortar una conversación.

— Siento no inspirar á usted confianza, repuso el caballero. De todos modos, aquí tiene usted mis señas. No se desanime usted.

Dicho esto, se alejó.

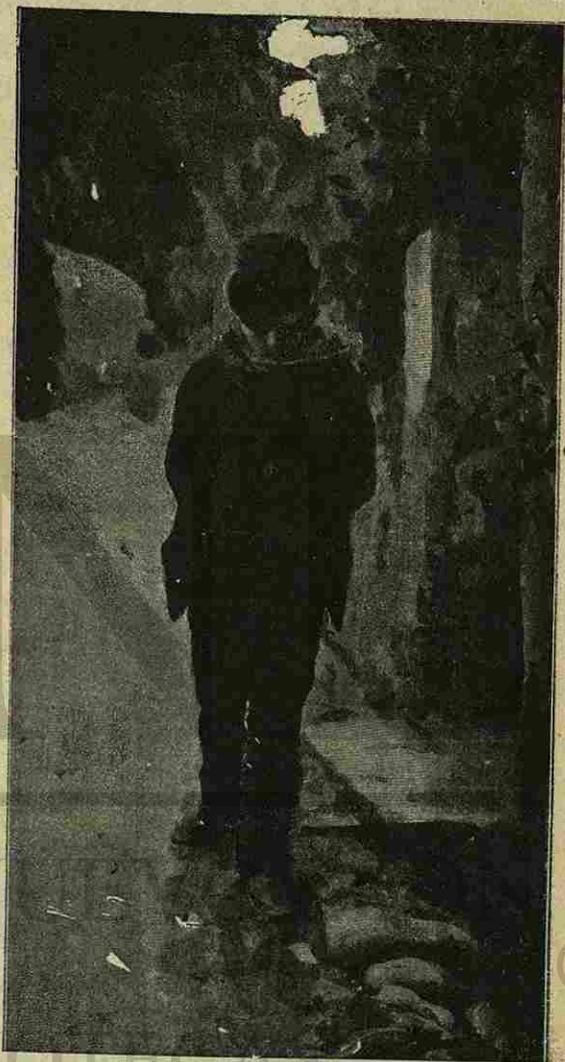
El joven miró en seguida en torno y vió una tarjeta en el banco; se la guardó en el bolsillo y volvió á tomar la postura de antes.

En aquel momento se oyó la orquesta ruidosa del teatro del príncipe Humberto.

II

En todas las grandes ciudades hay ciertas casas de comida, compuestas de una sala y una cocina, con un rótulo en la puerta, que dice: *Abonos á cuarenta liras al mes*. Todas se parecen: la sala es larga y estrecha; en una pared se ve el busto del rey; á un lado un dueño de gesto avinagrado, y andando por allí dos ó tres mozos con los delantales sucios, despeinados y sirviendo con mal talante. Casi todos los parroquianos son jóvenes que engullen su mezquina comida sin hablar y sin levantar los ojos. No son pobres, ni obreros, ni estudiantes, ni empleados, siendo difícil determinar la clase social á que pertenecen. Son gente que vive al día, diseminada por las tiendas y almacenes, por las redacciones de periódicos y por los ministerios; que á cada paso, á medida que les falta trabajo en un sitio y lo encuentran en otro, cambian de puesto, de ocupaciones y de nombre; hoy gacetilleros, mañana revisores de cuentas, otro día escribientes temporeros. Duermen en un chiribitil de un cuarto piso, fuman un cigarro al día y van una vez al mes al teatro. Algunos usan los cabellos largos; muchos carecen de gabán en invierno y llevan rodeado al cuello un tapabocas ó un chal viejo; con frecuencia se les encuentra en las afueras de la ciudad paseando solos por algún camino desierto. Los hay poco amigos del trabajo; pero muchos ahorran diez liras de las cien que ganan al mes y las mandan á su casa ó las guardan aparte. Por lo general son los primeros en recoger de en medio de la calle á un niño cuando pasa un carruaje, ó en levantar á un anciano caído al suelo, ó en separar dos granujas que se pegan. Algunos tienen en la cara una expresión constante de tristeza y miran á la gente de modo

que parece que censuren á todos por algo; en cambio la fisonomía de otros expresa serenidad, paz, sentimientos dulces y benévolos. Todos ó casi todos muestran de vez en cuando cierta alegría que puede ser efecto de una carta de un pariente lejano, ó de un elogio del jefe de la oficina, ó de haber encontrado un cuarto que les cueste cinco liras menos al mes. Entre esta clase de jóvenes hay naturalezas admirables, corazones escogidos, vidas nobilísimas llenas de sacrificios y de dolores terribles, soportados sin quejas y en secreto.



Llevan rodeado al cuello un tapabocas

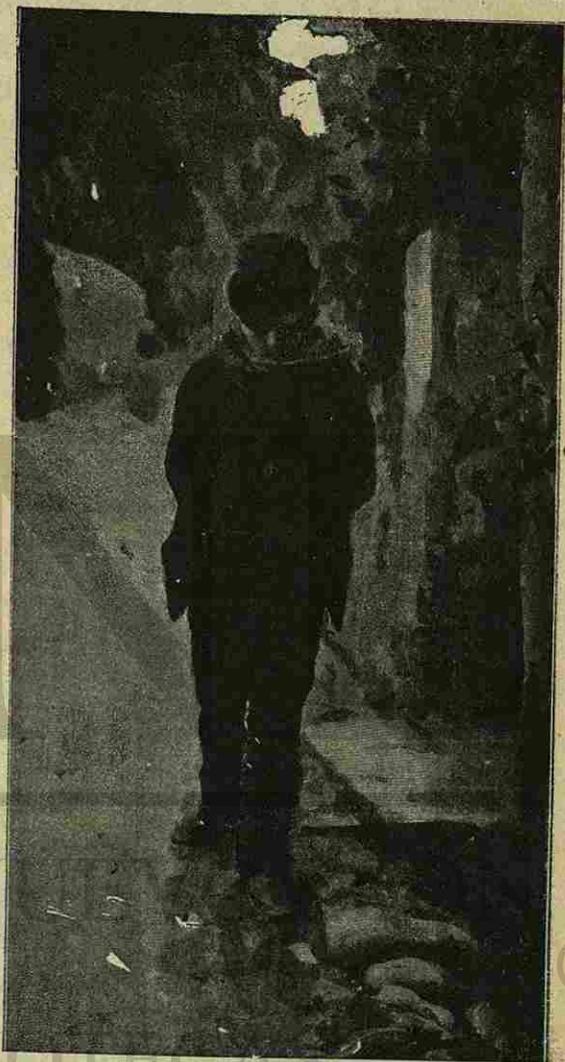
III

El joven del jardín de Azeglio era uno de éstos. Hacía pocos meses que residía en Florencia, empleado como amanuense en el bufete de

II

En todas las grandes ciudades hay ciertas casas de comida, compuestas de una sala y una cocina, con un rótulo en la puerta, que dice: *Abonos á cuarenta liras al mes*. Todas se parecen: la sala es larga y estrecha; en una pared se ve el busto del rey; á un lado un dueño de gesto avinagrado, y andando por allí dos ó tres mozos con los delantales sucios, despeinados y sirviendo con mal talante. Casi todos los parroquianos son jóvenes que engullen su mezquina comida sin hablar y sin levantar los ojos. No son pobres, ni obreros, ni estudiantes, ni empleados, siendo difícil determinar la clase social á que pertenecen. Son gente que vive al día, diseminada por las tiendas y almacenes, por las redacciones de periódicos y por los ministerios; que á cada paso, á medida que les falta trabajo en un sitio y lo encuentran en otro, cambian de puesto, de ocupaciones y de nombre; hoy gacetilleros, mañana revisores de cuentas, otro día escribientes temporeros. Duermen en un chiribitil de un cuarto piso, fuman un cigarro al día y van una vez al mes al teatro. Algunos usan los cabellos largos; muchos carecen de gabán en invierno y llevan rodeado al cuello un tapabocas ó un chal viejo; con frecuencia se les encuentra en las afueras de la ciudad paseando solos por algún camino desierto. Los hay poco amigos del trabajo; pero muchos ahorran diez liras de las cien que ganan al mes y las mandan á su casa ó las guardan aparte. Por lo general son los primeros en recoger de en medio de la calle á un niño cuando pasa un carruaje, ó en levantar á un anciano caído al suelo, ó en separar dos granujas que se pegan. Algunos tienen en la cara una expresión constante de tristeza y miran á la gente de modo

que parece que censuren á todos por algo; en cambio la fisonomía de otros expresa serenidad, paz, sentimientos dulces y benévolos. Todos ó casi todos muestran de vez en cuando cierta alegría que puede ser efecto de una carta de un pariente lejano, ó de un elogio del jefe de la oficina, ó de haber encontrado un cuarto que les cueste cinco liras menos al mes. Entre esta clase de jóvenes hay naturalezas admirables, corazones escogidos, vidas nobilísimas llenas de sacrificios y de dolores terribles, soportados sin quejas y en secreto.



Llevan rodeado al cuello un tapabocas

III

El joven del jardín de Azeglio era uno de éstos. Hacía pocos meses que residía en Florencia, empleado como amanuense en el bufete de

un abogado que le daba el corto sueldo de noventa liras al mes. Había nacido en Palermo, donde hizo sus primeros estudios, y se quedó huérfano de padre y madre en su tierna edad. No tenía más pariente que un tío, que lo recogió y mantuvo de mala gana algunos años y luego le había dado á entender bastante descarnadamente que era una carga para él. Entonces el joven, aconsejado por un amigo de Florencia para que fuera á buscar un empleo en el gran mar de la capital, partió de Palermo con unos cuantos centenares de liras y muchas esperanzas; pero llegado á orillas del Arno, y después de subir y bajar muchas escaleras, tuvo que despedirse de las esperanzas y contentarse con salir adelante copiando escritos. El amigo había regresado á Sicilia á las pocas semanas, y el pobre escribiente se había quedado solo en la ciudad desconocida.

Frisaba apenas en los veinte años, pero representaba muchos más, como les sucede á cuantos han comenzado prematuramente la lucha por la existencia. Era de imaginación viva y despejada, no carecía de cierta instrucción, por más que hubiera tenido que salir del colegio cuando apenas comenzaba á comprender y á estudiar. Se le había quedado en la cabeza lo que suele quedar á cuantos el tránsito de la adolescencia á la juventud marca el abandono de los libros por el trabajo, esto es, alguna fecha histórica, algún verso del Dante y los nombres de los escritores contemporáneos más populares. Pero tenía esa sagacidad modesta y circunspecta, que pocos poseen, merced á la cual, sin traspasar nunca los límites del propio saber, se consigue tenerlos siempre ocultos, y se puede hablar de todo sin decir jamás un despropósito, ó se sabe callar de modo que la ignorancia no parezca vergonzosa.

Sus noventa liras mensuales le bastaban; con cuarenta co-

mía en una hostería, con diez y ocho tenía una habitación en un cuarto piso, en una calle extraviada, en casa de una familia pobre que vivía de una pequeña pensión. Esta familia se componía de una anciana, viuda de un empleado florentino, casi siempre enferma, y de una joven de diez y ocho años que no hacía otra cosa sino cuidar á su madre.

Ésta había opuesto alguna dificultad á admitir en su casa al nuevo huésped; tanto porque hasta entonces no había tenido más que viejos con los cuales podía hablar de sus achaques, y también lograr en caso necesario algún auxilio además de las palabras, cuanto porque un joven habría dado motivo á las hablillas de los vecinos y obligádole á ella á tener los ojos abiertos. Pero desde el momento en que vió á Alberto le pareció tan tranquilo, tan reposado, tan igual, que después de alguna vacilación, se decidió á alquilarle el cuarto. La hija, por su parte, no había hecho ninguna instancia, ni mostrado deseo de que se le admitiese con preferencia á otro, y también por esto la madre había consentido.

— No tiene de bueno más que los ojos, dijo la muchacha el día de su entrada en la casa.

Era un huésped que daba muy poco que hacer. Volvía á las nueve de la noche, daba las buenas noches y se acostaba pronto; por la mañana, antes de salir el sol, estaba ya fuera. Ni al entrar ni al salir hacía el menor ruido. Cuando la madre y la hija penetraban en su cuarto para hacerle la cama, todo estaba en su sitio como lo habían dejado el día anterior; parecía que allí no había habido nadie. Los muebles estaban limpios de polvo, las ropas cepilladas y dobladas, de suerte que á las mujeres no les quedaba casi nada que hacer. Pocos vestidos, ropa blanca escasa y de ínfima calidad, dos ó tres libros, un pequeño baúl, componían todo su ajuar; pero todo llevaba

impreso el sello de un cuidado continuo y riguroso, de una lucha sostenida del cepillo, del jabón y de la aguja contra el tiempo, las sillas y las mesas del bufete. «¡Pobre joven!, exclamaba la vieja: se conoce que tiene poco dinero, pero es juicioso.» Los primeros días le decía su hija que para ser tan arreglado á los veinte años, se necesitaba no tener sangre en las venas, y que no le gustaban los hombres que suplantaban á las mujeres en sus quehaceres; pero después de repetir muchas veces estas palabras, una mañana añadió: «Sin embargo, un joven que vive de ese modo... es simpático.»

Casi había transcurrido un mes desde que el joven había entrado en aquella casa, y entre él y las dos mujeres no se habían cruzado otras palabras que los acostumbrados «buenos días» y «buenas noches.» Una tarde le acometió á la madre un fuerte ataque de su acostumbrada dolencia y se rogó al joven que fuera á llamar al médico. Fué, volvió con el doctor, y cuando éste se hubo marchado se quedó en la alcoba junto á la cama de la enferma. La muchacha tenía que bajar á la calle en busca de ciertas medicinas de la botica de enfrente; antes de salir, quitó la luz de la mesa porque á su madre la ofendía, la puso al pie de la cama al lado del joven, y se dispuso á salir. Llegada á la puerta, aprovechó la obscuridad que la ocultaba para volverse á mirar al huésped á su sabor. «¡Oh! ¿Quién es ese?,» se preguntó á sí misma asombrada. La luz, alumbrando de abajo á arriba la cara del joven, le daba una degradación de color en el cutis y una viveza de expresión tan nueva, que aparecía casi transformado. «Parece guapo,» añadió la muchacha y bajó. Cuando volvió á subir, se puso á hablar, mirándolo. Se separaron ya tarde, y ella se quedó repitiendo:

— No tiene nada bueno más que los ojos... y la voz.

Así, poco á poco, unas veces por efecto de una luz puesta

en cierto punto, otras por la expresión insólita de una actitud y otras por el sonido particular de una palabra, el joven fué cambiando á sus ojos hasta tal punto, que á los dos meses ya no le parecía lo que al principio, acogido con indiferencia y considerado en ocasiones hasta con desdén.

La madre sufría de vez en cuando sus ataques, y siempre iba él en busca del médico y luego se quedaba junto al lecho cuando la joven debía salir. De este modo se estableció entre ellos cierta familiaridad. La anciana había empezado á abrir los ojos; pero no notando absolutamente nada que le diese motivo para tenerlos abiertos, los había vuelto á cerrar. A menudo daba gracias á su huésped por los cuidados que con ella tenía, y hablaba afectuosamente de él con su hija. Los tres acabaron por pasar las noches hablando alrededor de la mesa de labor; la madre ocupándose por lo general de las habladurías de las vecinas, el joven de su Palermo, y la hija de fruslerías, sólo por hacer ver su sonrisa y poder mirar á los ojos á su oyente mientras él la miraba á ella. Además de los ojos bonitos y de la voz agradable, había descubierto en el joven una sonrisa simpática y unos modales muy finos.

Una noche estaban los dos asomados á la ventana mirando abajo; reinaba mucha obscuridad, llovía y no se veía alma viviente. De pronto brilló á lo lejos una luz viva y trémula; eran los cirios de la Compañía de la Misericordia.

— ¡Qué noche tan triste!, exclamó la muchacha, volviéndose de espaldas á la ventana. Es una de esas noches en que dan ganas de dormirse y no despertarse más... ¿No ha sentido usted nunca esta impresión?

El joven se sonrió y luego dijo:

— ¿Cómo se le ocurren esas ideas, teniendo aún madre?

— ¿Y usted no la tiene?

— Yo no tengo á nadie.

La joven se conmovió al notar el acento con que fueron pronunciadas estas palabras; le miró, y contestó en voz baja:

— No lo había usted dicho nunca.

Al poco rato preguntó:

— ¿Tampoco tiene usted hermanos?

— Tampoco.

— ¿Tendrá usted amigos en Florencia?

— Ninguno.

— ¿Pero cómo puede usted vivir sin querer á alguien?

— ¿Y quién le dice á usted que yo no quiero á nadie?

La joven le miró, se sonrió; quiso levantar una mano para arreglarse el cabello, pero se la encontró cogida; fué á mover la otra y también la tenía sujeta; bajó los ojos, á poco los volvió á levantar; ya no había nadie con ella y se marchó á su vez. Desde aquel día todo cambió en la casa: pensamientos, rostros, actos, conversaciones; la madre abrió por tercera vez los ojos, pero al mismo tiempo abrió también el corazón á una esperanza remota; las pláticas se prolongaron todas las noches hasta una hora más avanzada; la familiaridad se convirtió en intimidad, y sólo una vez se notó algún mal humor en una de las dos partes. La madre propuso á su huésped hacerle la comida; él se negó, pero á los dos días se restableció la paz.

Los dos jóvenes eran bajos y morenos; él serio, ella alegre y más bonita, y se llamaban Alberto y Julia.

IV

Pocos días antes de que sucediese el episodio del jardín de Azeglio, Alberto regresó á casa una noche, un poco antes de la hora acostumbrada, con el semblante demudado, y se en-

cerró en su cuarto sin decir una palabra. A la mañana siguiente se levantó muy temprano y procuró salir sin que le vieran; pero la joven, que estaba vigilante, lo detuvo á tiempo, y primero con burlona expresión de mando, y luego con tierno acento de súplica, le rogó que le dijese lo que le pasaba. Alberto, más serio, pero también más afectuoso que de costumbre, le contestó que no le había pasado nada, que aquella noche se había sentido algo indispuesto, pero que merced al descanso se encontraba ya bien. Pero estaba aún pálido y tenía los ojos encarnados, y Julia no le creyó, por lo cual volvió á rogarle, le tomó una mano, derramó alguna lágrima, pero inútilmente; el joven le apretó la mano, la miró con ternura y salió sin decir una palabra. Desde aquel día no pareció ya el mismo que antes: hasta alteró sus costumbres; volvía á casa mucho más tarde ó más temprano que hasta entonces, hablaba menos, y aunque hacía un esfuerzo continuo para parecer, ya que no alegre, al menos tranquilo, bastaba mirarle para comprender que estaba agitado y triste. La muchacha le decía suplicante: «Dígame usted lo que tiene. ¡No me haga padecer!» Y él rogaba á Julia con mayor ahinco que no le preocupase el cambio que en él notaba, pues era efecto de un malestar pasajero. Pero mientras tanto, cada día estaba más pálido y más melancólico, y el esfuerzo que hacía para sonreír y para hablar aparecía siempre más evidente y más doloroso. La noche en que ocurrió la escena del jardín volvió á casa temprano, y Julia le volvió á rogar, más cariñosamente que nunca, que le dijera lo que tenía; pero él le contestó con voz trémula y fatigosa: «Dentro de algunos días..., hoy es imposible;» y se encerró en su cuarto, dejando á la pobre joven desesperada. A la mañana siguiente, antes que las mujeres se despertasen, estaba ya fuera de casa.

V

Aunque la madre no tuviese cabeza para ocuparse de otra cosa que de sus achaques, observó la mudanza sobrevenida en Alberto, y habló de ella más de una vez con su hija, aun cuando no le parecía cosa de atribuir al hecho gran importancia. «Es una de esas melancolías á que están sujetos todos los jóvenes, decía; dentro de pocos días se le pasará.» Pero Julia, que tenía la mirada fina y el cariño adivinador, no era del mismo parecer; el corazón le anunciaba algo siniestro, y había llegado á tal extremo su ansiedad que, conociendo que no podía continuar en aquel estado, resolvió averiguar la verdad á todo trance, aunque tuviese que amenazar á Alberto con privarle de su cariño y dejarlo para siempre.

Aquella noche Julia y su madre cenaban sentadas una enfrente de otra á los dos lados de una mesita alumbrada por una pequeña lámpara. La madre tenía vendada la cabeza de modo que apenas se le veía la cara y estaba como embutida en un viejo sillón, con la barba en el borde del plato y los ojos medio cerrados; en la pared opuesta se prolongaba la sombra de Julia, con una abundante cabellera desordenada; la habitación estaba casi á oscuras y no se oía más que el monótono tic tac del reloj.

De pronto resonaron pasos en la escalera, abrióse la puerta y apareció Alberto.

— ¡Gracias á Dios!, exclamaron á una las dos mujeres.

Alberto se sentó junto á la mesa; Julia le miró y lanzó un grito:

— ¡Dios mío! ¿Qué tiene usted?

Alberto se sonrió á la fuerza y respondió con dulzura:

— No tengo nada.

— Es imposible: tiene usted la cara tan desencajada que da miedo, dijo Julia levantándose.

— Por favor..., murmuró Alberto cogiendo una mano de Julia, siéntese usted..., le aseguro... que no tengo nada.

La joven se volvió á sentar, pero empujó el plato y se cruzó de brazos en actitud de disgusto.

— ¿Quiere usted un dedo de vino?, le preguntó la anciana.

Alberto le dió las gracias indicando que no lo quería, y se puso á mirar á Julia con una expresión de ternura tan triste y en una actitud que revelaba una postración de ánimo tan profunda, que la joven no pudo contenerse ya, se levantó, encendió una luz y dijo resueltamente á la anciana:

— Perdona, mamá: necesito hablar un momento con Alberto.

La madre, levantando fatigosamente los ojos, miró á los dos jóvenes y dijo: «¡Melancolías!» Alberto entró en su cuarto con la joven, dejando la puerta abierta, y se dejó caer en una silla: Julia se sentó delante de él, y cogiéndole una mano entre las suyas, le dijo en voz baja:

— Dígame usted lo que tiene; se lo pido por última vez; es imposible seguir así... No me diga usted que no se encuentra bien; quiero saber por qué no está bueno; ha de haber alguna causa para ello, algo le ha de haber sucedido; ruego á usted que me lo diga, no me haga vivir con esta pena, hartó he sufrido ya. ¿No tiene usted confianza en mí? Si no confía usted sus secretos á las personas que le quieren, ¿á quién se los confiará?

Alberto, por toda respuesta, le besó la mano; ella la retiró.

— ¿Quiere usted que le diga lo que le ha sucedido?, repuso. Lo he adivinado. Usted ha tenido algún grave disgusto en

el despacho. Un jefe le habrá reconvenido sin razón y usted se ha resentido; el otro le habrá dicho alguna palabra ofensiva y usted por no perder el empleo ha tenido que callar, y por esto está usted tan de mal humor; ¿á que no me dice usted que no es verdad? Asegúreme que no lo he adivinado.

— No, respondió Alberto con voz débil, volviendo á coger la mano de Julia.

— Entonces... ya sé la causa. La causa es otra. ¿Quiere usted que se la diga francamente? Usted ha jugado. (Y lo miró fijamente.) Usted ha jugado, ha perdido y ahora tiene deudas que no sabe cómo pagar. Confíeseme usted que eso es lo sucedido. Pero entonces, ¿por qué no me lo ha dicho en seguida? Debía usted saber que nosotras estamos dispuestas á hacer con muy buena voluntad todo cuanto esté en nuestra mano para sacarle de apuros. Por mi parte, aunque no debiera quedar en casa más que un jergón para dormir y cuatro trapos para taparnos... No se sonría usted: no puede figurarse el daño que me hace su sonrisa; no digo nada que no esté dispuesta á hacer mañana, pronto, esta noche, si quiere ponernos á prueba...; conozco á mi madre. ¡Ea!, dígame usted que ha jugado.

Alberto hizo un ademán negativo con la cabeza y se tapó la cara con las dos manos.

— Pero ¿qué puede ser?, añadió Julia haciéndole bajar las manos; ¿alguna promesa que se ha hecho usted á sí mismo y que ahora siente no poder cumplir? Por ejemplo, ¿un proyecto que había usted formado y para realizarlo esperaba, ¿qué sé yo?, un ascenso, y no ha sucedido así y ha perdido usted toda esperanza? ¿Es eso? Tal vez fuera un proyecto en que yo figuraba. ¡Ay Dios! ¡Qué cosas me obliga á decir! Si eso fuese, daría á usted mi palabra, le juraría que, en este momento, por

lo que más quiero en el mundo, el cariño que le tengo será siempre el mismo, suceda lo que quiera y sea cualquiera la posición en que se encuentre usted... No tiene usted más que



Pero ¿qué puede ser?, añadió Julia haciéndole bajar las manos

veinte años. ¡Queda aún tanto tiempo! No es cosa de preocuparse por eso.

Alberto puso una mano en el hombro de la joven, la miró fijamente y dijo:

— ¡Querida Julia! Si te dijese lo que tengo..., te afligirías demasiado. Por favor, déjame solo; te prometo que algún día te lo diré todo; ahora no puedo; no me atrevo.

Julia se levantó de pronto, corrió á la puerta, miró á la otra habitación: su madre dormía. Cerró la puerta, volvió, se arrodilló delante de Alberto y exclamó con voz llorosa:

— ¡Por última vez, dime lo que tienes!

Alberto estuvo un momento meditabundo, mirándola; luego se enderezó, como resuelto á hablar; abrió la boca...

— ¡Di, di!, exclamó vivamente Julia.

— Mirame, respondió Alberto con voz apagada.

Julia se ladeó un poco para que la luz diese de lleno en la cara de Alberto; le miró con atención, y luego, cogiéndole ambas manos, exclamó asustada:

— ¡Padeces mucho! ¡Es preciso llamar al médico, Alberto! ¿Qué tienes? ¿Qué sientes?

Alberto apoyó la cabeza en el hombro de Julia.

— ¡Dios mío!, dijo ésta procurando inútilmente levantarlo.

¡Mamá!, ¡mamá!

— No, no la llames, repuso Alberto sin alzar la cabeza y echando los brazos al cuello de la joven arrodillada; te lo diré todo.

— ¡Pronto!

— Oye, continuó el joven en voz tan baja que apenas se le oía; me cuesta un esfuerzo que no puedes figurarte... el tener que decirte... No lo siento por mí, Julia, sino por ti... Me perdonarás... Creía tener valor para callar siempre; pero me falta..., hago traición á todos mis propósitos..., he esperado hasta lo último..., dime que me perdonarás.

— ¡Oh, sí, sí!, contestó Julia llorando; pero habla.

— Pues bien..., tengo que decirte una cosa... que no puedo revelarte mirándote...; apoya la cabeza aquí..., así...

Julia apoyó la cabeza en el pecho del joven, el cual acercó los labios á su oído. Pasaron algún tiempo inmóviles en aque-

lla postura; ella con la cara vuelta hacia arriba y los ojos cerrados, como si durmiera; él con la cabeza baja y los cabellos esparcidos sobre la frente. No se oía más que la respiración afanosa de Julia, y un gemido monótono de la madre, que dormía en la habitación contigua. Era la primera vez que él la tenía entre los brazos de aquel modo, y por un momento la dulzura de aquel abrazo fué tan viva en ambos que casi suspendió la sensación del diferente dolor que los agitaba; las mejillas de Julia se encendieron de rubor y sus labios se entreabrieron con una leve sonrisa. Alberto la besó, y de pronto echó atrás la cabeza como si se hubiese quemado; volvió en sí, exhaló un gemido cortado, y volviendo á bajar la cabeza en actitud de profundo abandono, dijo al oído de Julia:

— ¡Tengo hambre!

La joven se levantó lanzando un grito, y se quedó inmóvil, inclinada, con los ojos fijos en los de Alberto.

Éste se tapó la cara y exclamó con acento desconsolado:

— No te lo debía decir. ¡Julia, perdóname!

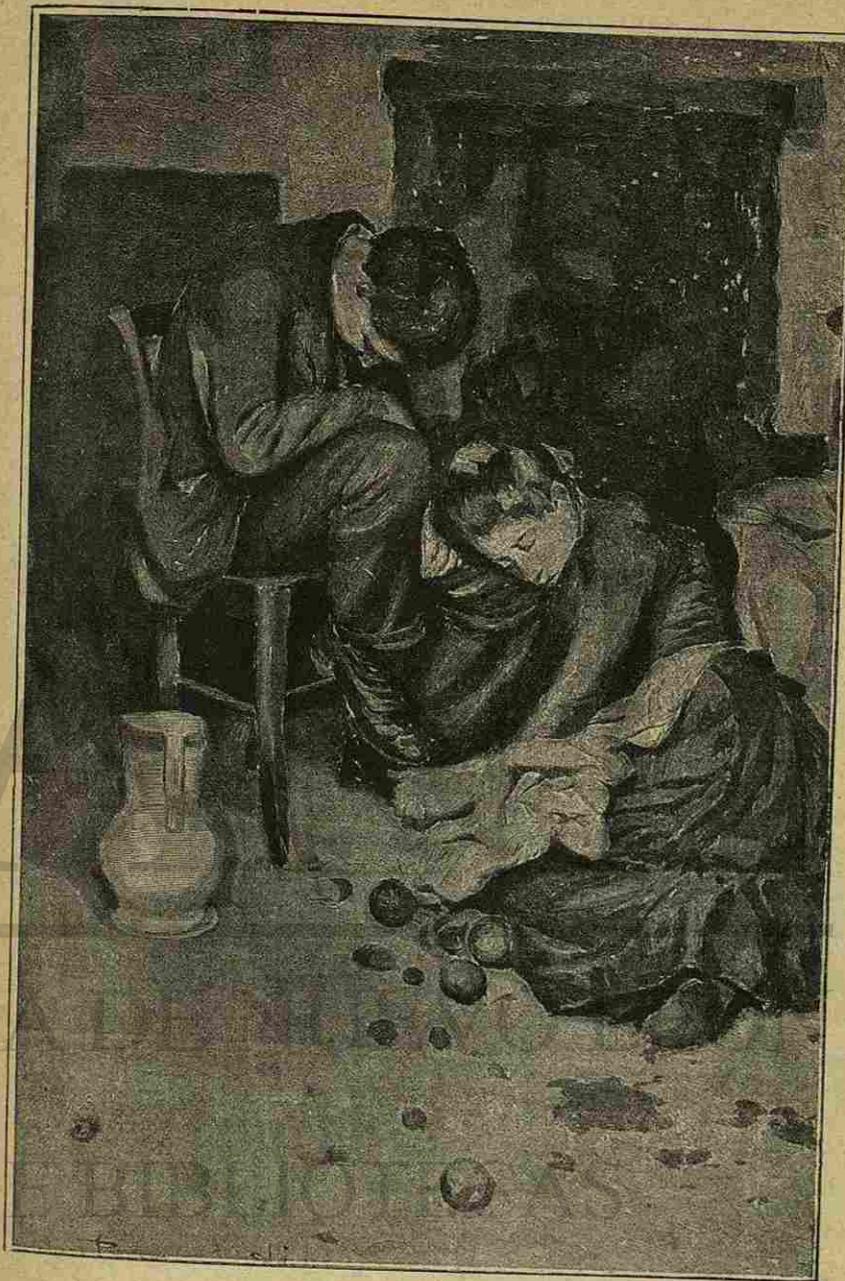
La joven prorrumpió en otro grito agudo, desgarrador, cayó de rodillas á los pies de Alberto, le dió un beso, volvió á levantarse, miró alrededor, se metió las manos entre los cabellos, rompió á llorar, y exclamó: «¡Me vuelvo loca!» Corrió á la puerta y gritó: «¡Mamá!, ¡mamá!» Retrocedió, se lanzó al otro cuarto sollozando, volvió con presteza llevando la falda cogida con ambas manos, vaciló y cayó.

En este momento se asomó la madre á la puerta. ®

Alberto, pálido, con los ojos fijos en Julia y los brazos caídos, parecía fuera de sí; Julia estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en sus rodillas, inmóvil; en el suelo, á su alrededor, estaban esparcidos pedazos de pan y frutas, que á la joven se le habían escapado al caer.

VI

El bufete en donde trabajaba Alberto estaba en una de las calles más solitarias de Florencia. Trabajaban con él tres ó cuatro jóvenes entre meritorios y amanuenses, con los cuales tenía poca franqueza porque su carácter y costumbres eran muy distintos de los suyos. El abogado á quien pertenecía el bufete era hombre de unos cincuenta años, de aspecto severo, modales bruscos y pocas palabras; pero bueno, según se decía, y justo, y á veces hasta afable con sus dependientes, aunque con la condición de que no le contradijesen, de que aguardasen la reparación de un agravio, cuando lo hiciese, por su arrepentimiento espontáneo, sin solicitarlo con quejas ó protestas; caballero, en una palabra, prescindiendo de su orgullo y de su carácter irascible que lo hacían temer más que querer. Más que la laboriosidad y el recogimiento, le gustaba en sus dependientes la deferencia manifestada con su actitud modesta y con sus palabras obsequiosas; por esto no era Alberto santo de su devoción, pues solía obedecerle callando, saludarle sin sonreír y respetarle sin inclinarse. El otro amanuense (eran dos) gozaba de mayor favor con él y le confiaba con preferencia los trabajos extraordinarios que proporcionaban alguna pequeña ganancia aparte del escaso sueldo mensual. Este amanuense era solícito, sonriente, dúctil; se anticipaba, con admirable rapidez, á todos sus deseos; reflejaba, con la prontitud de un espejo, todas sus sonrisas; repetía, con la fidelidad del eco, la última palabra de cada una de sus frases; vestía con cierto gusto; no llevaba aquellos sobretodos y aquellos pantalones descoloridos y raídos de Alberto, que parecía que conservasen los puntos por milagro y, que echasen continuamente



Julia estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en las rodillas de Alberto

en cara al abogado la mezquindad del sueldo y la miseria del empleado. Era, en suma, íntima y ostensiblemente el favorito. Por esto Alberto lo miraba de soslayo, no por envidia de la predilección, pues no era capaz de tenerla, sino por la ostentación maligna que aquél hacía de sus privilegios, con una sonrisa, constante y ligera, de benevolencia protectora, más insolente que la soberbia. Tenía algunos años más que Alberto, era delgaducho, siempre vestido de petimetre, risueño, locuaz y burlón.

Cierta mañana lluviosa de fines de marzo, siete días antes que sucediese en casa de Julia el hecho que queda referido, hacía frío y se había encendido fuego en todas las chimeneas del estudio. Alberto escribía en una pieza contigua á la de su principal, á poca distancia del otro amanuense, el cual se levantaba de vez en cuando para ir á calentarse. De pronto se presentó el abogado en el umbral de su despacho y con su ceño acostumbrado hizo á Alberto una seña para indicarle que le necesitaba. Alberto se levantó y pasó al despacho. El abogado se sentó á su mesa, que estaba enfrente de la chimenea, y empezó á buscar entre sus papeles diciendo: «Tengo que dar á usted una cosa para copiar.» Alberto estaba cuadrado como un soldado, á un paso de su silla. «No está por aquí,» dijo el abogado, y cerrando con ímpetu un gran libro de cuentas que tenía delante, se levantó y salió. Al poco rato volvió con un pliego, diciendo: «Aquí está;» se lo entregó á Alberto, y le indicó que lo copiara. El joven volvió á su cuarto y se puso á trabajar. A los pocos momentos oyó en el despacho del abogado un ruido confuso como de libros y papeles revueltos, exclamaciones de impaciencia, bufidos, y luego silencio; poco después el mismo rumor, más fuerte y acelerado que antes, y luego un nuevo silencio; por último oyó que se le llamaba.

Corrió al despacho y se plantó como siempre delante de la mesa, diciendo: «Mande usted.»

El abogado le miró. Alberto, poco acostumbrado á la mirada de aquel hombre, al que sabía que no le era simpático, se puso colorado.

— Dígame usted la verdad, le dijo el abogado severamente y bajando los ojos.

El joven le miró atónito. El abogado volvió á fijar en él la vista, arrugó el entrecejo, pareció un momento vacilante, y repuso con tono resuelto.

— Dígame usted la verdad... y quedará sepultada entre usted y yo para siempre.

— No comprendo, contestó el joven sonriendo.

Hay momentos infaustos en que basta el más leve indicio para convertir una vana sospecha en certidumbre profunda, resuelta, ciega, que arranca al labio palabras fatales.

— Aquí había un billete de cien liras, dijo con viveza el abogado.

— ¡Oh!, exclamó el joven poniéndose pálido y haciendo un vigoroso ademán como para alejar de sí aquella sospecha.

El abogado le miró de hito en hito como para leer en el fondo de su alma.

— ¡Señor mío, gritó Alberto con voz que no parecía la suya, prohibo á usted que me mire de ese modo!

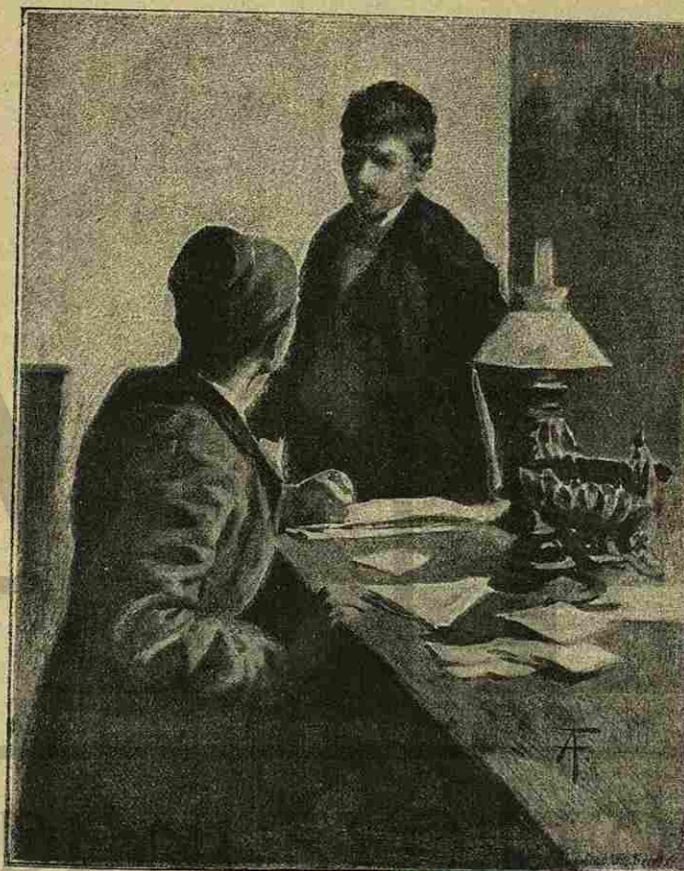
— Aquí no hay nadie que pueda decir «prohibo» más que yo, contestó imperiosamente el abogado. Y á mi vez le prohibo á usted que vuelva á poner los pies en mi casa.

— ¡Por Dios, tenga usted cuidado con lo que hace!, exclamó Alberto con acento suplicante y desesperado.

El abogado, fuera de sí, le señaló la puerta.

Habían acudido los demás dependientes; Alberto los miró,

miró otra vez al abogado, hizo un esfuerzo para hablar, no pudo, se dió una fuerte palmada en la frente y salió del despacho con precipitación.



El abogado le miró de hito en hito

— ¡Salgan ustedes!, dijo bruscamente el principal á los jóvenes, y se quedó solo.

Permaneció inmóvil, pálido, con la mirada fija en la puerta. Pronto se le aplacó la ira, le asaltó una duda repentina, se puso á buscar precipitadamente en la mesa, debajo, alrededor,

entre los libros; no encontró nada, respiró fuertemente y se dejó caer en la silla fatigado. «Estaba aquí, murmuró golpeando la mesa, aquí, estoy seguro como de que me he de morir: no puedo haberme engañado!» Y se puso otra vez á pensar y á buscar.

Desde aquel día Alberto no volvió á presentarse y el abogado no habló más del asunto. Creyendo que nadie había oído las palabras que habían sido causa de la cuestión (aquí la causa era un billete de cien liras), no la reveló á nadie. Siguió buscando el billete, pero siempre en vano; desechó toda duda, y aun hubo momentos en que tuvo la intención de buscar al joven para obligarle á confesar. Pero cuando acudía á su imaginación aquel rostro descompuesto y pálido y aquel ademán imperioso, cierto temor secreto, casi más fuerte que su certeza, le hacía desistir de su propósito.

Tal había sido la causa de la mudanza observada en Alberto y de todo lo que había sucedido después. No había vuelto al bufete, ni encontrado á ninguno de sus compañeros.

Y Julia, en aquella noche del hambre, lo había sabido todo.

VII

Por entonces vivía en una casa elegante de la calle de Santa Reparada un joven napolitano llegado á Florencia con objeto de estudiar idiomas y consultar documentos para una obra de crítica literaria que había emprendido hacía largo tiempo. Más de un año llevaba ya en Florencia y conocía mucha gente; pero se trataba con poca y sólo de vez en cuando, según su humor, desigual en demasía, y su violenta pasión por los estudios, interrumpida en ocasiones por un impulso impe-

tuoso hacia la vida vagabunda. Su casa era la fiel expresión de su índole y de su género de existencia. Había en una mesa un enorme montón de libros, desencuadernados, con las cubiertas y los pliegos esparcidos; encima del montón de libros, varias camisas llevadas una hora antes por la planchadora; sobre las camisas, un sombrero de copa con la huella del cepillo pasado á contrapelo: un gran retrato de Luis Ariosto, su poeta favorito, colgado de una pared, y debajo del retrato un mapa desprendido de uno de los dos clavos que lo sostenían, con el extremo inferior metido en un tintero olvidado en una silla. En la estufa, en la mesa, en la cama, en todas partes, ropas, papeles, periódicos, sobres rotos, y una nube de polvo dondequiera que se diese un soplo ó se pasara la mano.

Eran las once de la mañana de uno de los primeros días de abril, y nuestro joven se levantaba de la cama, con los ojos hinchados, la cabeza pesada y la boca amarga. Miróse un momento al espejo, entró en la salita que le servía de despacho, tiró por la ventana una horquilla de cabello, que encontró en el suelo, dió un largo y sonoro bostezo, y se arrellanó en un sillón pierna sobre pierna y cruzado de brazos, poniéndose á pensar. De pronto vió una carta en la mesa, la tomó, la abrió, miró la firma y empezó á leer.

No comprendió las primeras líneas, tan embotada tenía la imaginación por el sueño; mas poco á poco se le fué aclarando.

«... Veamos, decía la carta: ¿de qué puede usted quejarse en este mundo? ¿Qué le falta? ¿Salud? Tiene usted para dar y vender. ¿Dinero? Tiene usted el necesario. ¿El aprecio de la gente? Pocos á la edad de usted han disfrutado de tanto. ¿Amigos? Tiene usted muchos y sinceros. ¿Ingenio? Es su cualidad más saliente. ¿Amor? No tiene usted más que buscar-

entre los libros; no encontró nada, respiró fuertemente y se dejó caer en la silla fatigado. «Estaba aquí, murmuró golpeando la mesa, aquí, estoy seguro como de que me he de morir: no puedo haberme engañado!» Y se puso otra vez á pensar y á buscar.

Desde aquel día Alberto no volvió á presentarse y el abogado no habló más del asunto. Creyendo que nadie había oído las palabras que habían sido causa de la cuestión (aquí la causa era un billete de cien liras), no la reveló á nadie. Siguió buscando el billete, pero siempre en vano; desechó toda duda, y aun hubo momentos en que tuvo la intención de buscar al joven para obligarle á confesar. Pero cuando acudía á su imaginación aquel rostro descompuesto y pálido y aquel ademán imperioso, cierto temor secreto, casi más fuerte que su certeza, le hacía desistir de su propósito.

Tal había sido la causa de la mudanza observada en Alberto y de todo lo que había sucedido después. No había vuelto al bufete, ni encontrado á ninguno de sus compañeros.

Y Julia, en aquella noche del hambre, lo había sabido todo.

VII

Por entonces vivía en una casa elegante de la calle de Santa Reparada un joven napolitano llegado á Florencia con objeto de estudiar idiomas y consultar documentos para una obra de crítica literaria que había emprendido hacía largo tiempo. Más de un año llevaba ya en Florencia y conocía mucha gente; pero se trataba con poca y sólo de vez en cuando, según su humor, desigual en demasía, y su violenta pasión por los estudios, interrumpida en ocasiones por un impulso impe-

tuoso hacia la vida vagabunda. Su casa era la fiel expresión de su índole y de su género de existencia. Había en una mesa un enorme montón de libros, desencuadernados, con las cubiertas y los pliegos esparcidos; encima del montón de libros, varias camisas llevadas una hora antes por la planchadora; sobre las camisas, un sombrero de copa con la huella del cepillo pasado á contrapelo: un gran retrato de Luis Ariosto, su poeta favorito, colgado de una pared, y debajo del retrato un mapa desprendido de uno de los dos clavos que lo sostenían, con el extremo inferior metido en un tintero olvidado en una silla. En la estufa, en la mesa, en la cama, en todas partes, ropas, papeles, periódicos, sobres rotos, y una nube de polvo dondequiera que se diese un soplo ó se pasara la mano.

Eran las once de la mañana de uno de los primeros días de abril, y nuestro joven se levantaba de la cama, con los ojos hinchados, la cabeza pesada y la boca amarga. Miróse un momento al espejo, entró en la salita que le servía de despacho, tiró por la ventana una horquilla de cabello, que encontró en el suelo, dió un largo y sonoro bostezo, y se arrellanó en un sillón pierna sobre pierna y cruzado de brazos, poniéndose á pensar. De pronto vió una carta en la mesa, la tomó, la abrió, miró la firma y empezó á leer.

No comprendió las primeras líneas, tan embotada tenía la imaginación por el sueño; mas poco á poco se le fué aclarando.

«... Veamos, decía la carta: ¿de qué puede usted quejarse en este mundo? ¿Qué le falta? ¿Salud? Tiene usted para dar y vender. ¿Dinero? Tiene usted el necesario. ¿El aprecio de la gente? Pocos á la edad de usted han disfrutado de tanto. ¿Amigos? Tiene usted muchos y sinceros. ¿Ingenio? Es su cualidad más saliente. ¿Amor? No tiene usted más que buscar-

lo. ¿Qué le falta á usted, pues? ¿Quiere que se lo diga? Arreglo. Para la edad que tiene usted, es demasiado dueño de su tiempo; disfruta usted de sobrada libertad, tiene muy pocos deberes que cumplir, casi ningún sacrificio que hacer, y de aquí provienen sus tedios, sus malos humores y sus lamentaciones, que son verdaderos ultrajes á la Providencia. Créame; si como muchos jóvenes, tuviera usted que ganarse el sustento trabajando, si tuviese una familia en la que pensar, una madre enferma á quien cuidar, ó algo por el estilo, no le quedaría tiempo para escribir una carta como la que me ha escrito en un rato de aburrimiento leopardiano. Repito que usted necesita arreglo, un freno. Emprenda un estudio formal, fatigoso, que le obligue á pensar, á meterse en él de cabeza, como dice un escritor de su agrado; hágase de este estudio una ley dedicándole varias horas al día, y se atenga á él, y se domine, y deje á un lado, al menòs por algún tiempo, esos libros que le enardecen la imaginación. Y sobre todo, fíjese usted una regla de vida segura y constante; no viva como ahora al día, hoy con Musset entre manos, mañana con Lammenais, por la noche de huelga con los amigos y por la mañana á la puerta del convento de Fiésole meditando en la vanidad de los placeres humanos. Trabaje usted mucho, y todos los días y no solamente en lo que le plazca; forme el plan de una gran obra que le obligue á hacer detenidas y largas indagaciones, y comience pronto planteando un formidable *quiero* en su alma, como *robusta columna diamantina*. Y persuádase de una vez para siempre que la escasa felicidad de que se puede disfrutar en este mundo está en la tranquilidad, en el orden, en la seguridad de la conciencia, y de que querer rebelarse contra esta ley es como revolverse en una jaula de hierro de la cual se podrán conmovier las barras con un esfuerzo gigantesco y aun

torcerlas, ensangrentarlas; pero salir, nunca. No malgaste usted su salud, su ingenio y ese corazón ardiente y gentil en una lucha inútil; recójase, fortalézcase usted, y las melancolías desaparecerán, y adquirirá usted una alegría laboriosa, que le hará parecer bella la vida.»

El joven se encogió de hombros, y echando la carta á un lado, volvió á tomar la actitud pensativa de antes. Al poco rato se incorporó, cogió un libro y se puso á leer; luego lo cerró y lo tiró contra la pared; tomó un papel lleno de apuntes y lo hizo pedazos; se levantó y se puso á pasear á grandes pasos. Detúvose y dijo con despecho: «Pero ¿qué hago aquí royéndome el alma? ¡Ánimo, fuera, á la luz del sol, entre los hombres, á vivir como hombre, maldito ratón de biblioteca!» Y pasó á la otra habitación para vestirse. En esto oyó llamar á la puerta, se puso un traje y volvió á la sala gritando: «¡Adelante!»

Abrióse la puerta y asomó por ella una cara que no conocía.

— Adelante, repitió el joven con tono brusco viendo que el desconocido vacilaba.

— Dispénseme usted, dijo éste tímidamente; ¿es usted el señor ***?, y pronunció el nombre.

— Soy yo, respondió el joven napolitano.

— Usted tuvo la bondad, dijo humildemente el recién llegado, de darme hace días su tarjeta en el jardín Máximo de Azeglio.

— ¡Cómo!, exclamó el joven con alegre sorpresa, ¿es usted aquel caballero que estaba sentado en el banco?

— El mismo, contestó Alberto.

El napolitano le presentó una silla, y le dijo con acento de curiosidad:

— ¿Me dirá usted ahora lo que le sucedía? Pero ante todo, ¿á qué debo el gusto de volverle á ver? ¿En qué puedo servirle?

Alberto vaciló un momento, y luego contestó, ruborizándose:

— Tendría que hacer una relación muy larga... Antes debo rogar á usted que me perdone si aquella tarde correspondí tan mal á su bondad... No sabía lo que me hacía...

El joven le obligó á sentarse.

— Dígame usted con toda franqueza lo que se le ofrezca.

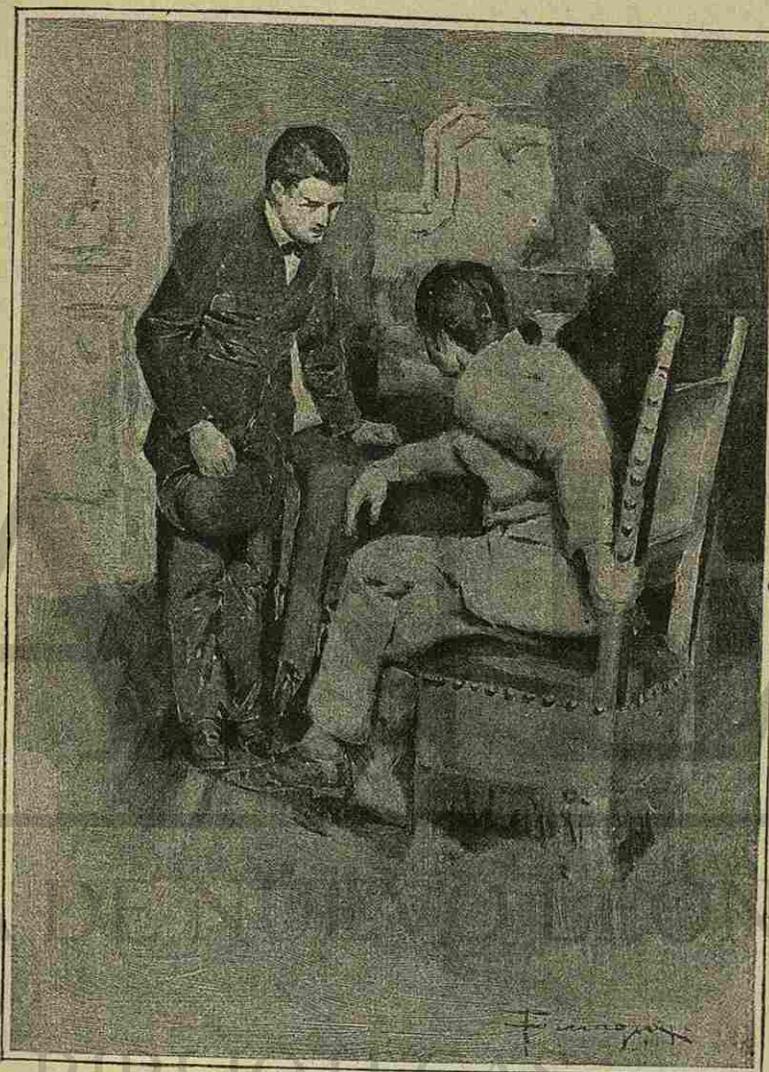
— Muchas gracias, respondió Alberto haciendo ademán de extender la mano, pero retirándola en seguida: más de una vez he tenido la intención de venir á verle á usted; no le había olvidado, se lo aseguro, pero me faltó el valor, porque... me habría costado un gran esfuerzo pedir á usted el favor que necesitaba días pasados... Hoy, sin embargo..., vengo á causarle una molestia todavía mayor.

— Nada de molestia, dijo con viveza el joven, á quien la fisonomía franca y severa de Alberto había inspirado desde luego plena confianza; dígame usted lo que tenga que decirme con toda libertad, como á un amigo.

— Pues bien; se lo diré todo, contestó Alberto, y después de decir su nombre, y cómo había ido á Florencia y vivido hasta entonces, y dónde estaba y con quién, refirió detalladamente, con voz trémula y sonrojado, lo que le había sucedido en casa del abogado.

El joven napolitano hizo un ademán de asombro y de desagrado.

— No conozco á ese abogado, dijo interrumpiendo á Alberto que iba á continuar; pero ¿por qué no ha vuelto usted á su casa cuando supusiera que ese señor estaba más sosegado?



Dispéñseme usted, dijo el joven tímidamente

¿Por qué no ha ido al menos á ver ó procurado saber si se había encontrado ó no el billete?

— Habría sido inútil, contestó Alberto. Si el abogado hubiese encontrado el billete, lo conozco, es colérico y violento, pero honrado; me habría enviado á llamar y se habría disculpado. No, no se ha encontrado el billete. El abogado está convencido de que lo he cogido yo, y solamente una prueba palpable podrá persuadirle de que se ha engañado; pero usted comprenderá que no se le puede dar esta prueba. No pongo en duda que el billete estuviese sobre la mesa poco antes de entrar yo en el despacho; se habrá traspapelado entre otros pliegos, y alguno lo encontraría después y se lo habrá guardado; habrá caído al fuego y se habrá quemado, ¿qué sé yo? Se dan casos... De todos modos, yendo á pedir una satisfacción no habría conseguido nada: no había testigos, él estaba persuadido de lo que afirmaba, yo no tenía amigos en Florencia que pudieran salir garantes de mi honradez; le habrían dado crédito á él y no á mí...

— Y luego, preguntó el napolitano con afectuosa solicitud, ¿qué se ha hecho usted?

— Luego..., contestó Alberto bajando la voz. Estábamos á últimos del mes; no había cobrado mi sueldo y sólo me quedaban pocas liras en el bolsillo... Necesitaba arbitrar pronto un modo de vivir... Telegrafíé á mi tío de Palermo diciéndole que tenía gran necesidad de un pronto socorro. No recibí contestación. Busqué trabajo en muchas oficinas, hasta en los periódicos, para que me diesen algo á copiar, cortar noticias, corregir pruebas; pero en todas partes me contestaron que por el momento no necesitaban á nadie y que volviese á pasar dentro de algunas semanas. Figúrese usted, yo que tenía, no digo semanas, sino las horas contadas... Si me hubiera quedado al

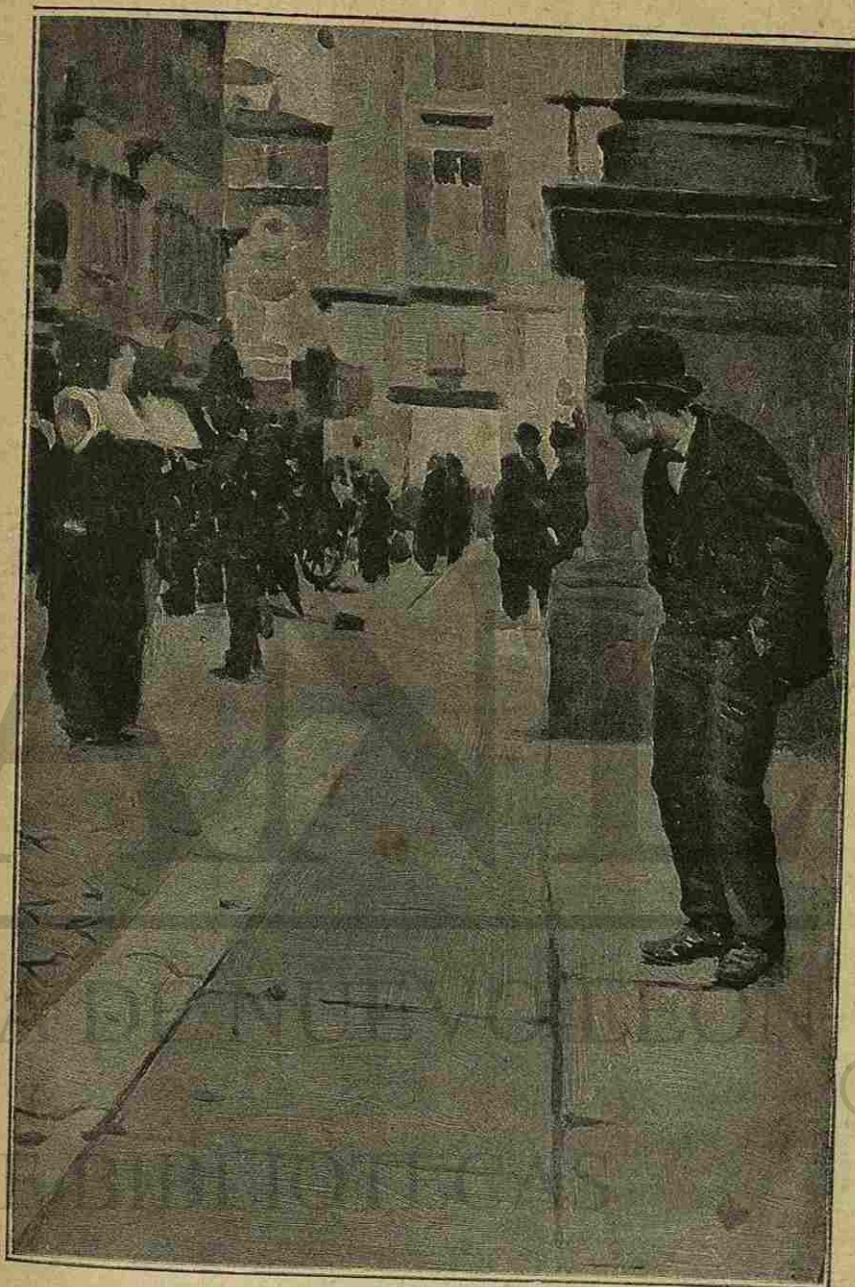
menos el sueldo de un mes, en un mes algo habría encontrado; pero no tenía más que veintisiete liras y debía el alquiler del cuarto que solía pagar atrasado, y antes que faltar... Hubiera sido quitar el pan de la boca á esa pobre mujer y á su hija, que viven con gran estrechez y puede decirse que comen con mis diez y ocho liras: ni siquiera pensé en no pagarles. ¿Qué hacer? Era forzoso estirar más de lo posible las nueve liras que me restaban, y entretanto seguir buscando. Tuve un momento la idea de recurrir á mis compañeros, porque no conocía otros; pero ya comprenderá usted que en estos casos todos se ponen de parte del jefe, y ¿quién sabe?, me habrían vuelto la espalda ó hecho algo peor, aparte de que me repugnaba presentarme á ellos sin poder justificarme... Los dos primeros días comí en la casa de comida, porque aún restaba algo del abono que tenía pagado; y luego... No era cosa de seguir comiendo allí al fiado, porque en esa clase de establecimientos, adonde sólo van pobres diablos y bribones, si no se paga, no dan nada. No tenía, pues, salida; era forzoso resignarse. Pues bien, ahora diré á usted una cosa que le costará trabajo creer, pero que es la pura verdad. Con nueve liras no podía pasar más que seis ó siete días, comiendo pan y fruta; demasiado lo conocía, como también el que pronto llegaría el momento en que no me quedaría un sueldo. Y sin embargo, no sé por qué no podía creer; me parecía oír en mi interior una voz que me decía: ¡Es imposible! «¿Quién sabe, decía para mí, lo que puede suceder mientras tanto?» Ese día se acercaba poco á poco, y yo siempre esperaba que algún suceso imprevisto viniera á sacarme de aquel estado. Y cuando me preguntaba: «Pero ¿qué suceso será ese? — Mil,» me contestaba. Podía presentarse mi tío en Florencia, podía recibir una carta con dinero, encontrar á alguien que me diera trabajo

pronto y me pagase día por día. Pero cuanto más buscaba, menos encontraba, y eso de comer solamente pan y fruta no me sentaba ya bien, y lo que más sentía era que en casa habían notado que me debía haber sucedido algo extraordinario, y no sabía cómo librarme de las continuas preguntas que me hacían. No puede usted figurarse cuánto me hacía sufrir esa joven cuando se ponía á suplicarme y á llorar. Cien veces estuve á punto de decírselo todo, pero me contuve; á cualquiera otro se lo habría dicho, pero á ella no podía; me parecía que me habría muerto de vergüenza. Llegó finalmente el día en que gasté la última moneda..., y precisamente aquel día tenía más que nunca la seguridad de que me iba á suceder algo. ¿Padece hambre?, decía para mí. Necesito verlo para creerlo. Por la noche me retiré á casa más temprano; dormí algo agitado; mas por la mañana me desperté lleno de esperanza y salí casi al amanecer. La conciencia de no haber hecho nada para merecer una humillación como aquella, me daba una fuerza, un valor del que no puede usted formarse una idea; salí y, casi sin advertirlo, me encaminé á la estación del ferrocarril. No sé por qué, se me había metido en la cabeza que debía llegar mi tío ó algún amigo de Palermo. Llegó el tren, salieron los viajeros, los miré á todos uno por uno... Es una cosa extraña; pero le aseguro á usted que si alguien me hubiese escrito: «Llegaré tal día á tal hora, ve á esperarme,» no lo habría aguardado con más esperanza. No vi á ningún conocido, me retiré y empecé á ir y venir desde la plaza de la Catedral á la de la Señoría, por las calles Tornabuoni, Porta Rossa y Cerretani, mirando á la cara á todos los que pasaban como si buscase á alguien. Llegó el mediodía, transcurrió la hora del almuerzo y ni siquiera lo advertí. Solamente mi imaginación parecía adquirir más viveza, y sin notarlo apretaba el paso, como si me

urgiese llegar pronto á una cita. Fuí al correo, pregunté si había cartas para mí y me dijeron que no. Al salir del correo, se me ocurrió una idea: subí á la Biblioteca, pedí un libro y me puse á leer; no sé cómo, me absorbí tanto en la lectura, que no me acordé de mi estado y se me pasó el tiempo volando. De pronto oí un rumor que casi me dió miedo; la gente devolvía los libros y se dirigía á la puerta: se cerraba la Biblioteca. Yo también me marché. Era la hora de comer. Por las calles empezaba á verse ese movimiento acostumbrado del anochecer; los empleados salían de los ministerios y por todas partes circulaban carruajes. Empecé á ver la gente entrando en las fondas, y aquel fué el momento más triste; me acometió una melancolía que casi me daban ganas de llorar: ¡era la primera vez en mi vida que me quedaba sin comer! Pensaba en mi madre, en Palermo, en mi niñez, y me parecía que no era la misma persona de otro tiempo, que al volver de la escuela á casa encontraba siempre la mesa puesta. Sentí un desasosiego, una fiebre que me hizo correr casi, y llegué jadeante al jardín de la plaza de Azeglio...

— ¡Ah! ¿Era aquella tarde?, exclamó con voz conmovida su atento interlocutor. ¡Y usted no me dijo nada!

— El jardín estaba lleno de niños: excuso decir á usted qué sentimientos y qué ideas me engendró su alegría. Me saqué del bolsillo el retrato de mi madre y lo estuve contemplando un rato; luego, no sé por qué, me lo metí con su estuche en el sombrero y me lo puse en la cabeza; me sentía débil y cansado; quise probar á dormir y me adormecí. No sé cómo, se me cayó el sombrero; creo que el retrato saltó fuera de él, pasó algún niño; en una palabra, cuando me desperté ya no encontré el retrato. Indagué, rogué á las mujeres que estaban allí cerca que preguntasen á los niños, que me ayudasen á buscar: fué



Mirando á la cara á todos los que pasaban como si buscase á alguien

inútil, la gente se marchó y yo me quedé solo. La pérdida de aquel retrato en tal momento, en la situación en que me encontraba, fué un dolor inexplicable para mí; me pareció de mal agüero, sentí que me faltaba el ánimo, y entonces eché de ver por vez primera que estaba verdaderamente solo en el mundo y que era muy desgraciado. Entonces se me acercó usted...

— Pero ¿por qué no me habló usted?

— Quise hacerlo, pero no tuve valor; sólo al pensar que habría debido empezar por decir á usted: «¡Tengo hambre!» me quedaba sin palabra. Pero sus frases de usted me consolaron un poco. Volví hacia el centro de la ciudad; estaban ya encendidos todos los faroles, las tiendas iluminadas y las calles llenas de gente. Muchos salían de las fondas, alegres, con el rostro encendido, hablando en alta voz; yo andaba y andaba, sin saber adónde ni porqué, como soñando. Encontré algunos de los jóvenes que comían conmigo en la hostería, me saludaron riendo y haciendo un ademán como para decir: «¿Cómo es que no se te ve ya por allí? Uno me preguntó si quería ir al teatro. Paseé hasta muy tarde, y luego resolví volver á casa con el propósito de tener ánimo y decírselo todo á la patrona y á su hija. «Es necesario, decía para mí. Pero ¿qué dirán? No lo sé; que digan lo que quieran, yo no quiero morir.» Pero cuanto más me acercaba, más conocía que no me atrevería á hablar. Entré, saludé, abrí la boca para decir la primera palabra, dije otra, y me fui á la cama. Me costó trabajo dormirme, pero luego dormí profundamente y soñé mil cosas horribles. Me desperté cuando aún no había amanecido, y al pronto no me dí cuenta de la situación en que me encontraba; pero de repente pensé en ella y me senté en la cama asustado. Entonces formé mil proyectos: ir á presentarme al alcalde y contarle mi historia; no, mejor al gobernador, ó mejor todavía ir en

derechura á ver á mi antiguo principal, y decirle francamente, con ese acento que sale del corazón: «¡Soy inocente!» Todo me parecía natural, fácil; me vestí de prisa y salí. Mas ¡ay!, al asomar el sol todos mis proyectos se desvanecieron; pasé por delante del ayuntamiento, miré al centinela y seguí adelante; fui hasta la puerta de dos ó tres redacciones de periódicos, pero no me atreví á entrar; me parecía que, apenas hubiera entrado, todos, mirándome, habrían dicho: «¡Ese hombre tiene hambre!» Decidí parar al primer conocido que encontrase y pedirle prestadas algunas liras; encontré varios, los detuve y me preguntaron si no me sentía bien. «Sí,» les contesté mirándolos con recelo, y se marcharon. Pasó el mediodía; entonces comencé á sentir un abatimiento, una languidez, que apenas podía tenerme en pie, me flaqueaban las piernas y la imaginación trabajaba, trabajaba, como si tuviese fiebre; pensaba en las cosas más extravagantes, en personas, en sitios, en sucesos de otro tiempo; tenía en la cabeza una confusión y un vértigo que temía volverme loco. Luego fui sintiendo así como rabia, como odio á todos los que veía, teniéndolos por personas sin entrañas que me habían hecho algún mal. «Pero ¿es posible?, decía para mí. ¿Soy yo, yo mismo el que se ve reducido á tal extremo? Pero ¿quién soy yo? ¿Qué he hecho? ¡Tengo derecho á comer! ¡Quiero vivir!» Después sentí un agudo dolor en el pecho, una opresión, un malestar, como si me retorciesen las entrañas. Me senté no sé dónde, me levanté, no podía tenerme; tomé una resolución desesperada; fui al encuentro de un oficial, lo paré, le dije resueltamente: «Señor...,» él me miró, volví en mí, le pregunté la hora, me la dijo y seguí mi camino. Se me ocurrió la idea de matarme, pero la deseché; de pronto acudió á mi imaginación, no sé cómo, la imagen de la hija de la dueña de la casa, y vi en ella mi salvación. Era ya

de noche, apreté el paso cuanto pude, entré en casa, luché todavía un rato, y por fin se me escaparon aquellas malditas palabras: «¡Tengo hambre!» Fué una escena desgarradora; las dos pobres mujeres se echaron á llorar de un modo que partía el corazón... Pero una vez dichas aquellas palabras, ya no se podían retirar... Fué ayer noche. Esta mañana, apenas me levanté, pensé que debía ponerme á buscar trabajo; me acordé de la tarjeta que usted me dió, y he venido á recomendarme á usted. Tal es mi historia; perdóneme si le he aburrido con tan triste relato.

El joven napolitano, que le había escuchado con profunda atención, le estrechó la mano y le dijo con voz conmovida: «¡Muchas gracias!» Luego se levantó presuroso, pasó á otra habitación, se acercó á la ventana, y alzando las manos al cielo, exclamó: «¡Y yo me considero infeliz y me aburro, y veo que la vida es una lucha y no me encuentro con fuerza para sostenerla! ¡Ah, miserable, insensato é ingrato!»

VIII

Ricardo (que así se llamaba aquel joven) empezó aquel mismo día á escribir y á hablar á los amigos y conocidos para ver de proporcionar un empleo á Alberto. Y lo hizo con tanto ardor y con tan firme propósito de conseguirlo, que casi no pensó ni deseó otra cosa; y sus melancolías desaparecieron y le renació la alegría. Tenía ya un objeto en el cual el corazón, la voluntad y la conciencia estaban de acuerdo, y no se necesitaba más para despertar la parte más noble de su individuo, que hacía algún tiempo estaba adormecida. Siempre tenía delante la imagen de Alberto, y además de la compasión que le inspiraba, le hacía comprender y apreciar por vez primera los

derechura á ver á mi antiguo principal, y decirle francamente, con ese acento que sale del corazón: «¡Soy inocente!» Todo me parecía natural, fácil; me vestí de prisa y salí. Mas ¡ay!, al asomar el sol todos mis proyectos se desvanecieron; pasé por delante del ayuntamiento, miré al centinela y seguí adelante; fui hasta la puerta de dos ó tres redacciones de periódicos, pero no me atreví á entrar; me parecía que, apenas hubiera entrado, todos, mirándome, habrían dicho: «¡Ese hombre tiene hambre!» Decidí parar al primer conocido que encontrase y pedirle prestadas algunas liras; encontré varios, los detuve y me preguntaron si no me sentía bien. «Sí,» les contesté mirándolos con recelo, y se marcharon. Pasó el mediodía; entonces comencé á sentir un abatimiento, una languidez, que apenas podía tenerme en pie, me flaqueaban las piernas y la imaginación trabajaba, trabajaba, como si tuviese fiebre; pensaba en las cosas más extravagantes, en personas, en sitios, en sucesos de otro tiempo; tenía en la cabeza una confusión y un vértigo que temía volverme loco. Luego fui sintiendo así como rabia, como odio á todos los que veía, teniéndolos por personas sin entrañas que me habían hecho algún mal. «Pero ¿es posible?, decía para mí. ¿Soy yo, yo mismo el que se ve reducido á tal extremo? Pero ¿quién soy yo? ¿Qué he hecho? ¡Tengo derecho á comer! ¡Quiero vivir!» Después sentí un agudo dolor en el pecho, una opresión, un malestar, como si me retorciesen las entrañas. Me senté no sé dónde, me levanté, no podía tenerme; tomé una resolución desesperada; fui al encuentro de un oficial, lo paré, le dije resueltamente: «Señor...,» él me miró, volví en mí, le pregunté la hora, me la dijo y seguí mi camino. Se me ocurrió la idea de matarme, pero la deseché; de pronto acudió á mi imaginación, no sé cómo, la imagen de la hija de la dueña de la casa, y vi en ella mi salvación. Era ya

de noche, apreté el paso cuanto pude, entré en casa, luché todavía un rato, y por fin se me escaparon aquellas malditas palabras: «¡Tengo hambre!» Fué una escena desgarradora; las dos pobres mujeres se echaron á llorar de un modo que partía el corazón... Pero una vez dichas aquellas palabras, ya no se podían retirar... Fué ayer noche. Esta mañana, apenas me levanté, pensé que debía ponerme á buscar trabajo; me acordé de la tarjeta que usted me dió, y he venido á recomendarme á usted. Tal es mi historia; perdóneme si le he aburrido con tan triste relato.

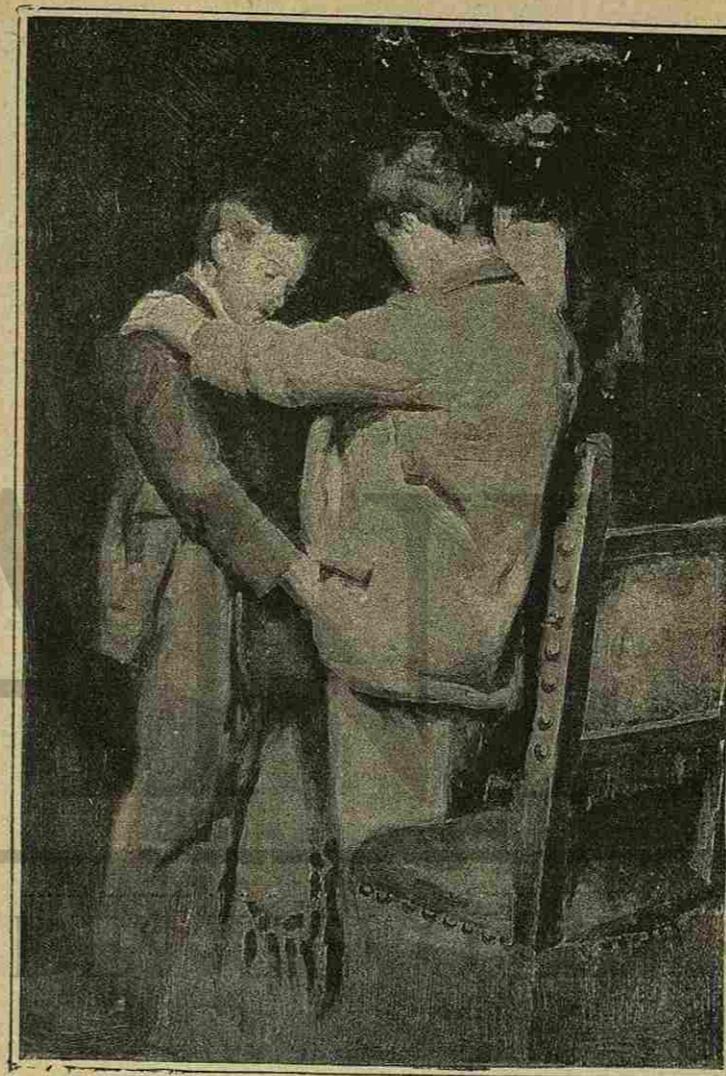
El joven napolitano, que le había escuchado con profunda atención, le estrechó la mano y le dijo con voz conmovida: «¡Muchas gracias!» Luego se levantó presuroso, pasó á otra habitación, se acercó á la ventana, y alzando las manos al cielo, exclamó: «¡Y yo me considero infeliz y me aburro, y veo que la vida es una lucha y no me encuentro con fuerza para sostenerla! ¡Ah, miserable, insensato é ingrato!»

VIII

Ricardo (que así se llamaba aquel joven) empezó aquel mismo día á escribir y á hablar á los amigos y conocidos para ver de proporcionar un empleo á Alberto. Y lo hizo con tanto ardor y con tan firme propósito de conseguirlo, que casi no pensó ni deseó otra cosa; y sus melancolías desaparecieron y le renació la alegría. Tenía ya un objeto en el cual el corazón, la voluntad y la conciencia estaban de acuerdo, y no se necesitaba más para despertar la parte más noble de su individuo, que hacía algún tiempo estaba adormecida. Siempre tenía delante la imagen de Alberto, y además de la compasión que le inspiraba, le hacía comprender y apreciar por vez primera los

grandes favores que la naturaleza y la fortuna le habían prodigado á porfía. «En suma, decía á menudo sonriendo, ese joven me ha demostrado matemáticamente que debo ser feliz. ¡Ah! ¡Qué maldita costumbre la de volver siempre la vista á los que están mejor que nosotros!» Pero aunque tuviese muchos amigos é hiciese cuanto estaba de su parte para lograr su objeto, tropezó desde los primeros días con tales obstáculos y perdió tantas ilusiones, que al fin tuvo que persuadirse de que la empresa era más difícil de lo que en el primer momento había creído.

En todas partes encontraba una competencia imprevista y formidable, é iba descubriendo poco á poco, con tanta sorpresa como disgusto, la inmensa miseria oculta, decente, instruida y todavía pudibunda que afluye á las grandes capitales y fluctúa en las puertas de las oficinas y de los palacios; una multitud, que antes no conocía, de gente cabelluda, barbuda y macilenta, de empleados cesantes, de profesores sin ocupación, de dependientes despedidos, de oficiales expulsados de las filas, de escritores sin trabajo, de viejos, enfermos, arruinados, que presentan como documentos libros recomendados, reseñas de periódicos, cicatrices, chiquillos, papeletas del Monte de Piedad y cartas de diputados y de senadores; necesidades, dolores, desventuras, comparada con las cuales la situación en que se encontraba Alberto, joven, sano y sin familia, podía aún parecer afortunada. Por dondequiera que se metía encontraba un tropel de hambrientos, y se desanimaba al ver que casi nunca obtenía la preferencia la recomendación digna de un hombre apreciado, sino la sonrisa de una dama ligera, la descarada insistencia del charlatán, ó una ocurrencia oportuna en la mesa entre los postres y el champagne, los enredos y las intrigas. Mas en el hecho de conocer ó de oír hablar de tanta gente



El joven napolitano le estrechó la mano y le dijo con voz conmovida



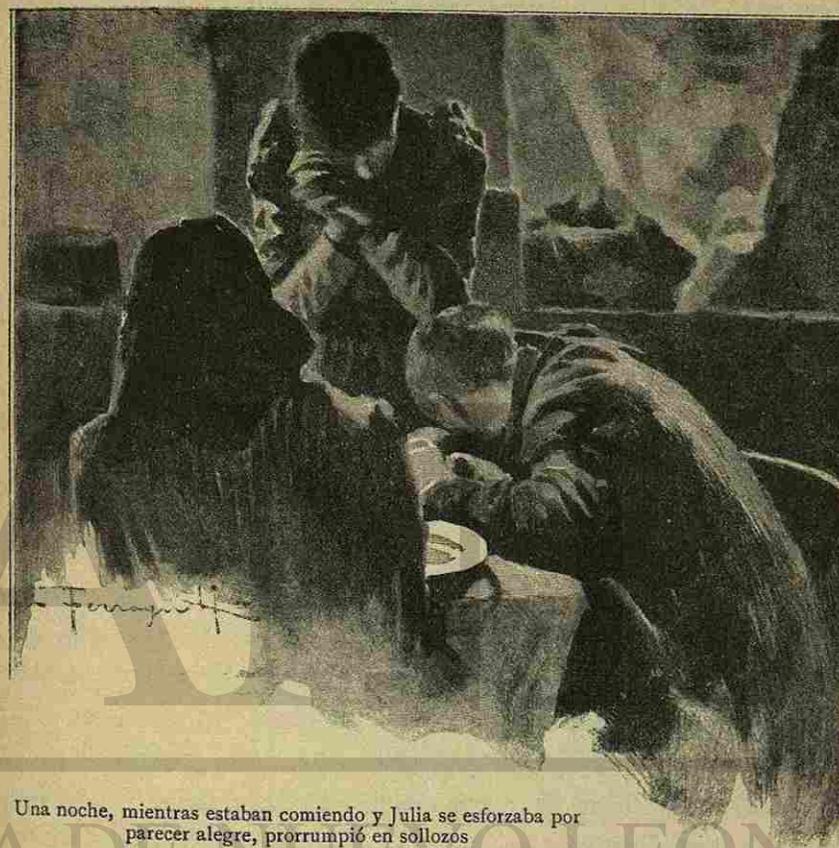
para la cual era una gran fortuna hallar modo de no morir de hambre y en la misma grandísima dificultad de encontrar un pedazo de pan para su protegido, sentía una complacencia nueva y penetrante, un goce saboreado de su tranquilidad y de sus comodidades; mayor gusto al arrellanarse en su poltrona, junto á la chimenea, después de un buen almuerzo, con el periódico en la mano, pensando en la pobre gente «cábelluda, barbuda y macilenta» que había encontrado á todas horas por las escaleras de los Bancos y de los ministerios; sentimiento que no quería explicarse del todo á sí mismo, pero del que á veces se avergonzaba de pronto, censurándose por haberle dado entrada en su corazón, enturbiándole la fuente de la compasión noble y verdadera, la cual, según decía, debe ser un dolor. Pero, por más que hacía, no lograba discernir, en aquella nueva satisfacción de sí mismo, lo que emanaba de la conciencia de lo que era hijo del egoísmo, para poder desechar la parte impura y gozar única y serenamente de la satisfacción legítima. Y se enojaba. Así está hecho este mísero corazón humano.

IX

Entretanto cifraba todo su cuidado en ocultar á Alberto el mal resultado de sus gestiones, ó al menos, por cada esperanza frustrada, le hacía vislumbrar una nueva, animándolo con palabras alegres, y cuanto más iba penetrando en su alma honrada y buena, más se empeñaba en su propósito. Pero Alberto no se hacía ilusiones. De alguna palabra incierta, de algunas turbaciones fugaces de su joven protector, deducía la verdad, y á medida que sentía aumentar el afecto y la gratitud que le tenía, iba perdiendo la esperanza y con la esperan-

za la poca serenidad que había penetrado en su alma después de los días de la desesperación. Volvía á presagiar un porvenir muy triste. Julia y su madre le habían inducido, y más que inducido, obligado á vivir con ellas como un hermano y un hijo, y él no dudaba un momento que se habrían impuesto de buena voluntad toda clase de sacrificios para seguir teniéndolo en su casa mientras no encontrase medio de vivir. Pero ¿habría tenido valor para aprovecharse más largo tiempo de aquella generosidad? Había aceptado su ofrecimiento, cedido á sus súplicas, con la esperanza de poder salir en pocos días de aquel estado, y apresurarse á pagar su deuda de gratitud á costa de algunas privaciones. Pero los días pasaban y su situación no variaba. Cada vez que se sentaba á la mesa se le oprimía el corazón, por más que las dos buenas mujeres procurasen alegrarle por todos los medios posibles. El sentimiento de orgullo que el abandono, la desesperación y el hambre habían adormecido, se despertaba en él más vivo y celoso que antes, y el sentarse á mesa ajena sin pagar empezaba á parecerle una humillación insostenible. Comprendía los mil sacrificios que aquellas dos pobres mujeres hacían por él, y le asustaba la idea de obligarlas á vivir de aquel modo quizás algunos meses todavía. Habría podido valerse de los ofrecimientos de Ricardo, y pagar el alquiler y manutención con aquel dinero; pero estaba seguro de que Julia espontáneamente y la madre por consejo de su hija jamás habrían aceptado un céntimo que pudieran suponer que se lo hubiera dado otro. Estos pensamientos le ponían de día en día más triste, tristeza aumentada aún por la previsión de que llegara el momento, no remoto, en que debiera alejarse á toda costa de aquella casa, separándose de Julia, cuando precisamente empezaba á amarla, á apreciarla, á admirarla más de lo que hasta entonces la

había admirado; cuando empezaba á sentirse unido á ella por tantos dolores; cuando en lo sucesivo no le parecía la vida halagüeña y apetecible sino por ella.



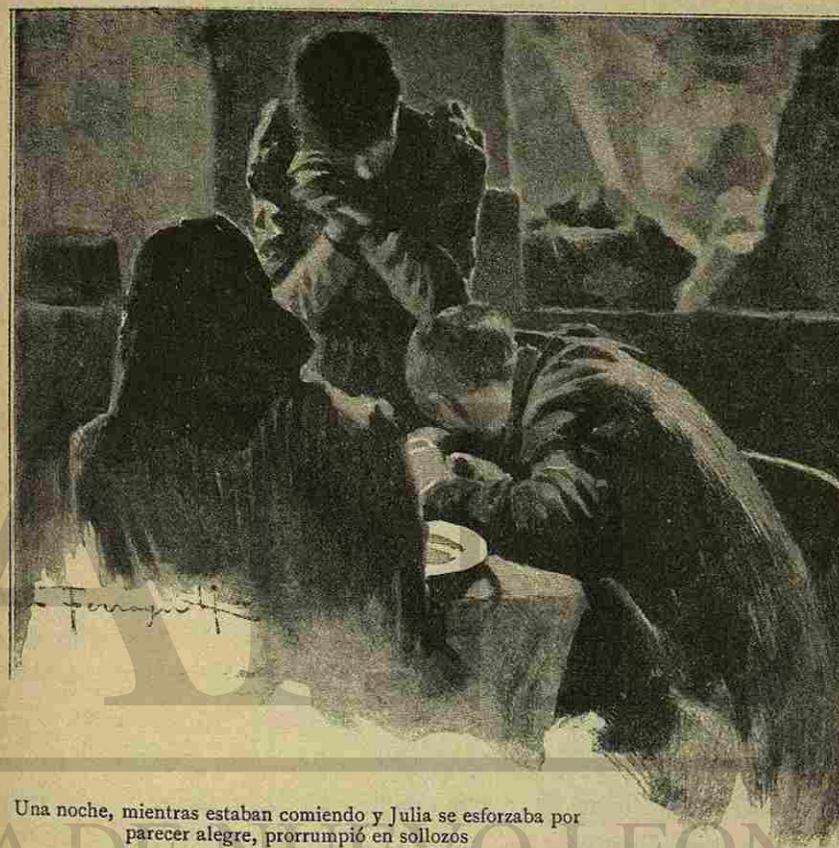
Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos

Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos. ®

Aquella misma noche toda la familia del abogado estaba reunida en el comedor, alrededor de una mesa cubierta con un

za la poca serenidad que había penetrado en su alma después de los días de la desesperación. Volvía á presagiar un porvenir muy triste. Julia y su madre le habían inducido, y más que inducido, obligado á vivir con ellas como un hermano y un hijo, y él no dudaba un momento que se habrían impuesto de buena voluntad toda clase de sacrificios para seguir teniéndolo en su casa mientras no encontrase medio de vivir. Pero ¿habría tenido valor para aprovecharse más largo tiempo de aquella generosidad? Había aceptado su ofrecimiento, cedido á sus súplicas, con la esperanza de poder salir en pocos días de aquel estado, y apresurarse á pagar su deuda de gratitud á costa de algunas privaciones. Pero los días pasaban y su situación no variaba. Cada vez que se sentaba á la mesa se le oprimía el corazón, por más que las dos buenas mujeres procurasen alegrarle por todos los medios posibles. El sentimiento de orgullo que el abandono, la desesperación y el hambre habían adormecido, se despertaba en él más vivo y celoso que antes, y el sentarse á mesa ajena sin pagar empezaba á parecerle una humillación insostenible. Comprendía los mil sacrificios que aquellas dos pobres mujeres hacían por él, y le asustaba la idea de obligarlas á vivir de aquel modo quizás algunos meses todavía. Habría podido valerse de los ofrecimientos de Ricardo, y pagar el alquiler y manutención con aquel dinero; pero estaba seguro de que Julia espontáneamente y la madre por consejo de su hija jamás habrían aceptado un céntimo que pudieran suponer que se lo hubiera dado otro. Estos pensamientos le ponían de día en día más triste, tristeza aumentada aún por la previsión de que llegara el momento, no remoto, en que debiera alejarse á toda costa de aquella casa, separándose de Julia, cuando precisamente empezaba á amarla, á apreciarla, á admirarla más de lo que hasta entonces la

había admirado; cuando empezaba á sentirse unido á ella por tantos dolores; cuando en lo sucesivo no le parecía la vida halagüeña y apetecible sino por ella.



Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos

Una noche, mientras estaban comiendo y Julia se esforzaba por parecer alegre, prorrumpió en sollozos. ®

Aquella misma noche toda la familia del abogado estaba reunida en el comedor, alrededor de una mesa cubierta con un

tapete verde y alumbrada por una gran lámpara. El padre escribía sin levantar la vista del papel, la madre leía, y á un lado charlaban y jugaban los tres hijos: una niña de ocho años, blanca y rubia como una inglesita, y dos niños, el uno de algo más de seis años y el otro de cinco. La niña tenía los cabellos sueltos y de vez en cuando, riendo, sacudía la cabeza con un movimiento gracioso para echárselos atrás. A cada movimiento que hacía el padre se callaba de pronto y hacía una seña á sus hermanos para que se callasen también; mas al poco rato volvía á hablar en voz baja y á reír. Cuando miraba á su padre con los ojos fijos, la boca entornada y una mano levantada en actitud de decir: «Silencio,» estaba bella como un ángel, y la madre la observaba.

En la mesa, hacia el sitio donde estaban los niños, había un billete de una lira; el mayorcito lo cogió, y acercándolo á la llama de la vela y mirando tímidamente á su padre, dijo en voz baja á su hermana:

— ¿Lo quemó?

— Con tal que no lo quemes todo, aún se podría cambiar, contestó la niña en alta voz, con un acento en el cual se advertía la satisfacción de poder enseñar algo.

El niño replicó que no lo creía.

— Pues yo lo sé de cierto, repuso su hermanita.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo sé porque lo he oído decir, y también lo oíste tú el día que fuimos al Cerro Imperial; y si te acuerdas, aquel señor que nos acompañó hasta la Puerta Romana y hablaba con Carlota, le decía que un amigo suyo había encontrado un billete de cien liras casi todo quemado y se lo había dado á él para que fuese á cambiarlo al Banco por uno entero. Y en el Banco habían visto que en el billete quemado había un nom-

bre, ¿qué sé yo?, un número, y el número demostraba que el billete había sido bueno y por esto se lo cambiaron. ¿Has entendido?

— ¡Señores que acompañan á Carlota!, pensó la madre.

El abogado miró á su mujer y le dijo en voz baja:

— ¿Has oído?

— ¿No es verdad, papá, preguntó la niña, que cuando queda un pedazo de los billetes quemados los admiten en el Banco?

El padre indicó que sí y se puso otra vez á escribir. Al poco rato miró alrededor como si buscase algo; se levantó, cogió una luz y salió del comedor.

Entonces la madre dijo á la niña:

— Amalia, ve á decir á Carlota que vaya á mi cuarto, pues tengo que hablarla.

Dicho esto, se levantó y salió á su vez; Amalia corrió á llevar el recado á Carlota, que era el aya.

A los pocos momentos volvieron las dos al comedor, pero no el abogado.

— ¿Adónde ha ido?, preguntó la señora. Amalia, anda á ver dónde está.

Mientras Amalia se levantaba, su padre entró algo turbado.

— ¿Cómo es que está en nuestra casa este objeto?, preguntó mirando á su mujer y á la niña.

Y enseñó una cosa cuadrada y de color encarnado que llevaba en la mano.

Amalia se puso colorada como la púrpura.

— Ven conmigo, le dijo su padre.

La niña se levantó temblando, y él la cogió de la mano y la sacó de la habitación, dejando á su mujer y á los dos niños

atónitos. De cuarto en cuarto, padre é hija llegaron á una pieza baja, sin ventana, llena de muebles viejos y de cajas, y allí se detuvieron.

El padre acercó la luz á un rincón, y señalando un agujero abierto en la pared preguntó á Amalia:

— ¿Has sido tú la que ha escondido aquí este objeto?

— Sí, contestó la niña.

— ¿Cuánto tiempo hace?

— Un mes.

El padre se quedó un rato pensativo; luego cogió á Amalia de la mano, la llevó á una habitación inmediata, se sentó y le preguntó:

— ¿Cómo ha llegado esto á tus manos?

La niña se echó á llorar.

— Dime la verdad.

Entonces Amalia, temblando, llorando, balbuciendo, contó á su padre que una tarde, mientras correteaba con algunas amiguitas por el jardín Máximo de Azeglio, y en el momento en que daba la vuelta alrededor de un banco, tropezó con aquel objeto, y sin figurarse que pudiera ser otra cosa que un pedazo de cartón, se lo metió en el bolsillo porque era encarnado y le gustaba. Volviendo luego á pasar por aquel mismo sitio, había visto un joven que se lamentaba con las niñas porque los niños se le habían llevado una cosa; ella comprendió que se trataba precisamente del objeto que había recogido del suelo y quería devolverlo; pero se había reunido ya tanta gente y el joven estaba tan enfadado, que no tuvo valor para acercarse á él. De pronto la mujer que la había acompañado al jardín, que era la niñera de los hijos de una señora vecina, la cogió de la mano y se la llevó diciendo: «Vámonos, que aquí va á haber un escándalo;» entonces se arre-

pintió de no haber restituido el objeto y habría querido volver atrás, pero era tarde. Sin embargo, cuando llegó á su casa y vió que aquella cosa encarnada era un retrato, decidió devolverlo á todo trance, y había vuelto al jardín muchas tardes llevando siempre el retrato, con la esperanza de encontrar á aquel joven. Pero no lo había vuelto á ver, y ella, perdida ya toda esperanza, escondió el retrato en aquel cuartito, sin decir nada á Carlota y pensando: «¿Quién sabe? Quizás lo encuentre algún día y entonces se lo podré devolver.»

— ¿Y no has vuelto á ver á ese señor?, le preguntó su padre.

— No, nunca; aquella fué la primera y la última vez.

Su padre, después de mirarla fijamente un rato, le indicó que se marchase, y ella, con la cara aún llena de lágrimas, pero contenta por haber salido tan bien de aquel trance, escapó como un pajarillo. El abogado se quedó pensativo con el retrato en la mano. Lo había encontrado por casualidad en un agujero del cuartito, mientras buscaba otro objeto. Echó una ojeada á la fotografía, y al mirar por el revés la cartulina, hizo un movimiento de sorpresa. En aquella parte había escrito lo siguiente: «A mi hijo Alberto P.» Era el nombre del amanuense á quien había despedido. Debajo de aquel nombre había escrito en gruesos caracteres: «29 de marzo, 27 liras. — Alquiler, 18; pagado. — Restan 9.» Estas nueve liras estaban repartidas, empezando desde el 1.º de abril, en siete partes iguales, un número debajo de otro como para hacer una suma, y al lado de cada número se había añadido en caracteres muy pequeños: «Pan y fruta.» El octavo día de abril estaba aún marcado con un ocho, pero sin ninguna indicación de gastos; en lugar de ella aparecían escritas con lápiz estas palabras: «¡A los veinte años! ¡Dios mío!»

Comentando aquellos números y aquellas palabras, el abogado se había puesto pálido; mas de pronto le asaltó la sospecha de que tal vez se hubiese puesto allí el retrato á propósito para que llegase á sus manos. Entonces pasó al comedor, hizo aquella pregunta, y en vista de la turbación de Amalia, lo indagó y lo averiguó todo.

— ¡Conque no es una superchería!, dijo para sí apenas se quedó solo. ¡Este retrato ha venido á parar aquí por casualidad! ¡Este escrito dice la verdad! ¡Ese joven no tenía dinero, no podía haber robado, era inocente; y yo le he ofendido, humillado, arrojado de mi casa, condenado á la miseria y al hambre! Es preciso encontrar á ese desgraciado, añadió con acento conmovido y levantándose. Es forzoso ir á buscarle pronto, adondequiera que esté.

Al llegar aquí se detuvo, pasándose la mano por la frente, y dijo: «Pero ¿quién me da la prueba, la seguridad entera y absoluta de que me he engañado? ¿Qué fué del billete? ¿Quién pudo haberlo cogido sino él?»

Y se volvió á sentar pensativo. «Tal vez cayese al fuego, añadió al poco rato. Tal vez se quemara mientras yo salí del despacho.»

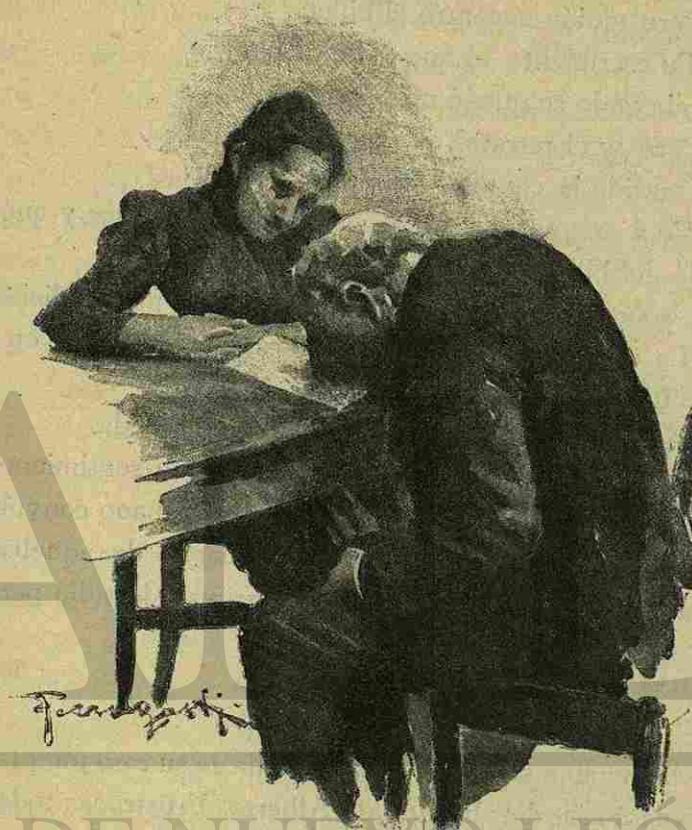
La palabra «quemara» le trajo á la memoria lo dicho por Amalia, el joven que había acompañado á Carlota, el amigo, el Banco... y le asaltó una vaga sospecha.

Se levantó para ir á llamar á la niña; pero en aquel momento entró su mujer.

— Oye, le dijo ésta sonriendo, he hablado con Carlota y le he preguntado quién era el joven que se toma la molestia de acompañarla cuando lleva á paseo á la niña. No se ha turbado poco ni mucho y me ha contestado con admirable desparpajo que ese joven es un hombre de bien, y para probarme

que así es en efecto, me ha dicho que es íntimo amigo de un escribiente tuyo que goza de tu mayor simpatía.

— ¿Qué escribiente?, preguntó el abogado.



¡Ah!, exclamó el abogado, ya no queda duda

Su mujer pronunció el nombre del antiguo compañero de Alberto.

— También le he preguntado qué era lo del billete, y me ha contestado que lo sucedido era tal como Amalia lo había contado; pero que tampoco veía en ello ningún mal, porque el

18

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

billete había sido encontrado en una calle, y aquel joven, antes de llevarlo á cambiar, había buscado inútilmente á su dueño.

— Pero ¿quién encontró el billete?

— Tu escribiente, el que te he dicho.

El abogado se quedó más pensativo.

— Pero ¿y el retrato?, preguntó la señora.

Su marido la contestó de pronto:

— Ve á preguntar á Amalia cuánto tiempo hace y qué día le habló del billete aquel sujeto.

La señora salió, y á poco se asomó á la puerta diciendo:

— Tu escribiente predilecto hizo cambiar el billete en uno de los últimos días de marzo.

— ¡Ah!, exclamó el abogado, ya no queda duda.

Así diciendo, dominado por un repentino sentimiento de compasión y remordimiento, dió vueltas con mano convulsa al retrato, y luego, fijando la vista en la imagen de aquella pobre madre, dejó caer sobre ella una lágrima y le pidió perdón.

XI

A la mañana siguiente Ricardo salía de su casa temprano y se dirigía á casa del abogado de Alberto. Frustradas todas sus esperanzas de encontrar una colocación para el pobre joven, pensó que tal vez fuese mejor el intentar que le admitiesen de nuevo en el bufete, proporcionándole así, con el sustento que tanto necesitaba, una reparación de honor á la cual tenía derecho.

El abogado, iba pensando por el camino, no ha encontrado el billete, pues de lo contrario, Alberto me asegura que habría reparado el error. Se podría, pues, hacerle creer que lo ha encontrado mucho tiempo después, hoy mismo, otro

empleado del bufete con el cual me pondré de acuerdo para inventar alguna historieta verosímil. Si el verdadero billete ha caído en manos de alguien, éste no vendrá por cierto á decirnos: «Lo he encontrado yo, sois unos impostores,» porque si hasta ahora no lo ha devuelto, no podrá ya devolverlo. Pero es menester encontrar quien se preste al engaño. ¿Y quién se negará cuando yo vaya y le diga: «Doy á usted mi palabra de honor, y todos mis amigos están dispuestos á dársela también, de que ese joven no puede haber robado?» Y además..., además, si la cosa no sale bien, siempre convendrá que el abogado sepa que ese desgraciado joven tiene quien lo aprecie y quien lo cree inocente.

Era un día húmedo y triste que parecía presagiar una semana de lluvia. Al llegar á la plaza de la Catedral, Ricardo vió agolpada mucha gente alrededor de la torre del Giotto, particularmente junto á las dos cancelas que cierran el espacio entre la torre y la iglesia. Sin acercarse, preguntó á un transeunte qué había sucedido.

— Que se ha tirado un hombre desde lo alto del campanario, contestó el interpelado, con ese acento forzado de lástima y esa sonrisa de complacencia satánica que en tales ocasiones se ve en la cara de la mayor parte de los curiosos.

— ¿Y ha muerto?, preguntó Ricardo.

— ¡Figúrese usted!, respondió el otro sonriendo. Se ha destrozado. Hay un lago de sangre. Vaya usted á verlo.

Ricardo siguió adelante sin hacer caso de semejante invitación, pero aún no había dado diez pasos cuando retrocedió presuroso y preguntó al mismo individuo:

— ¿Y quién es ese hombre que se ha matado?

— Dicen que un tal Rivarolo, un empleado, hombre de unos cuarenta años: ¡si viese usted qué desfigurado está! Da

billete había sido encontrado en una calle, y aquel joven, antes de llevarlo á cambiar, había buscado inútilmente á su dueño.

— Pero ¿quién encontró el billete?

— Tu escribiente, el que te he dicho.

El abogado se quedó más pensativo.

— Pero ¿y el retrato?, preguntó la señora.

Su marido la contestó de pronto:

— Ve á preguntar á Amalia cuánto tiempo hace y qué día le habló del billete aquel sujeto.

La señora salió, y á poco se asomó á la puerta diciendo:

— Tu escribiente predilecto hizo cambiar el billete en uno de los últimos días de marzo.

— ¡Ah!, exclamó el abogado, ya no queda duda.

Así diciendo, dominado por un repentino sentimiento de compasión y remordimiento, dió vueltas con mano convulsa al retrato, y luego, fijando la vista en la imagen de aquella pobre madre, dejó caer sobre ella una lágrima y le pidió perdón.

XI

A la mañana siguiente Ricardo salía de su casa temprano y se dirigía á casa del abogado de Alberto. Frustradas todas sus esperanzas de encontrar una colocación para el pobre joven, pensó que tal vez fuese mejor el intentar que le admitiesen de nuevo en el bufete, proporcionándole así, con el sustento que tanto necesitaba, una reparación de honor á la cual tenía derecho.

El abogado, iba pensando por el camino, no ha encontrado el billete, pues de lo contrario, Alberto me asegura que habría reparado el error. Se podría, pues, hacerle creer que lo ha encontrado mucho tiempo después, hoy mismo, otro

empleado del bufete con el cual me pondré de acuerdo para inventar alguna historieta verosímil. Si el verdadero billete ha caído en manos de alguien, éste no vendrá por cierto á decirnos: «Lo he encontrado yo, sois unos impostores,» porque si hasta ahora no lo ha devuelto, no podrá ya devolverlo. Pero es menester encontrar quien se preste al engaño. ¿Y quién se negará cuando yo vaya y le diga: «Doy á usted mi palabra de honor, y todos mis amigos están dispuestos á dársela también, de que ese joven no puede haber robado?» Y además..., además, si la cosa no sale bien, siempre convendrá que el abogado sepa que ese desgraciado joven tiene quien lo aprecie y quien lo cree inocente.

Era un día húmedo y triste que parecía presagiar una semana de lluvia. Al llegar á la plaza de la Catedral, Ricardo vió agolpada mucha gente alrededor de la torre del Giotto, particularmente junto á las dos cancelas que cierran el espacio entre la torre y la iglesia. Sin acercarse, preguntó á un transeunte qué había sucedido.

— Que se ha tirado un hombre desde lo alto del campanario, contestó el interpelado, con ese acento forzado de lástima y esa sonrisa de complacencia satánica que en tales ocasiones se ve en la cara de la mayor parte de los curiosos.

— ¿Y ha muerto?, preguntó Ricardo.

— ¡Figúrese usted!, respondió el otro sonriendo. Se ha destrozado. Hay un lago de sangre. Vaya usted á verlo.

Ricardo siguió adelante sin hacer caso de semejante invitación, pero aún no había dado diez pasos cuando retrocedió presuroso y preguntó al mismo individuo:

— ¿Y quién es ese hombre que se ha matado?

— Dicen que un tal Rivarolo, un empleado, hombre de unos cuarenta años: ¡si viese usted qué desfigurado está! Da

horror. Yo he sido de los primeros en verlo. Acérquese usted antes que lo tapen.

Ricardo siguió su camino.

A los pocos minutos llegó á casa del abogado. Había pensado ya con quién hablar, y por esto, al entrar, preguntó desde luego al portero por el empleado más joven. El portero le dijo el nombre del amanuense á quien ya conocemos, y Ricardo, dándole su tarjeta, le rogó que le anunciara.

Poco después se presentó el amanuense. Era hombre de traza mezquina y vulgarísima, que llevaba el sello de esa petulancia desmañada de los dependientes que charlan de modas con las señoras. Atildado como siempre y sonriente, se inclinó, hizo pasar á Ricardo á otra habitación, cerró la puerta y preguntó con voz obsequiosa:

— ¿En qué puedo servir á usted?

Ricardo era un buen mozo, robusto, moreno, con unos ojos de penetrante mirada y ese porte vivo y franco del caballero napolitano que contrasta con la gravedad un poco tosca de los septentrionales. Apenas se encontró en presencia del amanuense (sobre el cual no tenía aún la menor duda), fijó en su rostro, siguiendo su costumbre, una mirada sutil y profunda que le obligó á hacer una ligera inclinación.

— Soy amigo de un conocido de usted, dijo con acento lleno de cortesía, del Sr. Alberto P., que ha sido algún tiempo amanuense en este bufete.

El escribiente se inclinó de nuevo.

— He venido, prosiguió Ricardo, no enviado por él, pues ignora que doy este paso, sino espontáneamente, por impulso de conciencia, á rogarle á usted que me ayude á cumplir un deber.

El escribiente hizo un movimiento de extrañeza.



— Como usted sabrá, se ha acusado al Sr. Alberto de haber robado de la mesa de su principal un billete de cien liras.

El joven exhaló un suspiro como para decir: «¡Demasiado lo sé!»

— Pues bien, añadió Ricardo con resolución, la acusación es falsa.

El amanuense fijó en él una mirada turbada; pero no advirtiendo en aquel rostro ni asomo de otro pensamiento, se tranquilizó é hizo un ademán respetuoso que significaba: «También yo me inclino á creerlo así.»

¿En qué puedo servir á usted?

— Conozco á Alberto, prosiguió Ricardo, le conozco hace mucho tiempo, íntimamente, y sé que es incapaz de cometer una acción indigna: respondo de él como de un hermano, y en caso necesario, otras cien personas estarían dispuestas á afirmar lo mismo; la pérdida del billete será una cosa inexplicable; pero Alberto es inocente. Ahora se ve reducido á la mayor miseria y, á mayor abundamiento, deshonorado. Quiero creer que sólo la casualidad tendrá la culpa de esta injusticia; mas por lo mismo, todos cuantos conocen á ese pobre joven están en el deber de hacer cuanto puedan para devolverle lo que ha perdido. Sería preciso buscar el modo de que se le admita de nuevo en el bufete, persuadiendo al señor abogado de que es inocente. Usted que es joven, que tiene corazón, que conoce á ese desgraciado, usted debe ayudarme. Hagamos entre todos lo mejor que se pueda hacer. Le aseguro que será una acción buena y noble. Veamos, pues, de dar con el medio de convencer á su principal.

El amanuense miró fijamente á Ricardo, y cada vez más tranquilo, exclamó con voz lastimera:

— Pero ¿cómo encontrar ese medio? No había testigos, el billete no se ha encontrado, nadie ha sabido dar una explicación; ojalá esa explicación se encontrase.

— Es que puede encontrarse, repuso Ricardo animado por la disposición benévola del joven; se puede inventar. Desde el momento en que usted y yo estamos persuadidos de que Alberto es inocente, podemos combinarlo todo entre los dos sin que nadie lo sepa nunca. Crea usted, amigo mío, que se lo agradeceré toda mi vida.

Y al decir esto, le cogió las manos y se las estrechó con un impulso del corazón.

— Pero ¿qué se puede decir?, ¿qué se puede inventar?, pre-

guntó el amanuense rascándose la cabeza y fingiendo que reflexionaba.

— Pues se dice que se ha encontrado el billete, contestó Ricardo, y se presenta al abogado un billete de cien liras: el billete lo daré yo; usted se lo presenta á su principal, fingiéndose contento de haber dado con la justificación de un amigo, y le dice: «Aquí está el billete que creía usted perdido; lo he encontrado yo.»

— ¡Yo!, exclamó el amanuense turbándose ligeramente.

— ¿Hay algo más natural?, repuso Ricardo animándose y tomando una mano del joven.

— Pero..., repuso éste vacilando, encontrar un billete... intacto... al cabo de tanto tiempo..., ¿dónde?, ¿de qué modo?..., ¿cómo explicar que haya desaparecido?

— Muy bien. Combinemos juntos la explicación. Oiga usted una, por ejemplo. Cuando el abogado se levantó para salir de su despacho, donde Alberto se quedó solo un rato, al levantarse hizo volar el billete de la mesa. Cerca de ella estaba la chimenea encendida: el billete cayó en el fuego y se quemó casi todo. El criado lo recogió por la noche juntamente con otros papeles con los que estaba confundido, y lo echó todo en un cesto. Usted, buscando una carta perdida, fué á revolver los papeles del cesto... Pero ¿por qué le parece tan extraño el caso?

Ricardo, mirando de pronto al amanuense, le cogió al vuelo una expresión de turbación tan inesperada, que prorrumpió en aquella brusca pregunta. Sin pensarlo, había propuesto dar por cierto lo que en realidad había sucedido, con la única diferencia de que el escribiente registró la cesta al otro día de la pérdida del billete, en vez de registrarla el mismo día, como Ricardo proponía.

— ¿Por qué le parece á usted tan extraño?, repitió éste mirando con más fijeza al joven.

Pero éste había perdido del todo la brújula y no sabía qué decir ni adónde mirar.

En vez de remediar del mejor modo posible su primera imprudencia, estuvo un rato sin contestar, encarnado, confuso, mirando al suelo, y luego dijo de mala gana:

— No..., yo no quiero meterme en esos compromisos..., ni tampoco quiero motivar sospechas.

— ¿Sospechas?, preguntó con extrañeza Ricardo. ¿Sospechas de qué ó de quién?

— Sospechas... de mi honradez, balbuceó el amanuense en el colmo de la confusión.

— ¡De su honradez!, exclamó Ricardo mirándole bien á la cara. Pero ¿qué diablo está usted diciendo?

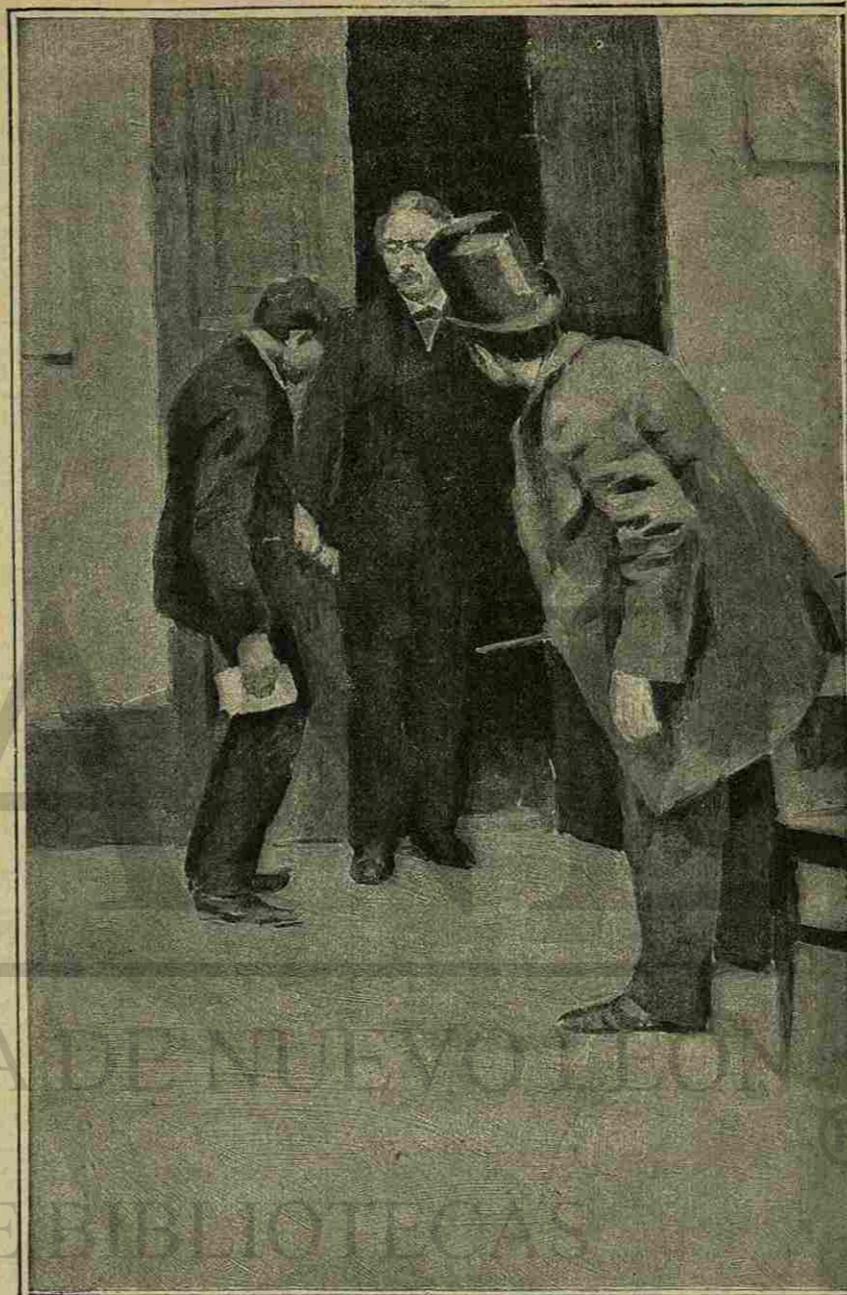
— Sí, señor, contestó en alta voz el amanuense, que echando de ver el paso en falso que había dado habría querido reponerse, mas no sabiendo dónde agarrarse, hablaba á tontas y á locas. ¡Sospechas de mi honradez! Y mi honradez está por encima de todas las sospechas. Soy bastante conocido: nadie puede decir nada de mí. Pregunte usted á mis compañeros, á mi principal, á quien quiera. Yo no entro ni quiero entrar para nada en el asunto. ¿Ha entendido usted? Y el Sr. Alberto que se ocupe de sus cosas y deje en paz á quien lo deja en paz. Y punto concluído.

Ricardo soltó una sonora carcajada.

— ¿Sabe usted, dijo cruzándose de brazos y estirando las piernas, que cualquiera diría que el ladrón ha sido usted?

El amanuense perdió el color, y retrocediendo hacia la puerta, dijo con voz sofocada:

— ¡Tenga usted cuidado con lo que dice!..



Una mano desconocida había agarrado el brazo del escribiente...

— ¡Ah! ¡Ahora empiezo á comprender!, contestó Ricardo poniéndose el sombrero y lanzándose hacia adelante.

Mas de pronto se detuvo. Una mano desconocida había agarrado el brazo del escribiente en el umbral de la puerta. Éste se volvió bruscamente, y viéndose delante del abogado, dió un paso atrás y se quedó un momento recostado en la pared, como petrificado.

— Pues bien, sí, murmuró casi sin voz; ¡yo he sido!

Y se marchó lentamente, rozando la pared con la espalda, como muchacho á quien se amenaza con pegarle un puntapié.

XII

Julia se había levantado aquel día muy temprano, después de un sueño breve y agitado por dolorosas pesadillas. La noche antes Alberto le había parecido más desconsolado que de costumbre, más de una vez le había sorprendido con las lágrimas en los ojos, y después de pasar un buen rato animándole, no obtuvo otra contestación sino «¡Ah, Julia! ¡No puedo vivir así!» Habíase dormido con el corazón traspasado por aquellas palabras, y al despertarse le había parecido que todavía las estaba oyendo.

Se vistió de prisa y fué á llamar á la puerta del cuarto de Alberto, esperando el acostumbrado «¡Adelante!,» pronunciado con voz cansada y melancólica. No oyendo respuesta, llamó de nuevo: nada: entonces abrió y entró. Alberto no estaba. Julia permaneció un rato inmóvil y pensativa, con los ojos fijos en la vela enteramente consumida. Luego se acercó á la ventana y miró afuera; el cielo estaba encapotado; poco á poco fué apoderándose de su corazón el presentimiento de una desgracia; volvió después á su cuarto, se sentó, apoyó la cabeza en

— ¡Ah! ¡Ahora empiezo á comprender!, contestó Ricardo poniéndose el sombrero y lanzándose hacia adelante.

Mas de pronto se detuvo. Una mano desconocida había agarrado el brazo del escribiente en el umbral de la puerta. Éste se volvió bruscamente, y viéndose delante del abogado, dió un paso atrás y se quedó un momento recostado en la pared, como petrificado.

— Pues bien, sí, murmuró casi sin voz; ¡yo he sido!

Y se marchó lentamente, rozando la pared con la espalda, como muchacho á quien se amenaza con pegarle un puntapié.

XII

Julia se había levantado aquel día muy temprano, después de un sueño breve y agitado por dolorosas pesadillas. La noche antes Alberto le había parecido más desconsolado que de costumbre, más de una vez le había sorprendido con las lágrimas en los ojos, y después de pasar un buen rato animándole, no obtuvo otra contestación sino «¡Ah, Julia! ¡No puedo vivir así!» Habíase dormido con el corazón traspasado por aquellas palabras, y al despertarse le había parecido que todavía las estaba oyendo.

Se vistió de prisa y fué á llamar á la puerta del cuarto de Alberto, esperando el acostumbrado «¡Adelante!,» pronunciado con voz cansada y melancólica. No oyendo respuesta, llamó de nuevo: nada: entonces abrió y entró. Alberto no estaba. Julia permaneció un rato inmóvil y pensativa, con los ojos fijos en la vela enteramente consumida. Luego se acercó á la ventana y miró afuera; el cielo estaba encapotado; poco á poco fué apoderándose de su corazón el presentimiento de una desgracia; volvió después á su cuarto, se sentó, apoyó la cabeza en

una mano y se puso á pensar, sumida en profunda melancolla.

Al poco rato entró su madre y se sentó enfrente de ella sin decir una palabra.

En esto, llamaron á la puerta; Julia fué á abrir, y una vecina vieja asomó la cabeza diciendo:

- ¿No sabéis la novedad?

- No sé nada, contestó la joven.

- Que se ha tirado un hombre desde la torre de la catedral.

- ¿Cuándo?, se apresuró á preguntar Julia.

- Anoche.

- No; ha sido esta mañana, objetó otra mujer que llegó en aquel momento al rellano de la escalera con un lío debajo del brazo; me han dicho que ha sido esta mañana, de seis á siete.

- ¿Quién era?, preguntó Julia.

- No se sabe, respondieron á una las dos mujeres.

Julia estuvo un momento pensando y luego dijo para sí: «No puede ser,» y sonrió; pero luego volvió á quedarse pensativa.

- ¿Qué ha sucedido?, le preguntó su madre cuando entró en el cuarto.

- Que se ha tirado un hombre desde la torre de la catedral.

La madre hizo un movimiento de horror, y mirando á su hija, dijo en voz baja, después de titubear un momento:

- ¡Dios mío! Si fuese...

- ¿Quién?, gritó Julia.

- El Sr. Alberto, contestó la vieja aterrada.

- ¡El Sr. Alberto!, replicó la joven con acento indefinible de sorpresa: ¡ten cuidado con lo que dices, mamá! ¿Estás



Julia estuvo un momento pensando y luego dijo para sí: «No puede ser.»

loca?... ¡Hay cosas que ni siquiera deben pensarse!

Y se echó á llorar.

— ¿No sabéis?, dijo en aquel punto otra mujer parándose delante de la puerta. Dicen que el hombre que se ha arrojado de la torre es un empleado.

— Y yo le digo á usted, respondió Julia corriendo á la puerta, que nos deje en paz. ¡Vaya usted á otra parte á hablar de eso! ¡Dios mío!, añadió luego acercándose á su madre; bien habría podido decirnos algo antes de salir, y no dejarnos aquí pensando de él Dios sabe qué cosas. ¡Vaya un modo de marcharse sin decir nada! Escuchen, gritó corriendo otra vez al rellano y deteniendo á las dos mujeres, que se retiraban refunfuñando; perdonenme ustedes. Diganme otra cosa. Luego volvió á su madre: Mamá, no sé por qué tengo miedo. Y dirigiéndose á las mujeres añadió: ¿Quién les ha dicho á ustedes que es un empleado? ¿Cuándo se ha arrojado? ¿Por qué?

— Por miseria, contestaron aquéllas. Se comprende.

— ¡Por miseria!, exclamó Julia con voz desgarradora.

— Pero ¿qué le pasa á usted?, preguntaron las vecinas.

— ¡Qué me pasa!, repitió la joven con el semblante pálido y alterado. ¡Que estoy desesperada! ¡Que no sé lo que me hago!

— ¿Teme usted que haya sido el joven que vive aquí?

— Sí, sí, gritó Julia dando vueltas como una loca por el cuarto buscando su mantón: ¿aún no lo han comprendido ustedes?

— No puede ser, dijeron las vecinas. ¡Es tan tranquilo! No será él.

Y procuraron detenerla.

— ¡Dejadme pasar!, gritó Julia corriendo á la puerta.

— Pero si no es él, dijeron á coro las vecinas y la madre,

sujetándola por los brazos. ¿Adónde quieres ir? ¡Tranquilízate, por Dios! ¡No es él!

— Dejadme ú os muerdo, gritó la joven fuera de sí.

Y haciendo un esfuerzo desesperado se desasíó de las mujeres y se lanzó á la escalera.

Dos desconocidos la detuvieron.

— ¿Está en casa el Sr. Alberto?, le preguntó uno de ellos.

Julia retrocedió, le miró y le contestó con voz afanosa:

— No, señor. ¿Quién es usted?

— Soy el abogado B***, contestó éste mirándola con cierto asombro.

— ¡Ah! ¿Sí?, contestó Julia clavando en él una mirada de loca. ¿Y se atreve usted á poner el pie en esta casa?... ¡Infame! ¡Asesino!

Y así diciendo se le echó encima, y le dió un golpe en la cara con la llave.

Luego cayó en brazos de las dos mujeres exclamando: «¡No, no era un ladrón!» y se desmayó.

— Márchese usted, dijo Ricardo al abogado. No conviene que esté usted aquí, yo lo explicaré todo y dentro de un rato estaré en su casa.

Y se inclinó sobre Julia, mientras el abogado bajaba la escalera, aturdido y enjugándose la cara, de la que brotaba sangre.

XIII

Pocas horas después Ricardo no estaba ya allí y Alberto había vuelto á casa, encontrando con gran sorpresa suya á Julia tranquila y sonriente. Primeramente la miró un rato, haciendo comentarios para sus adentros; luego le preguntó la

causa de aquella serenidad. Julia le entregó una carta, diciéndole que la había traído un caballero. Alberto leyó lo siguiente:

«Se ruega al Sr. Alberto que pase esta noche, á las siete,



Julia le entregó una carta, diciéndole que la había traído un caballero

por la calle (se indicaba la calle, el número y el piso), donde se le dará una contestación á su petición de hace dos días; confío en que será favorable. — RICARDO.»

— ¿Qué petición es esa?, preguntó Julia.

— La de una plaza de escribiente en la oficina de un inge-

niero, contestó Alberto con tristeza. Iré... á oír lo de siempre... : que vuelva dentro de un mes.

— Pero ¿quién vive en esa casa?

— No lo sé.

Julia repitió con satisfacción:

— No lo sabe.

Y Alberto no dijo nada más.

XIV

A las siete tiraba de la campanilla de la casa indicada en la carta de Ricardo. Abrió un criado, que le hizo atravesar dos ó tres habitaciones y en una de ellas le rogó que esperase unos momentos. Era una hermosa sala con una rica alfombra, alumbrada por una magnífica lámpara puesta en una mesa que había en el centro. Alberto se sentó y miró alrededor. Las paredes estaban adornadas de espejos y de cuadros; los veladores llenos de flores, de libros lujosamente encuadernados, de objetos de arte; á un lado, sobre una esbelta columnita, había una estatua de alabastro con un brazo extendido que parecía señalar al joven; en todas partes brillaba alguna cosa. Hacía mucho tiempo que no había visto una sala tan elegante y lujosa. Tocó el respaldo de un sillón que tenía al lado: era de terciopelo; miró á sus pies, había una piel de tigre. Se volvió; vió un gran fanal de cristal que cubría un reloj de bronce. Dondequiera que fijaba la vista veía objetos que costaban lo menos tres veces su sueldo de un mes. Estuvo gran rato observándolo todo con curiosidad infantil, las flores de los bordados, los marcos de los espejos, los candelabros, los almohadones, los arabescos. Luego sintió una tristeza indefinible. Aquel esplendor le ofendía como si fuera un escarnio á su miseria; aquella estatua que



«Sr. Alberto, tengo la prueba de su inocencia» (pág. 296)

niero, contestó Alberto con tristeza. Iré... á oír lo de siempre... : que vuelva dentro de un mes.

— Pero ¿quién vive en esa casa?

— No lo sé.

Julia repitió con satisfacción:

— No lo sabe.

Y Alberto no dijo nada más.

XIV

A las siete tiraba de la campanilla de la casa indicada en la carta de Ricardo. Abrió un criado, que le hizo atravesar dos ó tres habitaciones y en una de ellas le rogó que esperase unos momentos. Era una hermosa sala con una rica alfombra, alumbrada por una magnífica lámpara puesta en una mesa que había en el centro. Alberto se sentó y miró alrededor. Las paredes estaban adornadas de espejos y de cuadros; los veladores llenos de flores, de libros lujosamente encuadernados, de objetos de arte; á un lado, sobre una esbelta columnita, había una estatua de alabastro con un brazo extendido que parecía señalar al joven; en todas partes brillaba alguna cosa. Hacía mucho tiempo que no había visto una sala tan elegante y lujosa. Tocó el respaldo de un sillón que tenía al lado: era de terciopelo; miró á sus pies, había una piel de tigre. Se volvió; vió un gran fanal de cristal que cubría un reloj de bronce. Dondequiera que fijaba la vista veía objetos que costaban lo menos tres veces su sueldo de un mes. Estuvo gran rato observándolo todo con curiosidad infantil, las flores de los bordados, los marcos de los espejos, los candelabros, los almohadones, los arabescos. Luego sintió una tristeza indefinible. Aquel esplendor le ofendía como si fuera un escarnio á su miseria; aquella estatua que



«Sr. Alberto, tengo la prueba de su inocencia» (pág. 296)

le señalaba con el dedo le producía el efecto de una persona que le dijese: «Vete de aquí;» la idea de que á los pocos momentos se presentaría alguien, le turbaba; habría preferido aguardar aún; habría querido esconderse, salir de puntillas; casi se arrepentía de haber ido allí. «¿Qué hago yo aquí?», pensaba. ¿Qué espero? ¿Cómo puede cuidarse de mí la gente feliz que vive en esta casa?» Le pareció oír un roce de vestido, creyó que llegaba una señora; se levantó, y mirándose al espejo, notó que se había puesto colorado. Sentóse otra vez y aplicó el oído. Por último, sintió como una inquietud, una rabia de verse obligado á estar allí solo, en medio de aquella riqueza que le humillaba, en aquel estado de expectación dolorosa. Recordó las muchas veces que había esperado largas horas, de un mes á aquella parte, en otras casas, para que, al fin y á la postre, le respondieran: «No necesitamos á nadie.» Acudieron á su memoria las sonrisas compasivas de los criados y porteros cuando lo veían salir cabizbajo; los movimientos de impaciencia de aquellos á quienes se había dirigido en súplica de un empleo; todos los desengaños, todos los sacrificios de amor propio, todas las humillaciones sufridas en presencia de personas desconocidas: todos estos recuerdos y los de los días en que padeció hambre le oprimieron el corazón. Y se preguntó si aún tendría que pasar mucho tiempo tan triste vida, por qué la pasaba, qué delito había cometido y qué castigo pesaba sobre él. «Pero si yo lo que quiero es trabajar, ¿por qué me habré de morir de hambre?», exclamó en un arranque de despecho. ¿Habré de robar? ¿Me suicidaré?» Se levantó, experimentando una especie de furor que jamás había sentido; le daban ganas de destrozar todo cuanto estaba á su alcance. «Ya me canso de estar aquí, dijo con voz sofocada, fijando una torva mirada en la puerta. ¿Qué hacen esos señores? ¡Ea, venid,

gente sin entrañas! ¡Aquí hay un mendigo que os aguarda!»

Esperó un minuto más, y luego cogió el sombrero y se levantó para marcharse.

En aquel momento oyó en la habitación contigua una música suave que le pareció de un piano tocado por una mano ligerísima. Volvió á sentarse: la música se fué haciendo poco á poco más fuerte, luego más baja, y otra vez más fuerte; parecía el acento de una persona conmovida que dijese cosas tiernas y alegres á un amigo melancólico, y le hablase despacio ó de prisa para distraerle; parecía una mezcla de voces de mujeres y de niños que consolasen á un pobre; le recordaba la voz solícita de Julia cuando le decía: «No hables así, ánimate, ten esperanza todavía.»

Alberto apoyó la cabeza en una mano y pensó en Julia con un sentimiento de triste ternura.

De pronto se abrió una puerta y el joven se levantó.

Una niña rubia, blanca y sonrosada, vestida de blanco, con los cabellos sueltos, se acercó tímidamente á él, seguida de dos niños, uno de seis y otro de cuatro años, que se le plantaron delante mirándole con extrañeza.

La niña se detuvo á dos pasos de Alberto, abrió un pliego con mano trémula y dijo, ruborizándose y con voz conmovida:

— Tengo que leer á usted la carta.

— ¿Qué carta? — preguntó Alberto maravillado.

— La carta que ha escrito el papá hace un rato, y me la ha dado para que viniera á leérsela al señor que esperaba en la sala.

— ¿Y quién es su papá de usted?, preguntó el joven.

La niña pronunció el nombre de su padre.

Alberto retrocedió como si hubiera recibido un golpe en el pecho; se le subió la sangre á la cabeza; en un momento se

acordó de todo, de la acusación de ladrón, de la miseria, del hambre, de todas las angustias que sufría hacía tiempo por causa de aquel hombre, y se sintió sofocado de rabia y de odio.



Alberto se echó en sus brazos sollozando.

Al pronto estuvo tentado de coger aquella carta, estrujarla y pisotearla, y alargó la mano... Pero tropezó con la mirada tímida y graciosa de la niña y se contuvo; de encarnado se puso pálido, se pasó una mano por la frente que le ardía, se reportó, y dijo con voz alterada:

— Lea usted.

La niña leyó lo siguiente:

— «Señor Alberto: Tengo la prueba de su inocencia, y he sabido al mismo tiempo cuáles han sido las consecuencias de mi deplorable error, cuánto ha padecido usted por mi culpa y la nobleza de su corazón. Ahora tengo que cumplir un deber: rogar á usted que vuelva á mi bufete, al menos una vez, para que yo pueda declarar públicamente, en su presencia y en la de todos mis dependientes, que estoy avergonzado y desconsolado por haber calumniado á un hombre honrado en un momento de aberración. Pero esto no basta. Puesto que la ofensa ha sido mortal, yo debo pronunciar la palabra que suele costar mayor sacrificio al orgullo; pero la pronuncié sin vacilación, sin esfuerzo, con la frente alta, con el corazón en los labios, con los ojos llenos de lágrimas que me hacen bien: «Señor Alberto, perdóneme usted!» Y un anciano que pide perdón á un joven de veinte años es un padre que lo solicita por conducto de sus hijos. Bese usted la frente á los tres, Sr. Alberto. No le pido otra respuesta. Si cuando vuelva á casa ellos me dicen: «Nos ha besado;» yo diré para mí: «¡Me ha perdonado!» y los estrecharé contra mi corazón con tanta alegría como agradecimiento.»

La niña calló y fijó en Alberto sus hermosos ojos azules y húmedos.

Éste se quedó un rato como aturdido, respirando con afán y mirando alrededor como para cerciorarse de que aquello era realidad y no un sueño. Luego se iluminó de improviso toda su alma, surgió con ímpetu irresistible todo cuanto de bueno y de generoso tenía en el fondo de su corazón, cogió la carta de manos de Amalia, la miró, la arrugó con mano convulsa, sonrió, y por fin exclamó con voz sonora y temblorosa: «¡Sí! ¡Perdono! ¡Perdono! ¡Perdono!» Y al decir esto, estrechó á los

tres niños contra su pecho y estampó en sus rubias cabecitas una porción de besos apasionados.

En esto se abrió una puerta y apareció en el umbral el abogado.

Alberto corrió á su encuentro.

El abogado lo detuvo con una mano. Aquella mano enseñaba un retrato. El joven lo miró y lanzó un grito de asombro y de alegría: «¡Mi madre!»

Entonces el abogado extendió los brazos diciendo con acento conmovido: «¡Aquí, pobre Alberto!» y Alberto se echó en sus brazos sollozando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FORTALEZA

I

«Mira, me decía hace pocas tardes un amigo señalándome desde una ventana de su casa, que da a una plazoleta, un terradillo del cuarto piso de la casa de enfrente: ¿ves aquel hombre?» Miré y vi un hombre sentado, con un brazo en la baranda, pero no pude distinguir su fisonomía. «Pues ese hombre, repuso el amigo, me es tan sumamente antipático que muchas veces me dan ganas de mudarme de casa sólo por tener la satisfacción de no verlo más. Sin duda me preguntarás por qué, y yo te diré que jamás le he hablado, que nunca he oído su voz, que no sé quién es, ni en qué se ocupa, ni qué cara tiene, porque no me alcanza la vista ni con el anteojo. Ese hombre

me es antipático porque todas las tardes á esta hora infaliblemente acaba de comer y va á sentarse en ese sitio; y todas las tardes, con el mismo movimiento automático, se cruza de piernas y extiende un brazo en la baranda. No se ha dado aún el caso de que mueva la pierna antes que el brazo. ¡Dios le libre de ello! Primero el brazo y luego la pierna. ¿No te parece que sólo por esto se hace enojoso? Pero esto es lo de menos. Todas las tardes, una mujer que parece su esposa, antes que él se levante de la mesa, sale á poner la silla en su sitio, le lleva la pipa, se la pone en la mano y se la enciende, y todas las tardes él se deja servir, tieso é hinchado como un sultán, sin hacer el menor movimiento para recibirla y sin dar siquiera á conocer que echa de ver que se le sirve. Luego... á cada momento necesita algo, y la mujer se levanta, sale y vuelve con una bebida ó cualquier otra cosa, y él la coge y se la traga y se limpia los bigotes con un placer de sibarita egoísta, sin tomarse siquiera el trabajo de devolver el vaso. Luego... vienen los amigos á visitarlo, y él no hace mención de levantarse, ó cuando se levanta, da alguna vuelta por el terradillo, listo y suelto como nosotros. Jamás mira abajo, ni arriba ni alrededor; no saluda; en una palabra, parece puesto ahí para que el mundo gire en torno suyo; parece un ídolo; ha nacido para hacerse mirar y servir. ¡Te ríes! Pues para mí son cosas que obligan á odiar á un hombre; yo soy así; á otro le tienen sin cuidado, pero á mí me revientan. Creo conocer á ese hombre como te conozco á ti. ¿Quieres saber quién es? Yo no lo sé, pero te lo digo como si lo supiese. Ese individuo — y al decir esto señalaba á aquel hombre, mirándolo con fijeza como para sacarle de los ojos el secreto — es un tendero camastrón, que empieza por juntar dinero céntimo á céntimo y desde ahora acaricia la ambición de enriquecerse, y se ha casado con esa

mujer para ahorrarse la paga de un dependiente en la tienda y de una criada en la casa, y la trata un poco peor que á una criada y no mucho mejor que á un dependiente; es tacaño, excepto para satisfacer su glotonería; podría vivir en el tercer piso y vive en el cuarto por economía, aunque no tiene hijos ni desea tenerlos; desprecia todo lo que no es su tienda; trata de ladrones á todos los ministros, de asnos á todos los que estudian y de miserables á todos los que tienen menos dinero que él... ¡Te ríes! ¿No sabes que la antipatía es adivina? Yo me daría por muy satisfecho si se me presentase la ocasión de hacerle una grosería; me es odioso; seré un visionario, un malicioso, lo que quieras: pero cuando el corazón me dice: «Ese hombre es un tunante,» se me ha atravesado y necesito decirlo y desahogarme.»

Es preciso conocer á este joven de veinte años, bueno, vivo é irascible, y estar acostumbrado á sus irreflexivos arrebatos de furia contra los fantasmas que él mismo se crea, para poder figurarse que soltó sin respirar ni reír aquella sarta de palabras vanas. Yo miraba en tanto al supuesto tendero, y á la mujer sentada delante de él en una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas en actitud contemplativa; y como tengo mejor vista que mi amigo, me pareció discernir que el hombre tendría unos cuarenta años y la mujer pocos más, aunque no me era posible divisar bien las facciones del uno ni de la otra. Cogí el antejo y lo asesté á la mujer. Su rostro era verdaderamente el de una mujer resignada á una vida de sacrificio; tenía el cabello canoso, la frente arrugada, los ojos grandes y melancólicos, un no sé qué de grave y de recogido que revelaba una antigua costumbre de sufrir. «Parece que el amigo ha adivinado,» dije para mí, y dirigí el antejo al hombre, que en este momento se volvió y me presentó la cara

de lleno. «¡Qué veo!, exclamé. ¿Es posible?» Alargué más el anteojo y volví á mirar. «¡Sí, es él, no cabe duda! Cien veces he visto esa cara en los retratos.» Y entonces acudió á mi memoria un suceso hacía tiempo olvidado, y casi en el mismo instante el principio y el fin del relato que hallará el lector más adelante. El amigo me preguntó: «¿Qué tal? ¿Tiene ó no cara de camastrón, de descreído y de orgulloso?» Sus palabras no me hicieron ya sonreír como antes; le contesté que, á decir verdad, no era un hombre simpático; pero que me parecía haberle visto otras veces; que quería satisfacer la curiosidad de saber quién era y que iría á preguntárselo á él. En efecto, al otro día fui á hacerle una visita con el pretexto de averiguar claramente el hecho que tenía relación con él, pues, como le dije, me proponía escribirlo. Acostumbrado á recibir visitas de esta naturaleza, me acogió cortésmente, me lo contó todo con gran indiferencia, como si se refiriese á otro y no á él, me habló de la mujer (no esposa) que con él vivía y de las costumbres de su vida. «Vivimos juntos hace diez años, dijo al terminar; yo tengo paciencia, ella también, y lo pasamos.. como Dios quiere. Mis dos principales consuelos son el aprecio de la gente y la adhesión de esa desgraciada.» Fuíme á mi casa, pasé escribiendo toda la noche y la mañana siguiente, y al otro día volví á casa de mi amigo con el manuscrito. Era la hora en que el «tendero» tomaba el fresco en el terrado. Después de hablar de cosas indiferentes, recayó la conversación sobre la antipatía. «Amigo mío, le dije, te has equivocado de medio á medio. — Es imposible, me respondió con su vivacidad habitual. — Dejémonos de bromas, repliqué, y lee estas cuartillas: contienen un relato histórico que he escrito estos días; el personaje principal es tu antipático «tendero;» te doy mi palabra de que, aparte los necesarios artificios de la

exposición, no he alterado una sílaba de la verdad.» Mi amigo tomó las cuartillas y se puso á leer. Al poco rato alzó los ojos, miró al hombre del terrado, luego á mí, y siguió leyendo. Cuanto más avanzaba en la lectura, más á menudo nos miraba á mí y al hombre, y se ponía cada vez más serio. Al llegar á las últimas líneas, profirió un grito de maravilla, se levantó, me cogió una mano y dijo con acento conmovido: «¿Me das tu palabra de honor de que todo esto es verdad? — Te la doy. — ¿Y de que es él? — También.» Sin decir más, tomó el sombrero y salió presuroso. Me asomé á la ventana y le vi atravesar la plazuela y meterse en la puerta de la casa de enfrente. A los pocos momentos observé que el hombre del terradillo había desaparecido.

De allí á un rato volvió á aparecer, y un instante después mi amigo atravesaba de nuevo la plazuela. «Te conozco, dije para mí corriendo á abrir la puerta; sé lo que has ido á hacer.» El amigo se presentó en el umbral. «Tú, le dije, has ido á besar la frente á ese hombre.» Me miró, sonrió, y echándome los brazos al cuello me contestó, lleno de júbilo: «No, porque no era digno de ello; he ido á besarle las manos.»

II

Corría el verano de 1861, época en que circulaba por Europa la fama de las fechorías de los bandoleros italianos; días memorables en que Pietropaulo llevaba en el bolsillo la barba de un «liberal» con su perilla napoleónica; en que en Montemiletto se sepultaban vivos, bajo un montón de cadáveres, los que habían gritado: «¡Viva Italia!» en que en Viesti se comían las carnes de los campesinos que se negaban á cumplir las órdenes de sus expoliadores; cuando el coronel Negri, cerca de

de lleno. «¡Qué veo!, exclamé. ¿Es posible?» Alargué más el anteojo y volví á mirar. «¡Sí, es él, no cabe duda! Cien veces he visto esa cara en los retratos.» Y entonces acudió á mi memoria un suceso hacía tiempo olvidado, y casi en el mismo instante el principio y el fin del relato que hallará el lector más adelante. El amigo me preguntó: «¿Qué tal? ¿Tiene ó no cara de camastrón, de descreído y de orgulloso?» Sus palabras no me hicieron ya sonreír como antes; le contesté que, á decir verdad, no era un hombre simpático; pero que me parecía haberle visto otras veces; que quería satisfacer la curiosidad de saber quién era y que iría á preguntárselo á él. En efecto, al otro día fui á hacerle una visita con el pretexto de averiguar claramente el hecho que tenía relación con él, pues, como le dije, me proponía escribirlo. Acostumbrado á recibir visitas de esta naturaleza, me acogió cortésmente, me lo contó todo con gran indiferencia, como si se refiriese á otro y no á él, me habló de la mujer (no esposa) que con él vivía y de las costumbres de su vida. «Vivimos juntos hace diez años, dijo al terminar; yo tengo paciencia, ella también, y lo pasamos.. como Dios quiere. Mis dos principales consuelos son el aprecio de la gente y la adhesión de esa desgraciada.» Fuíme á mi casa, pasé escribiendo toda la noche y la mañana siguiente, y al otro día volví á casa de mi amigo con el manuscrito. Era la hora en que el «tendero» tomaba el fresco en el terrado. Después de hablar de cosas indiferentes, recayó la conversación sobre la antipatía. «Amigo mío, le dije, te has equivocado de medio á medio. — Es imposible, me respondió con su vivacidad habitual. — Dejémonos de bromas, repliqué, y lee estas cuartillas: contienen un relato histórico que he escrito estos días; el personaje principal es tu antipático «tendero;» te doy mi palabra de que, aparte los necesarios artificios de la

exposición, no he alterado una sílaba de la verdad.» Mi amigo tomó las cuartillas y se puso á leer. Al poco rato alzó los ojos, miró al hombre del terrado, luego á mí, y siguió leyendo. Cuanto más avanzaba en la lectura, más á menudo nos miraba á mí y al hombre, y se ponía cada vez más serio. Al llegar á las últimas líneas, profirió un grito de maravilla, se levantó, me cogió una mano y dijo con acento conmovido: «¿Me das tu palabra de honor de que todo esto es verdad? — Te la doy. — ¿Y de que es él? — También.» Sin decir más, tomó el sombrero y salió presuroso. Me asomé á la ventana y le vi atravesar la plazuela y meterse en la puerta de la casa de enfrente. A los pocos momentos observé que el hombre del terradillo había desaparecido.

De allí á un rato volvió á aparecer, y un instante después mi amigo atravesaba de nuevo la plazuela. «Te conozco, dije para mí corriendo á abrir la puerta; sé lo que has ido á hacer.» El amigo se presentó en el umbral. «Tú, le dije, has ido á besar la frente á ese hombre.» Me miró, sonrió, y echándome los brazos al cuello me contestó, lleno de júbilo: «No, porque no era digno de ello; he ido á besarle las manos.»

II

Corría el verano de 1861, época en que circulaba por Europa la fama de las fechorías de los bandoleros italianos; días memorables en que Pietropaulo llevaba en el bolsillo la barba de un «liberal» con su perilla napoleónica; en que en Montemiletto se sepultaban vivos, bajo un montón de cadáveres, los que habían gritado: «¡Viva Italia!» en que en Viesti se comían las carnes de los campesinos que se negaban á cumplir las órdenes de sus expoliadores; cuando el coronel Negri, cerca de

Pontelandolfo, veía colgados en las ventanas, á guisa de trofeos, miembros ensangrentados de soldados; cuando el pobre subteniente Bacci, herido y hecho prisionero en un combate, parecía después de ocho horas de horrendas torturas; cuando turbas de chusma insensata salían de noche de los pueblos á recibir con antorchas á las cuadrillas; cuando se incendiaban las mieses, se derribaban las casas, se capturaban familias, se empalaba, se desollaba y se descuartizaba.

Uno de los últimos días de julio, poco después de la salida del sol, se encaminaba hacia San Severo, por un valle desierto de la provincia de la Capitanata, un guardia civil á caballo, el cual había salido la noche antes de aquella ciudad para llevar al comandante de una columna móvil una orden del coronel. Llevaba debajo de la levita una carta contestando á aquella orden, en la cual el comandante decía que á las ocho de la mañana se proponía encaminarse á un repecho de un monte vecino, donde había sabido que solía ir á descansar una cuadrilla de salteadores que hacía algún tiempo infestaba aquellas tierras. El portador de la carta era hombre de unos treinta años, alto, enjuto de carnes, con dos ojillos brillantes y unos bigotes puntiagudos; y esa arruga vertical del entrecejo, que demuestra el hábito de la reflexión, y su rígida actitud y sus movimientos francos y resueltos atestiguaban una fuerza de voluntad correspondiente á las necesidades del tiempo y de los lugares. Iba al trote por un tortuoso sendero, volviendo la cabeza á uno y otro lado, mirando las praderas abandonadas, los montes peñascosos, el cielo purísimo, sin oír otro rumor que las pisadas de su caballo y el choque de su sable.

De pronto, al pasar entre dos matorrales altos y espesos, vió un relámpago y oyó un tiro. Mientras revuelve el caballo y coge la pistola, el animal vacila; en el momento en que baja

la cabeza para ver si está herido, se siente sujeto por detrás, y al volver la cabeza, un hombre salta del matorral del que había salido el tiro y cae sobre él, y detrás, como una sombra, un tercero; no tuvo tiempo de disparar, ni de apearse ni de ponerse



No tuvo tiempo de disparar, ni de apearse, ni de ponerse en guardia.

en guardia; le derribaron y le tendieron en el suelo. Quiso resistirse, se desasíó, pegó, mordió, pero no pudo levantarse; sin fuerzas ya, se entregó y se dejó desarmar. Pero en el ardor de la lucha, envuelto en una nube de polvo, había podido, con un movimiento rapidísimo, meterse la carta en la boca sin que lo vieran sus agresores. Le ataron las manos á la espalda, le levantaron, le colgaron al cuello el sable, la capa enrollada y el maletín de la silla, arrastraron el caballo detrás del matorral, y

luego echaron á andar á campo traviesa, dándole empujones y con una algarabía infernal de blasfemias, amenazas, golpes y carcajadas.

Anduvieron de prisa cosa de media hora, y cuando creyeron estar lo bastante alejados del camino frecuentado para no temer ninguna sorpresa, acortaron el paso. Habían llegado á las faldas de los montes, entre árboles, á un sitio en que no se veían casas, ni cabañas, ni indicio de vivienda. El guardia, encorvado bajo el peso de sus arneses, no daba señales de terror ni de ira, y su rostro pálido, pero no alterado, demostraba el ánimo del que sabe la suerte que le aguarda y tiene el corazón preparado para arrostrarla. No ignoraba que caer en poder de los bandidos en aquellos días de feroces represalias equivalía á perder la vida; por esto se notaba en él ya algo de la calma solemne de la muerte, y quien no lo hubiese sabido, sólo al mirarle los ojos habría dicho: «Ese hombre va á morir.» El bandolero que iba delante volvía de vez en cuando la cabeza para lanzarle una mirada entre curiosa y suspicaz. El que iba á su lado, y que parecía ser el jefe de la cuadrilla, miraba á su vez, ora al preso, ora á su compañero, con el cual cambiaba una mirada de triunfo.

— Toma, dijo de pronto suspendiendo su fusil del cuello del guardia civil; llévamelo.

— Y el mío también, dijo el que iba delante, é hizo lo mismo.

— ¿Y tú?, preguntó el jefe al tercer ladrón que iba detrás y parecía el más joven.

— ¿Yo?, contestó el interpelado. Prefiero llevarlo..., no se sabe lo que puede suceder.

— ¡Bellaco!, exclamó el otro, dirigiéndole una mirada despreciativa; y volviéndose luego al guardia, añadió poniéndole

una mano en el hombro: Amigo, ahora vas á decirnos adónde ibas.

El interpelado no contestó.

— ¡Oh!, ¡oh!, exclamó el bandido bajándose á coger una vara. ¿No has oído?, y le dió con ella un palo en las manos.



El bandolero que iba delante volvía de vez en cuando la cabeza

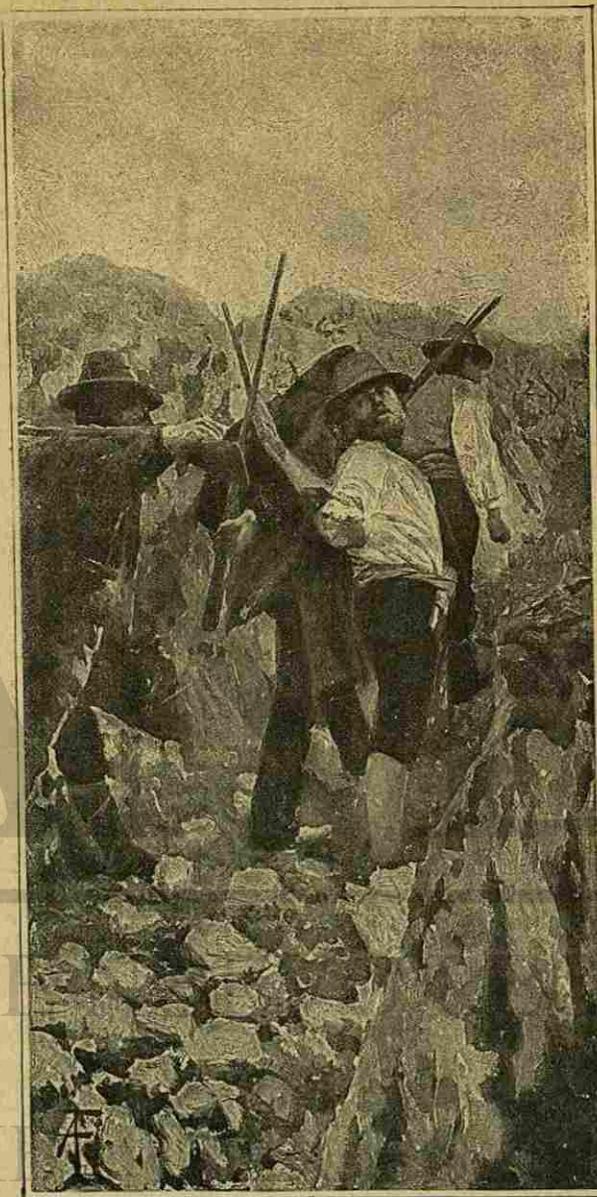
El guardia siguió adelante sin contestar.

— ¡Ah pobrecillo, ya hablarás!, repuso el ladrón tirando la vara; todos empiezan como tú, pero también acabarás como los demás; cuando sientas que te pinchan, gritarás lo mismo que todos: no tengas cuidado.

Al decir esto, le dió un empujón para meterle por un sendero á orillas de un arroyo; siguieron por él un rato en derecha, pasaron luego por un puentecillo, y empezaron á subir por una senda angosta á un monte empinado y peñascoso. El

guardia, apretado el cuello por las correas del fusil, embarazado por tener las manos atadas, sofocado por el uniforme, empapado de sudor, subía trabajosamente, tropezaba en las rocas, caía de rodillas, y se levantaba á duras penas para volver á caer, y los bandidos lo maltrataban y le hacían andar á punta-piés, burlándose de él y gritando: «¡Arriba, cobarde! Cuando vosotros nos cogéis nos atáis á la cola de vuestros caballos. Ahora te toca á ti, piamontés.»

En medio de la ladera del monte los esperaban. En un sitio donde la roca estaba desmoronada, y se veían derrumbes y precipicios, con unos cuantos arbustos áridos y matas, bajo una peña hueca y que formaba curva á modo de bóveda, se extendía un pequeño espacio de terreno llano, rodeado de pedruscos, en parte desprendidos desde lo alto, y en parte, los más pequeños, acarreados á fuerza de brazos entre los primeros, de modo que entre unos y otros constituían á modo de un parapeto. La peña servía de techo y de pared á una cabaña de madera que ocupaba una cuarta parte del espacio cerrado. En la cara interna de la roca se habían practicado grandes agujeros como nichos, para guardar objetos, así como escalerillas desde lo alto de las cuales se veía toda la cuesta. Entrábase allí por una abertura un poco más ancha que un hombre. Desde fuera no aparecía indicio de lugar habitado; dentro parecía á la vez cubil, reducto y cuerpo de guardia. En los nichos había vasos, tazas de hojalata, cazuelas, panes y cuchillos; de las puntas salientes de las rocas pendían morrales y frascos; en un rincón había un montón de cenizas y de tizones, y la roca estaba ahumada por arriba; bajo la cabaña, paja y ropas hacinadas. Mirando hacia arriba, además de la peña, y detrás y á los lados, no se veían más que piedras, fosos profundos, y enormes masas casi suspendidas en el aire, con alguno que otro



Y empezaron á subir por una senda angosta

árbol que apenas aparecía como una mata de hierba. Abajo los flancos escarpados del monte, más allá llanura, y en lontananza otros montes.

Un hombre, apostado en el último peldaño de una escalera, apoyado de codos en la peña y con la cara oculta entre dos piedras, á través de las cuales acechaba como desde una saetera, estaba esperando á la cuadrilla. Cuando divisó al guardia civil, palmoteó en señal de alegría y siguió con mirada atenta todos sus pasos, acompañando cada golpe que veía darle con un ademán y una blasfemia, como para aumentar la fuerza del golpeador y el dolor del golpeado.

Cuando estuvieron á pocos pasos de la guarida, bajó y fué á esperarlos á la puerta. Llegaron. El guardia, metido allí de un empujón, cayó en medio del recinto; los demás entraron con premura, jadeando, bufando y tirando por todas partes bolsas, sombreros y armas; se sentaron á la redonda en unas piedras y pasaron un rato silenciosos para cobrar aliento y enjugarse el sudor.

— ¡Aquí traemos uno!, exclamó por fin el jefe de la cuadrilla dirigiéndose al camarada que había salido á recibirlo.

— Vivo y sano, contestó éste.

Luego, echando una ojeada al preso y viendo que llevaba espuelas, preguntó:

— ¿Y el caballo?

— No me hables, contestó el bandido despechado; tendré que hacer pedazos esta maldita carabina; he herido al animal en vez de herir al hombre.

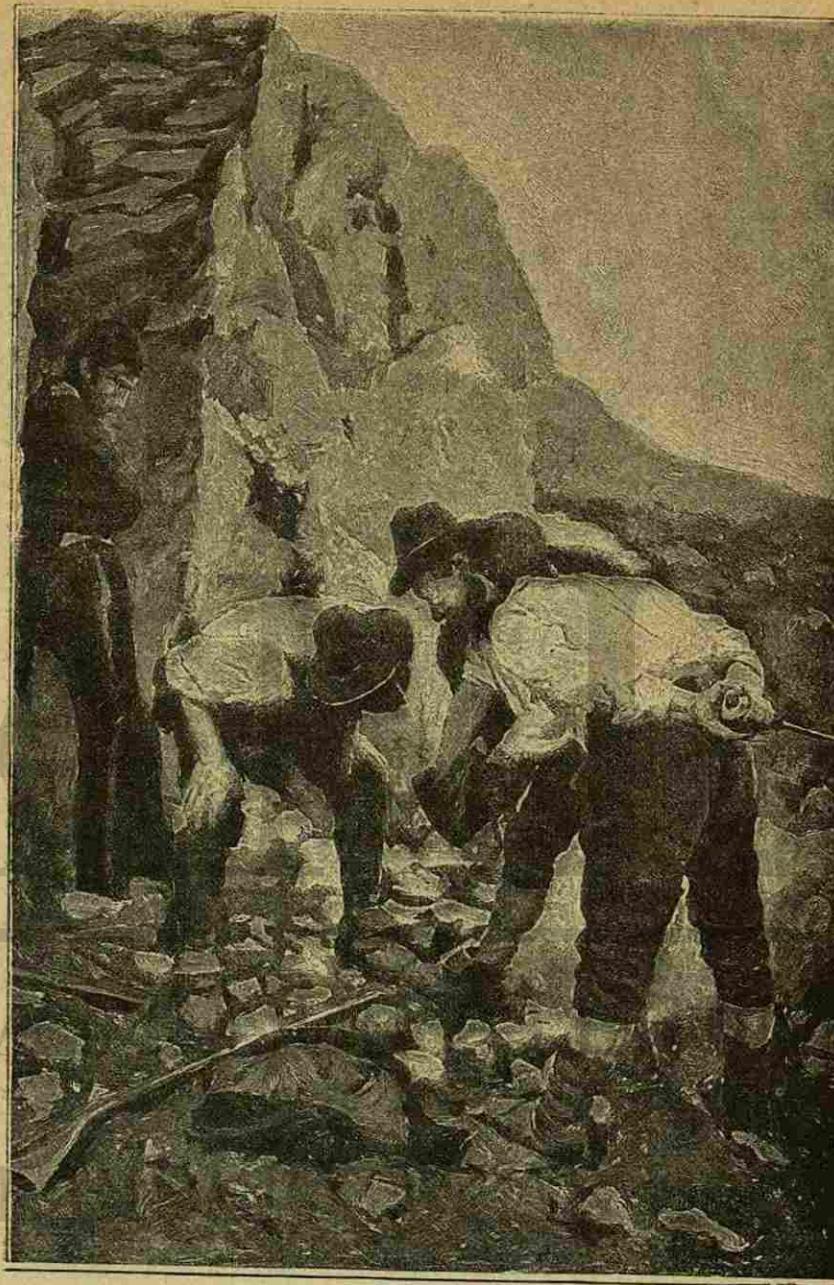
É hizo en pocas palabras el relato de lo ocurrido.

— No importa, dijo el otro, ha sido un golpe de maestro.

Se acercó al guardia, le ayudó á levantarse, y después de mirarle un rato con aire de estúpida curiosidad, le quitó de en-

cima el fusil, la capa y el sable; le quitó también el sombrero, que examinó por todos lados, sonrió y lo tiró á un rincón. El preso, extenuado, se apoyó en la cabaña y se puso á mirar á los ladrones uno por uno con la mirada lenta y grave de un enfermo cuyo pensamiento está ya fijo en la otra vida. Los bandidos se pusieron á registrar su maletín.

Tenían en verdad fachas dignas del sitio y de sus acciones. El que parecía el jefe era hombre de unos cuarenta años, bajo, pero robusto, con la cabeza grande, las orejas tocando en los hombros y las piernas arqueadas con dos pantorrillas enormes; de pies á cabeza ancho, corto, basto, aplanado; parecía un gigante metido en sí mismo, que se hubiese hinchado tanto como se había acortado, y negro, barbudo, cabelludo, de modo que no se le veían más que dos dedos de frente y un poco de los carrillos. De los otros tres, dos parecían hermanos; tenían la misma frente angosta, la misma nariz arremangada, los mismos ojos de zorro, la misma boca sin labios, curva en forma de semicírculo vuelto hacia arriba, y la misma barba aguda y lampiña, y uno y otro eran bajos y nerviosos. Los tres tenían en los ojos ese no sé qué de obscuro, avieso, lúbrico y procaz, que revela la monstruosa extravagancia de ciertos caracteres, mezcla de superstición y de ferocidad, de valor temerario y de abyecta bellaquería. Más bien flacos que gruesos, tenían en sus pasos y movimientos, y hasta en sus arrebatos de ira, algo de la blanda ligereza del tigre. Llevaban un sombrero de alcuza, dos altas polainas y una chaqueta holgada y abierta por delante, y entre la chaqueta y los calzones salía á bolsas una camisa sujeta con una ancha faja azul. El cuarto bandido, que parecía el más joven, tenía un rostro más humano, y era también bajo y barbilampiño como los dos que parecían hermanos.



Los bandidos se pusieron á registrar su maletín

– Ahora, dijo el jefe cuando hubo acabado de registrar la maleta, haced que se desnude; después comeremos un bocado, y luego... ya veremos...

Los dos hermanos se acercaron al guardia, y uno de ellos le



Apoyó los codos en la peña, puso la cara entre las dos manos y se quedó inmóvil

desató los brazos, mientras el otro le ponía un puñal al pecho. Los dos brazos desligados cayeron á ambos lados del cuerpo como los de un cadáver.

– Fuera el uniforme, dijo uno de los ladrones.

El preso le miró, y estuvo un momento perplejo, frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.

El bandido más joven le miraba con tristeza.

— Tú, le dijo el jefe que estaba sentado á la puerta, anda á tu puesto.

El joven, como obedeciendo á una orden habitual, subió la escalerilla desde la cual uno de los bandidos había visto llegar á los compañeros; apoyó los codos en la peña, puso la cara entre las dos manos y se quedó inmóvil.

— Fuera el uniforme, repitieron los dos bandidos levantando á un tiempo la mano.

— Dadle una bofetada que le deje señalados los dedos en la cara, gritó el jefe.

El preso se estremeció como si le hubiesen pinchado una herida, y luego bajó la cabeza en actitud de resignación y se quitó el uniforme. Los dos ladrones lo cogieron; registraron los bolsillos, las mangas, todo, y luego lo arrojaron dentro de la cabaña. Uno de ellos registró también los bolsillos de los pantalones del preso, y dijo al jefe: «¡Nada!»

— Peor para él, contestó éste. Atadlo al hierro.

Los dos malhechores ataron al guardia con las manos á la espalda á un fuerte gancho clavado en uno de los palos de la cabaña.

El infeliz estaba pálido como un cadáver y daba diente con diente como si tuviera la calentura.

Los tres ladrones sacaron de los nichos algunos víveres, se sentaron en tres piedras y se pusieron á comer, hablando á intervalos y con frases cortadas, como suele hacerse cuando se piensa más en lo que se come que en lo que se dice.

— ¿Has sabido las noticias de Casalvecchio?

— ¿El negocio de D. Alejo?

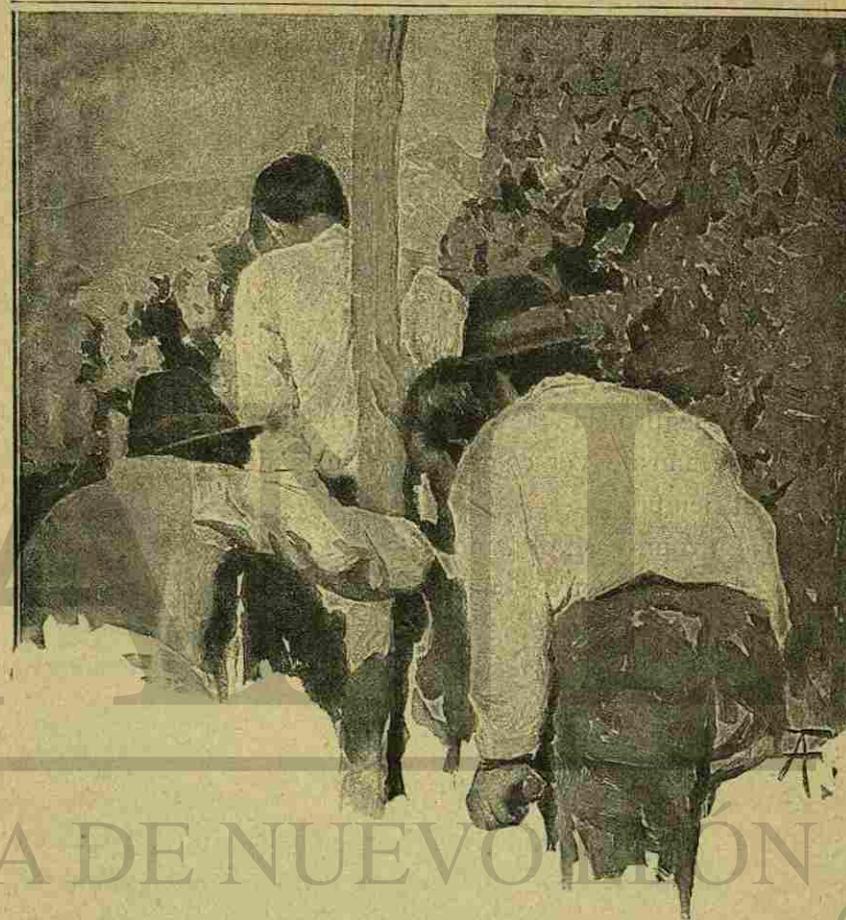
— Sí; doscientos ducados de secuestro.

— ¿Pagados?

— Pagados.

— ¡Qué ganga!

— Y trescientos ducados al alcalde.



Los dos malhechores ataron al guardia con las manos á la espalda á un fuerte gancho

— No han sido exigentes, porque entre él y su hermano tienen muchas tierras.

— Pero lo mejor ha sido lo de Biccari; seis caballos, cinco fusiles, mil ducados y ocho sacos de queso, de un solo golpe.

Y al decir esto tiró una corteza de naranja al preso, diciéndole: «Toma.»

— He oído decir que ha habido sarracina en Cerignola, repuso otro.

— Sí, entre la partida de Salvador Codipietro y los piamonteses. Los cogieron de improviso. Ha sido un espionaje del alcalde. Siete presos.

— ¿El jefe también?

— No.

— ¿Fusilados?

El ladrón hizo un ademán afirmativo.

— ¡Madonna!, exclamó el otro, y volviéndose al guardia añadió: ¿Has oído, eh? Os pagaremos en la misma moneda; tenlo por seguro. Ha de llegar día en que en cada árbol del campo se han de ver colgadas las tripas de un piamontés. Y si no, al tiempo.

Y apuró un vaso de vino.

— Mira, dijo otro señalando al guardia; está pensando.

— ¿En qué piensas?, le preguntó el jefe atusándose el bigote.

— ¿En la mamita?

— ¿Dónde la has dejado?

Y los tres se volvieron á mirarlo.

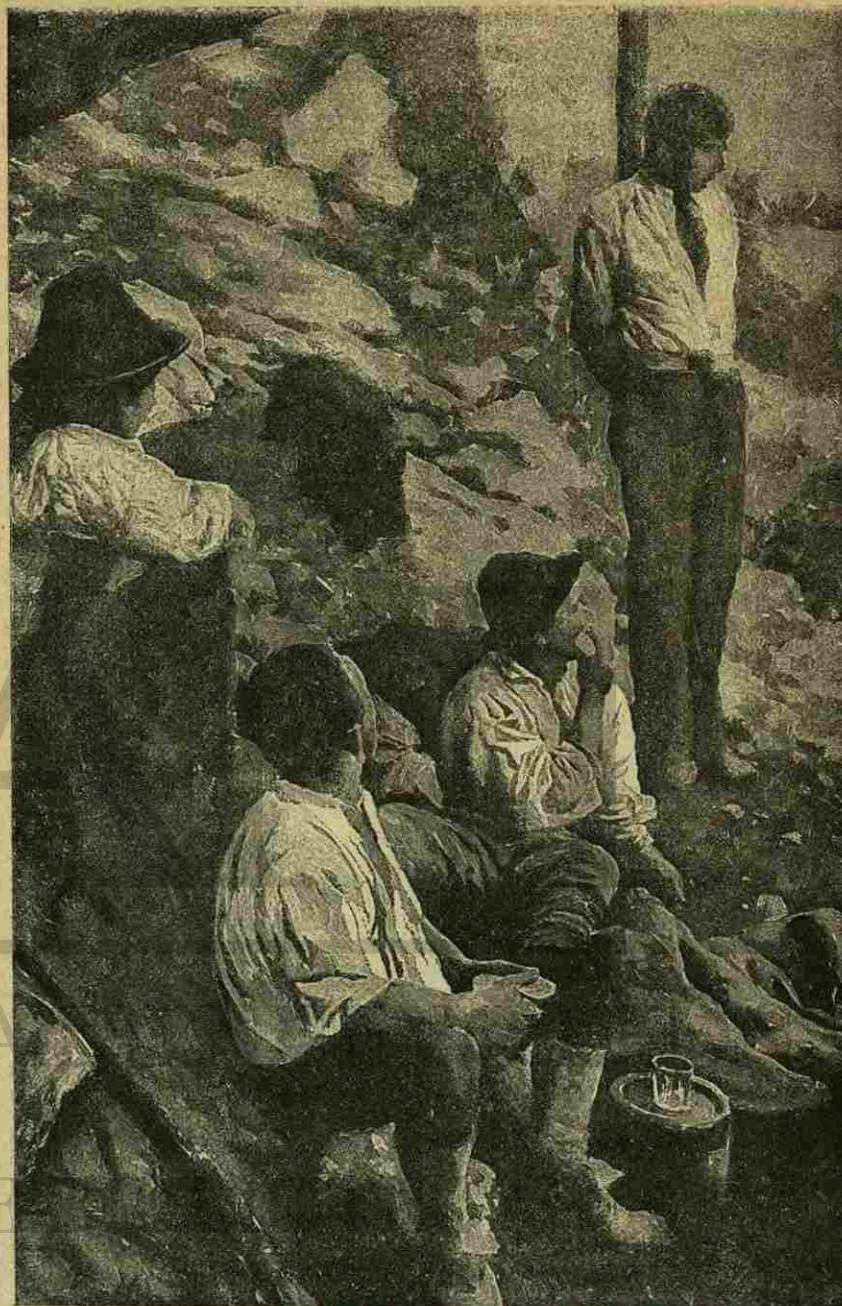
El pobre joven cerró los ojos, pasó así un rato, los volvió á abrir grandes y húmedos, y miró á lo lejos, más allá de los montes.

Los tres bandidos se echaron á reír.

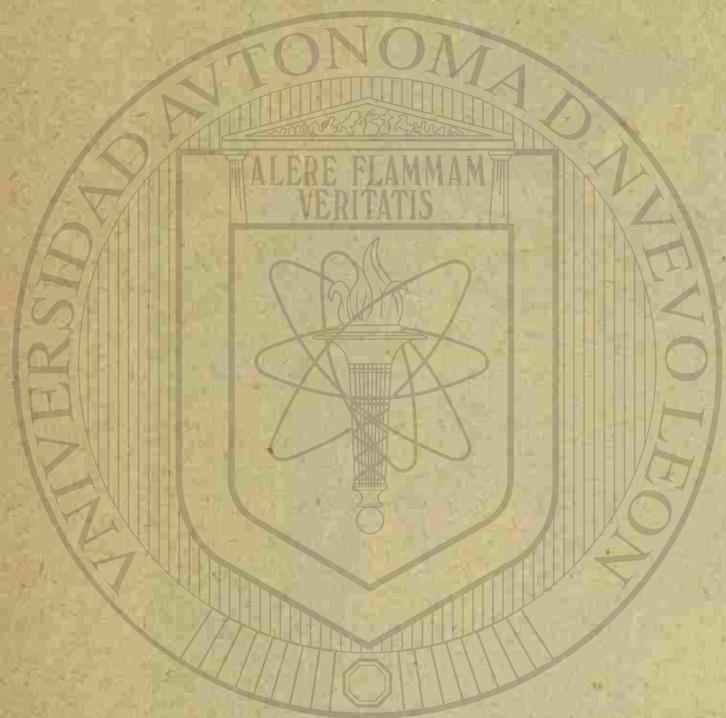
— Lo mejor es que no habla, observó otro. ¿Por qué será? ¿Por soberbia?

— No, por modestia, contestó el tercero con risa burlona.

— Por miedo, replicó el jefe.



Y los tres se volvieron á mirarlo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El preso meneó la cabeza como para decir que no.

— ¡Ah! ¿No?, exclamó el bandido levantándose; ahora lo veremos. Y añadió, dirigiéndose á sus dos compañeros: Éste iba á llevar alguna orden para hacernos caer en la trampa. Hemos perdido ya mucho tiempo. Hagámosle vomitar.

— Sí, que vomite, dijeron los otros dos levantándose.

El guardia alzó la cabeza como queriendo significar: «Estoy preparado.»

Los tres bandidos se le pusieron delante.

Quien hubiese observado en aquel momento al joven que estaba de centinela, le habría visto temblar como la hoja en el árbol, y volverse atrás, para que no le sorprendieran con el rostro pálido de terror. Pero el jefe lo notó y le indicó con un ademán imperioso que cumplierse con su deber, y entonces él tomó la postura de antes.

— Conque di, repuso el bandolero dirigiéndose al guardia con acento que no admitía dilaciones, ¿de dónde venías?

El preso arrugó el entrecejo, fijó en el ladrón una mirada profunda que revelaba una voluntad más resuelta que la suya, y no contestó.

El bandido, sin decir más, le descargó tan violento puñetazo debajo de la barba, que se oyó un crujido como si le hubiese desencajado los dientes.

— ¿Contestarás ahora?

El guardia bajó la cabeza, dejó correr la sangre de que tenía llena la boca, y luego, volviendo á mirar al bandido con expresión de imperturbable arrogancia, indicó que no.

El bandido se mordió los labios, cambió con sus compañeros una sonrisa forzada, y después, con mucha calma, se metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja, la abrió, desabrochó la camisa al preso, y le puso la punta de la hoja debajo de la

garganta. La víctima hizo un movimiento convulsivo como si le hubiese penetrado ya el arma. «Ningún miedo,» dijo el ladrón, é hizo correr la navaja desde el cuello hasta la cintura, lenta y levemente, como hubiera hecho en una mesa para trazar una línea. En el pecho del infeliz apareció una larga raya encarnada, semejante al corte hecho con una navaja de afeitar, que desapareció en seguida bajo las gotas de sangre que brotaron de ella; gotas que fueron resbalando como lágrimas por dentro y fuera de la ropa hasta caer al suelo.

— ¡Ah, ah!, gritó con voz bestial el jefe; ¿empiezas á enterarte?

— Mira cómo corre, dijo otro.

El ladrón joven se tapó la cara con las manos.

— ¿Hablarás ahora?, preguntó el jefe.

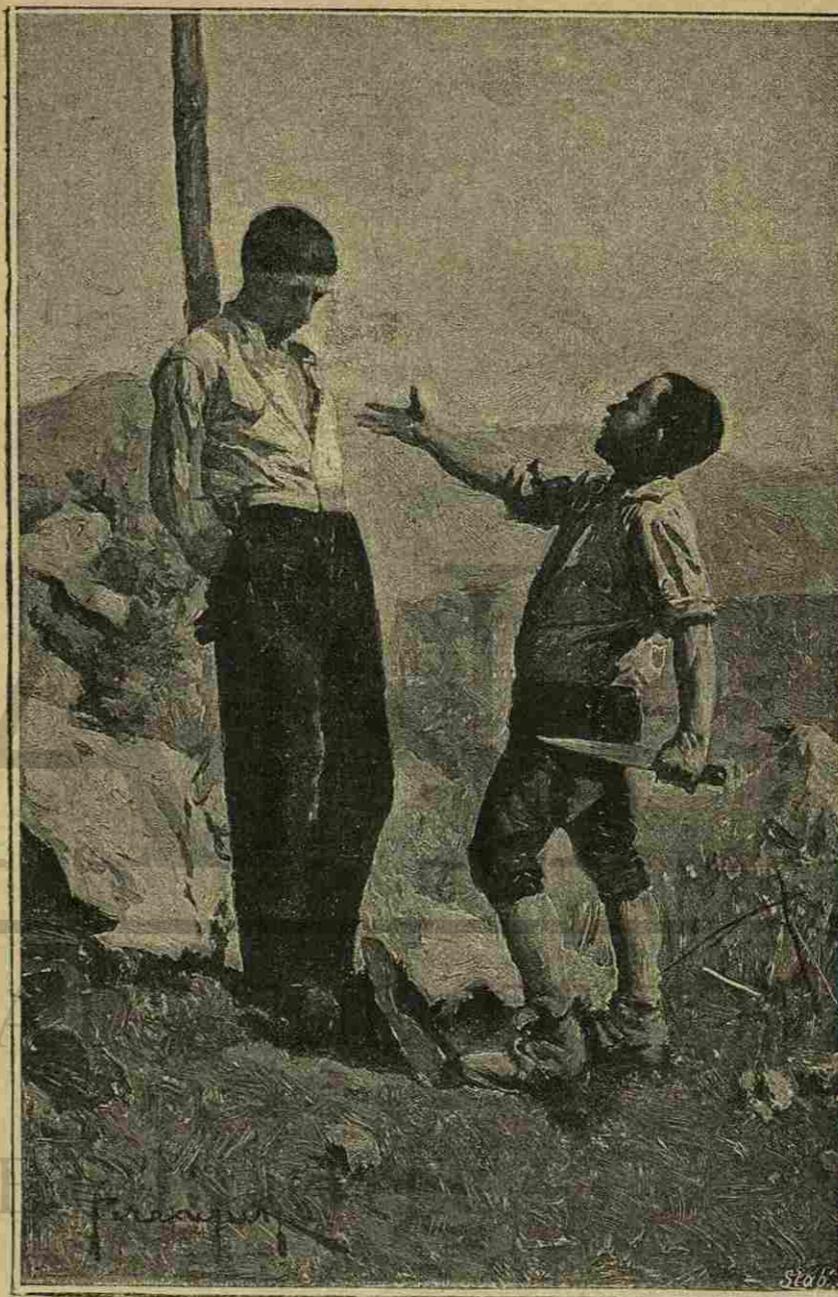
El guardia miró cómo chorreaba la sangre, luego levantó la cabeza, miró al ladrón, y con la misma expresión que antes hizo un ademán negativo.

Los tres malhechores se miraron más bien con estupor que con ira.

— Pero ¿quieres morir, imbécil?, gritó de pronto el jefe, acercando su cara á la del carabinero casi hasta tocarla y agitando una mano abierta junto á su mejilla. ¿No ves que estás aquí, en nuestro poder, y que te podemos despanzurrar como á un perro? ¿Qué esperas? ¿Que te vengán á libertar? Di algo. Haznos oír tu voz. Pronuncia al menos una palabra.

El preso siguió callado.

Uno de los ladrones, lleno de rabia, esgrimió la navaja; pero el jefe le sujetó el brazo, diciendo: «¡La navaja no!,» y cogió un fusil. «Esto es lo que ha de probar;» y levantando el arma del suelo, se la dejó caer con tanta fuerza en los pies que crujieron los huesos; el infeliz lanzó un agudo lamento y con-



Soy capaz de darte de puñaladas hasta mañana sin quitarte la vida...

trajo todo el cuerpo como atacado de epilepsia. Pero casi al mismo tiempo, sacando fuerza del dolor, golpeó el suelo con el pie lastimado, levantó la cabeza y gritó con un rugido: «¡No!»

Los tres bandidos lo cogieron por el cuello, y se disponían á arrancarle los ojos, cuando el joven que estaba de centinela, cobrando audacia del terror que no podía vencer, gritó con voz y cara de loco: «¡Matadlo de una vez, por Dios! ¡Pegadle un tiro en la cabeza! ¿De qué sirve hacerle padecer tanto?»

Los tres malhechores, sorprendidos de su osadía más que de sus palabras, se volvieron á mirarlo con estupor; pero este estupor fué breve. El jefe se lanzó sobre el joven temerario, y le asestó un puñetazo en la nuca que le hizo dar de bruces contra la peña. El joven, aturdido, volvió á ocupar su anterior posición; mas al echar una mirada por la ladera del monte abajo, hizo un ligero movimiento de sorpresa, avanzó más el cuerpo y se quedó inmóvil con la mirada fija. El jefe de la cuadrilla no lo notó y volvió junto á su víctima. Estaba lívido, rechinaba los dientes y temblaba; sus mismos compañeros lo miraban con zozobra. Puso una de sus gruesas manos sobre la cabeza del guardia, alzó la otra con el índice levantado en ademán de amenaza, y mirándole de soslayo con los ojos inyectados de sangre, murmuró con voz iracunda:

— Oye... En mal hora se te ha ocurrido la idea de mostrarte testarudo conmigo... Aún no sabes quién soy... He hecho que se les erizasen los cabellos á hombres que tenían más hígado que tú... No tienes idea de lo que soy capaz de hacerte sufrir... Soy capaz de darte de puñaladas hasta mañana sin quitarte la vida..., de reducirte á no tener ya figura de hombre..., de sacarte los ojos... Sabes lo que les ha sucedido á los otros..., no me pongas en el mismo caso...; di lo que debes decir antes que se me suba la sangre á la cabeza...

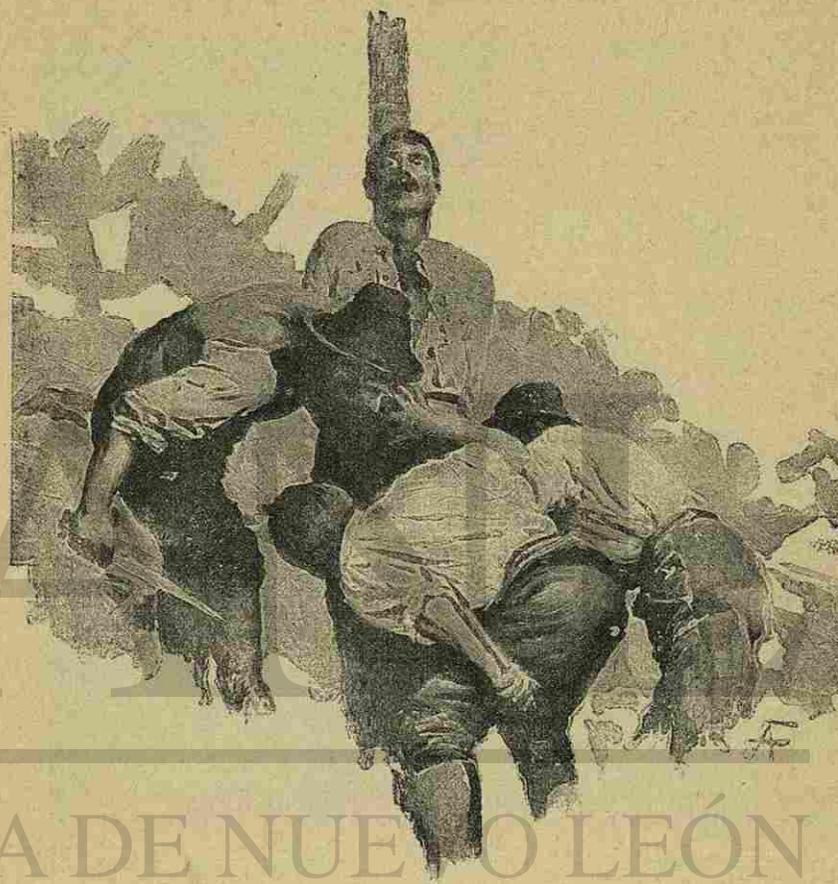
Al decir las últimas palabras, le quitó la mano de la cabeza, la miró y vió que la tenía llena de cabellos. Despechado, se los arrojó á la cara, dejándoselos pegados á la boca. El guardia, para quitárselos, escupió. Los bandidos, tomándolo á desprecio, no se contuvieron ya. Los tres lanzaron un grito de rabia, y bajando la cabeza, torciendo los ojos, se le echaron encima como tres fieras, y empezaron á torturarlo á porfía y silenciosos con la punta de las navajas, con las uñas, con los dientes, con las rodillas y con los pies; uno ú otro descansaba un momento para respirar, y se decían: «Espacio,» para advertirse mutuamente que no se le matara; y pateaban, pinchaban y mordían, y caían al suelo gotas de sangre, jirones de camisa, mechones de cabellos; y no se oía más que la respiración jadeante de los tres verdugos, y el ruido de las navajas al tropezarse, y el sollozo seco de la víctima; estaban ciegos, ebrios, fuera de sí; no parecían ya tres hombres, sino un solo monstruo de tres cuerpos ferozmente encarnizado con un hombre; presentaban un conjunto horrible de demencia, bajeza y crueldad.

— ¡No lo matéis todavía!, volvió á decir el joven con grande afán, volviéndose y revolviéndose rápidamente, ora hacia los bandidos, ora hacia el campo, y levantando progresivamente la voz como si así quisiera disimular un rumor que se acercaba. ¡No lo matéis aún! Esperad. ¡Lo dirá todo! Si lo matéis, no sabréis nada. Probad todavía. Ha hecho seña de que quiere hablar. Después lo mataréis. Yo mismo le daré una puñalada en el corazón si no se la dais vosotros. Dejad descansar los puñales y pegadle solamente con las manos. ¿No veis que se muere?

Sin dejar de gritar lanzó una mirada fuera, cerca, al pie del parapeto; luego saltó en medio del recinto, y mudando de

pronto de expresión y de voz, gritó con acento de profundo desprecio:

— ¡Ah, infames! ¡Tres contra un moribundo!



Y bajando la cabeza, torciendo los ojos, se le echaron encima como tres fieras

— ¡Maldición!, exclamó el jefe precipitándose sobre él con la navaja levantada.

— ¡Ya es tarde!, respondió el joven con inexplicable júbilo, y señalando la puerta añadió: ¡Mira!

En el mismo momento, los otros dos facinerosos, avisados

por las palabras del joven, se apresuraron á echar una capa sobre la víctima, y mientras el jefe cogía el fusil para salir al encuentro del enemigo misterioso que avanzaba, resonó un estrépito de armas, pasos y voces, relucieron bayonetas y fusiles delante de la puerta, en las peñas, en lo alto del cerro, y penetró una partida de guardias civiles que en un abrir y cerrar de ojos rodeó, sujetó, desarmó y derribó á cuantos encontró en el recinto. Siguiéronse algunos momentos de silencio, durante los cuales no se oyó otra cosa más que la respiración afanosa de los guardias jadeantes.

— ¡Socorred al moribundo!, gritó de pronto el ladrón joven, que estaba arrodillado como los otros, con las manos apoyadas en el suelo, bajo la bayoneta de un guardia.

— ¿Qué moribundo?, preguntó el capitán adelantándose.

— Allí, en ese rincón.

Todos se volvieron á mirar, pero nadie descubría nada.

— Debajo de la capa, repitió el ladrón.

El capitán, seguido de todas las miradas, se acercó á la cabaña, tiró de la capa y la arrojó al suelo. Á la vista de tan horrendo espectáculo resonó un grito general de horror. El infeliz preso, arrodillado, con los brazos retorcidos y atados á la espalda, la cabeza caída sobre el pecho, estaba lívido y tan lleno de heridas y de sangre, que parecía desollado.

— Desatadlo en seguida, mandó el capitán á los guardias. ¡Dadle de beber!

Tres guardias corrieron á desatarlo, lo sentaron y empezaron á reconocer las heridas; los otros, ciegos de furor, se pusieron á dar de culatazos á los bandidos.

— ¡Abajo las armas!, gritó el capitán, y volviéndose al ladrón joven le dijo: Habla tú.

El guardia que lo sujetaba le permitió levantarse.

— ¿Cuándo han cogido preso á este hombre?, preguntó el capitán; di la verdad antes de morir.

— Ese hombre, contestó el joven, temblando aún de horror y de espanto, ese guardia... lo han cogido esta mañana..., le



¡Ah, infames! ¡Tres contra un moribundo!

han traído aquí..., lo han atado..., querían que hablase..., él se negaba..., no ha hablado..., se le han echado encima... y he visto... ¡Oh Dios mío, Dios mío!

— Pero tú, ¿quién eres?, preguntó el capitán quitándole el sombrero.

Todos se volvieron y exclamaron:

— ¡Una mujer!

— ¡Sí!, gritó ésta como una insensata; soy una mujer..., me han robado hace quince días..., me pusieron un cuchillo en la garganta..., me han traído con ellos... Pero no me he manchado las manos de sangre, ¡no!, ¡lo juro!, los acompañaba únicamente porque no me matasen. Soy de San Severo..., soy una pobre aldeana.

— ¿Por qué no le has pegado un tiro en la cabeza á uno de esos?

— No me atreví..., me habrían atormentado... Es menester ver lo que hacen... Creía que me iba á volver loca... Si lo hubieseis visto... Pero él (y designaba al herido)..., él ha sido un dios..., lo ha soportado todo..., no ha dicho una palabra, no, ni una palabra.

— ¡Arrastrad á esos malvados á los pies de su víctima!, gritó el capitán.

Los guardias arrastraron á los tres bandidos hasta ponerlos delante del herido, á quien habían dejado un lienzo que le cubría la cara.

— ¡Soy yo!, dijo el capitán inclinándose hacia el infeliz que empezaba á volver en sí; ¡estás salvado!, ¡estás entre tus compañeros!, ¡ánimo! Mira, tus asesinos están arrodillados delante de ti.

El infeliz alzó lentamente la cabeza; extendió una mano, la puso sobre la cabeza del jefe de los bandidos, la retiró, sonrió con la boca ensangrentada, alargó la cabeza y le escupió á la cara.

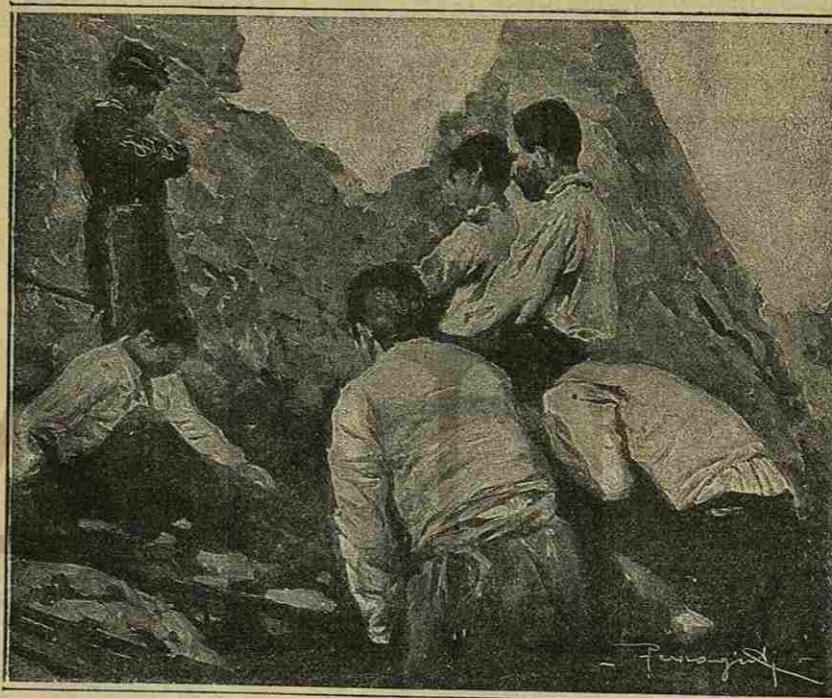
— ¿Qué es esto?, preguntó el capitán recogiendo una cosa blanca y mojada que vió caer de la boca del desgraciado.

— ... La contestación... al coronel..., respondió el herido con voz apagada.

— ¿Al coronel de San Severo? ¡Mi contestación! ¿La que te he dado esta mañana?

El guardia indicó que sí.

El capitán se lanzó sobre él, le echó un brazo al cuello y



Uno tras otro, arrastrándose como culebras, besaron los pies al herido

le dió un beso en la frente; luego se irguió y con acento enérgico y conmovedor gritó á los soldados:

— ¡Muchachos, inclinaos ante este valiente! Llevaba al coronel una carta mía anunciándole nuestra partida, la hora y sitio adonde íbamos; si los ladrones la cogían, se escapaban; se la metió en la boca, y no habló por no descubrirse, y soportó los tormentos en silencio. ¡Es un héroe, un mártir, un alma grande!

— ¡Sí!, gritaron á una todos los guardias con voz que les salía de lo más hondo del alma.

— ¡Besadle los pies, canallas!, gritó el capitán á los ladrones.

Uno tras otro, arrastrándose como culebras, besaron los pies al herido.

— ¡Capitán!, gritó entonces la mujer mirándole con ojos de loca; yo pude avisarles cuando ustedes llegaban..., no lo hice y les dejé sorprenderlos... En recompensa, sólo pido un favor. Soy ya una mujer perdida... No puedo volver á mi casa... ¡Fúsilame usted con esos!

— ¡No!, exclamó el herido haciendo un esfuerzo.

Todos volvieron la cabeza.

— Usted..., prosiguió el infeliz con voz débil, tendiendo á la mujer una mano ensangrentada, debe hacer una obra de caridad...

— ¿Cuál? ¡Diga usted! ¡Se lo pido por Dios!, exclamó la joven echándose á sus pies con las manos juntas.

— Acompañarme..., murmuró el infeliz.

— ¿Adónde?

— A todas partes.

Todos se miraron con extrañeza.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?, preguntó la joven.

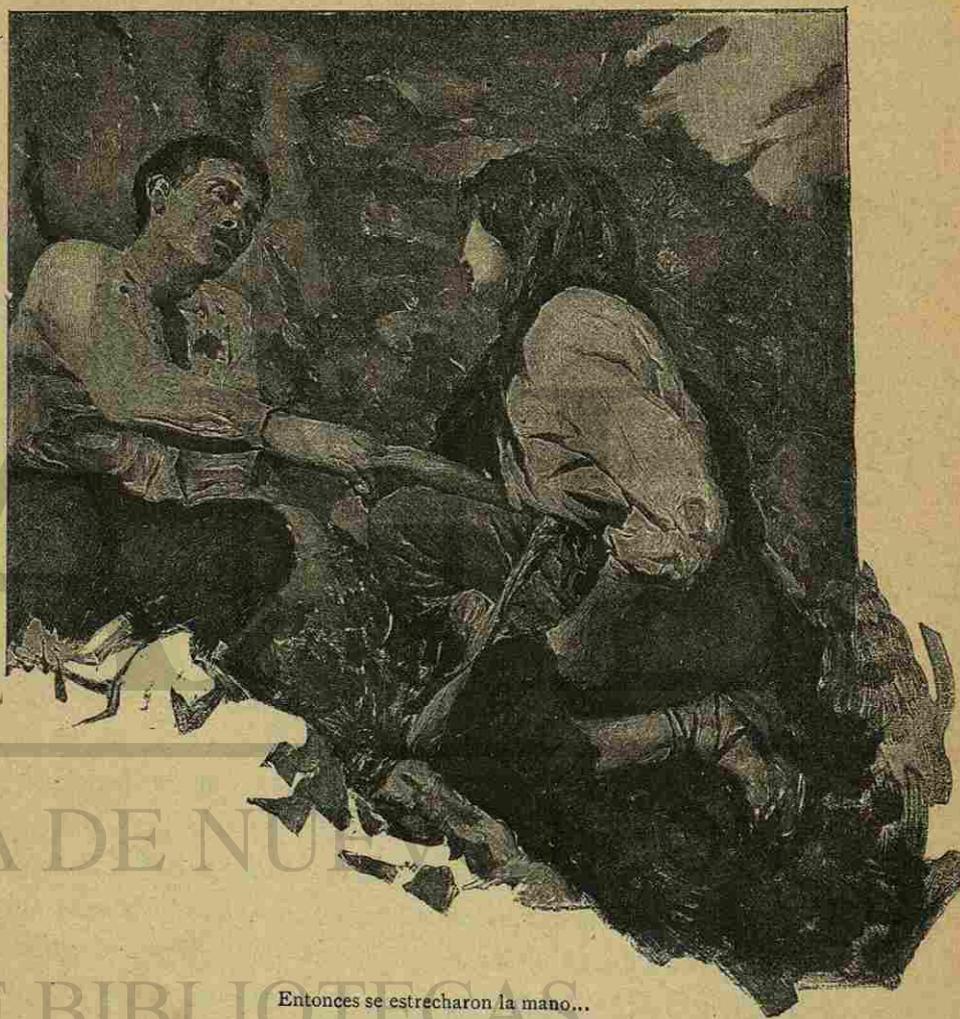
— Aún no han visto ustedes todas mis heridas..., respondió el guardia. Miren ustedes.

Y levantó el pañuelo que le cubría la frente. Todos se acercaron curiosos, miraron y profirieron un grito de horror y de compasión.

El desventurado estaba ciego.

— ¡Mueran, mueran!, gritaron entonces todos los guardias golpeando fuertemente á los bandoleros con los fusiles y con los pies. ¡Mueran!

La voz del capitán no consiguió dominar el tumulto; los guardias se lanzaron fuera llevándose á los ladrones en su carrera precipitada.



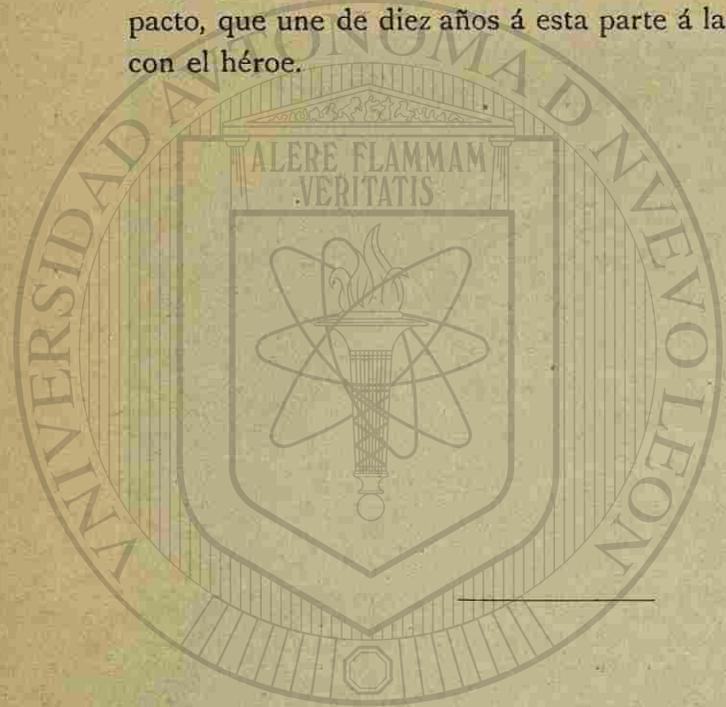
Entonces se estrecharon la mano...

— ¿Hará usted... esa obra... de misericordia?, preguntó el herido á la mujer cuando se quedaron solos.

Ésta alzó los ojos al cielo y contestó:

— Mi vida es de usted.

Entonces se estrecharon la mano, y una estruendosa descarga que resonó en el valle pareció saludar aquel nobilísimo pacto, que une de diez años á esta parte á la mujer compasiva con el héroe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CASA PATERNA

(DE LAS MEMORIAS DE WILHELM VAN MINDEN)

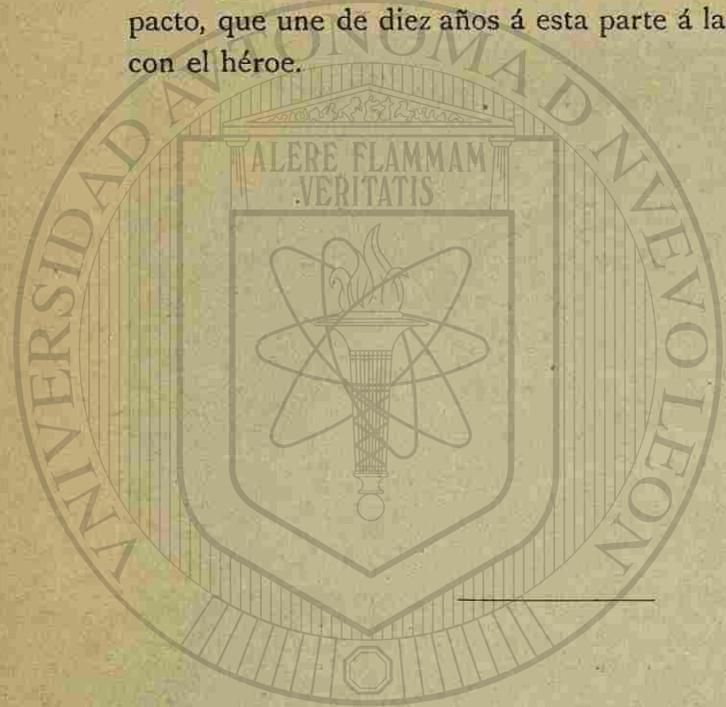
... Había tenido más de una vez el deseo de hacer una excursión á Kalmert, para volver á ver la casa donde nací y los sitios donde pasé los primeros quince años de mi vida. Pero siempre, en el momento de partir, me había faltado el valor. En aquella ciudad había ocurrido el suceso causa de la dispersión de mi familia; en aquella casa sufrí el primer gran dolor de mi vida, la muerte de mi padre; por lo cual temía sentir de nuevo, al volver á verla, una emoción sobrado dolorosa. Así era que había ido aplazando mi viaje de año en año, esperando siempre que al siguiente tendría más ánimo, y de este modo habían pasado veinte, es decir, lo mejor de mi vida. Pero habiendo descubierto una mañana de enero, al peinarme, un mechoncito de canas que hasta entonces había estado escondido bajo un compasivo rizo rubio, me dije resueltamente: «De ahora no pasa,» y partí á la mañana siguiente para poder estar por la noche de regreso en Bois-le-Duc.

«¡Veinte años!, pensaba durante el trayecto, mirándome en los cristales del vagón; la gordura, la barba y el sol de Borneo me han cambiado mucho; nadie me conocerá; nadie vendrá á distraerme del objeto triste y grato á la vez del primer viaje; puedo ir allí tranquilo.» Y en efecto, acerté en mis previsiones.

Nevaba; el campo estaba enteramente blanco; el tren casi vacío; mis compañeros de viaje subieron á un coche apenas llegamos á Kalmert, y desaparecieron; yo me encaminé solo á

— Mi vida es de usted.

Entonces se estrecharon la mano, y una estruendosa descarga que resonó en el valle pareció saludar aquel nobilísimo pacto, que une de diez años á esta parte á la mujer compasiva con el héroe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CASA PATERNA

(DE LAS MEMORIAS DE WILHELM VAN MINDEN)

... Había tenido más de una vez el deseo de hacer una excursión á Kalmert, para volver á ver la casa donde nací y los sitios donde pasé los primeros quince años de mi vida. Pero siempre, en el momento de partir, me había faltado el valor. En aquella ciudad había ocurrido el suceso causa de la dispersión de mi familia; en aquella casa sufrí el primer gran dolor de mi vida, la muerte de mi padre; por lo cual temía sentir de nuevo, al volver á verla, una emoción sobrado dolorosa. Así era que había ido aplazando mi viaje de año en año, esperando siempre que al siguiente tendría más ánimo, y de este modo habían pasado veinte, es decir, lo mejor de mi vida. Pero habiendo descubierto una mañana de enero, al peinarme, un mechoncito de canas que hasta entonces había estado escondido bajo un compasivo rizo rubio, me dije resueltamente: «De ahora no pasa,» y partí á la mañana siguiente para poder estar por la noche de regreso en Bois-le-Duc.

«¡Veinte años!, pensaba durante el trayecto, mirándome en los cristales del vagón; la gordura, la barba y el sol de Borneo me han cambiado mucho; nadie me conocerá; nadie vendrá á distraerme del objeto triste y grato á la vez del primer viaje; puedo ir allí tranquilo.» Y en efecto, acerté en mis previsiones.

Nevaba; el campo estaba enteramente blanco; el tren casi vacío; mis compañeros de viaje subieron á un coche apenas llegamos á Kalmert, y desaparecieron; yo me encaminé solo á

la ciudad, y llegué en cinco minutos, agitado por una curiosidad y una impaciencia penosa, á la entrada de la calle principal.

Allí me detuve y miré delante y alrededor con gran estupor.

Reconocía la calle y los edificios, pero todo me parecía cambiado de un modo extraño; aquélla era mucho más estrecha, éstos más pequeños; las paredes envejecidas, no como en veinte años, sino como en un siglo; todo se había vuelto negro, triste, lúgubre; me parecía una ciudad que había sufrido un gran infortunio y en la cual hasta las casas estaban afligidas y pensativas. Seguí adelante, reconociendo á cada paso una esquina, una ventana, una puerta, una tienda, que traían á mi imaginación cien reminiscencias infantiles, y poco después me encontré en el corazón de la ciudad, en medio de una porción de señoras y caballeros que salían de la catedral, porque era domingo y precisamente el momento en que terminaba, como veinte años atrás, la misa de mediodía, á la que asistían los señores. En menos de cinco minutos reconocí cien personas; pero ¡qué cambiadas estaban! En los primeros momentos no me pareció creíble que veinte años hubieran podido transfigurar una población de aquel modo, y pensé que alguna desdicha desconocida hubiera podido unir sus efectos á la acción destructora del tiempo. Las personas que había dejado con los cabellos negros los tenían canosos, los que dejé canosos estaban blancos; éstos se habían encorvado, á aquéllos se les habían adelgazado las piernas; el tiempo, pasando por aquella gente como un enemigo rabioso y caprichoso, había aquí machucado un ojo, allí arrancado una cabellera, á uno roto las muelas, á otro hundido los carrillos. Veía algunos de mis compañeros de la escuela, en otro tiempo delgados como un hilo, gordos ahora hasta el punto de no conocerseles más que

por la expresión del rostro; niñas á las que había visto ir á la escuela, ligeras como mariposas, con el almuerzo en la cestita, convertidas en mujeres graves y lentas, rodeadas de chiquillos; señoras á quienes había dejado rebosando juventud y satisfacción, ajadas, arrugadas, cabizbajas y con un velo echado á la cara; familias antes numerosas, reducidas á tres ó cuatro personas; caras que habían desaparecido por completo de mi memoria; sombras de mis antiguos maestros de las escuelas elementales á quienes creía enterrados hacía ya diez años; jóvenes á quienes había conocido criaturas en brazos de sus niñeras, plantados en actitud conquistadora á la puerta de un café; una chiquillería desconocida; una serie de parejas conyugales imprevistas é imposibles de prever; un gran número de personas alargadas, acortadas, redondeadas, adelgazadas, torcidas, amarillentas, embellecidas, atontadas, y á pesar de la casi igualdad de los cambios para mejor y de los cambios para peor, casi todos me parecían aburridos ó tristes, y experimentaba un sentimiento de compasión al verlos dar vueltas pareja por pareja, familia por familia, por aquellas callejas tortuosas y oscuras, y desaparecer unos tras otros por las puertas bajas de aquellas casitas. A los pocos minutos me quedé casi solo.

Atravesé muchos callejones tristes, flanqueados de casuchas de mal humor, y salí por fin á *aquella* calle y vi *aquella* casa.

Sentí una viva emoción; pero en breve la dominé.

Busqué con los ojos la puerta de la casa del recovero, del lechero, del frutero y del hostelero; estaban todas cerradas ó entornadas, la calle desierta, la nieve casi intacta.

Pasé por delante del zaguán de mi casa y me asomé al postigo: no vi á nadie.

Entré: la puerta del cuartito del portero estaba cerrada;

seguí andando despacio por debajo de un largo emparrado que iba á parar enfrente de la escalera.

Y hasta entonces no sentí más que un poco de anhelo. Pero cuando me encontré delante del portal de la casa, en aquel pequeño espacio donde se había concentrado la parte mayor y más íntima de mis recuerdos; cuando vi la puerta del despacho de mi padre, aquella escalera, aquella pequeña azotea, aquellas ventanas rodeadas de parras, todo tal como lo había dejado; entonces me sentí de pronto dominado por una viva emoción y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Miré á las ventanas; no había nadie. Volvíme atrás hacia el cuarto del portero; nadie tampoco. Todas las puertas estaban cerradas; todo blanco de nieve y seguía nevando.

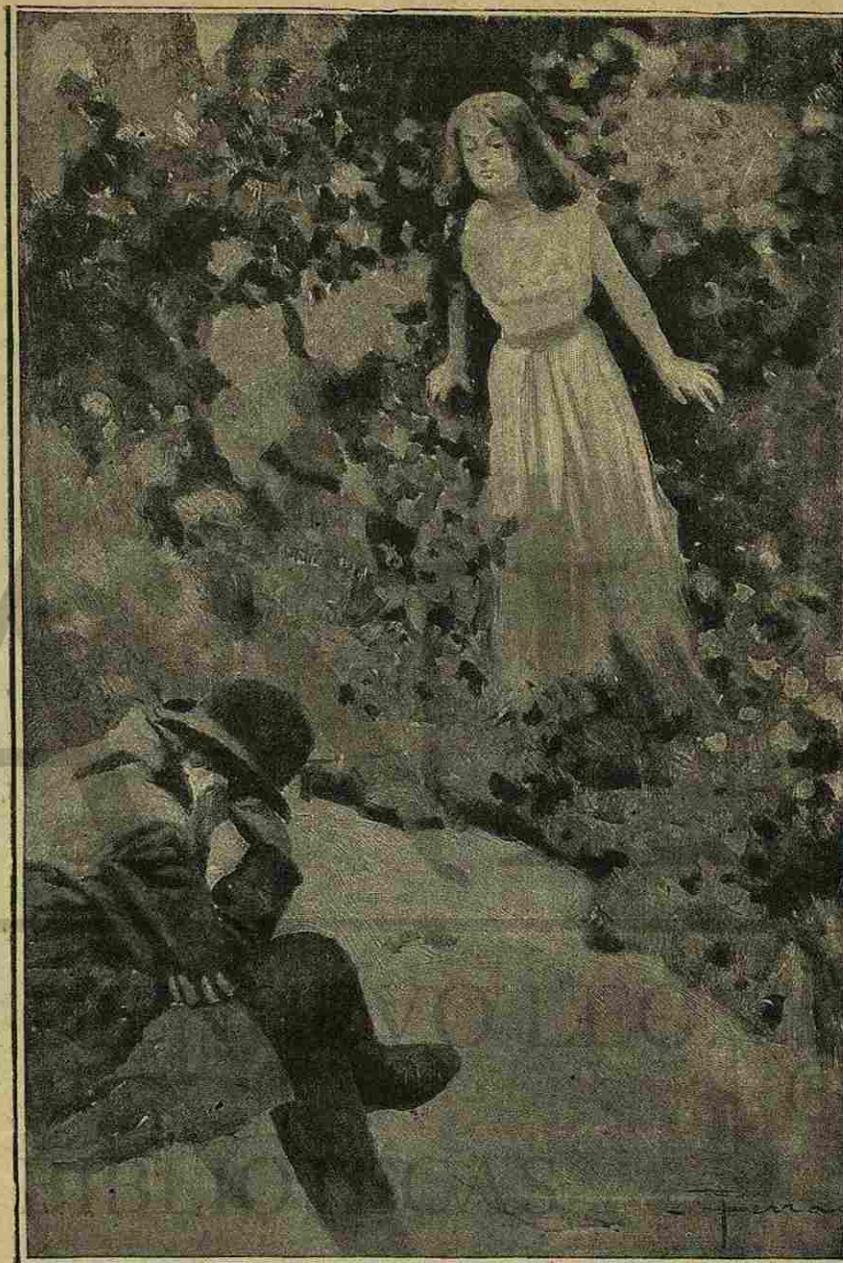
¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Cuánta gente había para mí en aquella soledad! Los ancianos médicos de casa atravesaban el patio con paso lento; las criadas, ya fallecidas, bajaban la escalera con la cesta al brazo; mis amigos de la infancia saltaban en el portal; mi pasante de latín daba cabezadas en el fondo del emparrado; mi padre salía de su despacho metiendo las gafas en la funda; mi madre me hacía desde la ventana señas de que no tomase el sol de mediodía, mi hermana regaba las flores en el jardín; mi hermano leía en alta voz en su cuarto; mi viejo gato negro se encaramaba por las parras; mis pájaros cantaban en sus verdes jaulas; las puertas y las ventanas se abrían y se cerraban; todo se movía, todo hablaba, todo me miraba; y yo estaba allí, blanco de aquellas mil miradas y en medio de aquellas mil voces, dominado por un sentimiento inexplicable de ternura, de melancolía y de estupor, y vacilando entre quedarme ó huir.

Un poco de nieve que cayó de un árbol á mis pies disipó todos aquellos fantasmas y volví á sentirme seguro de mí mis-

mo. Entonces me puse á considerar atentamente el lugar. ¡Qué pequeño se había vuelto todo! Aquella casa que me había parecido siempre un gran edificio, no era más que una casita de pueblo; el emparrado, que siempre creí altísimo, lo tocaba con el sombrero; en la cerca del huerto, que jamás logré saltar, podía ponerme á caballo sin molestarme; me parecía que me había vuelto un gigante, que mi persona ocupaba demasiado espacio, y no sé por qué, lo lamentaba. Casi estaba triste por haberme desarrollado tanto. Me parecía que todos los objetos que me rodeaban debían decir: «¿Quién es ese hombre-tón? No lo conocemos.» Ciertos fondos, ciertas perspectivas lejanas del jardín y del patio se habían acercado; las paredes de cerca se habían estrechado; no me podía dar razón de haber estado viendo tantos años, en aquel espacio tan reducido, vagas imágenes de setos, de valles y de calles sin fin, y de haber experimentado cierto sentimiento de viajero aventurero andando en los días de lluvia desde un extremo del patio al extremo opuesto del jardín. Toqué la verja de éste: estaba abierta y entré. La nieve cubría los senderos, las espalderas de arriates, los arriates, las acequias; pero pronto lo reconocí todo á la primera mirada. Volví á ver la ventanita del despacho de mi padre á la cual se había asomado una mañana de abril, veintitrés años antes, para decirme con voz entera y alegre: «Guillermo, hoy cumplo setenta y cuatro años.» Volví á ver el cenador de jazmines bajo el cual me había preparado para mi primera comunión, y donde me había quedado inmóvil y pensativo el día en que, al volver de la escuela, vi por primera vez un cadáver. Vi de nuevo el pequeño cañaveral del que saqué muchas espadas y lanzas para el reducido ejército de chiquillos harapientos que peleaban bajo mi mando contra los villanos de la parroquia de San Ambrosio. Detrás de cada mata surgía

un fantasma; por todas partes pululaban centenares de recuerdos, recuerdos de personas difuntas, de palabras dichas por gentes ya olvidadas, de escenas mezcladas de sueño y de realidad, de ciertos juegos de luz, de mañanas lluviosas, de fragancias del aire, de lecturas, de fantasías, de remordimientos infantiles, de propósitos de cambiar de vida, de ciertas ramas de plantas encorvadas en la misma dirección y de ciertos insectos vistos en un punto determinado del tronco, de las primeras misteriosas y repentinas agitaciones de la sangre al ver venir hacia mí, entre la sombra y la verdura, la figura blanca y ligera de una prima de trece años con la que había soñado la noche anterior. Y cuanto más adelante iba, más numerosas y vivas se me presentaban las imágenes. No me cuidaba de la nieve, ni se me ocurría que alguien pudiese verme desde las ventanas y tomarme por un loco ó un ladrón. Todo mi corazón y toda mi cabeza estaban en el pasado. Parecíame que muchas voces me llamaban por mi nombre ó me decían mil cosas incomprensibles con acento quejumbroso, y yo respondía confusamente y prometiendo no sé qué, y miraba en torno mío con un sentimiento de respeto y de piedad como si aquel jardín fuese un cementerio y aquellos montones de nieve cobijasen cadáveres.

Así llegué bajo un cobertizo en el fondo del jardín, me senté vuelto hacia las ventanas y me quedé pensativo. Mis ideas se fijaron con amargura en lo vano de las cosas humanas. «¡Cómo me he envejecido!, decía para mí. Si cuando correteaba de muchacho por este jardín alguien me hubiera predicho lo que ha sucedido, me habría parecido estar llamado á gozar de una felicidad inmensa. Y sin embargo, ahora estoy más lejos de esa felicidad de lo que lo estaba en aquellos años. Salí de aquí lleno de esperanzas y de ambiciones, casi temien-



Al ver venir hacia mí la figura blanca y ligera de una prima de trece años...



do que la vida no fuese bastante larga y la tierra bastante grande para lo que tenía que hacer y disfrutar; y resulta que á los pocos años, al volver aquí joven todavía, no deseo otra cosa más que ir á terminar mi juventud lejos de los rumores del mundo, en una quinta solitaria, con mi familia y mis libros. Muchas fatigas, algún placer, una satisfacción pasajera de amor propio, y nada más. Apenas emprendido el gran viaje, estoy ya en el camino del regreso. No aspiro á más que á la paz de la conciencia y de la vida. Ni siquiera siento la amargura del desengaño. Falsos amigos, falsas esperanzas, vanidad, glorias efímeras, menguados placeres y mezquinas pasiones de la vida hasta ahora vivida, los veo á mis pies y los contemplo sin ira y sin rencor. No desprecio, no acuso á nada ni á nadie, no me creo mejor que mis semejantes; no siento otra cosa sino una inmensa saciedad, un cansancio profundo, una necesidad invencible de soledad y de silencio. Quien ame el mundo, que se precipite en él, se abra camino, triunfe, brille y se embriague; la envidia no arrancará un suspiro á mi corazón. No le pido al mundo otra cosa más que un poco de verdor y un poco de aire, y á Dios la fuerza necesaria para resistir á la desesperación el día en que me quedara solo en la tierra...»

En aquel momento vi aparecer detrás de los cristales de una ventana un rostro cuyas facciones velaban los espesísimos copos de la nieve.

Me pareció que me miraba.

Entonces pensé que debía marcharme ó subir á dar la explicación de mi presencia en aquel sitio. Esta reflexión me dió ánimo para hacer lo que no me hubiera atrevido en un principio; pedir permiso para visitar el interior de la casa.

Salí del jardín, subí la escalera y llamé á la puerta, que abrió al momento una persona en cuyo rostro maravillado se

echaba de ver que me esperaba. Era el amo de la casa, hombre de unos cincuenta años, de expresión benévola; detrás de él daba cabezadas una señora de edad, de fisonomía dulce y triste, que parecía su mujer.

Dije mi nombre y expliqué mi deseo.

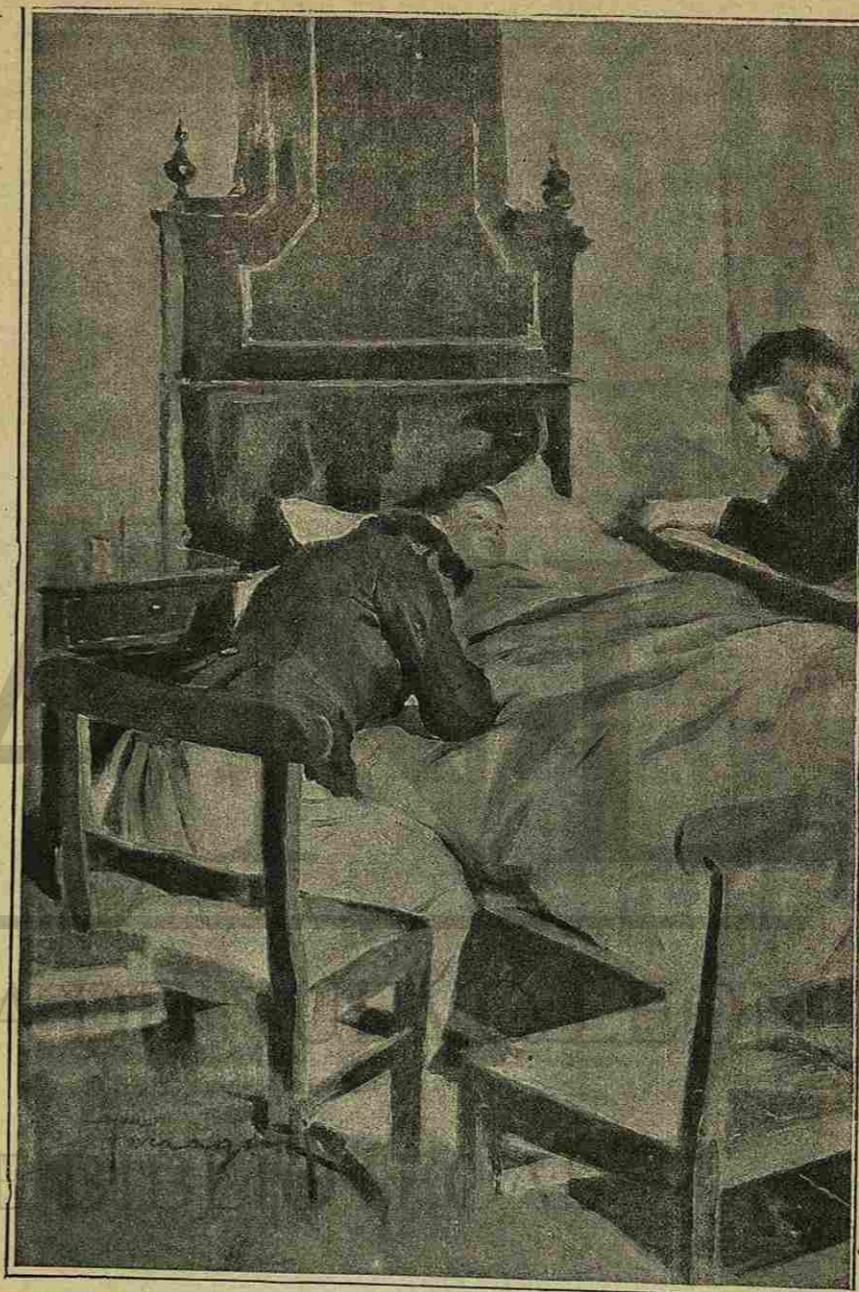
Mi nombre no era enteramente desconocido, mi voz conmovida explicó mis sentimientos mejor que las palabras, y se me invitó á pasar adelante.

Entré.

¡Oh queridas, benditas, inolvidables paredes de mi pobre casa! Aparte de ellas, todo había cambiado; pero en seguida reconocí cada rincón y todo lo vi en su puesto como en el tiempo de mi infancia. Mil voces me llamaban por todas partes á la vez. «¡Guillermo! ¡Guillermo! Está aquí, es él, ha vuelto, es el pequeño Guillermo. ¿Y la mamá? ¿Y los hermanos? ¿Dónde están? ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?» Pero desde los primeros momentos la imagen de mi padre se superpuso á todas las demás memorias. Le veía aparecer en el umbral de todas las puertas, le oía andar por detrás de todas las paredes; estaba en todas partes, le veía como reflejado por cien espejos, en cien imágenes: aquí sentado junto á la mesa, ocupado en rayar mis cuadernos de escuela; allí apoyado en la chimenea en actitud de declamarme versos de Vondel; más allá colgando de la pared un cuadro en el que había puesto un croquis informe de batalla, trazado por mí á los cinco años y alabado por él como si fuera la revelación de un genio. Cada rincón, cada palmo de pared me recordaba un trabajo, un pensamiento, una costumbre de mi padre. Y cuanto más avanzaba por aquellas habitaciones alumbradas por la luz mortecina é igual del reflejo de la nieve, más viva se me presentaba su imagen, tanto que en ciertos momentos sentía escalofríos

como si al volverme de pronto debiese verlo de veras. Entré en el cuarto donde mi madre lanzó un grito desesperado cuando nuestro anciano médico, saliendo de la alcoba de mi padre, le dijo en voz baja: «¡Tenga usted valor, buena señora..., ha concluído!» Pasando por la habitación contigua, me vi á mí mismo, postrado en el lecho, moribundo del crup; mi padre, á alguna distancia, haciendo mi retrato con lápiz y enjugándose de cuando en cuando los ojos, y mi madre arrodillada á la cabecera de mi cama, con una mano mía entre las suyas y ahogando sus sollozos en las sábanas. ¡Cuántas imágenes, cuántas reminiscencias de enfermedades, de dolores, de miedos, de cuentos de hadas, de juguetes rotos, de vestidos viejos de mi madre y de mi hermana, que habían desaparecido de año en año de mi memoria! Al entrar en cada cuarto, me veía obligado á detenerme como para resistir á la impetuosa oleada de recuerdos que acudían á mi mente y la enseñoreaban. Una ventana de las últimas habitaciones me despertó una vaga reminiscencia de no sé qué rencilla, causa de muchas lágrimas, que tuve con un hermano mío, mayor que yo, muerto á los cinco años, y del cual no recuerdo más que los dos grandes ojos negros que me miraban siempre. De cuarto en cuarto, íbase aclarando mi memoria como para desprenderse de una niebla detrás de la cual me reaparecían los primeros albores de la inteligencia y de la conciencia, y comprendía por primera vez el por qué de muchas manifestaciones de mi carácter, confirmadas años y años después; y en aquel fondo luminoso de mi infancia se movían y se agrupaban confusamente las figuras del mundo vario y tumultuoso, conocido de adulto y de joven; perfiles elegantes de bellas patricias, cabezas gloriosas de poetas, rostros audaces y queridos de soldados, ciudades y mares lejanos, y cuartitos llenos de papeles y de libros, en don-

de yo había sudado y llorado, suspirando por mi madre; y sentía crecer en mi corazón un remordimiento no sé de qué, una tristeza, una desazón, un deseo de arrojarme al suelo y de llorar que me sofocaba. Llegué por fin á la última estancia. «Es nuestra alcoba,» dijo el dueño de la casa abriendo la puerta. Era la misma en que había muerto mi padre. Sintiendo que me faltaba el valor, me detuve en el umbral. Había columbrado una cama en el mismo sitio donde estuvo la de mi padre, y me parecía que todavía debía encontrarse allí, inmóvil y blanco, con el crucifijo en la mano entre dos blandones encendidos. El dueño de la casa comprendió y se hizo atrás discretamente. Penetré solo en aquella habitación y me arrodillé al pie de la cama. ¡Oh! ¡Nunca olvidaré aquel momento! Me pareció sentir en mi mano la mano helada de aquel pobre viejo; me pareció que en aquel momento acababa de expirar; acudieronme á la mente sus últimas palabras, sus últimos ademanes, su última mirada que me buscaba á mí, su Guillermito, el último de sus hijos, á quien dejaba en la niñez y del que hablaba siempre con pesadumbre en sus postreros días. Recordando entonces su larga vida de trabajo y de sacrificios, comprendí lo que valía aquel hombre; conocí todo lo que le debían mi corazón y mi mente; convine en que no le había querido lo bastante, que lo que yo había sentido hacia él era más respeto que cariño, que había sido injusto, ingrato, y le pedí perdón con las manos juntas, llorando copiosamente y besando el borde de la cama como había besado quince años atrás su mano inanimada. Pasé allí algún tiempo meditando, y en aquel momento se decidió la suerte de mi vida. Recobrado de la primera opresión de dolor, me pregunté por qué me quedaba tan gran tristeza en el corazón; por qué hacía tanto tiempo que me sentía como cansado de la vida; por qué, considerando el porvenir, lo



Me vi á mí mismo, postrado en el lecho, moribundo del crup

veía tan vacío y tan melancólico; por qué, hasta los más risueños recuerdos de mi infancia me amargaban el alma; qué habría debido hacer para reavivar mi juventud moribunda y para resucitar mis esperanzas muertas; qué me faltaba, qué nuevo género de vida habría debido emprender. Y entonces, desde todas las estancias de la casa, desde el jardín, el portal, el patio, las mismas voces que me habían saludado al entrar, me respondieron á la vez: «¿Y lo preguntas, Guillermo? Hay que reedificar el tiempo pasado, rehacer la casa antigua, ponerlo todo en su puesto, resucitar al pequeño Guillermo de otro tiempo y á sus hermanitos, recomponer los juguetes rotos, rayar de nuevo los cuadernos de la escuela y recitar versos de Vondel. Es menester empezar de nuevo el camino, Guillermo.» Mil veces se me había ocurrido ya esto; pero esta vez me lo decía mi casa, era un consejo que me daba mi antiguo jardín, era un ruego que me dirigía mi padre difunto, y por vez primera mi alma me respondió con un arranque de amor y de resolución. En un momento, como por encanto, se aclaró mi mente; todo me pareció en torno transfigurado; á mis labios acudió, como un grito de alegría, un nombre hacía mucho tiempo caro á mi corazón, y lo pronuncié tres veces: «¡Lijse! ¡Lijse! ¡Lijse!» mirando alrededor como si el espíritu de mi padre estuviera allí y me oyese; luego me levanté y salí de la estancia rejuvenecido, fuerte, sereno, con la frente radiante de la aurora de una nueva vida. Y mientras me despedía del amo de la casa, mientras volvía á pasar por las demás habitaciones, bajando la escalera, pasando bajo el emparrado, me pareció que las mil voces de la casa murmuraban en son de fiesta: «¡Adiós, Guillermo! Es él, es el pequeño Guillermo, que va á renovar el tiempo pasado, á rehacer la casa antigua, á comenzar de nuevo el camino! ¡Hasta la vista, Guillermo!» Y

cuando al llegar al extremo de la calle, me volví para mirar por última vez la casa, velada por los copos de nieve más y más espesos, y fijé la vista en la ventana del último cuarto, me pareció ver la imagen de mi padre que me bendecía, diciendo: «¡Adiós, Guillermito! ¡Bendito seas, hijo mío, que vas á construirme una nueva casa y á prepararme una nueva vida! Hasta la vista y pronto!» Y apenas llegué á Bois-le-Duc, corrí á ver al padre de Lijse con objeto de hacerle la petición tanto tiempo esperada.

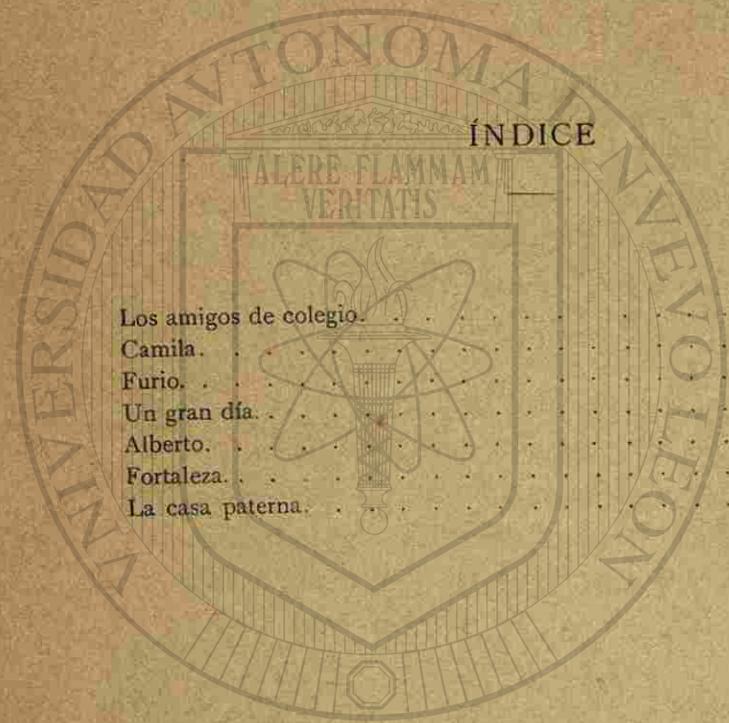
Desde aquel día han pasado otros quince años, tengo cuarenta y cinco y la cabeza llena de canas. Pero he rehecho el tiempo pasado y se han cumplido casi todos mis deseos. Vivo en Deventer, en una hermosa casa que tiene un pequeño pórtico, un jardín con un cobertizo en el fondo y un largo emparrado. Desde el cuarto de la planta baja donde estoy escribiendo veo al pequeño Guillermo, que tiene diez años, alborotando en el patio con sus compañeros de escuela; veo á su hermanita Julia que riega las flores del jardín, oigo á mi primogénito Alberto que lee en alta voz en su cuarto del primer piso, y á mi buena Lijse que desde la ventana grita á Guillermo que no tome el sol del mediodía. Veo al pasante de latín cuando pasa por debajo del emparrado, veo el gato de la casa que se encarama por las parras, veo la anciana criada que vuelve del mercado con la cesta al brazo; los pájaros cantan en sus jaulitas verdes, las puertas se abren y se cierran, todo se mueve, todo habla, todo está lleno de contento y de vida, y todo me recuerda la casa antigua de Kalmert. Yo mismo echo de ver que he tomado poco á poco las costumbres de mi padre, su porte, sus movimientos y hasta el tono de su voz. Y á veces me forjo una ilusión extraña; me parece que en efecto soy él, rejuvenecido veinte años, y que mi espíritu ha pasado á ese

Guillermito que juega en el patio; y veo un tercer Guillermito que vendrá después, y otro que seguirá á éste, y así una fila interminable de Guillermitos que se pierde allá á lo lejos en un azulado horizonte, y me parece ser inmortal y feliz. Y sin embargo, muchas veces pienso en la muerte; pero no como en el tiempo de mi juventud, con un sentimiento de tristeza y de terror, sino tranquilamente, como trabajador que, satisfecho de sí mismo y sentado á una mesa alegre, piensa que más tarde irá á descansar de sus honrosas fatigas sobre un lecho no visitado por malos sueños. Sólo que siempre digo para mí: «Quisiera morir en primavera, en el último cuarto de mi casa, con la ventana abierta al jardín, mi Lijse al lado y todos mis hijos alrededor, con fuerzas para conocerlos, llamarlos por su nombre, abrazarlos uno por uno hasta el último momento y decir á todos con voz clara antes de cerrar los ojos: «Hijos míos, cuando tengáis treinta años y empecéis á sentirnos cansados de la vida, reconstruíd la casa y emprended de nuevo el camino.»

FIN

®

J.
519m



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Los amigos de colegio	5
Camila	39
Furio	117
Un gran día	201
Alberto	221
Fortaleza	299
La casa paterna	335

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

35
10
19